

«El amor nació mientras dormía»



*Siempre  
te extrañaré*



M Y R I A N  
G O N Z Á L E Z B R I T O S

**Siempre  
te  
extrañaré**



**Myrian González Britos**

**©Myrian Justina González Britos**  
**Todos los derechos reservados**

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición Noviembre 2018

ISBN: 978-1729840740

# Agradecimientos

**A**gradezco a Dios y a mis ángeles en primer lugar. A mis padres, a mis hermanos y en especial a mi marido, que siempre me han apoyado y animado a perseguir mis sueños...

# Una luz brilla en el horizonte



**E**staba presa en un frío, maloliente y olvidado sótano. Llevaba tiempo aquí, obra exclusiva de mi amiga Emma Franco, una maldita psicópata, que confundió amistad con otra cosa.

—¡Te amo, Paula! —chilló a voz en grito días, semanas, meses después de mi secuestro.

No sabía qué día, hora o mes era.

El tiempo pasaba.

El temor crecía.

La tristeza me hundía.

La esperanza fenecía.

Cierta vez, en mi fiesta de despedida, impulsada por la maldita curiosidad, la besé en los labios y aquel gesto abrió un portal oscuro en su corazón y en su mente.

—No te amo, Emma —le dije tiempo atrás—. Nunca lo haré, maldita loca.

Me pegó con un cinto hasta cansarse.

No lloré.

No gemí.

No grité.

No tenía fuerzas y las pocas que me restaban, las conservaba para huir. «Anna» repetía el nombre de mi prima cada día antes de dormirme, segura de que ella me escucharía incluso más allá de su propia consciencia.

Emma me secuestró tras la noche que descubrí a Davide con su amante, con la mujer que destruyó nuestro amor.

«Carla Ferruzzi».

La impresión no me impidió darle un buen escarmiento a esa zorra. La

pegué tanto que, me dolieron los puños. Mi Rocky interior afloró y se entremezcló con la ira de mi Rambo interior. Davide no podía dar crédito a lo que veía. No nos impidió, al contrario, parecía disfrutar tanto como yo de aquel momento.

—¡Putá! —le grité mientras le daba una buena golpiza, como tiempo atrás cuando atacó a Anna.

Carla salió de la casa bastante magullada. Davide intentó hablar conmigo, pero no quise escucharlo. ¡Me tenía harta ese maldito cabrón!

—Habla con mi mano —le dije y salí de la casa como alma que lleva el diablo.

Cerca de mi coche me encontré con una mujer de reputación dudosa.

—¿Quién eres? —le pregunté—. ¿Tú? —dije alelada.

Emma apareció de la nada y me dio un fuerte puñetazo en la cara. Me tumbé en el césped con violencia.

—¿Estás loca?

Antes de que pudiera reaccionar, me inyectó algo, algo que me dejó completamente grogui.

—¿Por qué, Emma?

Todo empezó a nublarse. Emma me miró de un modo muy extraño. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

«Dios mío».

—¿Qué has hecho? —gritó la prostituta.

Emma soltó un taco bastante soez. ¿Qué pretendía hacer? ¿Por qué estaba allí? ¿Quién era aquella mujer?

—¡Calla! —dijo Emma con una voz tranquila hasta que golpeó a la mujer con un hierro—. Descansa en paz, Clara Teixeira.

La prostituta cayó a mi lado con los ojos muy abiertos, fue lo último que vi antes de cerrar los míos. Cuando volví a abrirlos, estaba aquí, en este sitio funesto y pestilente.

Gritar no fue la solución.

Llorar menos.

Emma dio las caras el tercer día, según mis cálculos, y me dio algo de beber y comer.

—¿Qué haces? —le demandé con voz llorosa—. ¿Por qué?

Emma me miraba con los ojos vacíos, como si fuera un fantasma.

—Me has rechazado, Paula —articuló con una voz bastante escalofriante—. Debes pagar por ello.

Subió las escaleras y apagó las luces sin darme más explicaciones.

—¡Emma! —grité—. ¡Emma!

Tiempo después, apareció una amable y frágil mujer de unos sesenta años como mucho. Me daba de comer y beber, pero no me dirigía la palabra. Intenté negociar con ella, pero fue en vano. Lo único que me dijo fue su nombre: Dora.

—Por favor, Dora —imploraba cada día—. ¡Ayúdame!

Ella simplemente me ignoraba.

—Hola, Paula —me decía Emma cada vez que venía—. ¿Lista para satisfacerme?

Dicho esto, me inyectaba algo, a pesar de mi resistencia. Muchas veces le mordía la mano o me retorció para que no lograra su objetivo, pero siempre terminaba dopada. Perdía por completo la consciencia y al abrir mis ojos, mal recordaba lo sucedido durante mi trance.

—¿Qué me ha hecho?

Siempre me despertaba completamente desnuda y empapada.

—¿Ha abusado de mí?

Los músculos doloridos me indicaban que sí, que Emma abusaba de mí cada vez que me drogaba.

—¡Malditaaa!

Emma repetía aquel sucio y asqueroso ritual cada fin de semana sin falta. Siempre mencionaba que era viernes, mi día de suerte.

—Eres deliciosa, Paula —me dijo la última vez que vino a verme.

—Te odio maldita psicópata —le dije con desdén y le escupí en la cara—. Siempre te odiaré.

Emma se limpió la cara y me miró con ojos victoriosos.

—Te amo, Paula —me dijo y me besó.

Mordí su labio inferior con tal fuerza que le arranqué un trocito. A cambio me gané varios azotes. Emma disfrutaba de mi martirio, disfrutaba de mi desesperación.

—¡Te odio! —chillé iracunda cuando cesaron los golpes—. ¡Siempre te odiaré!

Emma no retornó tras aquel día. Tampoco Dora. Llevaba mucho tiempo allí y al parecer, completamente sola.

—¡Socorrooo! —gritaba con exasperación—. ¡Dora! ¡Emma!

Nada.

Nadie podía oírme. Nadie.

No tenía un miserable trozo de pan para comer. Mi estómago reclamaba, pero no tenía nada que ofrecerle. Gritar no era la solución, ya que aquel sitio estaba protegido con algún material que camuflaba mis gritos.

«No, Paula, estás metida en algún sótano olvidado» me decía mi tenaz razón.

—¡Malditaaa! —troné enfurecida—. Me has cerrado todas las puertas, todas —gemí.

El dolor me envolvió y ante él, solo me restaba llorar.

—¡¿Por qué Dios?! ¡¿Por qué me has abandonado?! —voceé con la voz enronquecida.

Carla irrumpió mi mente y estrujó mi corazón.

—La venganza es tuya, señor. La venganza es tuya —repetía como una demente.

Exhalé una gran bocanada de aire. El sótano estaba frío y maloliente. Yo estaba esposada a la cama, inmóvil y bañada en pis y heces.

—¡Dora! —grité con las pocas fuerzas que aún me restaban—. ¿Estás ahí?

Moriré aquí.



¡Venganza!

¡Venganza!

¡Venganza!

Chillaba una voz espectral en mi cabeza todos los días. Temía estar volviéndome loca. Pero no, era la voz de mi otra yo anhelando con vesania lo justo en este caso.

«Venganza» repetí taciturna.

Carla destruyó la vida de Anna, y también la mía. Como mínimo, merecía un buen castigo. Imaginé mil posibilidades macabras, los judíos se la pasaron mejor en las manos del doctor Mengele.

«Antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas» dijo Confucio.

Compraré dos palas, una para mí y otra para Carla. Pero, en todo caso, usaré la mía para terminar el trabajo iniciado por ella.

Carla destruyó mi vida.

Carla merecía una punición.

Carla debía pagar.



Carla llorará lágrimas de sangre.

Mi vida estaba plagada de infortunios y duelos. ¿Era el destino irrevocable?, ¿todo estaba escrito como en una pieza teatral?, ¿cada uno tenía su papel y debía simplemente adecuarse a su personaje?, ¿no se podía cambiar la dirección de nuestro sendero?, ¿éramos esclavos de una vida trazada antes de nuestros nacimientos? El pasado era irremediable, ¿el futuro también lo era?, ¿quién llevaba el timón de ese barco?, ¿nosotros mismos o Dios?

Muchas conjeturas y ninguna respuesta.

—¡Doraaa! —grité una vez más—. ¡Malditaaa!

Hoy vivía mi infierno personal mientras mi enemiga gozaba del cielo obrando con maldad y crueldad. Paradójico, ¿no? Así era el destino que me había tocado vivir.

—¿Sabes, señor? —dije con voz ronca—. Pensaba que teniendo fe en ti me salvarías de todo mal, era tu promesa en la oración del Padre Nuestro: «Líbranos del mal» —alcé la vista de repente y lo reté—: A ti dueño de todo, ¿por qué me has abandonado?! —aullé entre sollozos y con las manos unidas a la altura de mis labios—. ¿Por qué no me has librado del mal como te había rogado cada día de mi vida? —Me estremecí—. ¿Dime por qué, señor? —emití gemidos que expresaban dolor, impotencia y exasperación—. ¿Era más que una prueba?, ¿un desafío impetuoso?, ¿una punición?, ¿una prueba de fuego? —Suspiré derrotada—. ¿Por qué aquella persona cruel e insensible, incapaz de amar a sus semejantes, seguía brillando como las luciérnagas y yo continuaba arrastrándome como un caracol? Eres tan complejo señor, como todo aquello que te atañe —me quejé sin levantar la voz, ya no tenía fuerzas para ello.

—¿Por qué permites que sufra tanto dolor, Señor?, ¿qué más voy a perder?, ¿la fe?, ¿la esperanza?, ¿las ganas de vivir? —Arrugué mi entrecejo—. No consigo entender ciertas injusticias, aunque las analice minuciosamente, no las comprendo.

Repasé mentalmente mi historia al lado de mi verdugo.

«Emma es mi nueva hermana del alma» repetía orgullosa, candorosa, fehaciente. Mientras tanto, detrás de aquella imagen adorable, se escondía la maldad en persona. —Mi respiración se agitó con tan solo evocarla—. Emma fue la mayor mentira creada por mi ánima ingenua. —Meneé la cabeza—. ¿Por qué creí en su esencia?, ¿por qué creí fervorosamente que había algo bueno en

su corazón?, ¿por qué creí en ella y en sus mentiras? —Solté un bufido exasperado—. Su lucha interna entre el bien y el mal, que siempre creí existir dentro de ella, fue una invención mía y de mi razón un tanto ilógica en aquel tiempo. —Lancé un ronquido de reprobación—. Nada en ella era real, ni sus palabras, ni sus acciones, ni sus deseos, ni sus promesas y, mucho menos, sus sentimientos. Yo lo sabía, siempre supe que Emma era mala, tanto o más que su amante Carla. La conocía mejor que nadie, pero por amor a Anna, ignoré la realidad, creyendo que con el tiempo y el cariño cambiaría.

—¡Ilusa! ¡Idiota! ¡Ciega!

Ella odiaba a Anna por mil razones, algunas ínfimas y otras mayores, sentía celos de todo lo que era mi prima. Envidiaba su forma de ser, su simpatía, su ingenuidad, sus intuiciones acertadas y en especial, su noble corazón. Deseaba tener algo especial, algo diferente, algo muy peculiar que la distinguiera de los demás, pero solo tenía su maldad. ¿Sonaba exagerado? Pero no lo era. Emma era falsa y maliciosa, negativa y malintencionada; vengativa y despiadada como siempre me decía mi intuición.

Con mi dedo índice derecho escribí en el aire una promesa que pretendía cumplir: «VENGANZA».

Me estaba muriendo lentamente.

—Si existes como dicen, envíame una señal, señor —mascullé sin fuerzas.

Esa misma noche, alguien abrió con violencia la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —dijo una voz masculina muy potente y gruesa.

Abrí mis ojos de par en par al reconocer al dueño de la misma.

—Marcello.

«Grita, Paula Bellini, grita con todas tus fuerzas» me dije.

—Aquí —la voz me salió rasposa y casi inaudible.

Bajaron hasta el sótano e iluminaron el lugar con unas linternas. Entrecerré los ojos ante el impacto.

—¡Paula! —chilló Marcello—. Dios mío —musitó al verme allí—. ¡Es ella!

Unos hombres altos y bien parecidos se acercaron y me miraron con asombro. Si les decía «Buh» ¿correrían?

—Espera, Marcello —le dijo un rubio espectacular.

Estaba en las últimas, pero aún podía apreciar las cosas bellas creadas

por Dios. Quería sonreír, pero no tenía fuerzas para dibujar una sonrisa en mis labios resecaos.

—¿Cómo estás? —me preguntó el gran amor de mi prima—. Dios, es un milagro.

¿Anna estaría con él? Mi corazón latió con fuerza ante la posibilidad. Volvió a preguntarme cómo estaba.

—Hundida en mis propias necesidades, ¿podía existir mayor humillación, Marcello?

Él me miró con profundo dolor.

—Estás viva, es lo único que importa.

«Estoy muerta, aunque siga respirando».

Me quitó las esposas y me dijo que buscaría a alguien para curarme las heridas. Minutos después, Anna gritó:

—¡Paulaaa! —lloré a moco tendido, a pesar de estar sin fuerzas—. ¡Mi vida! —ella me besó toda la cara—. ¡Sabía que estabas viva!

Entrecerré los ojos y lloré.

—Anna —mascullé entre lágrimas.

Me llevaron al hospital, donde me medicaron y me devolvieron a la vida, a la vida que me habían robado.

«Emma está muerta» resonaba una y otra vez la afirmación de mi prima en mi cabeza. ¿Muerta? No era justo. Ella merecía vivir para pagar todo lo que me hizo.

—Legalmente estoy muerta hace más de un año —dije bajito, a modo de confidencia—. Hoy, a pesar de estar respirando, estaba muerta por dentro.

No sabía cómo actuar, estaba aturdida y henchida de gozo al tiempo. No era nada fácil asimilar aquella alegría, hacer frente a tantas emociones. Antes de que llegaran, no tenía ningún itinerario que me llevara a algún puerto seguro para aparcar mi barca un tanto golpeada por las tempestades de la vida.

—Carla ha desaparecido —me dijo Anna, atribulada, días después.

—La encontraré hormiguita, y la haré pagar por todas las lágrimas que hemos derramado por su culpa.

Me contó lo sucedido con Davide, y lamenté su suerte.

—Lo siento mucho, Paula.

«También yo». A pesar de todo lo que me hizo, sentía lástima de él, de su destino. Carla lo mató en vida antes mismo de que él se disparara aquella terrible noche en la fiesta de nuestra abuela.

«Nuestra abuela».

Anna se sentó a mi lado en la camilla y me acarició la cabeza con ternura.

—¿Te ha gustado la visita de Nico?

Mi corazón latió con fuerza, Nicolás fue mi gran amor platónico en la adolescencia, jamás pensé que lo conocería en persona, jamás.

—Mucho —le dije con timidez.

La Paula adolescente usurpó mi cuerpo por unos instantes.

—Tal vez el destino empieza a ordenar mejor ciertas piezas, Paula.

Nicolás alteraba mis hormonas y también mi caja torácica, pero el miedo a sufrir una nueva decepción era mayor que cualquier otro sentimiento.

Era rehén del miedo.

Era esclava del terror.

Era convicta de mi propia oscuridad.

—¿Qué te pareció nuestra abuela? —me preguntó Anna, mientras peinaba mi larga y descuidada melena.

«Es extraño tenerla cerca cuando toda la vida la repudiamos».

—Llevará su tiempo adaptarme a ella, Anna.

Una idea brillante cruzó mi mente de pronto. Me di la vuelta y me observé altiva en el espejo. La venganza en contra de Carla ¿llegaría a través de Leonella?

En la guerra nunca cometes el error de infravalorar a tus enemigos, porque podrían convertirse en tu peor verdugo de la noche a la mañana.

«Ten a tus amigos cerca, pero aún más cerca a tus enemigos» dijo Sun Tzu en su libro: «*El arte de la guerra*» y será lo primero que haré.

«La venganza es un plato que se sirve frío, Carla Ferruzzi».

# El color del abismo



**N**icolás se sirvió una copa de whisky y apagó su móvil. Necesitaba soledad y sosiego aquella tarde nebulosa y confusa. Se abandonó en su sofá de cuero negro y bebió una, dos, tres copas seguidas.

Escrutó de pronto una caja pequeña de color turquesa con una cinta blanca de la renombrada joyería «Tiffany's» la sujetó y reveló su interior: una exclusiva sortija de diamantes encomendada especialmente para Mónica, su ex. Pensaba entregársela el día de su cumpleaños con su promesa de amor y fidelidad. Estaba preparado para iniciar una relación seria y prometedora, cuando lo secuestraron y lo mataron por dentro.

«Imbécil».

Nicolás cerró de golpe la caja y la arrojó sobre la mesita de cobre. Se levantó de golpe y se sirvió más whisky del minibar de su sala.

Antes de sentarse, colocó su música clásica favorita, «Lacrimosa de Mozart» a todo volumen. Abrió la puerta del balcón y escrutó la ciudad con aire pensativo al tiempo que unos recuerdos oscuros se arremolinaban en su mente y agitaban su corazón.

Mónica Torricelli fue la única mujer que lo conquistó en el pasado y la única que le había traicionado dos veces.

Fingió amarlo para lograr su mayor objetivo, la fortuna de los Ricci. Su belleza demoníaca lo embelesó desde el primer momento que la vio en la agencia de modelos de su abuela. El famoso y cotizado magnate quedó rendido ante los pies de aquella Venus sin ánima ni moral.

Nicolás era un hombre sensible, alegre, divertido, galanteador, soñador y romántico. Todo lo contrario, con el actual Nicolás Ricci.

Creía en el amor y en el destino, pero la decepción y la traición

mutaron su esencia para siempre.

Cierta tarde, regresó de sorpresa de un largo viaje de negocios, dispuesto a pedir la mano de Mónica en casamiento. Sin hacer ruido, se dirigió al cuarto con un ramo de rosas rojas entre manos. Ilusionado y enamorado. Pero, al abrir la puerta, su sonrisa se desfiguró y su corazón dejó de latir.

El ramo de rosas cayó a cámara lenta sobre el piso mientras una lágrima se deslizaba recta y tendida sobre su mejilla derecha. Mónica yacía desnuda entre los brazos de su mejor amigo, Alberto.

—¿Qué es esto?

Nicolás dio un fuerte puñetazo a la mesa rinconera del cuarto y ambos se despertaron sobresaltados ante el susto.

—¡Malditos! —gritó Nicolás, como una bestia endemoniada.

—Nico —susurró Mónica al tiempo que se cubría con una sábana.

—¡Cállate, maldita zorra! —voceó el magnate, sonrojado como un tomate.

Alberto se puso el bóxer a toda prisa.

—Nico todo tie... —el pintor lo interrumpió en seco.

—¿Qué coño me dirás que justifique vuestra traición? —replicó Nico, enfurecido.

Arrojó al suelo de un manotazo los portarretratos que se encontraban sobre la mesa rinconera.

—¡¿Por qué?! —bramó y acto seguido propinó un puñetazo certero en la cara de su amigo, que cayó sobre la moqueta con brusquedad.

—¿Por qué, Mónica? —preguntó con un enorme nudo en la garganta.

Alberto aprovechó el distraimiento de su amigo y cogió un florero de yeso, con el cual lo golpeó fuertemente. Nicolás cayó inconsciente sobre la moqueta.

—¡¿Qué has hecho, Alberto?!

Alberto jadeaba.

—Llegó el momento de llevar a cabo mi plan, mi amor.

Cuando Nicolás volvió en sí, la oscuridad abrumadora entorpeció su visión y creyó haberse quedado ciego por el fuerte impacto que había recibido en la cabeza. Desesperado, intentó gritar, pero no podía hacerlo, ya que estaba amordazado. Tenía los pies y las manos atados fuertemente a una silla de hierro. Al oír unas voces que provenían del cuarto contiguo, se paralizó.

—¡Estás loco, Alberto! ¡Esto que hemos hecho es una locura sin

nombre!

—¡Nooo! —contestó Alberto—. ¡Nico es la salvación de nuestros intereses! ¡Con el rescate podremos tener todo lo que deseamos!

La modelo soltó un taco.

—¿Cómo pudimos llegar a esto, Alberto?

Nicolás sintió que el corazón se le partía en dos al escuchar a las personas que más había querido en este mundo. Su mejor amigo y su amada siempre fueron amantes, siempre lo engañaron, siempre lo odiaron.

—¡Mírame, mujer! —bramó Alberto, y agregó con rabia—: ¡Por amor hago todo esto! Yo te amo con locura y ¿tú?

Mónica lo abrazó con vigor.

—Te amo y por ti daría mi vida...

Nicolás sollozó con amargura.

—No lo matarás, ¿verdad? —insistió ella.

—No —le dijo Alberto, tajante—. Aunque, ganas no me faltan —se aventuró en tono despectivo.

Nicolás puso atención al parloteo de sus raptores sin lograr controlar el dolor insoportable que sentía dentro.

—¿Por qué lo odias tanto? Eras amigos de toda la vida y él te adoraba Alberto, lo sé porque lo vi y porque siempre me lo repitió... ¿Por qué sientes tanto rencor por él? —increpó Mónica, confundida.

«Buena pregunta» pensó Nicolás.

Alberto la miró desafiante.

—¡Lo odio por mil razones! ¡Desde el colegio! —clamó, furioso—. Nico siempre ha tenido todo, lujos, nombre, talento, belleza, inteligencia..., ¡todo! —giró sobre sus talones y la miró con ojos centelleantes—. No podría vivir en un mundo donde él tiene todo y yo nada.

Nicolás sintió que algo se le rompía para siempre dentro de él, algo que jamás recuperaría.

«¿Cómo pude estar tan ciego?» murmuró para sus adentros Nicolás.

Los agentes especializados en secuestros —contratados por Leonella Ricci—, lograron en poco tiempo un acuerdo millonario con los raptores a cambio de la vida de Nicolás. Sin embargo, se pasaron muchos meses antes de concretarse el pago y la liberación del magnate. Alberto temía por su integridad, huir era su única salida, pero dejar vivo a Nicolás, no.

En ese lapso, Nicolás fue maltratado física y emocionalmente. Alberto aprovechaba la ausencia de Mónica para torturarlo con descargas eléctricas y

latigazos.

—El odio que siento, va más allá de la propia muerte —le aseguró Alberto.

Nicolás lloraba, sin poder gritar ante los dolores que padecía bajo las manos de su cruel amigo. Mónica se encargaba de asear a Nicolás durante su cautiverio en el frío y maloliente sótano mientras Alberto visitaba a los Ricci.

—Mira lo que te ha hecho —masculló la modelo.

Nicolás conmovió a Mónica con sus lágrimas.

—No llores, Nico —le suplicó, al borde de las lágrimas—. Esto no estaba en mis planes.

¿Acaso Mónica empezaba a arrepentirse? El pintor la miró con ojos melancólicos. Mónica se compadeció de su pena y le liberó la boca.

—Te amo, Mónica —fue lo único que articuló el pintor.

La bella modelo lo besó con fogosidad y terminó haciendo el amor con él.

A pesar de poder huir, Nico no lo hizo. Esperaría que su mejor amigo cumpliera su meta final, matarlo y abandonarlo allí, Nicolás prefería la muerte a vivir con aquella amargura lacerante.

—Alberto te matará —le dijo Nicolás, tras el clímax.

Mónica lo miró fijo tras vestirse.

—Él me ama demasiado, Nico —le espetó ella vacilante—. Jamás atentaría contra mí.

—Igual que tú —ironizó el magnate, refiriéndose a lo que acababan de hacer.

Mónica desvió la mirada.

—Si te amara, jamás te hubiera compartido conmigo, —Mónica lo miró fijamente— si te amara, jamás te hubiera metido en esto —le dijo con un nudo enorme en la garganta—. Al menos yo nunca lo hubiera hecho —puntualizó con el alma destrozada.

La duda nació en el corazón de la modelo.

—¿Crees que él me matará, Nicolás? —le demandó días después.

El pintor sonrió con la mirada.

«La duda ha carcomido tu amor» pensó él.

—Fuimos amigos desde niños y aun así piensa matarme...

—Me prometió que no lo haría, Nico.

Nicolás achicó sus ojos.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí tras las negociaciones?



Mónica y Nicolás llegaron a un acuerdo esa misma tarde.

—Llévalo a este pueblo, Mónica —le ordenó Alberto con impaciencia—. No olvides darle estos calmantes.

—¿Todos?

Alberto asintió enérgicamente con la cabeza.

—¡Todos! —le gritó a voz en cuello.

*«Alberto te dará unas cápsulas de cianuro, alegando que son sedantes. Siempre tuvo una rara fascinación por los métodos de suicidio nazi. Luego te dirá que me dejes en algún pueblo de mala muerte, donde me buscará y se certificará si he muerto o no. Después me enterrará y, quizá, en algunos años, con suerte, alguien hallará mi cadáver mientras él fingirá un dolor que en verdad no siente ante mi familia, meditando la manera de librarse de ti sin dejar rastro alguno...»*

evocó Mónica las palabras de Nicolás, días atrás.

—¡Vete mujer! —tronó Alberto, iracundo.

El trueque se hizo días más tarde, el dinero fue depositado en un contenedor de basura, aislado, en una bolsa de trapo de color negro. Albert no desconfiaba de nada, lo único que quería, ya lo tenía.

—He reunido el dinero que pidió Alberto —le dijo la modelo, sonriente—, la caja fuerte estaba repleta de dinero y joyas, que logré vender muy bien en el mercado negro, mi amor.

¿Mercado negro? Pero ¿esta mujer de dónde salió?

—Perfecto, cielo.

—Alberto no desconfiará de nada.

Alberto cogió la bolsa sin problemas y, esa misma tarde, fue al cautiverio para eliminar todo tipo de pruebas que pudieran incriminarlo.

El agente Leonardo Lippi recibió una llamada anónima esa misma tarde. Una voz automática le facilitó la dirección del confinamiento de Nicolás Ricci los últimos meses. El agente, junto con sus mejores hombres, se dirigieron al lugar donde hallaron en flagrante a Alberto. El mejor amigo de Nicolás era el secuestrador.

—¿Listo, Nico?

Él asintió con aire pensativo. Mónica lo dejó en un pueblo cerca de Tirol, a muchos kilómetros de distancia del pueblo elegido por Alberto.

—Hasta pronto, Nicolás —le dijo Mónica con ojos llorosos—. Nos vemos en Turquía...

El millonario la escrutó fijamente antes de bajar del coche. Él ya no la

miraba con amor, con aquel amor tan puro y leal que alguna vez sintió por ella.

—Hasta pronto, Mónica —le dijo antes de bajar del coche y merodear por el pueblo durante horas, sin rumbo alguno, hasta que un hombre lo ayudó a regresar a su hogar, sano y salvo.

Semanas más tarde, Nicolás visitó a su amigo en la cárcel y cuestionó sus razones.

—Éramos como hermanos, Alberto ¿qué te llevó a odiarme tanto? — Nicolás lo escrutó a través del cristal con seriedad y mucha calma, la misma que siempre usó y fastidió a su amigo—. ¿Me pagas con odio el afecto que yo y mi familia te hemos brindado siempre?

Alberto lo miró con desdén y mucho resentimiento.

—Tú y Mónica siempre fuisteis amantes ¿no? Claro, la hemos conocido juntos y me ha interesado, eso impulsó a tu corazón a sentir lo mismo por ella —los ojos de Nicolás se dilataron—, como pasó con Rebecca, la chica de Alex en el colegio. La chica que tú me presentaste sin decirme que era la novia de nuestro amigo, quien más tarde descubrió nuestro romance sin querer, —Nicolás trazó una sonrisa ladina— o, quizá, alguien se encargó de chivar me.

Alberto le lanzó una mirada desafiante.

—Éramos como Caín y Abel, Nicolás... —le dijo entre dientes.

Nicolás esbozó una sonrisa victoriosa.

—Ya sabemos quién es quién en esta historia ¿no? —repuso Nicolás.

El pintor se levantó de la silla y abrochó su chaqueta observándolo sin distraerse un solo segundo. Se acercó al vidrio que los separaba y dijo con soltura:

—Vivirás muchos años, Alberto, muchos más de los que desees. Yo me encargaré de que anheles con demencia la muerte —Alberto esbozó una sonrisa burlona, pero sus ojos delataban su temor, conocía muy bien a su amigo y sabía que era un ser implacable cuando se proponía serlo—. Y esa sonrisa se convertirá en lágrimas interminables para ti. Siempre te advertí que como amigo era bueno, pero como enemigo, era mil veces mejor.

Alberto lo miró con seriedad al tiempo que tamborileaba nervioso sus dedos sobre la mesa, dejando al descubierto su verdadero estado de ánimo.

—Brillaré con la misma potencia que el sol en tu celda cada mañana, en especial en el verano, tu estación favorita del año, en el que yo estaré en alguna playa, feliz, planeando mi futuro con alguna amiga mientras tú te pudres aquí lentamente hasta envejecer —meneó el cuello y adicionó en tono burlón

—: Por cierto, Mónica se arrepintió de sus actos...

Las pupilas de su interlocutor se dilataron.

—Me lo dijo una tarde mientras hacíamos el amor —Nicolás pasó su lengua sobre sus labios—, la tarde que prometí ayudarla a huir de ti, de mí y en especial, de su mala elección...

—¡Mientes maldito!

Nicolás lo miró con jolgorio.

—Dudó por unos días, pero terminó aceptando mi oferta millonaria.

Alberto puso sus ojos en blanco al oírlo.

—Ella se escapó con el dinero que tú pensaste haber encontrado en el contenedor. Yo, personalmente, envié al agente Lippi hasta ti y lejos de ella.

—¡Mientes! —bramó Alberto.

Una sonrisa mordaz curvó los labios del pintor.

—Su ambición cegó su amor eterno por ti. Es su esencia de alacrán.

—¿Por qué la perdonaste?! —le inquirió furioso, Alberto.

Nicolás sonrió con prepotencia.

—¿Quién hablaba de perdón?

—Entonces, ¿por qué la ayudaste a huir?

Una mueca irónica se dibujó en el rostro del pintor.

—¿Dije ayudar? —hizo una pausa expectante y agregó en tono socarrón—: ¿Acaso crees que cometería el mismo error dos veces?

—¿Qué le has hecho a Mónica, maldito hijo de perra?! —le gritó enfurecido Alberto, mientras golpeaba con dureza el cristal.

Nicolás trazó una sonrisa audaz y se encogió de hombros.

—Vivirás con esa angustia, querido amigo... —Hizo una pausa y acotó

—: ¿Quién es en verdad Caín en esta historia? —finalizó con la mirada victoriosa entretanto se alejaba del lugar para jamás regresar.

—¡Malditooo! —tronó Alberto.



Nicolás contempló embelesado el cielo azul, sintiendo una paz indescriptible y primorosa en su interior. Antes de marcharse, entregó un sobre con mucho dinero a un guardia.

—No olvides el acuerdo. Alberto es aracnofóbico —confesó Nicolás y el guardia asintió—. Recibirás un sobre generoso como éste cada mes si

cumples con mis órdenes.

—Será un placer cumplirlas, señor —expresó el guardia con ojos centelleantes.

Desde entonces, Alberto sufrió ataques de arañas, noches enteras gritando hasta la locura. Sus compañeros, enfadados por no lograr conciliar el sueño ante sus berrinches, lo golpearon duramente en pleno almuerzo cierto día.

Actualmente estaba encerrado en una clínica psiquiátrica de máxima seguridad, lunático y paralítico tras los golpes recibidos.

Nicolás regresó al mundo consciente de que jamás volvería a ser el mismo.

Llegó a su departamento, donde Mónica lo esperaba con dos maletas.

—¿Cómo está Alberto? —preguntó Mónica, antes de subir al avión particular de Nicolás.

—Preso —le replicó él.

Mónica estaba muy nerviosa.

—Buen viaje, mi amor —le dijo Nicolás.

—Gracias, Nico.

El pintor le dio un beso en los labios.

«El beso de Judas» pensó él.

—Estaré contigo lo antes posible, bella. Mi casa en tierras turcas te encantará, en especial por las vistas hacia el mar.

La modelo que robó el corazón del magnate y lo destrozó para el resto de su vida, balanceó su mano derecha en el aire.

—Adiós —le dijo el pintor con un enorme nudo en el pecho—. Hasta nunca.

Mónica viajó segura de que él la buscaría para recuperar su amor y casarse con ella. Desesperada y temerosa ante la caída de Alberto, huyó sin titubear.

Mónica llegó el mismo día a Turquía, donde los policías del lugar la detuvieron por posesión ilegal de drogas. Dos kilos de cocaína ocultos en la maleta donde llevaba el dinero del rescate. Mónica gritó, pero nadie la entendió y, nadie, absolutamente nadie, la ayudaría, ya que Nicolás se encargaría de que jamás lo hicieran.

Mónica comprendió que Nicolás le había trazado una trampa letal, de la cual jamás escaparía.

—¡Maldito! —gritó con desesperación y amargura mientras la

encerraban en una celda maloliente y repleta de ratas, como alguna vez ella y Alberto lo hicieron con él.

Desde aquel día fortuito, nadie jamás volvió a saber de la bella Mónica Torricelli.

«La venganza es la única cura que necesita el alma traicionada».

Los ojos de Nicolás se nublaron de dolor al retornar al presente. Sollozó en silencio mientras el sol se alejaba lentamente, dando paso a la oscura y misteriosa noche, la oscura sombra en la que alguna vez estuvo atrapado.

# Recuerdos que matan



**M**i móvil timbró. Lo cogí pensando que era Gianni. Observé el display con ojos perezosos, era un SMS.

Lo abrí mientras me frotaba los ojos con parsimonia.

*«¿Quieres conocer a la mujer que te robó el amor de tu vida? Si apareces en su casa ahora mismo, podrás al fin terminar con tus interrogantes ¡maldita zorra perdedora!».*

Abrí mis ojos como platos al leer aquel mensaje.

—¡Maldita! —gruñí enfurecida al terminar de leerlo—. ¿Lo ha enviado desde el móvil de Davide? ¡Zorra! —chillé enloquecida.

Impulsada por la cólera y el alcohol, decidí ir a la casa de mi ex. Me subí a mi auto y aceleré rumbo a la verdad que tanto anhelaba.

Llegué a la casa de Davide con el corazón en un puño y dispuesta a dar muchos puñetazos a la mujer que destruyó mi historia.

—¡Por Rocky, juro vengarme de esta zorra! ¡Mis puños arden de deseo por acariciarle la cara! —refunfuñaba embravecida, acelerando más de la cuenta mi auto.

Arribé a la casa y descendí como alma que lleva el diablo. Al asomarme, percibí que la puerta no estaba trancada, como si la mujer, además de enviarme el mensaje, me estuviera esperando. Inhalé y exhalé varias bocanadas de aire antes de cruzar el umbral. Subí las escaleras con cautela, sin hacer ruido. Apreté los dientes y los puños con mucha fuerza.

—Es el momento, Paula —me dije y giré el pomo de la puerta con mucho cuidado.

Ingresé de golpe al cuarto y puse mis ojos en blanco al ver a la mujer que conquistó el corazón de Davide. ¿Ella? No puede ser...

—¡¿Tú?! —exclamé perpleja.

Mi alma se despegó de mi cuerpo y mi corazón dejó de latir. Carla esbozó una sonrisa burlona y Davide no lograba articular palabra ante la sorpresa inesperada.

—¿Qué haces aquí, Paula? —inquirió nervioso mi ex, al tiempo que se cubría su parte íntima.

—¿Ella es tu zorra?! —vociferé con un enorme nudo en la garganta—. ¿Era con ella con quien me engañabas todas las noches? —Davide me miró estupefacto, sin comprender mis palabras. —¿Con Carla Ferruzzi!

—¿Carla Ferruzzi? —resopló Davide con una expresión de perplejidad.

¿Por qué me miraba de aquel modo?

—Así es, Paula... —espetó Carla con soberbia.

Davide giró y la miró absorto.

—Tu amado Davide y yo somos amantes hace años, querida perdedora...

La bilis me subió hasta la garganta y dejó un sabor amargo en mi boca. Las sienes me palpitaban como la sangre en las venas.

—¿Tú eres Carla? —musitó él, completamente desorientado.

Carla se levantó de la cama y comenzó a vestirse con cierta premura. ¿Acaso estaba huyendo? ¡Ni loca la dejaría escapar sin recibir su merecido!

—Mucho gusto, Davide —dijo en tono irónico. —Soy Carla Ferruzzi, la adorada Carla Ferruzzi de las Bellini —acotó jocosa y con desdén—. Ahora debo irme —Carla escrutó con desprecio a Davide—, me he aburrido de este jueguito...

Una lágrima descendió de mi ojo, una gota me sobraba aún por derramar por aquel hombre que nunca me valoró y amó. Era rabia, impotencia, tristeza, odio.

—Os merecéis, una zorra y un bastardo —increpé a punto de quebrarme.

—Te equivocas, Paula —declaró Carla al tiempo que se arreglaba el pelo con los dedos. —Vosotros sois tal para cual, una perdedora y un cobarde que nunca tuvo huevos para dejarte por mí. —Davide la fulminó con la mirada, pero no pudo replicarle. —Sentía tanta lástima de ti, temía que te hicieras daño y por ello soportaba tus arrebatos infantiles, —Carla enarcó una ceja—, y mientras te hacía el amor pensaba en mí, solo en mí, Paulita.

—¡Cállate! —gritó Davide a voz en cuello.

—No solo me callo, sino también me marchó de tu vida, Davide —señaló Carla con altivez. —Me has hartado con tus ¡ineptitudes! Yo merezco mucho más que un fracasado como tú...

La impresión me paralizó.

—Te vengaste maldita, ¿no? —demandé a punto de llorar.

«No llores» me decía.

—Te prometí una revancha y mis promesas son sagradas, Paula —recalcó Carla con una mueca burlona. —Destruí tu vida con un placer indecible. Y... —hizo una pausa y acotó con malicia—: ahora será el turno de Anna.

La miré con mucha rabia y sin meditarlo más, me precipité sobre ella. La empujé contra la pared y comencé a pegarle con violencia. Carla gritó pidiendo auxilio, pero Davide la ignoró.

—¡Putas! —rugí como una bestia herida.

La abofeteé una, dos y un sinfín de veces con mis garras afiladas hasta provocarle un sangrado en la boca. Carla reaccionó y me dio un puñetazo en la mandíbula.

—¡Maldita! —chilló.

Carla intentó golpearme de nuevo, pero supe desviar sus golpes con mucha agilidad. A continuación, la arrastré de sus cabellos por la habitación, arrancándole unos mechones.

—¡Suéltame! —vociferó.

Luego me tumbé sobre ella y la golpeé sin cesar.

—Esto va por mí y esto por Anna, ¡maldita zorra! —aullé al tiempo que Davide me sujetaba por la cintura.

—¡Basta! —exclamó Davide mientras intentaba sostenerme sin mucho éxito. Estaba poseída por el dolor, el odio y la ira.

—Ella no merece siquiera tu odio —susurró Davide con tristeza.

Carla se levantó con dificultad mientras la sangre manchaba su barbilla.

—Quédate con mis restos, las Bellini siempre se quedan con mis sobras...

Me aparté de Davide con brusquedad y grité con devoción:

—Aún te duele lo que Marcello te hizo ¿no? —Carla me miró insufrible mientras se limpiaba la sangre de la boca. —¡Todavía sangras por la herida! Te duele en el alma y siempre te dolerá, zorrita mal amada. ¡Hija de puta!

Carla apretó sus dientes.

—Sabes que los hombres adoran tu cuerpo, pero nunca amarán más allá de él, nunca desearán más allá de él... —reí nerviosa—. Anna es mil veces mejor que tú y eso te duele, siempre te dolerá, ramera de quinta. ¡Prostituta del diablo!

Los ojos de Carla centellearon.

—Anna pagará muy caro —manifestó con serenidad. —Llorará lágrimas de sangre por lo que me hizo en el pasado y deseará morir ante el dolor que le estoy preparando —dejé de reír. Una expresión sombría se apoderó de su rostro. —Y tú no podrás evitarlo...

Intenté pegarle, pero Davide se interpuso entre las dos.



—¡Maldición, Davide!

—No la defiendo a ella, Paula... —dijo él—. Sino a ti. Ella no vale la pena...

—No decías eso cuando me embestías hace unos minutos atrás —dijo Carla con ironía punzante.

Davide giró trepidante la cabeza y apostilló con sequedad:

—Vete de mi vida Chiara o Carla. Puede que haya sentido placer entre tus brazos, pero nunca fue amor y tú lo sabías...

Escuté con admiración a Davide y añadí orgullosa:

—Uno más que te desprecia, Carla —dije victoriosa por detrás de Davide, imitando una mueca de asombro—. ¿Te duele?

Carla soltó una risa frenética.

—¡Sois dos idiotas! —tronó entre risas. —Al fin el martirio de acostarme contigo dio el resultado que tanto anhelaba, destruir el corazón de tu novia —dijo con sorna.

Davide y yo la fulminamos con la mirada.

Carla cogió sus cosas y se dirigió a la puerta. Antes de salir añadió:

—Saludos a Anna —carraspeó—, lo suyo está guardado, muy bien guardado —musitó con una malicia inquietante.

Cerró la puerta de un portazo.

Absorta en mil pensamientos y sentimientos, me derrumbé en el suelo completamente rendida ante la verdad inimaginable. Solté un llanto ahogado, desesperado, desconsolado.

—Entre todas las mujeres del mundo y, ¿tenías que elegir justo a ella?

Davide me miró apenado.

—No la elegí yo, Paula. Ella me eligió a mí, y con un objetivo muy preciso.

Lo escuté y me enjuagué las lágrimas con el dorso de la mano. Me incorporé de un salto y me acerqué a él decidida.

—Un objetivo cumplido y sin mucha dificultad que digamos... —dije con infinita tristeza. —Ella te robó el corazón y destruyó el mío de paso.

Davide intentó besarme.

—No lo hagas Davide, te lo ruego —supliqué con las manos en alto. —Bastante me has humillado como para seguir haciéndolo ¿no lo crees?

—Yo te amo, aunque suene un eufemismo, te juro que te amo.

Lo miré con fijeza por unos minutos eternos antes de contestarle con el corazón en la mano:

—Yo también te amo con todo mi ser, a pesar de todo, —suspiré hondo—, pero me amo más a mí misma y jamás... —hice una pausa y agregué—: óyelo muy

bien, jamás regresaría contigo en esta vida —siseé en tono frío. —Tú has elegido por nosotros dos y yo, al contrario de ti, respeto tu decisión.

—Paula, yo...

Lo besé con toda el alma y sin despegar mis labios de los suyos musité:

—Más que palabras, yo necesitaba hechos, Davide.

Él sabía que aquella despedida era irrevocable. Nos miramos por unos minutos con decepción, con rabia, con añoranza.

Me alejé a cámara lenta de su cuarto para jamás volver. Nunca sentí tanto dolor en mi corazón como en aquel momento. Una tímida lágrima cayó de mi ojo derecho ante mi mayor derrota.

—Adiós, amor mío.

Volví al presente, al duro presente. Aquel recuerdo me atormentaba día tras día, noche tras noche. ¿Algún día lograré relegarlo? ¿Superarlo?

Hay heridas que nunca, nunca se curan.

«Nunca».

# Un secreto inconfesable



**N**icolás bebió de un sorbo el resto de su bebida. Nervioso, chasqueó la lengua y se sirvió más vino a continuación. Alex, su amigo, lo miró con curiosidad. El pintor no pasaba por una buena fase. Desde su secuestro era otro, un hombre triste y más introvertido, nada que ver con el Nicolás Ricci del pasado.

—¿Te sucede algo, Nico?

Nicolás suspiró tras asentir.

—Hace unos años atrás, descubrí sin querer, que mi padre padecía de esquizofrenia y depresión, como mi verdadera abuela, su madre.

Alex tragó con fuerza, sin lograr disimular su estupor.

—Mi padre se ha suicidado, Alex, tras hallar a mi madre con su mejor amigo en su cama —siseó el magnate con un enorme nudo en la garganta. La misma experiencia la vivió en carne propia—. Esa misma zorra.

Alex puso sus ojos en blanco y casi derrumbó su copa sobre la mesa. La afirmación de su amigo lo dejó sin aire en los pulmones.

—¿Hablas en serio, Nico? —replicó el médico, sobrecogido.

Nicolás apretó con fuerza su mandíbula, tanto que, un hueso de su cara vibró.

—Infelizmente sí, Alex.

—Jolines —murmuró atónito el médico.

Nicolás suspiró hondo antes de proseguir.

—Por ello decidí hacerme la vasectomía este fin de año, y evitar lo ineludible.

Silencio mortecino.

—Mi decisión es radical, pero es irreversible, Alex.

El médico lo miró fijo por varios segundos, como si estudiara cada

gesto del pintor. Nada había restado del Nicolás Ricci que alguna vez conoció.

—Sé por experiencia propia, que infelizmente, esa enfermedad mental es hereditaria —repuso Alex, pesaroso—. Mi madre ha padecido de ella y Regina la heredó—. Aspiró hondo, como si hubiera corrido varios kilómetros sin parar—. Regina jamás superó la muerte de nuestra madre, en especial porque fue ella quien la encontró en la bañera el día que se cortó las venas...

Una oleada de tristeza envolvió el corazón del médico.

—Todos creyeron que mi madre había muerto como consecuencia del cáncer, sin embargo, fue el cáncer emocional el que la mató antes de tiempo...

Los ojos del médico se nublaron entretanto un silencio sepulcral se instalaba entre ellos dos por varios minutos. Las cigarras y las ranas rellenaron el hueco, hasta que el médico decidió hablar:

—Hemos tenido todo lo que el dinero puede comprar en esta vida, Nico, todo —puntualizó con un enorme nudo en la garganta.

Los ojos del pintor se encapotaron lentamente, a pesar de su entereza.

—Pero nos ha faltado el amor de una familia —una lágrima trasparente y tibia rodó sobre la mejilla derecha de Nico. —El amor de un padre y de una madre, cuyo único deber en esta vida era protegernos y amarnos...

Alex y Nico se miraron fijamente.

—Al final, tuvimos que protegernos nosotros de ellos...

Una intensa emoción hizo parpadear varias veces al médico.

—Tú mejor que nadie, sabes lo que es sufrir en esta vida, Nico.

Nicolás asintió con la cabeza tras sorberse por la nariz.

—Ambos crecimos solos, en un mundo tan hipócrita, donde lo único que importan son las apariencias —hizo una pausa—. Y tuvimos que aprender a aparentar, a pesar de todo y, ante todo.

—Mi abuela siempre decía que, tras nuestras bellas máscaras, se escondían nuestras verdaderas esencias —matizó Nicolás con voz entrecortada—. Y que muchas veces, nosotros mismos, olvidábamos cuál era la real y la falsa...

—El disfraz de una mentira... —subrayó Alex, taciturno.

La lluvia retornó a la ciudad y empapó gran parte del porche trasero del barco. Nicolás bebió un buen sorbo de su copa, al igual que su invitado.

—Nadie, excepto tú, conoces este secreto, Alex.

Alex hizo un gesto con la mano derecha, como diciéndole «no te ofusques, tu secreto está a salvo conmigo».

—Pero hay algo más, ¿no?

El pintor giró su rostro y clavó sus ojos azules en el médico. Meditó bastante antes de lanzarle su conjetura. Llevaba días pensando en lo mismo y temía estar enloqueciendo, como alguna vez sucedió con su padre. La presencia de Anna en su vida cambió los matices de su alma, la pequeña joven, a pesar de su estado anímico, siempre lo animaba y le hacía ver más allá de la pena. Sentía un cariño inestimable por ella y, a veces, hasta dependencia emocional. Un minuto a su lado y el mundo se veía mejor.

—¿Es posible enamorarte de alguien que jamás has visto y jamás podrás hacerlo? —soltó tras beber un sorbo de su copa.

Alex sonrió de costado.

—Me enamoré de Anna sin ni siquiera hablar con ella. El amor es un misterio, Nicolás.

—¿Aún la amas?

Alex bebió un buen sorbo de su copa.

—Hasta el último día de mi vida.

Silencio. La duda se estampó en la cara del pintor.

—¿Puedes enamorarte de un fantasma?

Alex arrugó con exageración su entrecejo.

—¿No comprendo, Nico?

El magnate suspiró hondo al tiempo que evocaba a Paula, la prima de Anna, la mujer que irrumpía sus noches a través de sus sueños.

—Cuando estuve secuestrado, ella apareció en mis sueños, por primera vez.

Alex lo miró fijo, prestándole toda su atención.

—Hace unos días, supe quién era, Alex.

El médico intentó no mirarlo con asombro, pero fue inevitable.

—¿Me estás diciendo que la chica existe, pero nunca la viste antes?

Un largo y sonoro suspiro se escapó de los labios del pintor.

—Sí, pero jamás podré conocerla en persona, Alex.

—¿Por qué no?

Nicolás reflexionó bastante antes de emitir una verdad realmente perturbadora.

—Ella está muerta.

«Dios mío, Nico ha enloquecido».

—Últimamente, anhelo dormir para encontrarme con ella y sentir esto que da sentido a mi existir.

El médico posó su copa sobre la mesa de madera y observó con

atención a su amigo. Sus palabras exhalaban nostalgia y esperanza, pero, ante todo, demencia.

—¿Sigues tomando tus antidepresivos, Nico?

La pregunta de Alex fue como recibir un puñetazo en el estómago. Se quedó sin aire en los pulmones y, por un momento, incluso se mareó.

—Los he dejado —le dijo con sinceridad—. Creo que volveré a mis terapias —acotó y zanjó el tema por la raíz.

Nicolás comprendió que abrir su caja torácica con él fue un grave error.

—Nico...

—Es producto de mi estado, Alex.

Esa noche decidió dormir en su barco, seguro de que allí ella no lo encontraría, pero estaba equivocado, ella siempre lo encontraba.

—¿Por qué huyes de mí, Nico?

Nicolás la tiró hacia él y la envolvió con sus brazos, como un pulpo lo haría con sus tentáculos. Ella recostó su cabeza sobre su pecho.

—Porque temo perderte y volver al abismo, Paula.

—No comprendo nada, pero estar aquí me hace feliz, Nico, muy feliz.

—Nunca pensé que fuera posible sentir esto por alguien que nunca conocí y, —suspiró hondo— que nunca conoceré en esta vida.

Paula alzó la vista y lo miró con magnitud.

—Tampoco yo.

Se dieron un beso apasionado, un beso que les devolvió la vida por unos instantes.

—Creo que me he enamorado de ti, Paula.

Los ojos de la muchacha se anegaron de lágrimas.

—Yo nací amándote, Nicolás Ricci.

Nicolás la hizo suya en aquel mundo paralelo, donde la dicha era eterna y la tristeza nunca abordaba.

El magnate sonrió con tristeza al volver al presente mientras bebía vino al son de la banda sonora de la película *«Por amor a Rossana»* del compositor Trevor Jones. Miró el atardecer con ojos soñadores desde su barco, donde solía buscar refugio por las tardes.

—Paula —susurró con un enorme nudo en el pecho—, fuiste tan mía en aquel mundo paralelo...

## Buscando al enemigo



**M**e quedé petrificada por varios minutos. No podía moverme, no podía respirar, no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Fue real? ¿Carla ha vuelto a mi vida? Mi corazón latía fuerte, alocadamente, para ser más precisa. Tanto tiempo esperé por aquel momento y ahora ni siquiera sabía cómo reaccionar.

—¿Tienes certeza? —le pregunté al investigador de mala muerte que contraté para buscar a Carla.

—Totalmente, señorita Bellini.

Me apoyé contra la puerta con la respiración entrecortada. ¡Era el momento de vengarme!

Me marché al club donde trabajaba Carla hacía un par de meses. Era el mismo sitio donde trabajó antes de casarse con Alessandro. Una tal Fiorella le dijo a mi investigador que Carla era la amante del dueño.

—Llegó tu hora, maldita zorra.

Decidí ir sola al sitio, a pesar de los consejos de mi investigador, que me sugirió que esperara hasta que comprobara todo. No podía perder el tiempo. Ya no.

Llegué al lugar con mi vespa. Era un sitio realmente de mala muerte. Aparqué la moto y contemplé con ojos críticos el club.

—Es una ratonera —dije asombrada—, ¿en verdad cayó tan bajo la señora Mancini?

Tragué con fuerza.

—¿Cómo entraré allí? —me pregunté.

Un hombre de unos dos metros de altura se acercó a mí con cara de pocos amigos. Se arregló la camisa blanca, dejando al descubierto su arma.

«Mierda».

—¿Eres la nueva bailarina? —me inquirió con voz seca.

Lo miré condescendiente y aproveché el momento de confusión para adentrarme en el club. No había de otra.

—Soy Rubí —le dije resoluta.

El hombre se acercó y me tocó el culo con lascivia.

—Uy —dije y di un leve respingo.

Tiró el cuello de mi blusa hacia adelante y echó un vistazo a mis pechos.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte —le dije con firmeza—, Carla Ferruzzi me recomendó este sitio —solté y lo paralicé.

—Esa putilla era la mejor del club —me dijo tras encender un cigarro —, era la más deseada de todas.

«¿Era?».

—Hace más de un año que no sabemos nada de ella —me dijo con tristeza—. La última vez hicimos una orgia indeleble —me indicó con la mano derecha—. Era tan insaciable...

Todo empezó a darme vueltas. Carla no estaba allí. Su móvil timbró y tuve ganas de salir corriendo, pero no podía.

—Permiso, bella.

Cogí mi móvil mientras él hablaba con alguien en el suyo. Escribí la dirección del lugar y un «socorro» en mayúscula. Envié el mensaje a Gigo, rogando al cielo porque pudiera salvarme de mi mala decisión.

—Ven, Rubí.

En el camerino, apenas iluminado con una bombilla naranja y que olía a pis de gato y rata, conocí a Fiorella, una de las tantas mujeres que trabajaba allí. Era morena, alta, de curvas perfectas y unos ojos sin brillo. Aquella mujer estaba al borde de la muerte. Unos gemidos de placer me indicaron que aquel sitio no solo era un club de striptease, sino también un prostíbulo.

«Dios mío, ¿dónde me metí?».

Fiorella me maquilló y me entregó la ropa que llevaría puesta aquella noche. Mi primera noche como bailarina de un burdel. El maillot negro brillante era un trozo diminuto de tela con lentejuelas plateadas hecho para una niña de diez años, pensé abatida. Fiorella bajó mi blusa y me colocó una crema brillante en los senos. Ser tocada por una mujer era algo muy, pero muy extraño.



—Vístete, en un rato te llamarán.

Entré en el cuarto de baño y me quité toda la ropa, menos las bragas. Me puse la ropa diminuta y me miré al espejo.

—Soy una prostituta.

Fiorella me quitó la goma del pelo y dejó mi larga melena castaña suelta.

El hombre de horas atrás entró y me miró de tal manera, que me sentí completamente desnuda.

—Te ves deliciosa.

Me tocó el culo y di un respingo.

—Date la vuelta —me ordenó y obedecí de mala gana.

El espejo del cuarto de baño, aunque era pequeño, me daba una ligera idea de cómo me quedaba el maillot por detrás. Me hacía una buena idea de lo que ellos estaban apreciando, dos nalgas redondas y desnudas, salvo en la parte donde se unían, que estaba cubierta por un pedazo de tela.

—Saldrás en media hora —me dijo él—. Soy Gianluigi —apostilló y me sonrió con malicia.

Levanté la vista y lo miré con preocupación. En cuanto nos dejó a solas, aproveché el momento para preguntarle a Fiorella por Carla.

—¿Dónde está Carla?

Ella me miró con atención y también con asombro.

—¿Eres amiga de ella?

Asentí con la cabeza tras tragar con fuerza.

—No la veo hace tiempo, quedamos en vernos aquí, pero ha desaparecido.

—Hace más de un año que no la veo. Esa maldita me debía mucha pasta. Huyó de aquí con un argentino y desde entonces, no la volví a ver.

Una alarma se encendió en alguna parte de mi cerebro.

—Entonces ya no está aquí.

Fiorella se maquillaba con destreza frente a la ajada peinadora del camerino maloliente.

—Se habrá ido lejos con el hombre rico que venía todas las noches aquí. Me prometió volver lo antes posible, pero eso hace más de un año. Carla desapareció y nadie sabe de ella desde entonces.

—Tu turno —me dijo el hombre.

—Te dejo mi número —le dije a Fiorella—. No pienso quedarme aquí más de una noche. Te ayudaré a salir de este sitio.

Ella rio de buena gana.

—¡Nadie sale de aquí una vez que cruza la puerta!

Me estremecí.

—Dime tu número —me dijo y tras recuperarme de la impresión, le dicté mi número de móvil—. Quizá Carla regrese y te pueda ayudar.

Crucé el largo y pestilente porche temblando como una hoja. Durante el trayecto, escuché gemidos y también gritos. Era un prostíbulo clandestino. Algunas trabajaban en la calle, otras aquí y otras tantas en los cuartos rojos que estaban repartidos por todo el edificio.

—Empezaremos con cincuenta euros —dijo Gianluigi tras salir del camerino.

Según entendí, me presentarán como una chica de pueblo, virgen e inocente. ¿Virgen e inocente? Me reí para mis adentros, en especial al evocar mis aventuras con Davide.

«Davide». Su muerte aún me dolía mucho, mucho más que su traición.

La subasta se haría durante mi sensual baile del caño. Salí al palco y una luz potente lastimó mis ojos. Me protegí con ambas manos en un acto reflejo mientras rogaba porque Gigo apareciera para ayudarme a huir.

—¡Les presentamos a Gata salvaje!

¿En serio? ¿Ese era mi nombre artístico? «*Ordinary love*», de Sade, comenzó a sonar a todo volumen. Me moví de un lado a otro, con cierta timidez al principio, luego con más sensualidad. Me dejé llevar por la canción y por las ansias de salir de aquel abismo. Meneé las caderas con mucho erotismo robándome silbidos de admiración del público.

—¡Cien euros! —gritó uno.

Cogí el caño y copié lo que Demi Moore hizo en su película.

—¡Dos cientos euros! —gritó otro.

La luz no me permitía distinguir los rostros de mis futuros clientes.  
¿Eh?

—Cinco mil euros —dijo alguien con prepotencia, una voz muy familiar.

«Nico». Abrí mis ojos como platos mientras todos soltaban gemidos de estupor. ¿Cinco mil euros? ¿En serio?

—Vendida —le dijo Gianluigi, y me cogió del brazo con cierta violencia—. Es toda tuya, guapetón.

Nico me miró con seriedad y cierta severidad. Me sentía desnuda ante su mirada felina.

—¿Qué haces aquí? —vocalizó con sus labios.

Abrí la boca para replicarle, pero la volví a cerrar cuando mi jefe me dijo:

—Baila para él, todos deben apreciar lo que se han perdido.

Nico estaba sentado en un sofá de cuero, mirándome con expresión interrogante. Gianluigi me empujó y me obligó a sentarme sobre él.

—Perdona —le dije y me senté a horcajadas sobre su regazo.

Nico apretó con fuerza sus dientes mientras la canción «*By your side*» de Sade sonaba. ¡Muy apropiada!

—Paula —masculló algo nervioso, la vena palpitante de su cuello lo delataba—. ¿Trabajas aquí?

Abrí mis ojos con exageración.

—No —le dije zaherida—. Ya te explicaré.

Nico olía muy bien y se veía hermoso con su suéter negro y sus pantalones del mismo tono. Gianluigi me llamó la atención y comencé a moverme con sensualidad sobre las piernas de mi primer y último cliente.

—Los agentes de la Bermer están en camino —me dijo tras soltar un gemido de placer.

Aumenté el ritmo de mis oscilaciones. Sus caderas respondían a cada embate de las mías. Respirábamos entrecortadamente.

—Paula —gimió apretujándome contra él.

Nuestros jadeos se entremezclaron mientras nos mirábamos con devoción, con admiración y con algo más, que me costaba definir con palabras.

—Quítate el corpiño —me ordenó mi proxeneta.

Abrí de golpe mis ojos, como si acabaran de meterme algo grueso y duro en el trasero.

—No tienes que hacerlo —me susurró Nico, rojo como un tomate.

Su parte íntima estaba dura como una roca y un cosquilleo particular entre mis piernas me hizo jadear. Estaba a punto de correrme.

«Maldito celibato».

Me quité el sostén del maillot con mucha sensualidad, como si allí estuviéramos solos. Nico acarició mi mejilla sin desviar la mirada de mis ojos.

—Por cierto, ¿te gustan estos sitios, Nico?

Me miró con asombro.

—No, he venido tras recibir tu mensaje.

Puse cara de espanto.

—¿Te envié a ti el mensaje?

Él asintió. «Mierda».

—He venido para salvarte, Paula.

¿De mí misma?

—Gracias —modulé con mis labios.

Rodeé su cuello con mis brazos y me pegué a él lo máximo que podía, evitando que mis senos se expusieran frente a sus ojos. Sus manos posaron en mis caderas. Nos miramos con intensidad por unos minutos. No dijimos nada, no era necesario. Nico se apoderó de mis labios sin darme la oportunidad de pensar o rechazarlo. Invadió mi boca introduciendo su lengua y enredándola con la mía. Empecé a succionarle los labios al tiempo que enterraba mis dedos en su pelo, sujetándole la cabeza mientras le devolvía el beso. Comencé a mover las caderas en un acto reflejo. El deseo me atravesó como un rayo, en especial cuando él apretujó mis nalgas con sensualidad.

—Paula —gimió a punto de estallar.

—Nico... Nico... —canturreé mientras me agarrotaba y daba una sacudida contra él—. Oh, Dios... —dije al tocar el cielo tras tanto tiempo.

Nico abrió su boca e introdujo su lengua para que copulara con la mía una vez más.

—Saldremos de aquí ahora mismo, Paula.

Nico me apretujó contra su cuerpo y me pidió que confiara en él. Asentí ruborizada como un tomate. Se quitó el suéter que llevaba puesto y me cubrió con él. Nico tenía una camiseta negra ceñida que realzaba su buen porte y su blanca palidez debajo del suéter. Salimos del sitio con discreción tras pagarle al encargado.

—¿Me dirás qué hacías aquí, Paula?

Le conté todo camino a mi casa.

—Paula —me dijo derrotado—, no te ates al dolor —me aconsejó—, la vida te ha dado una segunda oportunidad, ¡disfrútala!

¡Era fácil decirlo!

—No puedo, Nico

Nico cogió mis manos y las besó. Me dijo que podía ayudarme a olvidar el pasado, a superar el dolor, pero yo no quería hacerlo, aún no.

—Ven conmigo —me dijo—, viajaré por una temporada a Estados Unidos.

¿Huir era la solución? ¡No! Estaba cansada de huir.

—No puedo, Nico.

—No quieres, Paula.

Nico estaba cansado de mí y mis actitudes, así que hizo lo mejor, alejarse de mí a tiempo. Se despidió con un beso apasionado, diciéndome que hasta ahí había llegado su paciencia. Todo en la vida tenía un límite.

—Paula..

—Adiós, Nico —le dije con el alma a mis pies.

No tenía nada para ofrecerle por el momento. Nada más que odio y resentimiento.

—Lamento no haberte conocido antes —me dijo apenado y se marchó.

«También yo».

Decidí viajar, desaparecer una temporada.

## Al otro lado del miedo



**N**icolás decidió viajar a tierras americanas tras meditarlo bastante. La distancia lo ayudaría a ordenar sus pensamientos y sus sentimientos.

Su abuela lo apoyó, al igual que su hermana.

—En la empresa de Nueva York te esperan con los brazos abiertos, mi amor.

Nicolás asintió sin levantar la vista. La depresión había retornado y con más fuerza que tiempo atrás. Luciana lo miró apenada.

«Pobre, hermano» pensó la estilista.

—Necesito estar alejado de todo y de todos —dijo caviloso—. Resucitar mi alma o salvar lo que ha restado de ella.

Subió a su cuarto y cogió algunas cosas de su armario. Se duchó y se vistió a toda prisa. Optó por unos vaqueros oscuros y un suéter del mismo color.

—Informal y deprimido —se dijo con sorna tras perfumarse.

Bajó las escaleras absorto en sus pensamientos más sombríos y secretos.

—Buen viaje, cielo —le dijo Leonella.

Besó con afecto a su abuela, a Laura y a Luciana. Nicolás era el vivo retrato del dolor y la desesperanza.

Su hermana tragó con fuerza.

—Hasta pronto, hermano.

Nicolás bajó las escaleras frontales de la mansión absorto en sus pensamientos más renegridos.

—Vaya a donde vaya, el dolor irá conmigo —se dijo el magnate antes de subirse a su coche.

Durante el trayecto, pensó en su tormento, en Paula.

—Paula Bellini —masculló tras sentarse en el avión—. ¿Dónde te has

metido?

«En tu corazón» le dijo su cerebro. Apretó con fuerza sus dientes.

—Lo mejor fue alejarte a tiempo de mí —masculló mientras escrutaba la ventanilla—. No tengo nada para ofrecerte, nada más que mi dolor y mis tormentos.

El rostro de Paula asaltó su mente y agitó sus latidos con violencia.

—Espero que seas muy feliz, Paula —dijo con un enorme nudo en la garganta—. A mi lado jamás podrías serlo...

Evocó el día que estuvieron en el pueblo Bagni di Lucca, en el puente Maggio, su sitio favorito en todo el mundo, meses después de salir de su cautiverio.

—*Amo este sitio, Nico —le dijo la italiana tras alzar la vista—. Solo aquí encuentro paz —sus ojos se oscurecieron—, algo que me parece tan inalcanzable tras el secuestro —dijo en tono quejumbroso.*

*El pintor le dio un tímido beso en los labios. Quería decirle que la dicha sería el premio de ambos tras lo vivido, pero no creía en ello, así que decidió callarlo. El secuestro que padecieron les cambió, los mató por dentro.*

—*La paz volverá, bella —le dijo sin mucha convicción.*

*¿En verdad volvería? Paula parpadeó.*

—*¿Será, Nico? —el escepticismo se apoderó de su voz—, a veces es mejor dejar de esperar, de soñar, de creer —Nicolás apretó los dientes en un acto reflejo—, cuando dejas de hacerlo —fijó sus ojos en el pintor—, el dolor, el desengaño, la decepción ya no te afectan, ya no te mutan, ya no te lastiman.*

*«Dios mío» pensó Nico con el corazón en un puño. Paula Bellini había sepultado su alma.*

*Paula lo miró con auténtica adoración. El magnate fijó sus ojos azules en los de ella e intentó descifrar sus pensamientos.*

*Nicolás Ricci, su amor platónico en la adolescencia, estaba allí a su lado, besándola cada tanto, sin embargo, la enorme tristeza que cargaba en su interior, la impedía disfrutar de aquel momento tan soñado. ¿Volvería a ser feliz algún día? ¿Volvería a soñar? ¿A sonreír sin dolor? ¿A dormir sin miedo? ¿A amar? El magnate la observó con embeleso tras encender algunas velas. Se acomodó a su lado acto seguido.*

—*Es hermoso, Paula.*

*El millonario no se refería precisamente al cielo estrellado de*

*aquella épica noche. Paula lo atisbó con ojos melosos.*

*—Lo más hermoso que vieron mis ojos —buscó sus labios con cierta urgencia.*

*«Te quiero» pensó él y decidió callarlo por el bien de Paula, que aquella noche desapareció de su vida sin dejar rastro.*

*Ella huyó del dolor, porque al final, el amor solo la había causado sufrimiento. Nicolás cogió sus cosas y su corazón antes de marcharse del pueblo, antes de partir de la vida de Paula.*

*—No te culpo —dijo caviloso—, tarde o temprano uno de los dos huiría de esto, huiría del dolor inevitable que siempre conlleva el amor.*

*¿Era el amor la condena o la salvación de sus almas?*

*Nicolás retornó al presente con el alma a sus pies.*

*—Nunca olvidaré aquella noche —se dijo con melancolía—. Nunca, Paula Bellini.*



# En busca de paz



**E**l tiempo había pasado en un suspiro, pensé mientras me lavaba los dientes ensimismada en mis propias cavilaciones. Bostecé con los brazos levantados hacia arriba tras peinarme. Me enfilé hacia la sala y observé curiosa la chimenea de la sala que aún estaba en desuso.

—Me encanta esta chimenea de estilo victoriano —dije ensimismada.

Necesitaba una reforma con urgencia, como mi corazón.

«Eres pobre» me dijo mi cerebro.

Las restauraciones de antigüedades costaban lo suyo. ¿Cuánto me costaría un trasplante de corazón?

El tiempo había pasado, más de un año desde la boda de Anna y Marcello. Mi querida prima se mudó con su dios germánico a Alemania, donde vivirían una temporada. ¡Dios! La echaba tanto en falta. Anna era mi alma gemela y, sin ella, simplemente, no podía vivir.

—¡Dios! ¡Es tarde! —exclamé al visualizar mi reloj de pulsera.

Salí de casa tras cambiarme de ropa. Cogí mi móvil y llamé a Anna tras entrar en la cafetería de la esquina.

—Buen día, hormiguita —le saludé.

Ella preparaba algo en la cocina mientras hablaba conmigo. Anna siempre fue muy «ruidosa» a la hora de prepararse cualquier cosa.

—¡Buen día, Paula!

Anya le pidió algo. Me emocioné hasta las lágrimas cuando la escuché decir «Mutti».

—Te amo, mi amor —le dijo Anna.

Yo jamás podré ser madre, las drogas que Emma usó para mantenerme dormida y los golpes que había recibido durante mi cautiverio me dejaron

estéril, según mi médico. En ese lapso, vi a una mujer embarazada y mis ojos se llenaron de lágrimas. Nunca sentí envidia de nadie, hasta ahora. Cada vez que veía a una mujer encinta, algo en mi ser se rompía.

«Difícilmente podrás concebir, Paula» resonó en mi cabeza la voz del médico que me atendió meses atrás.

Hasta aquel día, no sabía cuánto quería ser madre. Me enjuagué la lágrima con el dorso de la mano a toda prisa. Era demasiado orgullosa como para dejarme vencer por el dolor.

De pronto, evoqué el día que mi hermanito fue enterrado, el día que mi madre me dijo que el dolor más grande de una mujer era perder a un hijo.

—*¡Giulio!* —gritó mi madre con exasperación sobre el ataúd abierto —, *mi niño hermoso —lloró con amargura—, mamá siempre te echará de menos, siempre mi príncipe —yo estaba con Anna, sin entender lo que estaba pasando—, ¿quieres que te lea un cuento? ¿Quieres una galleta de coco? —besó el rostro de mi hermano con adoración—, no me dejes, hijo —le rogó llorando—, ¿me prometes que te cuidarás? ¿Qué comerás bien? ¿Qué nunca nos olvidarás?*

*Mi mamá me dijo que Giulio estaba durmiendo, pero ¿por qué lloraban si solo estaba descansando? ¿Me estaban mintiendo? Mi padre besó la cabecita de mi hermanito llorando a lágrima viva. Nunca lo vi llorar, nunca lo vi bajar los brazos, nunca lo vi tan triste como aquel día.*

—*Adiós, campeón* —le dijo mi padre sollozando—, *papá siempre te amará y nunca, nunca te olvidará, mi pequeño valiente.*

*Intentaron apartar a mi madre del cajón, pero ella se resistió.*

—*¡No!* —*pataleó—, ¡es mi hijo! ¡No pueden quitármelo! ¡Lo he llevado nueve meses en mi vientre! ¡No pueden quitármelo! ¡Nooo!* —*mi padre la abrazó y le dijo dulces palabras—, ¡No!* —*le golpeó el pecho con los puños—, ¡no quiero separarme de mi bebé! ¡Él me necesita a su lado! ¿Quién le preparará su desayuno? ¿Quién le ayudará con sus tareas? ¿Quién le dará el beso de las buenas noches?*

*Mi padre lloraba con desfallecimiento.*

—*Los ángeles lo cuidarán, mi amor.*

*Me acerqué al ataúd con pasos firmes.*

—*¡Giulio!* —grité de repente y todos me miraron—, *¡levántate! Ya no me gusta este juego* —le dije llorando—, *ponle su suéter azul, su suéter de la suerte* —*Anna me estiró el suéter—, él odia esa ropa que le han puesto y odia ese peinado* —*me aproximé y le alboroté el pelo como le gustaba a él*

—, Giulio —le dije y le puse el suéter sobre su torso—, levántate para cantarme el feliz cumpleaños —mi madre gritó de dolor—, ¿te has olvidado que hoy es mi cumpleaños? Estabas ansioso por comer la tarta de chocolate —todos empezaron a sollozar con más dolor—, ¿quién soplará conmigo las velitas? Ya sabes que Anna y yo no podemos solas...

Giulio no abrió los ojos, no se movió, no me dijo nada. Solo entonces, comprendí que nunca más lo vería en mi vida tras aquel día. Le puse mi canica favorita entre sus manitas heladas y le di un último beso aquella fría tarde de diciembre en que yo cumplía ocho años de vida. Aquel día, en lugar de recibir regalos, enterré a mi único hermano.

La voz de mi prima me devolvió al presente, anegada en lágrimas.

—¿Sabes algo de Nico, Paula?

Me enjuagué con una servilleta mientras evocaba las palabras de Nico, días antes de desaparecer de su vida.

«Somos dos almas destrozadas por la vida, por las personas y por los recuerdos».

Nicolás Ricci y yo estábamos condenados a ser esclavos del dolor. Podíamos compartirlo, pero nunca superarlo.

—¿Prima? —me dijo Anna.

Volví al presente, al triste presente.

—Tengo una cita de trabajo —le dije a Anna, tras coger una taza de café desechable—, y no sé nada de Nico.

Pagué a la dependienta por el café.

—¿Para la nueva revista que competirá con Potenza? —me demandó risueña—. ¿Cómo se llama?

Crucé la calle a toda prisa.

—La revista «Gloria».

Era la competencia de Potenza, y, muchas futuras periodistas, como yo, soñaban con formar parte de su plantel.

—¿Por qué no has aceptado la oferta de nuestra abuela, Paula?

Suspiré hondo.

—Nunca fui un parásito, Anna —le dije con firmeza—, ni siquiera acepté trabajar para mi padre.

Anya rio de buena gana, estaban mirando el dibujo animado favorito de Anna: «Hormiga atómica». Lo reconocí por su peculiar himno.

—Adoro a mi sobrina alemana —mascullé con el corazón en cada palabra.

—Tía Paula te adora, cielo —murmuró Anna.

—¡Y yo a ella! —gritó Anya con su peculiar acento alemán.

Un ramalazo de alegría arrolló mi corazón.

—Me has dicho que mal tienes para pagarte el pasaje de autobús, Paula.

Era cierto, estaba hundida en la miseria. ¡Mal tenía para comer! Pero era demasiado orgullosa como para aceptar la ayuda de mis padres o mi famosa y poderosa abuela, con quien casi no mantenía contacto.

—No te preocupes, hormiguita, y sé feliz con ese alemán tozudo. Yo me las apañaré —sonreí de costado—, quizá hoy sea mi gran día.

—Así será, Paula.

Anna rio por lo bajo y supe al instante que diría alguna travesura.

—Anoche hicimos nuestro primer trío, Paula —alegó tras recomponerse.

Abrí con exageración mis enormes ojos castaños claros.

—¿Tú y Marcello han hecho qué?

Anna me explicó que había comprado una muñeca inflable, con quien tuvo su primera experiencia sexual lésbica. Marcello, en lugar de excitarse, se rio como un loco.

—¡Ménage á Trois! —chilló riendo—. Le puse demasiado óleo corporal —me reía como una desquiciada mientras ella me relataba su experiencia—, me resbalé y mi marido se rompió a reír de mí. ¡Fue cómico no erótico como planeé!

Nos reímos a todo pulmón tanto que, una pobre viejecita, que se cruzó conmigo, se asustó. Me miró con severidad, pero la ignoré.

«Cruz mental» musité. Hoy necesitaba buenas vibras, más que nunca.

—¡Soy tan feliz, Paula!

Suspiré emocionada al escucharla. Mi prima al fin era feliz como se lo merecía.

—¡Come perdices al horno, Anna! —bromeé antes de colgar.

Cogí un taxi, ya que estaba muy elegante para ir en autobús. El señor Cesare me ha pagado mi miserable sueldo el otro día. Era mi vecino, un hombre antipático y avaro que me ofreció trabajo. Limpiar su casa tres veces a la semana fue la peor experiencia de mi vida como mucama. Miré mis manos maltratadas con expresión ensombrecida.

«Necesito una manicura» me dije con sorna.

Podía gozar de la buena vida siendo la nieta de Leonella Ricci, pero

no, prefería valerme por mí misma. Mi padre me ofreció dinero, pero rechacé, a medias. Cogí la mitad a modo de préstamo.

—¡Eres tan soberbia, hija!

Estaba enfadada con él.

—Es mejor así, padre. El resto conserva para tu hijo.

¡Han oído bien! Mi padre había tenido un hijo con su amante, quien había muerto en un grave accidente meses atrás. Tiempo después, Giovanni apareció en su vida. Mi madre no solo lo perdonó, sino también adoptó al niño como hijo suyo.

—Míralo —me rogó el último domingo.

Miré al bebé de ocho meses con indiferencia.

—No quiero que use el cuarto de Giulio —le dije tajante.

Mi madre me miró con lágrimas en los ojos.

—Él no tiene la culpa, Paula.

Nadie la tenía, excepto mi padre. El perdón vendrá, algún día, quizá. Estaba demasiado confundida y dolida como para comprender a los demás. Herida, amedrentada, sola, perdida y ahogada en el odio. La vida fue muy cruel conmigo, que hoy, mal podía dormir sin tener pesadillas. Hablando de ello, ¿qué habrá sido de Nico? Odiaba admitirlo, pero lo echaba mucho de menos. Según leí en internet, estaba en tierras americanas, disfrutando de la buena vida, volviendo a ser el mismo de siempre, el hombre inconquistable y mujeriego. Esboqué una sonrisa ladina.

—Nicolás Ricci volvía a ser el mismo hombre del pasado, del hombre que me enamoré cuando era una adolescente —dije antes de bajar del taxi rumbo a mi gran oportunidad.

## Volviendo de las cenizas



**N**icolás organizó una gran fiesta de inauguración en su pletórica mansión de cristal. La residencia estaba repleta de modelos y viejos conocidos. Todos tenían algo en común, querían pasarla bien.

—Buenas noches —saludó el magnate con su peculiar voz seductora. Observó con ojos curiosos el recinto mientras apuraba su copa. «Todas son iguales» murmuró para sus adentros.

El empresario necesitaba con desesperación resucitar al Nicolás Ricci del pasado, al rompecorazones, al hombre inconquistable y sin remordimientos.

—Esa es Phoebe Miller —le dijo Steve—, tiene apenas dieciocho años, pero es una fiera en la cama.

Nicolás decidió rodearse por personas que pensaban como él. Que actuaban como él. Que sólo buscaban placer. Sólo sexo.

—Hola —saludó a la bella joven.

Charló con ella cordialmente hasta que vio a una pareja que conocía y con la mirada se entendieron. Minutos después, en compañía de la joven, Nicolás se acercó a la pareja. Jack y Rachel sonrieron al verlo tras tanto tiempo.

—¡Nico! —exclamaron ambos—, es un placer volver a verte.

Tras una charla amena, los cuatro se encaminaron hacia uno de los tantos cuartos de la residencia. Todos sabían lo que querían.

—¿Lista? —le preguntó a la modelo.

—Completamente.

«A Mónica la hubiera tratado igual» pensó Nicolás antes de abrir la puerta del suntuoso cuarto. La noche prometía ser bastante excitante para los

cuatro. En ese lapso, evocó a Venus, la mujer que lo hechizó en el pasado y, a quien, nunca conoció. Luciana le dijo que era Mónica, pero cuando se acostó con ella, descubrió que no lo era. Venus era un fantasma, un fantasma que se había robado su paz tiempo atrás en las tantas fiestas pecaminosas que la agencia organizó tras los desfiles.

—Estás guapísimo, Nico —le dijo Rachel, y le devolvió al presente de golpe.

Al entrar en la habitación, Jack se sentó en la cama mientras Rachel, su hermosa mujer, besó a Phoebe con mucha pasión. Nicolás se mordió el labio inferior a la espera de que comenzara su caliente juego.

—Quiero que la disfrutes —le dijo Nicolás a Rachel—, luego quiero tenerlas a ambas.

Phoebe temblaba mientras pensaba en el placer que aquel atractivo, sensual y misterioso hombre le daría aquella noche. Nicolás sonrió satisfecho al ver el brillo peculiar en los ojos de Rachel.

—Te devoraré —le susurró ella.

A Nicolás le gustaba sentir la excitación de las mujeres, la atracción que despertaba en ellas con tan solo mirarlas.

—¿Estás preparada, Phoebe?

Nicolás se puso detrás de ella.

—Sí —jadeó ella al sentir la punta de la lengua de Nicolás en su oreja.

—¿Dispuesta a que los tres juguemos contigo? —insistió pasándole las manos por sus voluptuosos pechos.

Ella asintió y se le aceleró la respiración cuando Nicolás le apretujó con más vigor los pechos.

—Así me gusta...

Nunca, ninguna mujer, había rechazado sus propuestas indecentes. Nunca. Nicolás era tan irresistible, que todas, absolutamente todas, caían bajo su influjo, y más cuando miraban sus ojos azules.

—Pensé que nunca volvería a verte —le dijo Rachel con coquetería.

Nicolás paseó sus ojos azules en su rostro y sonrió con sensualidad.

—He vuelto, cara mía —se dieron un apasionado beso mientras Phoebe y Jack hacían lo mismo.

Phoebe se daba la vuelta para mirar a Nicolás mientras Jack le devoraba el cuello. Su mirada lujuriosa hablaba por sí sola. Lo deseaba. Deseaba que la tocara, que la hiciera gemir entre sus fuertes brazos. Se moría por sentir al famoso empresario sin alma, como todos lo conocían en el mundo

de la moda. La única diferencia, es que, en aquel tiempo, Nicolás tenía una.

—Que empiece el juego —dijo el magnate.

Comenzó a desabrochar los botones de la blusa de Rachel, mientras la respiración de ella se aceleraba. Sus pechos erguidos, sus duros pezones, lo enardecieron aún más.

—Me encantan tus pechos.

—Son para ti —le ofreció ella—. Siempre lo serán, Nico.

Nicolás sonrió con chulería. Se sentó en la cama y le hizo una señal con el dedo para que se acercara mientras Jack desnudaba a la joven a un costado. Nicolás llevó su maravilloso pezón derecho hasta su boca. Durante varios minutos, lo lamió y succionó hasta ponérselo duro como una piedra.

—Echaba de menos esto —susurró Nicolás sin apartar su boca hambruna del pecho de Rachel.

En ese lapso, le bajó la cremallera de la falda, que cayó a sus pies. Acto seguido, le arrancó el tanga de un tirón y éste cayó al suelo también.

—Mi turno —dijo la americana.

Rachel le desabrochó el pantalón y se lo quitó junto con el bóxer. Se sentó en la cama y, tocándose con sensualidad el miembro, murmuró:

—Para ti, bella.

Rachel se acuclilló entre sus piernas y cogió su erección, y sin pensarlo se la metió en la boca. La degustó. La disfrutó mientras Nicolás cerraba los ojos y Phoebe chupaba a Jack. La pasión los lanzó al precipicio en pocos minutos.

—Quiero saborearte, bella —le dijo Nicolás minutos después.

Rachel se sentó en el borde de la cama y abrió sus piernas de par en par, dejando al descubierto su excitada parte íntima. La boca de Nicolás era impetuosa, y cuando le chupó con deleite, ella sólo pudo jadear y disfrutar.

—Me vuelves loca, Nico —la mujer se arqueó—, el mejor...

El pintor metió su lengua en su palpitante sexo y empezó a moverla de manera infernal, saliendo y entrando en ella con cierto salvajismo.

—¿Te gusta?

Ella tembló.

—Mucho —jadeó.

Separó más las piernas, dejándose llevar por aquel delicioso momento. Un gruñido de satisfacción les hizo saber que Jack había llegado al clímax.

—Súbete a la cama y ponte de rodillas sobre Phoebe.



Rachel hizo lo que él le había pedido. Una vez la tuvo como deseaba, Nicolás se subió a la cama tras ella y acercando la boca a su oído, murmuró:

—Deja caer tus pechos en su cara.

Cuando Nicolás vio que Phoebe se los metía en la boca, musitó:

—Quiero que roces tu sexo con el de ella hasta hacerla gritar de placer.

Rachel y Phoebe empezaron un ardiente juego de fricción. Nicolás y Jack las miraron con deseo. Phoebe se estremeció cuando Rachel aumentó el ritmo de sus roces. Rachel y Phoebe tocaron el cielo en pocos minutos. Rachel se desplomó sobre la modelo y se besaron con mucha pasión.

—Te follaré hasta hacerte gritar —le dijo a Rachel—, ponte a cuatro patas...

Nicolás se puso un preservativo y lentamente se introdujo en Rachel. Él le dio un empujón que profundizó su arremetida. El marido la agarró por la cintura y la movió para encajarla más en Nicolás.

—Quiero que te folle como un animal —siseó él.

Nicolás sonrió al oírlo y se incrustó en ella hasta tenerla totalmente empalada.

—¿Así, Jack? ¿Quieres que me folle así a tu mujer?

Rachel jadeó.

—Así... fóllatela así.

Nicolás sonrió satisfecho e incrementó su ritmo mientras los pechos de ella caían sobre la cara de Phoebe. Jack rasgó un preservativo y una vez se lo hubo colocado, dijo mirando a Phoebe:

—Siéntate sobre mí.

Ella se deslizó con cautela de la cama mientras Nicolás continuaba acometiendo a Rachel cada vez con más fiereza.

—Me vuelves loca, Nico...

La joven se clavó en Jack a horcajadas. Con maestría, él la movió.

—Así, hermosa —jadeó Jack.

Rachel gritó cuando el clímax la envolvió.

—¡Oh, sí! —gritó, mientras Nicolás la embestía una y otra vez.

El magnate se retiró del cuerpo de Rachel tras alcanzar su propio orgasmo.

—Esto apenas ha empezado —dijo el empresario.

Nicolás cerró los ojos. El sexo lo relajaba, pero una parte de su vida estaba incompleta. Le dolía reconocer.

«Paula». Maldijo al evocarla.

—Tú has decidido por los dos —se dijo con firmeza.

Observó cómo sus amigos continuaban con su particular baile sobre la cama. Una nueva erección creció en él.

«Hora de jugar» se dijo sin mucha convicción.

Cuando vio que el orgasmo había tomado el cuerpo de Jack, se puso un nuevo preservativo y se dirigió de nuevo a la cama, agarró a Phoebe y la penetró de golpe sin previo aviso. Ella gritó. Agarró con fuerza sus caderas y comenzó a moverla a su antojo mientras ella jadeaba enloquecida.

Jack se colocó delante de ella y le introdujo su miembro en la boca. Ninguno paró hasta notar que sus cuerpos se tensaban y finalmente se dejaban llevar por el placer.

Nicolás Ricci, el hombre sin alma, había vuelto.

# Una segunda oportunidad



**R**etiré un frasquito de perfume de mi bolso y me lo rocié. Era una muestra gratis que había adquirido en una perfumería. Limpia y perfumada, a pesar de la miseria. ¡Vaya drama! Me recordaba a las protagonistas de las telenovelas mexicanas que solíamos ver con Anna cuando éramos adolescentes.

—Hola, Brina —le saludé a mi pequeña muñequita en forma de llavero—. Eres mi amuleto de la suerte —acaricié su rostro con el dedo índice.

Brina y el reloj que me había regalado Nico, tiempo atrás, en Bagni di Lucca, siempre iban conmigo a todos lados.

—Nico —dije con tristeza y decepción.

El millonario excéntrico y mujeriego había retornado, usurpando el lugar de aquel simpático y dulce hombre que había conocido tiempo atrás tras volver a la vida.

El recuerdo asaltó mi mente y zarandeó mi corazón...

—*¿He estado en tus sueños, Nico?*

*Él asintió mientras me ofrecía una copa de vino.*

—*Sí, bella.*

*¿Cómo eso era posible? ¡Jamás nos conocimos!*

—*¿Por qué te cuesta creer tanto, Paula?*

*Le dije que siempre fui muy escéptica y, tras el secuestro, mucho más.*

—*¿Crees en el amor en tiempos de sueño? —me dijo él con ternura.*

*Mi lengua venenosa partió su corazón en dos.*

—*No creo en el amor, Nico.*

*Su rostro era el vivo retrato del dolor.*

—¿Qué debo hacer para cambiar tu manera de pensar, Paula?

*Me puse pensativa y borde. No creía en el amor, no podía hacerlo tras lo vivido. El amor siempre fue símbolo de sufrimiento y decepción para mí.*

—Si algún día llueve pétalos de rosas, quizá cambie de opinión, Nico.

*Aquello era imposible. Nico lo sabía y por ello decidió tomar otro rumbo, lejos del mío.*

Mi sinceridad heló su corazón y, de cierta manera, lo alejó de mí. Aunque debía resaltar que Nico solo necesitaba una razón para volver a ser el mismo de antes. El secuestro lo desestabilizó, pero el dolor lo volvió más fuerte, más frío y más distante. O, sea, dicho en otras palabras, resucitó al Nicolás de siempre.

Ralentiqué mis pasos de golpe y me observé a través del cristal de un escaparate. Llevaba puestos unos pantalones de vestir de color negro, zapatos con tacones y una camisa blanca ceñida combinada con un collar de piedras negras. A pesar del maquillaje, las ojeras tendían a cobrar vida propia bajo ella. Anna me decía que necesitaba desahogarme, pero me costaba hacerlo. Había llorado mucho durante mi cautiverio, ahora era momento de renacer de las cenizas.

Crucé la calle apresurada. Debía estar diez minutos antes en el lugar. Al final y al cabo era yo la que necesitaba del puesto y no al contrario.

—Buenas tardes —me dijo amablemente uno de los camareros.

Cuando escuchó mi nombre, sus ojos brillaron con fulgor. Me sentí como una Miss que acababa de ganarse algún concurso. Por muy poquito no empecé a lanzar besitos en el aire.

—¡Adelante, señorita Bellini! —canturreó con alegría, como si se hubiera ganado un premio.

Nos subimos al área vip del local. Tomé asiento en la mesa indicada por él y pedí una taza de café expreso con algunas galletas de chocolate. Necesitaba energía para soportar el día.

—Además, lo pagará el agente de la revista —me dije sonriendo con astucia—. Comer gratis era la leche.

«¿Cómo será el agente personal de la revista? ¿Será guapo como sus tantos modelos? No lo creo, probablemente es un hombre bajito, regordete y calvo».

Minutos después, alguien me saludó por detrás, una voz nada ajena a

mí. ¿No puede ser cierto?, me dije atónita. Giré vertiginosamente el rostro hacia él.

—Buen día, Paula.

Alelada, esboqué algo muy parecido a una sonrisa antes de devolverle el saludo matutino.

—Buen día, Nico.

Allí estaba mi martirio orgásmico, Nicolás Ricci, con su sonrisa cautivante y su belleza arrebatadora. Dios, las bragas se me empaparon, fue inevitable.

—Estás hermosa —me dijo sonriendo con una expresión difícil de definir con términos humanos.

Nicolás Ricci había vuelto, sin lugar a dudas. El hombre tímido y tierno que conocí tras mi rescate había desaparecido. Aquello me postró a sus pies, ya que ante mis ojos tenía, nada más y nada menos, que a mi amor platónico. ¡Sí! Aquel Nicolás me gustaba mucho más que el niño tonto que conocí tiempo atrás.

Estaba embelesada y asombrada. Atontada y excitada.

«Hambrienta y excitada». Era como si estuviera viendo al Papa y no a él. Me faltó bajar la cabeza o santiguarme. ¡Qué blasfemia! Paula, me reproché.

—¿Puedo? —me preguntó con cortesía y me limité a asentir.

Su perfume «carísimo» irrumpió mis fosas nasales y me robó un largo y sonoro suspiro. Retiró la silla y se puso cómodo. Lo estudié de arriba abajo sin poder dar crédito a lo que veían mis ojos. Su traje negro y su pelo igualmente negro resaltaban su piel nívea, en contraste con sus grandes y expresivos ojos azules. Tenía la mirada muy profunda y misteriosa.

«Se te cae la baba mujer» me dije y cerré la boca, que se me había abierto ligeramente ante la impresión.

Nos miramos fijo por unos instantes, que me parecieron eternos.

—Veo que estás muy sorprendida con mi presencia, Paula —instó.

Lo miré desafiante y, por unos segundos, me pareció que lo sorprendí. Aquella Paula ni en sueños conocía. La Paula fragilizada tras el secuestro quedó soterrada en aquel frío y mugroso sótano por decisión propia.

—Un poco, Nico.

La canción «*Hips don't lie*» de Shakira sonaba en el local, recordándome la próxima copa del mundo en Alemania.

«¿Quién será la nueva campeona?» me pregunté, evocando de manera

ineludible mi apuesta con Marcello. ¡No veía la hora de verlo vestido de Pitufito! Me reí para mis adentros.

—Uhm, esto de la copa del mundo me tiene hastiado —comentó Nicolás, y me arrancó de mi trance futbolístico de golpe.

Lo miré como si acabara de salirle otra cabeza.

—¿No te gusta el fútbol? —solté desconcertada.

Me miró como si estuviera desnuda. ¿Lo estaba? Me miré y suspiré aliviada tras comprobar que estaba muy bien vestida. Nicolás siempre me dejaba muy nerviosa e insegura, de cierta manera.

—No —repuso tras bajar sus llaves sobre la mesa—. Nunca me gustó.

Aquella afirmación fue como recibir una bala a quemarropa. ¿Un italiano que no amaba el fútbol? ¿En serio? Oteé embobada el llavero que le había regalado tiempo atrás, un corazón partido en el medio. Bueno, aquella Paula era tan dramática y cursi. Nico siguió mi enfoque. Carraspeé nerviosa y pasé a otro tema ágilmente.

—¿Tú eres el asistente cascarrabias del señor Mengoni?

Una irónica sonrisa curvó sus labios.

—Uhm —murmuró sin abandonar su sonrisa—. Veo que me ha mencionado en su carta. —Enarcó su ceja derecha—. En realidad... soy su jefe —extendió su impecable mano derecha en mi dirección.

La analicé por unos segundos antes de cogerla con suavidad.

—Mucho gusto, Paula. Soy Nicolás Ricci, el dueño de la revista Gloria —lo miré como si acabara de desnudarse—. ¿Decepcionada?

«En absoluto» pensé al imaginármelo sin ropas. Meneé la cabeza en un gesto negativo, sin desviar la mirada de su hermoso rostro. La situación era muy extraña.

—Esperabas a algún gordito, calvo y poco agraciado ¿no?

«¿Cómo lo ha adivinado?».

Abrí mis ojos como platos y él sonrió con malicia. Deslicé mi mano reseca de su suave y bien cuidada mano.

—Pero soy yo, el nieto irresistible de Leonella Ricci —se mofó.

Negué con la cabeza y tracé una sonrisa taimada.

—Me gusta verte sonreír, Paula —esgrimió antes de posar sus manos sobre las mías—. Perdona, ¿puedo tutearte?

Podía tutearme, desnudarme, besarme, chuparme y todo aquello que quisiera. Esboqué una sonrisa ladina ante mi ocurrencia.

—Es momento de hacerlo con más frecuencia.

Fruncí mi entrecejo algo confundida. ¿A qué se refería exactamente?

—Sonreír —me aclaró como si me hubiera leído la mente—. De ser posible, siempre.

Lo miré con embeleso y él no me fue indiferente. El camarero nos sirvió dos tazas de café y unas galletas de chocolate.

—He venido a hacerte una oferta de trabajo, ¿te interesa?

Nicolás fue directo al grano, sin titubeos ni preámbulos.

«¿Si necesitaba? ¡Estaba desesperada!».

—Me interesa, señor Ricci —le dije con firmeza y me gané a cambio una sonrisa condescendiente.

—Tutéame —glosó tras beber un sorbo de su café—. Las formalidades dejemos para el trabajo, Paula.

Nicolás continuaba observándome como si me estuviera viendo por primera vez en su vida. ¿Tendré monos en la cara? O, peor, ¿se me habrá corrido el rímel? Me observé a través de la ventana acristalada a un costado y suspiré aliviada al verme. ¡Gracias a Dios mi maquillaje estaba intacto!

—Me gustan los desafíos —me dijo de pronto, rellenando el silencio mortecino que se había instalado entre nosotros dos por unos instantes—. Me encanta fastidiar a quien intenta imponerme algo —repuso con ojos brillantes.

¿A qué se refería? Me sentía algo desorientada. Lo miré expectante.

—Mis socios no aceptan a novatos, —se pasó la lengua sobre sus labios de un modo muy sensual—, pero yo te quiero a ti.

Abrí con exageración los ojos.

«Y yo a ti» musité embobada. Meneé la cabeza y parpadeé varias veces al volver en mí.

—Por fortuna, Nico —le dije sonriendo.

La canción de Elisa Toffoli «*Dancing*» irrumpió el sitio, inmortalizando aquel momento. Nico me miraba de un modo difícil de explicar. Me miraba con curiosidad, con atención y cierta nostalgia. ¿Nostalgia? ¿Será? Desvió la mirada y visualizó su reloj de pulsera.

—Nos están esperando, Paula.

Una bofetada imaginaria me devolvió a la realidad.

—¿Disculpa?

Me explicó que el socio principal de la revista nos aguardaba en Toscana, en mi tierra adorada.

—¿Tu socio principal? —repetí anonadada.

Nico sonrió de un modo muy ladino.

—Leonella Ricci nos está esperando en Toscana, a orillas del Torre del lago Puccini —solté un suspiro ahogado al oír el nombre del lugar—. Debemos viajar hasta tu tierra para firmar tu contrato de trabajo.

—¿Es necesario?

Me miró desafiante.

—Sí, debes ver a alguien que has esquivado por mucho tiempo.

«Mi abuela».

—Se está muriendo, Paula.

La culpa envolvió mi corazón, pero no lo ablandó. Había retornado del infierno, sin embargo, seguía dura como un granito con respecto a ciertas personas. Me había distanciado de mi abuela, de todos, en realidad. Ella me buscaba, pero yo siempre estaba muy ocupada para atenderla. Sabía que se estaba muriendo, no obstante, poco o nada me importaba, aparentemente, ya que muy en el fondo, me dolía bastante su situación.

—Has aceptado mi oferta y ahora solo falta que firmes el contrato laboral —me dijo sin parpadear—. Soy algo... impaciente.

Alcé ambas cejas.

«¿Qué esperas para desnudarme y hacerme el amor aquí mismo, sobre la mesa?». Mi cerebro tenía vida propia, claro estaba. Nico me miró con intensidad y todo mi ser se estremeció.

—¿Cuándo debemos viajar? —le pregunté tras recomponerme de la excitación.

Nicolás visualizó su carísimo reloj por segunda vez, era muy similar al que me había regalado tiempo atrás. El recuerdo asaltó mi mente y agitó mi caja torácica.

*Nico se quitó el reloj y me lo dio mientras observábamos el atardecer más hermoso de nuestras vidas en mi sitio favorito, el puente Maggio.*

—Para ti, Paula.

*Cogí el reloj con expresión de confusión.*

—¿Me regalas tu reloj, Nico?

*Él meneó la cabeza en un gesto negativo al tiempo que cogía mis manos y las besaba con los ojos entrecerrados. Me estremecí de pies a cabeza, creo que siempre lo haría.*

—Te estoy regalando mi tiempo, Paula —me dijo tras abrir sus ojos azules y clavarlos en los míos—, cuando tú decidas, allí estaré.

*Por coincidencia, aquel reloj dejó de funcionar el día que partí de su vida.*



Su voz me devolvió al presente.

—En dos horas. Mi avión particular nos aguarda en el aeropuerto, pero bebe tranquila tu café, bella. No te preocupes por nada —finalizó solemne y con mucho tacto.

Le miré con disimulo sobre mi taza, Nicolás era un hombre muy apuesto y enigmático. ¡Y olía a gloria! Me recordaba al conde Monteschinni, a quien vi cierta vez en Milano. Alto, atlético, pelo oscuro, ojos muy azules, barba prominente, tez blanca y el porte, ante todo, el porte.

—Por cierto, he contratado a una joven llamada Elena Bianchi para cuidar tu casa durante tu ausencia —siseó.

Abrí con exageración los ojos, tanto que, por poco no salieron volando de sus órbitas.

—No soy quien soy por perder el tiempo con trivialidades —manifestó con firmeza y mucha seguridad. Mi corazón bombeaba con fuerza—. Además, Elena será tu asistente personal.

Cogí sus manos y lo miré con mucha magnitud. Nico apretó con fuerza sus dientes, ya que mi gesto lo descolocó por completo.

—Gracias por todo, Nicolás.

Me miró con magnitud.

—Llámame, Nico, por favor —me pidió sonriendo y agregó con cierta jovialidad—: o puedes llamarme dios romano, pedacito de mal camino o bomboncito con piernas...

Me reí de buena gana ante su ocurrencia. ¡Era tan engreído y simpático! Una mezcla exquisita entre alegría y esperanza irrumpió mi interior.

—Nico —mascullé.



Nos retiramos del lugar rumbo a mi casa. Allí me presentó a Elena, una joven muy agradable y tímida, que se encargaría de mi casa y mis mascotas por unos días.

«Vivian y Lucy» unas perras callejeras que encontré y adopté sin pensar dos veces. Ambas estaban muy heridas cuando las hallé, al igual que yo cuando me encontraron Marcello y sus amigos en aquel sótano abandonado.

—Mucho gusto, Elena.

—El gusto es mío, señorita Bellini.

—Paula —la corregí.

—Paula —repitió sonriendo.

Preparé algunas ropas y luego besé a mis amiguitas de cuatro patas. Elena cuidaría mi casa como si fuera suya, me dijo antes de que partiéramos al aeropuerto. Tenía algo especial en su mirada y eso me reconfortaba el alma.

—Buen viaje.

—Gracias, Elena.

Llegamos al aeropuerto y nos subimos al avión particular de los Ricci sin perder el tiempo. Miré embelesada el lujoso avión.

—Disfruta, bella —me dijo Nico al coger una copa de champán—. Por las segundas oportunidades.

¿A qué se refería exactamente? Estaba muy intimidada ante la ostentosa realidad de aquella familia.

—Uau —musité deslumbrada.

Ayer estaba limpiando acuclillada el suelo como una verdadera Cenicienta, y, hoy, la suerte me saludaba. Mis emociones me traicionaron y las lágrimas me delataron. Era un júbilo infinito por un lado y una pesadumbre desgarradora por el otro.

¡Estaba llorando! ¡Era un milagro! Un pañuelo de seda llegó justo a tiempo.

—No llores, bella —me dijo apenado Nico tras cogerme de la mano—. La vida siempre premia a los guerreros.

El hombre dócil y caballeroso que él insistía en esconder detrás de su máscara de hierro había retornado.

—No me mires tanto, Paula...

Me sorbí por la nariz al tiempo que fruncía el entrecejo en un gesto de confusión.

—¿Por qué? —le demandé en un susurro y sin parpadear.

—Puedes terminar enamorándote de mí... —declaró sonriendo.

Lo miré incrédula y aparté mi mano con presteza. La magia de unos segundos atrás, se esfumó de un plumazo.

—Eres muy engreído.

Me lanzó una mirada muy ladina.

—Un engreído muy sexi ¿no?

Era imposible no sonreír a su lado. Le empujé levemente. Cogió mi mano y la besó antes de echarle el ojo a la azafata, que por las miradas que intercambiaron, deduje que ya se conocían muy bien.

—Esto es para ti, Paula —me dijo al tiempo que me entregaba un

sobre blanco—. Es de nuestra abuela.

Cogí el sobre con manos temblorosas.

—Te dejaré a solas, bella.

«Mientras tú te diviertes con la azafata».

—Permiso, Paula —acotó—. Solicitan mi presencia.

«¿Qué les decía?».

—Ajá.

Contemplé la carta con cierta rabia y desdén. Leonella Ricci, la dama de hierro, la mártir de la moda, la estatua imperativa, la famosa estilista italiana aclamada por los mejores periodistas del mundo entero me había escrito a mí, a su nieta, la fugitiva.

—Abuela —musité ensombrecida.

Había enviado una carta a su revista días atrás, una carta laboral, no personal. Quería un puesto por mérito propio y no por privilegios.

—Dios...

Recogí mi pelo en un rodete improvisado y comencé a leer la carta:

*Mi querida Paula:*

*La vida nos ha puesto en el mismo camino tras haber consultado durante mucho tiempo al hado. Quizá ha tardado más de lo que debía. Sin embargo, creo que ha sido en el momento justo.*

*He leído tu carta con júbilo y cierta incredulidad. Me quedé bastante asombrada al leerla, después de recibirla de mi asistente personal, cuyo carácter tirano es bastante conocido en nuestro medio. Mi mano derecha es muy intransigente e incommovible, pero lograste impresionarlo y esta carta es la prueba de ello.*

*Cuando descifré las líneas de la tuya, más bien laboral, supe al instante que eras digna de merecer una oportunidad en mi mundo, incluso más allá de lo profesional. Seré directa y precisa como lo he sido durante toda mi vida. Llevo ya un lapso siguiendo tus pasos de forma misteriosa. Estudié tu vida profesional a través de tu Blog: «Marcada por el destino». Me encontré reflejada en él, en sus líneas, en tus seguidoras y en especial, en ti. Observaba con mucho interés tus mensajes, tus comentarios, tu manera de pensar. Tienes mucho talento y me gustaría tenerte a mi lado, trabajando para mí. Ningún sitio será mejor que la nueva revista que hemos fundado con Nicolás, mi querido nieto. En Gloria podrás desenvolver mejor*

*tu gran talento como periodista. En este preciso momento y, sé que no me equivoco al afirmarlo, ciertas conjeturas han invadido tu mente y tu corazón. Yo estoy dispuesta a respondértelas personalmente, cada una de ellas, cara a cara, sin titubeos, ni interrupciones. Creo poder asegurarte que tengo la solución para tus problemas, quizá no la cura para tus heridas emocionales, pero al menos, una buena y eficaz medicina para lograr la cicatrización a largo plazo. Tenemos mucho de qué hablar, Paula. Mucho más de lo que te imaginas.*

*A partir de ahora, será decisión tuya aceptarla o rechazarla. Te pido que lo reflexiones muy bien y te daré una semana exacta para ello. Conviviremos ese lapso y descubriremos juntas lo que ocultamos bajo nuestras máscaras.*

*Con amor  
Tu abuela*

*Leonella Ricci*

«Tengo miedo de quererte, sabiendo que pronto me dejarás, abuela».  
¿Por qué no lograba decirlo fuera de mi cabeza?  
«Porque temes sufrir».

Una hora después, aterrizamos en la pista privada de los Ricci. Nicolás me ayudó a bajar las escaleras.

—Bienvenida, Paula.

Besó el dorso de mi mano y me estremecí una vez más. Aquel hombre misterioso podía conmigo. Me gustaba mucho más que el Nicolás dulce y triste que conocí tiempo atrás. De cierta u otra manera, me recordaba a la Paula de antes, a la chica alegre y soñadora que no tenía miedo a nada.

—Gracias, Nico.

Esbozó una sonrisa no apta para cardíacas. Me sentía como la protagonista de la película «Mujer bonita», no podía evitar compararme, se me escapaba siempre, lo siento.

Un chófer particular nos esperaba en el aparcamiento. Nos subimos al elegante coche negro y arribamos una hora después a la ornamental mansión. Mi corazón disparaba con fuerza. Nicolás me ofreció su mano tras abrirme la puerta.

—Bienvenida, Paula.

—Gracias —le vocalicé con los labios.

Nicolás y yo cruzamos el umbral de la enorme puerta principal tras saludar al mayordomo. El suelo era de mármol brillante y el techo alto como los de una catedral, de una elegancia indescriptible. En el centro del vestíbulo estaba la enorme escalera de caracol, alrededor de la cual se disponían las distintas estancias, todas muy amplias y luminosas.

«Uau».

Nos encaminamos a la sala, donde alguien nos saludó con afabilidad.

—Buenas noches, Paula —me dijo Leonella Ricci en tono muy suave—. Bienvenida a tu casa, cielo.

Tragué con fuerza. Nicolás giró su rostro y me miró fijo:

—Debes romper con las cadenas que te atan, Paula —me dijo él.

Mis ojos se nublaron lentamente.

—Nunca hemos hablado, Paula —me dijo ella—. A solas...

La escruté intimidada por unos instantes y creo que ella hacía lo mismo conmigo. Una mujer cuya belleza y elegancia eran imponentes como su propio nombre.

—Buenas noches... —hice una pausa y agregué con voz trémula—: abuela...

Me observó con mucha ternura al oírme decir por primera vez el lazo sanguíneo que nos unía. Yo siempre supe la verdad, mientras según entendí, ella nos buscaba día y noche por toda Italia. Mi padre y mi tío siempre comentaron sobre su cruel madre, la famosa magnate que los abandonó cuando eran pequeños por amor al dinero y a la fama. Era el secreto que nunca revelé a nadie.

Mi abuela me miró con infinito cariño. No obstante, su actitud fue fría y distante. Ni siquiera intentó acercarse a mí. ¿Recelo?, ¿timidez?, ¿miedo?

Nicolás se acercó a ella. Besó su mejilla derecha antes de retirarse del salón. Giré mi rostro y le lancé una mirada huidiza, él me guiñó un ojo antes de cerrar por completo la puerta. Volví a girar mi rostro y observé a la mujer que dio a luz a mi padre y a mi tío, la mujer que los abandonó por un hombre rico, un hombre que la convirtió en lo que hoy presumía: Leonella Ricci, mi abuela paterna, la mujer poderosa, elegante, aclamada por las mejores revistas nacionales e internacionales.

—Mañana hablaremos mejor sobre mi propuesta. Ahora ve a descansar en tu recámara. Laura, el ama de llaves, te acompañará.

Leonella se acercó y me acarició la mejilla con dulzura maternal.

—Te he esperado ansiosa, Paula —me dijo antes de besarme—. Toda

mi vida —agregó conmovida—. Y con tu permiso, me retiro. Hoy estoy más fatigada que nunca. Las fuertes emociones me debilitan mucho —me dijo en un hilo de voz.

—Mi abuela se estaba muriendo. Inevitablemente.

—Buenas noches, abuela.

Se retiró de la sala tras besarme la frente.

—Descansa, mi amor.

El ama de llaves se acercó a mí a continuación. Me saludó con amabilidad y algo sorprendida al reconocermela.

—¿Tú eres la nieta de mi señora? —me inquirió con perplejidad la mujer de unos setenta años.

—¿Me recordaba?

—El mundo es un pañuelo, señora —manifesté.

«Lleno de mocos».

Leonella subió la escalinata de mármol con una elegancia única. Giró su delicado rostro tras subir cuatro escalones y musitó serena:

—Hasta mañana, mi dulce nieta.

Toda la piel se me erizó al escuchar su afirmación. Los ojos se me nublaron, fue inevitable.

—Buenas noches, abuela.

Tragué con fuerza. Nicolás regresó sin la chaqueta y la corbata. Llevaba la camisa negra arremangada y comía algo que no sabía al cierto qué era, parecía una galleta o, quizá, una tostada con alguna crema untada en ella. Besó al ama de llaves con afecto tras limpiarse la boca con una servilleta blanca de tela. La mujer soltó una risita ahogada al oír su cumplido. Era un rompecorazones.

—Te juro que he pensado en ti, Laura —se mofó él sonriendo.

Lo miré con atención, a mi amor platónico de la adolescencia. Unas mariposas irrumpieron mi estómago como en aquel tiempo en que soñaba con conocerlo, besarlo y amarlo. Mentalmente me había casado con él y tuvimos varios hijos. ¡La magia del primer amor! La canción «*Yo te voy a amar*» del grupo N`sync empezó a sonar en mi cabeza. Era la canción que escuchaba mientras escrutaba sus fotos en las revistas de moda. Mi secreto. Ni siquiera Anna conocía aquel secreto, era demasiado quisquillosa con mis cosas.

—La llevaré a su cuarto, Laura. No te preocupes... —declaró él, esbozando una sonrisa ladina.

Nico me miró de pies a cabeza como si fuera un perro hambriento ante

un buen trozo de carne.

—Está bien, mi niño...

Nicolás me ofreció su brazo izquierdo, que entrelacé con el mío tras meditarlo bastante, dos segundos, para no pecar de fácil.

«¿Tenía que ser tan guapo?». Lo devoré mentalmente, trocito a trocito, con tenedor de plata, como lo haría mi adorado Hannibal Lecter.

«Muy bien, Paula» me dijo mi caníbal favorito, haciendo aquel ruido peculiar con los dientes.

«Ñam ñam».

—Hueles tan bien, Paula —me susurró.

«Qué piropo más original» pensé con sorna. Esperaba más del famoso pintor italiano rompecorazones.

—Dior es bueno —bromeé y él sonrió de costado.

Subimos a la segunda planta y me enseñó el cuarto donde dormiría durante mi estancia allí. Me aparté.

—Santo cielo —dije entre dientes mientras caminaba por el recinto con los ojos entornados—, ¡es precioso el cuarto!

Nico me observaba desde el umbral de la puerta, recostado contra el marco y con los brazos entrelazados. ¡Era tan sexi el desgraciado! Se acercó y se lanzó a la cama, colocó sus brazos por detrás de su cabeza a modo de almohada y entrelazó sus piernas una sobre la otra.

—Si te apetece, puedo dormir contigo, Paula.

«Desnúdate, mi amor, y realiza todas tus fantasías más obscenas conmigo. ¡Todo el Kamasutra!».

Le lancé una mirada asesina, fingiendo un disgusto bastante ficticio.

—No pasará nada que tú no quieras, bella.

«¿Tendrá el Kamasutra cerca?».

Escruté a un lado. Sujeté un cojín del sofá y lo arrojé con fuerza.

—En la negación está oculta la verdad —me dijo risueño tras coger el cojín con agilidad y colocarlo debajo de su cabeza.

—Eres un cualquiera, Nicolás Ricci —le dije ceñuda.

El nieto de Leonella se carcajeó del fondo de su corazón. Yo no muté mi expresión de estupefacción. Su forma de ser era realmente desconcertante. Siempre lo imaginé serio y aburrido, pero por fortuna, era bastante resuelto y divertido. Aunque, no pienso decírselo, ya tenía el ego bastante henchido.

«No mires su bulto, Paula».

Y otras zonas también las tenía bien «vistas».

—Deberías sentirte halagada, muchas sueñan con dormir conmigo y disfrutar de mi cuerpo, Paula.

Le lancé una mirada muy venenosa, que le robó una sonrisa radiante. Me crucé de brazos y solté algo fastidiada:

—Invita a la azafata.

Nicolás puso cara de espanto, como si acabara de darle una bofetada.

—Con ella me acuesto de vez en cuando, pero dormir, lo hago con pocas —instó y me miró con deseo—. Muy pocas...

Nos hemos besado unas veinte veces, no es que las haya contado, pero... en fin. Tras nuestro último encuentro en el club, hui y no volvimos a vernos hasta ahora. Mi acción generó su alejamiento y su retorno a la vida de antes, según Anna: fiestas, mujeres, drogas, sexo y alcohol. El Nicolás soñador se encerró en alguna lejana mazmorra y el Nicolás «amo a todas» usurpó su lugar. Nadie comprendió mi reacción, pero tras un relacionamiento conflictivo, un secuestro, una amiga psicópata y el deseo de venganza, era normal actuar así.

Se incorporó de la cama de un salto y se acercó a mí decidido. Empecé a enumerar todas las razones por las cuales no debía ceder a la tentación. Su perfume me hechizó.

«Soy tuya».

—Buenas noches, Paula —expresó antes de besar mi mejilla derecha con parsimonia martirizante y retirarse tras ello sin voltear.

«Uau uau uau» mi perrita interior gimoteó.

Su presencia agitaba mi corazón y otras partes muy secretas de mi ser.

Resultado final: pulso acelerado, latidos desenfrenados y bragas empapadas.

Laura ingresó a mi cuarto con varias bolsas de compras entre manos, minutos después. Todas pertenecían a la tienda de mi famosa y poderosa abuela. El ama de llaves se acercó al armario y lo abrió de par en par.

—Señorita, aquí tiene algunos agasajos de su abuela.

—Puede tutearme.

—Paula —me dijo sonriendo—, llámame Laura —me pidió.

—Está bien, Laura.

Abrí mis ojos como dos naranjas maduras mientras unos corazoncitos rojos rodeaban mi cabeza.

—¿Más regalos? —le pregunté embobada.

La canción de la película: «Mujer bonita» comenzó a sonar en mi



cabeza y, en un acto reflejo, meneé las caderas entretanto Laura acomodaba las cosas nuevas en el armario.

—Gracias por tu amabilidad, Laura —le dije sonrojada.

Laura cogió mis manos, sonrió con tristeza y me dijo algo bastante desconcertante.

—Tu llegada podría significar la cura de mi señora.

Era consciente de que mi abuela estaba enferma, pero había respondido muy bien al tratamiento. Abrí mi boca para lanzar una pregunta, pero ella se despidió antes de que la misma saliera de mi interior.

—Buenas noches, Paula.

Me miró con dulzura.

—Buenas noches, Laura.

Preparé la enorme tina con hidromasaje a continuación y me sumergí entera en ella. Más tarde, tras mi largo baño de inmersión, me encaminé hacia el armario de ensueño. ¡Admito! ¡Ya no soportaba la curiosidad!

Abrí de golpe y me sentí como Jenna Rink en la cinta «A los treinta». Era una tienda particular —sólo mía— dentro de mi cuarto, repleta de ropas, zapatos, bolsos, accesorios, joyas, gafas, perfumes, y, un sinfín de maquillajes. ¡Estaba en el paraíso de cualquier mujer!

—Me gusta —dije tras probarme un vestido de algodón estampado—, cómodo y romántico.

Tras vestirme y perfumarme, salí al balcón y exhalé una gran bocanada de aire fresco. Me senté sobre la barandilla y observé el suntuoso jardín de aquella villa. Giré mi rostro a un costado en un acto involuntario y me encontré de cara con Nicolás, que bebía una copa de vino en el balcón de su recámara. Estaba sin camiseta y algo enfrascado. ¿No había percibido mi presencia? Se volvió como si hubiera escuchado mis pensamientos y nuestras miradas se encontraron de golpe. Me sonrió tras empinar su copa a lo alto. ¡Dios! Cada gesto suyo era tan hipnotizante.

—Buenas noches —vocalizó antes de meterse a su cuarto.

Mis ojos lo acompañaron, pegaditos a su trasero perfecto.

«Dios, estoy ardiendo».

# Recuerdos que matan



**N**icolás Ricci se sirvió una copa de vino tras ducharse, se puso unos pantalones de dormir de seda y salió al balcón para aspirar una gran bocanada de aire fresco.

En ese lapso, evocó a Venus, la mujer misteriosa que conoció en el club de la agencia, el club que él y Alberto habían fundado. Tenían apenas veintidós años cuando el club de intercambio de parejas «El olimpo» abrió sus puertas al público.

Nicolás y su mejor amigo eran clientes fieles del lugar, donde todos llevaban una máscara para ocultar sus verdaderos rostros. Nadie sabía quién era al cierto mientras sus cuerpos eran poseídos por la lujuria y el misterio.

—¿Nadie sabe quién es quién? —le preguntó Luciana cierta vez.

Nicolás rio por lo bajo al ver su expresión de asombro.

—No, hermanita.

—¡Jamás pisaré ese lugar! —gritó Luciana—, soy demasiado romántica como para acostarme con hombres desconocidos —alegó con firmeza.

Nicolás rio aliviado.

—Estás muy enamorada de Alex —le dijo sonriendo.

Luciana asintió condescendiente.

—Así es, hermanito.

Tras una semana de mucho estrés y trabajo, Nicolás solía divertirse un poco en el club. Cogía su coche deportivo y se dirigía al sitio pecaminoso, como solía llamarlo su hermana. Su máscara plateada reposaba a su lado, en el asiento del copiloto. Encendía la radio y se deleitaba con alguna canción de su agrado.

Al llegar al lugar, metía el coche en un parking cercano. Se colocaba la

máscara y bajaba rumbo al placer sin límites.

—Buenas noches —saludaba al vigilante antes de entrar.

Al llegar a la barra, cierta vez, se encontró con una mujer muy hermosa, a la que no vio jamás por allí. Aquella máscara era distinta a todas.

—¿Nueva?

Las mujeres, en su mayoría modelos de la agencia Ricci, se volvían locas porque él fijara su mirada en ellas y les propusiera entrar en uno de los tantos reservados.

—Buenas noches, Ícarus —le saludó una de las tantas modelos.

Nicolás llevaba su tradicional máscara plateada, que cubría por completo su bello rostro. Todos conocían su apodo, pero pocas, muy pocas, sabían al cierto quién era él en realidad. Su amigo, Alberto, alias Eros, lo saludó con un cabeceo antes de entrar a uno de los reservados con dos mujeres.

Por norma, los hombres que entraban solos en ese o en cualquier otro local de intercambio de parejas, no tenían derecho a elegir, pero Nicolás Ricci siempre rompía las reglas.

—Buenas noches —saludó la mujer misteriosa.

La mujer llevaba una máscara dorada que mal dejaba al descubierto sus ojos. Su voz grave y sus ojos azules lo dejaron sin aire en los pulmones, eso sin mencionar su escultural cuerpo.

—Soy Icarus —le dijo él con voz nasal.

Nicolás cambió el tono de su voz para no ser reconocido por nadie. En general, nadie hablaba, ya que bastaban las miradas para comunicarse. Ella le dejó una «V» de plata sobre la mesa antes de dirigirse hacia uno de los reservados. Nicolás cogió la misma y leyó el nombre que rezaba en ella.

«Venus».

Ellos sabían lo que querían. Todos sabían lo que buscaban allí. Nicolás la siguió por el largo rellano antes de elegir uno de los cuartos. Mientras caminaban, uno detrás del otro, observaban a las parejas que disfrutaban en las distintas habitaciones. Parejas, tríos, orgías, todos disfrutaban del placer que les otorgaba aquel lugar. Nicolás Ricci contempló curioso a una mujer esclava de cinco hombres a la vez. Esbozó una sonrisa ladina al reconocer su tatuaje. Dos días atrás, él estaba detrás de ella, como hoy estaba aquel hombre que la penetraba sin piedad por atrás mientras otro lo hacía por delante. No satisfecha, tenía las manos y la boca muy ocupadas. ¡Era insaciable!

Al entrar en el reservado apenas iluminado por unas luces especiales, Venus se sentó en la cama, dispuesta a disfrutar del sexo con él, su elegido.

Él se acercó a ella y le preguntó en un susurro:

—¿Estás preparada?

Ella se limitó a asentir. Su mirada lujuriosa hablaba por sí sola. Lo deseaba, tanto como él a ella. ¿Quién era aquella mujer? ¿Quién era aquel hombre?, se preguntaron mientras el deseo crepitaba entre los dos.

Nicolás comenzó a desabrocharle los botones de su vestido, mientras la respiración de ella se aceleraba. Dos segundos después, vio sus pechos, sus apetitosos pechos. El magnate llevó su maravilloso pezón derecho a la boca. Lo lamió y succionó por varios minutos. Ella soltó un jadeo al tiempo que enterraba sus dedos en su pelo oscuro y sedoso. Le bajó por completo el vestido, que cayó a sus pies. Acto seguido, el tanga cayó al suelo también, dejándola desnuda por completo. Se quitó sus ropas a continuación mientras ella se acomodaba en la enorme cama. Nicolás la miró con deseo, en especial cuando sus manos terminaron sobre sus voluptuosos senos. Se sentó desnudo en la cama y, sin apartar los ojos de ella, bajó su mano lentamente hasta meterla entre sus piernas y comprobar lo mojada que estaba, muy mojada. Ella cerró los ojos mientras Nicolás paseó una y otra vez sus dedos por su parte íntima, hasta que ella separó aún más las piernas para facilitarle el acceso. Él se arrodilló ante ella y posó su boca sobre su parte íntima. La mordió y la succionó con fuerza. Cuando le chupó con más deleite, ella sólo pudo arquear la espalda y jadear.

—Deliciosa —musitó él sin detenerse en sus lametazos.

Venus separó más las piernas y se agarró a sus hombros, dejándose llevar por él. Gritó de placer cuando el clímax la envolvió entera de pies a cabeza. Nicolás lamió su hinchado sexo hasta volver a despertar el deseo en su cuerpo, una vez más. Venus convulsionó contra su boca mientras él se ponía un preservativo con suma agilidad, sin detenerse en sus caricias. ¡Aquel hombre era un dios!, pensó ella, lista para un segundo orgasmo.

Lentamente se introdujo en ella. Nicolás profundizó su arremetida y ella gimió de placer al tiempo que rodeaba la cintura de aquel dios mítico con sus largas piernas. Nicolás se incrustó en ella hasta tenerla totalmente empalada.

—¿Quién eres? —se preguntó él antes de empezar a moverse.

Incrementó su ritmo mientras los pechos de ella, bamboleantes, se movían de un lado al otro, aumentando la excitación del empresario a niveles

insospechados. Los cogió con las manos y los chupó mientras la embestía sin parar. Venus apagó la luz con el comando a distancia y, tras ello, se quitó la máscara y también la de él. Nicolás enredó su lengua con la de ella mientras la penetraba con salvajismo.

—Dios —jadeó ella, echando hacia atrás la cabeza.

Cuando creía que no podría profundizar más, Nicolás se movió con rotundidad. Ella gritó y él aspiró su grito, cada uno de ellos con un profundo y apasionado beso. El magnate disfrutó de lo que más le gustaba, el sexo. El sexo sin compromiso. El sexo por puro placer. El sexo sin amor.

Venus gritó cuando llegó por segunda vez al clímax. El empresario la hizo tocar el cielo dos veces, sin perder el ritmo o su enorme erección. ¿Qué tomaba aquel hombre?, se preguntó ella atónita.

Nicolás salió de ella y se cambió el preservativo. Luego agarró a la mujer de golpe y la giró. Antes de que ella pudiera reaccionar, la penetró por atrás de un embate. Ella gritó mientras él le agarraba con fuerza las caderas y comenzaba a moverla a su antojo. Aquella mujer era tan experta en el arte del sexo como él.

Sus cuerpos se tensaron y finalmente se dejaron llevar por el placer.

—Esto apenas ha comenzado, Venus —le dijo él en tono seductor.

Venus y Nicolás hicieron el amor por horas, sin intervalos, sin tapujos, sin limitaciones. Ninguno cedía, ninguno obedecía, fueron esclavos de sus deseos, de sus morbosos deseos.

Nicolás salió del local al amanecer. Venus desapareció sin dejar rastros. Aquello la hacía aún más interesante, más especial, más deseable.

Tras la primera noche, vinieron otras, muchas otras. Venus y Nicolás estaban hechizados el uno por el otro. El sexo caliente y morbosos los volvía locos, hasta que un día, ella desapareció y jamás volvió a su cama.

Un ruido en el balcón contiguo lo devolvió al presente de golpe. Nicolás escrutó a Paula que, al parecer, lo estaba observando hacía ya un tiempo. Levantó su copa y la saludó con una sonrisa antes de meterse a su cuarto.

«Paula».

La nieta de su abuela agitaba su caja torácica de un modo muy inquietante, pero peligroso para su bienestar mental y emocional.

Durante la madrugada, llevado por el impulso de su corazón, se dirigió al cuarto de Paula, y abrió la puerta con cautela. Ella dormía serenamente. Nicolás se acercó un poco más y la observó durante un buen tiempo.

«Buenas noches, Paula» le dijo antes de besarle la frente.

Salió como había entrado, sin hacer ruido. Aquella noche, antes de cerrar los ojos, pensó en ella, y también en Venus. A una deseaba, a otra... no sabía al cierto.

# Una oportunidad para soñar



**D**ormía serenamente en mi nueva y enorme cama cuando de pronto, giré a un lado y acomodé mi cabeza sobre la almohada algo compacta.

—Nico —murmuré al borde del precipicio—. Muévete así, como un caballito —musité—. Así, mi amor...

Abrí con pereza los ojos al escuchar un suave carraspeo. Tras ello...

—¡Jesús, María y José! —bramé y di un brinco, asustada al ver a Nicolás allí, acostado a mi lado con las manos detrás de su cabeza y las piernas entrelazadas una sobre la otra, mirándome con embeleso y curiosidad al tiempo.

—¡Lo hemos hecho! —grité, evocando sin querer mi sueño vedado con él.

Me tapé con el edredón a toda prisa, más perdida que una stripper en un seminario. Nicolás bajó el edredón a la altura de mi nariz y me miró con expresión ladina.

«¿Dónde estoy? ¿Qué día es? ¿En qué planeta estoy?».

—No sé a qué te referías con «lo hemos hecho» —alzó y bajó las cejas de un modo muy cómico—, pero estoy disponible para lo que desees, Paula.

Las mejillas me ardían.

—¿Por qué te has ruborizado, Paula?

«En mis sueños tú eras Adán y comías con voracidad mi manzana».

—¿Algún sueño mojadito conmigo, Paula?

«Muy mojado, era un mar de lujuria». Le miré echando chispas por los ojos.

—¿Qué haces aquí, Nico?! —chillé al levantarme.

«Dios mío, estaré horrible».

Nicolás me miró con argucia al tiempo que recorría mi menudo cuerpo con mucha lascivia. Me ruboricé como un tomate ante su escrutinio nada

decoroso. Me crucé de brazos a la altura de mis pechos y maldije por lo bajo al recordarme que no llevaba un camisón decente.

—He venido para despertarte —me dijo con un ápice de sarcasmo en la voz—. Nada mejor que ver algo tan hermoso como yo para tener un día espléndido, ¿no lo crees, bella?

Lo miré somnolienta mientras me frotaba los ojos con parsimonia.

—Uhm...

Nicolás se incorporó de la cama de un salto y abrió las cortinas de golpe. Me protegí los ojos de la luz solar con las manos de forma mecánica. Nicolás cubrió la ventana tan rápido como pudo o, mejor dicho, antes de que lo asesinara. Mi lado Hannibal Lecter afloraba con facilidad cuando lo tenía cerca de mí.

«Ñam, ñam».

—Lo siento, mi hermano gemelo suele ser muy «brillante» —dijo con una adorable petulancia—. Hablo de Helio, el bello y cálido sol.

Le lancé una mirada elocuente.

—No soy una de tus modelos, Nico —convine con sorna.

Me miró con expresión ladina.

—Lo siento, Paula.

Giró su rostro y apartó la cortina, dejando una pequeña brecha. Aproveché el momento para meter una goma de menta en mi boca y de paso me apretujé los mofletes, para lograr un rubor natural. No me importaba lo que él pensara de mí, pero mi lado Afrodita afloró sin querer.

—Es un hermoso día —anunció caviloso—. Deberías levantarte más temprano y correr un poco conmigo —giró su rostro y me escrutó ocurrente—. He corrido hasta el Ponte del Diávolo.

Sonreí con nostalgia.

—Hábitos que aprenderás con el tiempo —agregó sonriendo de un modo realmente perturbador.

Lo examiné de arriba abajo con ojos evaluadores al tiempo que se me escapaba un bostezo. Nicolás siempre llevaba ropas oscuras y ajustadas, resaltando su piel nívea y su cuerpo atlético. Era un hombre misterioso y gracioso al mismo tiempo. Pero también podía ser detestable e insolente cuando se lo proponía.

—Dúchate, eso te ayudará a despertarte mejor... —me aconsejó con ojos centelleantes—. Si quieres... yo podría...

Hice un ademán con mi mano derecha, como diciéndole que parara con



su parloteo procaz.

«La segunda vez que se ofrezca diré: sí, señor».

—Puedo hacerlo sola —le dije bostezando.

Nicolás se acercó y me susurró en tono insinuante:

—Te proveeré de lencería de encaje más atrevida que esa que llevas puesta, Paula.

Me examiné azorada, no comprendía cómo pudo ver mis ropas íntimas a través de mi camisón, que era algo corto, pero no dejaba al descubierto mi cuerpo. Nicolás dibujó una sonrisa diabólica y me aclaró mi duda tácita:

—Cuando entré estabas de espalda... —Nicolás pasó su lengua sobre sus labios de un modo muy sensual—, y algo descubierta.

Plegué mi entrecejo enfurruñada y gruñí algo alterada:

—¡Pues a mí me gusta!

Nicolás hizo un gesto de asombro muy teatral.

—No me disgustan en absoluto —me aclaró sonriendo—. Pero me siento un tanto pervertido al verte con esas ropas íntimas algo infantiles.

Le di un golpecito en su pecho derecho.

—¡Qué simpático!

Nicolás hizo un chasquido con la lengua al tiempo que me lanzaba una mirada centelleante, teñida de segundas intenciones. Mi sueño asaltaba mi inconsciente cada tanto, mojándome las bragas de manera ineludible.

«Ay, Dios».

—Anoche invadiste mi subconsciente, Paula —suspiró afectado—. Estábamos desnudos en una piscina... Hmm, te habría gustado —se limitó a decir en tono seductor y semblante matizado de lujuria.

Se aproximó y me farfulló pretencioso en mi oído derecho:

—Te has ruborizado con tan sólo imaginarme desnudito, Paula.

Negué con la cabeza y sonreí con incredulidad.

—¡Se te cae la baba, Paula!

Le di un golpecito en su abdomen de ensueño mientras babeaba como un recién nacido para mis adentros.

—¡Eres un descarado, Nicolás Ricci!

Río de buena gana al tiempo que exhibía una ropa interior frente a mis ojos.

—¿La has cogido de mi armario? —protesté.

Enarcó su ceja derecha.

—No me resistí... —olisqueó mis bragas.

Cogí enfurruñada mi ropa íntima y lo fulminé con la mirada por quinta vez en menos de cinco minutos.

—¡Esas bragas me han gustado! —exclamó entre risas antes de marcharse—. ¡El olor me ha embrujado!

Puse los ojos en blanco. Olisqueé en un acto reflejo mi ropa interior y solté un gruñido.

—¿La has cogido de la cesta de ropa sucia?!

La risotada de Nicolás recorrió toda la mansión.

—¡Deliciosa! —gritó, enervándose aún más.

La banda sonora de la película «*Kill Bill*» comenzó a sonar en mi cabeza. ¡Nicolás acababa de despertar a mi asesina interior!

—¡La próxima te mataré! —le amenacé y el rio a todo pulmón.



Me duché y me arreglé a toda prisa, ni Flash sería tan rápido. Bajé la suntuosa escalera como una exhalación y casi perdí el equilibrio. Abrí mis ojos de par en par al ver a mi abuela con cara de pocos amigos al otro lado de la estancia.

—Buen día —le dije algo cohibida.

Ella no mutó su expresión a la reina Elizabeth II.

—Buen día, Paula —me dijo y un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal—. Creo que no te ha quedado muy claro sobre la puntualidad ¿no? —dijo en un tono muy severo.

Bajé la cabeza como una esclava a punto de ser decapitada.

—Lo siento —musité ruborizada hasta la raíz de mi pelo—. No volverá a repetirse.

Mi cabeza acababa de rodar sobre el mármol, ensangrentando todo el pavimento lujoso de la sala. Mi abuela usaba la guillotina visual muy bien.

—Eso espero —zanjó con seriedad intimidante.

«¿Dónde estará el colirio de mis ojos y la úlcera de mi estómago?». Nos dirigimos al jardín suntuoso de la mansión acto seguido.

«Una silla de estas alimentaría a varias familias pobres».

—Toma asiento, Paula, hoy es tu primer día de muchos otros, en que aprenderás a ser lo que en verdad eres... mi nieta.

Aquello sonaba a sentencia y no a privilegio.

—No estoy segura de querer eso, Leonella —le dije de pronto—. No

sé si podré estar a la altura.

Tras el secuestro el síndrome del pánico comandó mi corazón y mis acciones. Tenía miedo incluso de apagar las luces, de quedarme sola o subir al ascensor. La adaptación costaba mucho más de lo que muchos suponían.

Leonella me dedicó una mirada indulgente, pero no lastimera.

—Lamento no poder mutar el pasado, Paula.

«También yo».

—Gracias por tu comprensión —le dije sonrojada.

Miradas y suspiros.

—No obstante, tu problema no te impedirá en nada, sólo te dificultará algo más —zanjó mirándome con mucha magnitud.

Bebió su té con mucha finura. Se limpió los labios con la servilleta de lino. Bebí un sorbo de mi taza sin apartar la mirada de mi abuela un solo segundo.

—Quiero contarte mi historia —anunció sin rodeos—. La verdadera versión —parpadeé—, no aquella que te han contado desde niña...

Anna me contó todo, mi hormiguita era atómica a la hora de soltar la lengua. Pero me encantaría escuchar de la fuente, de la dama de hierro, de mi abuela.

—Soy toda oídos, abuela.

Me enderecé en el sillón lujoso y reposé mis brazos sobre el apoyabrazos. Nicolás apareció de repente con su peculiar exhibicionismo, llevaba unos vaqueros azules y una camisa blanca desabotonada, que dejaba al descubierto su abdomen perfecto. En la cabeza llevaba un sombrero de color crema con una cinta negra alrededor.

«Abstinencia versus deseo prohibido».

—Buen día, cielo —le dijo nuestra abuela.

«¿Cielo? ¡Tu nieto es el portal del infierno! ¡El pecado hecho hombre! ¡Pedazo de mal camino!».

—Buen día, buba —le dijo con voz grave y ronca.

Me mordí el labio inferior mientras recorría con la vista aquella tripa de ensueño.

«Ay, Dios».

Se me empapó la entrepierna, una vez más. ¡Necesitaba un exorcista sexual!

—Hola, Paula —me dijo con una sensualidad que me hizo soltar un gemido de placer.

—Hola.

Me clavé las uñas en la palma en un acto reflejo. Me dedicó una mirada de soslayo, cargada de segundas intenciones. Luego se despidió de nosotras y se dirigió a la piscina. Mis ojos se clavaron en su espalda tan sensual. Me mordí el labio inferior en un acto reflejo.

«Quítate la ropa, mi amor».

Él se despojó de sus atuendos con parsimonia y luego se lanzó a la piscina con su bañador tan... tan...

«¡Basta, Paula!» me reproché mentalmente, sin lograr desviar la mirada de él. Debía reconocer que, Nicolás Ricci, alteraba mis estrógenos y mis deseos más salvajes.

«Rsr rsr» ronroneé como una gata en celo, hasta meneé mi cola imaginaria con gracia.

—Nicolás es un hombre muy atractivo, ¿no lo crees, Paula? —me preguntó Leonella de repente y me sacó de mi trance lascivo de un plumazo.

«Atractivo, petulante, divino, imbécil, sexi, arrogante, hermoso».

—Uhm —me limité a ronronear.

Me ruboricé como un tomate ante su pregunta retórica.

—No te sonrojes con tanta facilidad, querida mía —repuso en tono paciente. —Nico es soltero y tú también, formaríais una hermosa pareja.

La miré con perplejidad, pero ella no mutó su expresión ladina. ¡Era tan yo! Aquello me dibujó una sonrisa en los labios.

—¿No te gusta la idea, Paula?

—¿Nicolás y yo? —repliqué tras meditarlo unos segundos. Negué con la cabeza y zarandé mi mano derecha en el aire al tiempo—: ¡Nooo! ¡Somos polos totalmente opuestos!

Ella esbozó una sonrisa bastante irónica.

—Las grandes historias de amor siempre están compuestas por ingredientes exquisitos, Paula.

La miré con suspicacia y pasé ágilmente al tema anterior.

—Me gustaría conocer tu verdadera historia... —mis labios temblaron —: abuela.

Leonella me dedicó una mirada muy dulce y mi glucemia subió al instante.

—Primero desayunaremos, mi dulce nieta —manifestó con su peculiar amabilidad—. Disfrutaremos de este manjar épico preparado en tu honor —acotó con ojos muy melosos.

Unas mucamas se acercaron con unas bandejas cargadas de todo tipo de alimentos: galletas, tostadas, mermeladas de distintas frutas, Nutella, mantequilla, frutas frescas, quesos, leche, jugos, pasteles. Saboreamos el desayuno en un silencio mortecino, relleno por el trinar de los pequeños tenores de la madre naturaleza a nuestro alrededor.

—Está delicioso, abuela —le dije, pero no sabía si me refería al trozo de pastel de chocolate que comía o al pastel que venía en mi dirección.

«Cierra la boca, Paula».

Nico se aproximó empapado hasta los huesos y bebió algo de agua.

—Hola —vocalizó con sensualidad—, otra vez...

«Usa y abusa de mí, aquí y ahora, de cuatro o por la pared».

Me escrutó con fijeza mientras Leonella se servía algo de té. Le devolví la mirada. Él trazó una sonrisa mordaz que enervó aún más a mi pobre corazón que latía en alguna parte de mi ropa interior. Arrugué en un acto involuntario mi nariz al tiempo que levantaba con el dedo índice izquierdo mis gafas de sol que se habían resbalado un poco como mis bragas en aquel preciso instante. El móvil de mi abuela timbró y ella cogió la llamada al instante. Se levantó de su sillón y se alejó tras pedir permiso. Nico se acercó con aire altivo y pretencioso.

—Te ves tan sexi con la nariz arrugadita —me susurró.

¿A qué estaba jugando, Nicolás?, ¿por qué me miraba de aquel modo tan intimidante?, ¿era su juego de seducción?, ¿o fue por mi distanciamiento?, ¿fue eso?, ¿mi rechazo generó su «fascinación» por mí, o buscaba revancha? ¡Era un Ricci! Y Los Ricci nunca olvidaban, según entendí.

Tenía miedo a cualquier sentimiento, bueno o malo. La terapeuta que visitaba daba demasiadas vueltas para decirme eso, mi prima no. Anna había sufrido lo mismo que yo en libertad. Su enfermedad visual generó el pánico que hoy la esclavizaba, aunque luchara contra ella a diario, muchas veces la derrotaba por completo. Era una lucha eterna.

«Estoy con el amor de mi vida, Paula. Pero el miedo duerme a mi lado, en medio de los dos todas las noches» me dijo cierta vez.

El temor a sufrir me alejó de todos. La Paula alegre y dinámica se había convertido en una mujer solitaria y aislada.

Nicolás era un hombre alucinante, atractivo, divertido, pero miedoso, tanto como yo. El miedo que sentía no era el resultado de su terrible experiencia, sino de su triste infancia. Tenía todo para ser feliz, pero no lo era. El secuestro solo acentuó más su terrible temor a creer en las personas y en

los sentimientos. Para él era más simple adaptarse a los malos y oscuros sentimientos que a los buenos e inexistentes, según su corazón magullado.

«Apareciste en mis sueños y salvaste al Nicolás de antes del secuestro» me dijo cierta vez, semanas antes de que huyera de sus garras.

Mi actitud fría congeló al chico dulce y tierno que se acercó a mí con buenas intenciones. Quizá, la Paula que él conoció en sus modorras era otra, no yo. Siempre fui demasiado bocaza, tozuda, sincera y descarada como para actuar como una princesa. Ese papel siempre perteneció a mi dulce Anna, y no a mí. Cuando me liberaron, la euforia me envolvió por unas semanas. Me sentía como Jack, de la película Titanic, la reina del mundo, hasta que el entusiasmo dio lugar a la frustración. El tiempo que había estado presa no volvería y las secuelas me perseguirían hasta el último día de mi vida. Era un zombi que mal sabía comer carne humana para sobrevivir. Nico se alejó de mí y empezó a salir con una tal Adriana, una modelo muy parecida a Mónica, su ex. Cuando lo vi, sentí una dolorosa punzada en el corazón. El hecho de que eligiera a una similar a su ex, delataba sus sentimientos ante mí, él aún la quería y, quizá, siempre sería así.

La voz de mi abuela me devolvió al presente.

—Nico, querido —le dijo en tono suave.

Él volvió a ser el mismo de siempre, el hombre serio, inflexible y responsable que desaparecía cuando estábamos solos.

—Debes irte urgentemente a la agencia para una reunión muy importante —anunció mi abuela.

—Sí, buba.

Nicolás sonrió de una manera muy enigmática y supe al instante que haría de las suyas.

—Nos vemos por la noche, abuela —le dijo, depositando un beso en su mano derecha.

Luego se acercó a mí y besó el dorso de la mía, clavando sus pupilas azules en las mías.

«Debo cambiarme de bragas, otra vez».

—No me eches tanto de menos, Paula —pasó la punta de su lengua sobre mi dorso, ¡era tan atrevida! —. Por la noche seré todo tuyo... —enarcó su ceja derecha con sagacidad—, si así lo deseas.

«Oh, sí».

Retiré mi mano de sus garras malintencionadas y le lancé una mirada asesina, que le hizo reír a carcajadas. ¡Era un insolente de lo peor!

—Invita a Adriana —retruqué.

Me miró satisfecho.

—¿Celosa?

Hice una mueca demasiado exagerada.

—¿De esa? —le dije con desdén y él rio aún más.

Leonella me invitó a caminar por el jardín, donde dos sillones muy cómodos y unas sombrillas enormes nos esperaban a las orillas del lago. Tomamos asiento y observamos la maravillosa vista.

—Quiero que conozcas mi verdad, la única verdad que existe, Paula —me dijo sin tapujos ni rodeos.

Ladeé la cabeza y mantuve mi silencio intacto. Leonella me observó con tristeza lacerante.

«La abuela se muere» me dijo Nico ayer en la confitería.

«Se muere» repetí con tristeza. Leonella parecía muy cansada, muy agotada, muy resignada.

—Tenía tan sólo 17 años cuando contraí matrimonio con Francesco, tu abuelo paterno —comenzó a decir.

Mi abuela se casó con mi abuelo sin estar enamorada. Se casó por desesperación, para huir de las frías garras de su padre, que la ha castigado durante toda su vida por ser idéntica a su madre, al menos físicamente. Su madre los abandonó cuando eran pequeños por otro hombre. Leonella nunca tuvo contacto con sus hermanos, nunca los buscó, nunca los echó en falta.

—No se puede echar en falta a quienes siempre te hicieron daño.

Eso era cierto. Mi abuela me habló de su martirio durante su infancia y parte de su adolescencia. Mientras narraba los horrores vividos al lado de su padre y sus hermanos, una tímida lágrima recorrió mi mejilla derecha. Su dolor ahora me pertenecía.

—En medio de mi infortunio, conocí a Verónica, la chica más dulce del pueblo, hija de un aclamado médico, bella como nadie y fiel como ninguna, pensaba yo, inocente en aquel tiempo.

Era la Carla de su historia. Durante años fingió ser la mejor amiga de mi abuela mientras por dentro se moría de envidia. Y, al parecer, fue tan obstinada como lo fue Carla. Verónica no descansó hasta destruir su vida.

—A mis 17 años, mientras lavaba ropas en el río, conocí a Facundo, el muchacho más hermoso que jamás vi, —una sonrisa radiante iluminó su rostro —: alto, rubio y de ojos azules.

Mi corazón latió con fuerza. Mi abuela conoció el amor, el amor que

luego se transformó en decepción.

—Facundo me amaba con demencia, pero mi pobreza lo alejó de mí — apostilló con amargura—. Su padre se había enterado de forma misteriosa acerca de nuestros encuentros y lo apartó de mí sin vacilar. Verónica, se ofreció para investigar sobre su paradero, ya que su familia frecuentaba la casa de Facundo...

Mi abuela bebió un sorbo de su té.

—Facundo desistió antes mismo de luchar por nuestro amor. Un día, mi padre se enteró sin querer de mi romance con él y me castigó duramente, tanto que, no pude levantarme por días...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sentí en cada trozo de mi cuerpo, los latigazos que alguna vez ella, padeció en las manos de su padre, los mismas que yo padecí durante mi cautiverio. El rencor alteró los latidos de mi corazón. Evocar era revivir, era cierto.

—Aunque, debo confesar que, el dolor que sentía en el alma, era mucho mayor que el que sentía en la piel...

La observaba con tristeza infinita, como si su pena ahora me perteneciera a mí.

—El tímido Francesco Rossi llegó a mi vida tiempo después y en dos meses me pidió en casamiento, a pesar de los rumores malintencionados a mi respecto. Me salvó de ellos y en especial, de mi padre. No obstante, huir de un infierno me llevó a otro mucho peor, Paula.

Me miró con indulgencia. Inhalé y exhalé largamente, liberando así mi pecho de la tensión. Ella bebió un sorbo de té antes de proseguir con su martirio.

—Tu abuelo era un hombre inseguro y muy posesivo, sus celos poco a poco me asfixiaron.

La miré compungida.

—Tiempo después, Ángelo había nacido y tres meses después de tenerlo, ya esperaba a Luciano, mis ángeles custodios. En mis hijos encontré la fortaleza que necesitaba para soportar aquella vida.

Se aclaró la garganta con cierta dificultad, como si le quemaran por dentro aquellos recuerdos tan nefastos y dolorosos. Mis ojos se llenaron de lágrimas, fue inevitable. Busqué una servilleta que había traído y me enjuagué los ojos. Llorar era tarea fácil al lado de mi abuela.

—Verónica viajó tiempo después a Milano para estudiar Historia del arte. Me pareció muy extraño que hubiera elegido la misma carrera que alguna



vez, en mis delirios, pensé estudiar.

Verónica quería ser ella, pero nunca logró su objetivo. Ella era consciente de ello. Podía copiar, usurpar el lugar de mi abuela en la historia que le pertenecía a ella, pero nunca logró ser como ella, nunca.

—Me escribía mensualmente, luego cada tres meses y al final, una vez al año, hasta que un día dejó de hacerlo.

Aspiró una gran bocanada de aire.

—No volví a saber de ella y tampoco de Facundo...

El timbre de voz de mi abuela revelaba el secreto más profundo de su corazón.

—Muchos años después, Facundo regresó a nuestro humilde pueblo. El ayuntamiento organizó una gran fiesta en su honor y yo me atreví a ir, a pesar del riesgo que implicaba hacerlo.

Me lanzó una mirada elocuente.

—Tu abuelo estaba cada día más celoso e inseguro. Pero, el amor no conocía reglas, ni obstáculos. —Sonrió con amargura—. En medio de la gente, tras mucho tiempo, lo volví a ver, a él, a mi amor perdido. Nos miramos con una añoranza que nos caló hondo. Cuando de repente, vi a su esposa, a su distinguida esposa a su lado. Todo mi mundo se hundió, —hizo una pausa expectante y agregó en tono ensombrecido, como si aquello aún le doliera bastante—: a su lado estaba mi mejor amiga, Verónica...

Verónica mató el alma de mi abuela aquel día.

—Ella me observó con unos ojos voraces. Me sonrió con un cinismo que jamás había percibido antes en ella.

Mi abuela buscó refugio en el lago, donde había estado tantas tardes con Verónica, su mejor amiga, su hermana del alma. Quise sujetarle de la mano, pero mi timidez me lo impidió.

—Días más tarde, me volví a encontrar con Facundo, en nuestro rincón romántico en el pasado, obra del corazón y la razón misma. Ambos queríamos ese encuentro y lo hicimos posible.

Suspiré tan hondo, que terminé contagiándola.

—Dominados por la emoción y la añoranza, nos besamos como si fuera la primera vez.

Leonella se sorbió por su nariz y suspiró agotada antes de continuar. Yo me limité a respirar lo más silencioso posible mientras las lágrimas se me resbalaban sobre las mejillas sin cesar. Lloraba por ella y también por mí. Llevaba tiempo sin lograr hacerlo, algo se había descongelado en mi ser aquel

día.

—Facundo y yo volvimos a vernos —la tristeza matizó cada palabra—. La pasión nos dominó, pero lo detuve con vehemencia y ante mi rechazo, él me gritó que yo no pasaba de un pasatiempo. Aquel día me volvió a romper el corazón. Me abandonó tras mi resistencia, dejándome muy en claro que sólo buscaba placer. Para mi mala suerte, alguien nos vio y lo comentó con tu bisabuelo.

Con los años, mi abuela descubrió al autor real de dicho rumor malicioso, donde la acusaban injustamente de haber mantenido relaciones con un hombre casado.

—Verónica, la mujer a quien entregué mis sueños, mis ilusiones, mis miedos, mis secretos y mi corazón, una vez más, me había traicionado.

Mi abuelo, al enterarse de su supuesta infidelidad, dolido y humillado, tomó a sus hijos y los llevó lo más lejos que pudo de mi abuela.

—Tu abuelo me perdonó y fingió creer en mí.

Leonella se quebró y yo me animé a cogerle de la mano, ella la apretujó conmovida.

—Francesco se vengó de mí —exhaló un poco de aire antes de continuar—: incluso había cambiado sus apellidos, para que jamás los encontrara. Lo había subestimado bastante.

Leonella dejó a la intemperie su alma.

—Frecuentemente la verdad suele ser lo contrario de los rumores que circulan acerca de los sucesos y de las personas, como alegó Bruyere.

Mi abuela tomó lo poco que tenía y se fue del pueblo, decidida a recuperar a sus hijos. Pero, todo fue en vano, en un mundo sin dinero todo se hacía imposible. Viajó a Nápoles junto a una tía que se compadeció de ella y su fortuna. Le dio techo y comida mientras buscaba algún trabajo en el pueblo.

—Y al final, fue ella la que me consiguió uno, como doméstica en la casa de Dino Biaggio, mi gran maestro, el hombre que me enseñó todo lo que hoy sé, ¿sus razones? Le recordaba a su difunta hija, Anastasia, que había muerto de cáncer cuando tenía mi misma edad en aquel entonces.

Leonella Ricci, la mujer más poderosa de Italia, alguna vez fue una simple mucama. ¿La Cenicienta era su cuento favorito? Aquel viudo de casi 65 años la instruyó para el futuro. Dino murió cinco años después y le dejó de herencia todo lo que tenía: una casa medieval, cuadros, joyas e incluso un coche. Todo el pueblo murmuró sobre un posible romance entre él y mi abuela, un romance que nunca existió.

—Mi tía ignoró aquellas murmuraciones, aceptó mi ayuda y, a cambio, me dio la suya, animándome a tomar el camino de mi destino.

Una tímida sonrisa dominó mis labios.

—Viajé a Milano en busca de un porvenir mejor con el dinero que recaudé con la venta de mi herencia. Cogí mi maleta de cuero de color rojo, nada sofisticada, y me marché detrás de mis sueños.

Esbocé una sonrisa y ella me la devolvió.

—Aún la conservo, Paula —repuso con un nudo enorme en la garganta—. La conservo como símbolo de mi triunfo.

Mi corazón brincó dentro de mi pecho mientras unas lágrimas me escocían los ojos, anhelando huir de ellos a pesar de mi resistencia. Me sorbí por la nariz y solté un largo y lastimero suspiro.

—Un día conocí a Antonio Ricci, el viudo millonario coleccionador de artes en una galería de la ciudad. Un hombre fascinante de mediana edad, atractivo, caballeroso, romántico y galanteador. Era la copia fiel de Nicolás —me miró con picardía—. A su lado conocí el verdadero amor...

Facundo fue un espejismo, me dijo con amargura. A veces el corazón se confunde. Pensé en Davide, inevitablemente.

—Antonio me convirtió en la famosa Leonella Ricci, su esposa.

El destino le regaló una segunda oportunidad.

—Fuimos muy felices juntos, a pesar de que jamás he podido concebir un hijo suyo.

Leonella bebió un sorbo de su té y tras ello, continuó:

—Él me regaló a Ciro, su único hijo y padre de Nicolás y Luciana, —alcé ambas cejas en un acto reflejo— que infelizmente murió muy joven, como consecuencia de una grave depresión tras el divorcio.

Ambas soltamos un largo suspiro que se fusionaron en el aire en uno solo.

—Chiara Ricci abandonó a sus dos hijos tras recibir la herencia...

—Qué desalmada —murmuré y Leonella asintió con la cabeza.

—Nico tenía 8 años y Luciana 6 años cuando los abandonó, su partida dejó un vacío enorme en sus corazones.

De pronto vi con otros ojos a Nico.

—Nico suele hacer bromas muy pesadas acerca de la maternidad, a su manera, sufre el abandono de quien les dio la vida —sonrió con amargura—. Es un hombre bondadoso y muy jocoso, pero muy herido —hizo una pausa—, tanto como tú...

Tragué con fuerza mi saliva mientras ella bebía un sorbo de su té.

—Mi amado Antonio partió tiempo después, su corazón era demasiado sensible para las fuertes emociones. Murió entre mis brazos, pidiéndome perdón por no haber logrado reunirme con mis hijos.

Me estremecí, en especial cuando ella lloró quedamente. No sabía cómo reaccionar.

—El tiempo pasó y me convertí en una estilista famosa. Sin embargo, no era feliz en mi mundo, aparentemente perfecto —recalcó cada letra con mucha tristeza—. Todas las noches lloraba la ausencia de mi amado Antonio, y la de mis hijos...

Volví a sujetarle la mano y ella me agradeció con una sonrisa casi imperceptible en sus perfilados labios.

—El odio cegó mi corazón, Paula y decidí vengarme de la culpable de todos mis males, tiempo después. —Su voz se petrificó lentamente—. No fue difícil encontrar a Verónica Amoruso, la flamante pintora en plena decadencia. Su fama cayó al abismo, al terrible abismo del olvido con mi ayuda. Usé mi influencia y poder para destruirla completamente, dejándola en la más oscura y fría miseria humana. Facundo también había perdido todo en la bolsa, unos años atrás, con cierta ayuda mía. El resentimiento me dominó por entera.

Leonella bajó la mirada.

—Tiempo después averigüé dónde vivían —apretujó con fuerza mi mano—. Necesitaba verla y quizá humillarla...

Su pecho subía y bajaba con cierta celeridad.

—Llegué a un viejo edificio de mala muerte, donde ni las ratas merecían vivir. No fue necesario entrar a su casa, ya que ella reposaba en un columpio de madera ajado, tan deslucido como ella. Me acerqué y la saludé impresionada, pero ella no me devolvió el saludo. Una mujer mayor me saludó y me dijo que Verónica estaba loca, que había perdido todo y ello incluía su sensatez. Asombrada, le pregunté las razones de su locura y la anciana me dijo que Verónica perdió a su marido en un accidente de caballos y luego, a su hija Susana.

Solté un grito ahogado.

—La joven padecía de una enfermedad degenerativa muy rara. Sus medicamentos eran demasiados costosos —me dijo la mujer.

Verónica no pudo pagar su tratamiento y su hija murió entre sus brazos bajo la miseria en la que vivía en aquel entonces. Los labios de mi abuela temblaron mientras su mirada se perdía en algún punto del horizonte.

—Observé con indulgencia a aquella que alguna vez fue mi amiga y, aunque me había destruido la vida, la compadecí profundamente.

—Lo siento —musité.

—Jamás sabré cuándo o por qué la envidia nació en su corazón, pero si de algo estaba segura en esta vida, Paula —me miró con intensidad—, es de que ella me quiso alguna vez como solamente se quiere a una hermana.

Quería decir lo mismo, pero no lo sentía como tal. Odiaba con todas mis fuerzas a Carla, y también a Emma, que ya estaba muerta. El odio se alimentaba de mí, convirtiéndome en su esclava, en su rehén. A pesar de mi libertad, seguía en cautiverio, en un frío y maloliente cautiverio.

—La venganza, querida mía, tiene un alto precio, que casi siempre pagan los inocentes —apostilló apenadísima—. Desde aquel día, hasta el último día de su vida, me responsabilicé de Verónica.

Una lágrima atravesó el rostro de mi abuela.

—Verónica jamás se recuperó —matizó con un nudo enorme en el pecho—. Tiempo después, decidí terminar con mi martirio y la visité. Le dije que la perdonaba por todo aquello que me había hecho, y, al día siguiente, murió.

Me miró con intensidad.

—Conozco todo sobre ti, Paula. Quisiera inventar una máquina del tiempo y volver al pasado para evitarte tantas penas —nos miramos con atención—. Pero solo tengo mi amor para ofrecerte.

Leonella se quitó el turbante que llevaba, dejando al descubierto su calvicie.

—No tengo mucho tiempo, Paula.

Me incorporé de un salto de la silla.

—Abuela —gemí entre sollozos y me lancé a sus brazos.

—Mi dulce nieta, ahora podré morir en paz.

Nos abrazamos con fuerza y lloramos por cada herida que llevábamos en nuestras almas y en nuestros corazones.

—Nunca volveremos a estar alejadas, abuela. Te lo juro —resoplé con tristeza infinita.

Ni la muerte lograría separarnos.

—Quizá no estaré físicamente en el futuro, Paula —me dijo sollozando—. Pero, en espíritu, jamás te dejaré de nuevo —me prometió.

# La dama misteriosa



**N**icolás llegó a la empresa y metió su vehículo en el garaje del edificio. Se arregló el traje negro impecable al descender, luego cogió su maletín y se dirigió a la sala de reuniones. Su hermana lo saludó con amabilidad antes de tomar su lugar en la mesa.

—Buen día, señores —saludó el magnate antes de desabrochar los botones de su chaqueta y tomar asiento en su silla.

Dos horas después, salió de la reunión con aire satisfecho. Entró a su sala con su hermana.

—¿Cómo van las cosas en casa? —demandó la estilista.

Nicolás pidió dos tazas de café a su secretaria antes de quitarse la chaqueta y remangarse la camisa gris oscura.

—Supongo que bien, hermana.

Luciana le arregló la corbata.

—¿Has cambiado tu perfume? —le preguntó él.

Luciana sonrió satisfecha.

—Sí, me gusta este aroma sutil y cautivante al tiempo. Los Ricci somos animales de costumbre, pero también solemos romper nuestras propias reglas.

—Así es, Luciana.

Nicolás se acercó a la enorme ventana acristalada de su sala y observó la ciudad enfrascado en sus pensamientos más secretos. Pensó en ella, en Paula. Intentó no hacerlo, pero aquella mujer sabía cómo adentrarse en su cabeza sin su consentimiento.

—¿Y esto? —le dijo su hermana—, ¿una «V» de plata?

Nicolás giró su rostro y observó aquella peculiar letra, la letra de la dama misteriosa que nunca conoció y, que probablemente, nunca conocería en

esta vida.

—¿Es de la tal Venus? —le preguntó su hermana con asombro—, ¿aún la recuerdas a pesar de los años?

Nicolás sonrió con nostalgia.

—Dejó huellas, hermana.

Luciana enarcó sus cejas en un gesto de sorpresa.

—¡Vaya! El inconquistable Nicolás Ricci ¿rendido ante una extraña? ¿Tan buena era?

El magnate sonrió con picardía.

—No hablaré de este tema contigo, hermana —le dijo sonriendo—, es demasiado impúdico para alguien como tú —se acercó y le dio un beso en la mejilla—, ¿cómo te encuentras?

Luciana lo miró apenada.

—Alex merece ser feliz, aunque sea con alguien tan... —se mordió el labio inferior—, distinta a las mujeres de su entorno.

Nicolás la miró fijo, su hermana, la mujer de piedra, era incapaz de demostrar lo que en verdad estaba sintiendo en aquel momento. Su gran amor acababa de comprometerse con la mujer que alguna vez fue la niñera de su hijo. Aquello la estaba matando por dentro, pero el orgullo era mayor que su dolor.

—Lo siento, hermana.

Luciana se acercó y lo miró fijo. Ella le arregló un mechón rebelde que solía caerle en la frente y, tras ello, le dio un ligero beso en los labios.

—Nos vemos por la noche, hermanito.

Nicolás cogió la «V» de plata y la observó con fascinación, evocando de manera inevitable la última noche que estuvo con Venus, la dama misteriosa, como la llamó tras aquel día...

En aquella oportunidad, Venus trajo a un amigo, cuya máscara negra con detalles en plata no dejaba a la vista un solo centímetro de su piel. Nicolás sintió celos, por primera vez en su vida, sintió celos de un hombre. El cuarto estaba iluminado por una tenue luz de color celeste muy clara que procedía de una de las paredes, muy similar a un acuario iluminado. Venus le dijo algo a su amigo. Nicolás se sintió violento. ¿Estaba celoso? Observó al hombre con curiosidad. Era muy alto, casi dos metros, calculó. Era atlético y rubio como el sol. La canción «*No ordinary love*» de la cantante Sade comenzó a sonar en alguna parte del cuarto, a Venus le gustaba aquel tipo de canciones, seductoras y misteriosas. Empezó a bailar entre los dos hombres,

rozando sus nalgas contra uno y luego contra el otro de un modo muy indecoroso. Cada uno por un lado la acarició. Cuatro manos recorrían sus pechos, su cintura y sus piernas. Venus se puso de espaldas al otro hombre mientras Nicolás le subía el vestido y le acariciaba las piernas. El otro se limitó a tocarle los senos, parecía tímido e inexperto en el arte del trío. Quizá era su primera vez. Probablemente era uno de los nuevos modelos, pensó Nicolás, pero algo en su interior le decía que aquel hombre no era un simple modelo. El otro hombre hacía lo mismo, lo analizaba.

Venus se alejó y se acercó al minibar que estaba en el rincón de la habitación. Se sirvió una copa, para relajarse un poco. Luego sirvió dos copas y ofreció a ambos, que gustosos, bebieron un buen sorbo. El hombre rubio se acercó y le dijo algo al oído. Ella negó con la cabeza y, minutos después, el hombre se relajó. ¿tenía algo la bebida?, se preguntó Nicolás con expresión ladina. Sí; probablemente sí. La luz se hizo más tenue, momento en que los hombres levantaron sus máscaras para liberar sus bocas y disfrutar de cada trocito de aquel escultural cuerpo femenino. Las mismas tenían aberturas en sus bocas, pero no era suficiente para lograr sus objetivos. Venus se quitó la suya, pero debajo tenía un tipo de antifaz de tela que cubría sus ojos y parte de su nariz. La peluca ocultaba el resto. Aquella mujer cuidaba cada detalle, para no dejar al descubierto su identidad.

Venus bailó con sensualidad en medio de los dos que le levantaron el vestido y metieron sus dedos en su húmeda parte íntima para proporcionarle placer. El otro hombre le quitó el vestido sin tirantes y lo dejó caer en el suelo. Nicolás se arrodilló en el suelo y, tras quitarle las bragas con brusquedad, le abrió las piernas. Su boca fue directa a su parte íntima mientras el otro hombre le besaba el cuello y sacándole los pechos por encima del sujetador, los manoseaba, los estrujaba a su antojo. Embravecido, Nicolás comenzó a chuparle con fruición. Muy excitada por lo que aquellos dos hombres le hacían, Venus soltó un jadeo al tiempo que se arqueaba y ofrecía, con aquel gesto, su cuerpo a ambos.

El otro hombre le desabrochó el sujetador y le acarició los senos con caricias muy lascivas. Venus tenía unos pechos muy generosos. Nicolás realizó un largo camino de besos por su vientre hasta llegar a sus senos. El otro hombre se apoderó de un seno mientras Nicolás degustaba el otro. Ambos, de común acuerdo, empezaron a jugar con su parte íntima con sus manos atrevidas. Venus estaba a punto de tocar el cielo. Ella los empujó y se puso de rodillas sobre la alfombra. Llevó sus manos hasta el cinturón de ellos, les



desabrochó los pantalones, les bajó la cremallera, el bóxer y les acarició sus pétéreas erecciones. Con deleite metió en la boca una y luego la otra. Ellos soltaron un gruñido que a Venus la incitó aún más a continuar. Nicolás le tiró del pelo para que lo mirara, clavó sus ojazos azules en ella, que lo miró desafiante a través de los orificios del antifaz. ¿Dónde había visto aquellos ojos antes? Aquel color no era real, aquella mujer pensó en todo e incluso el color de sus ojos mantenía en secreto. Se apartó de ella y bebió algo más de la copa que ella les había servido minutos atrás. Los observó a ambos desde su sitio, sintiendo unos terribles celos de lo que le hacía al otro hombre, que acababa de correrse en su boca.

Nicolás posó la copa sobre la mesa y se puso un preservativo. Se arrodilló detrás de ella y la penetró con rabia mientras el otro hombre se recuperaba. El magnate la tenía agarrada por las caderas y con delirantes movimientos la embistió sin parar. El otro hombre apagó las luces por completo, órdenes de Venus, minutos atrás. La oscuridad los envolvió por completo. El placer era cada vez más intenso. El misterio que proporcionaba aquel juego a oscuras era indescriptible, aunque muy peligroso al tiempo.

Los gemidos de ambos se aceleraron, hasta que, contrayéndose, Venus se dejó ir. Su cara cayó sobre la alfombra. Salió de ella y la hizo ponerse boca arriba. Se quitó el preservativo, necesitaba sentirla por completo aquella noche. Se colocó entre las piernas de la mujer y la penetró de un solo embate. Los gemidos de ella volvieron a inundar la estancia. Nicolás se quitó la máscara por completo y posó su boca sobre la de ella y la besó con ardor desmedido, olvidándose por completo que allí no estaban solos. Ella lo agarró del cuello y lo besó con desesperación. Abrió su boca y metió su lengua de tal manera en su interior que casi lo hizo perder la razón. Aquel beso lo dejó sin aire en los pulmones. Cuando no pudo más, se dejó llevar por el clímax, clavándose una última vez en ella al tiempo que ella alcanzaba su propio orgasmo.

Pero Venus quería más, quería al otro, que obediente, la poseyó. Ella gritó de placer mientras la penetraba bajo la penumbra, consciente de que Nicolás los estaba escuchando, deseando participar una vez más. Tras el clímax violento, Venus exigió tener a los dos dentro de ella al mismo tiempo y así fue.

La lengua de Nicolás se enredó en la suya y ambos disfrutaron de aquel pecaminoso momento. Ambos la acometieron al mismo tiempo, como ella deseaba. Los hombres no lo dudaron y, cada uno desde su posición, se movió

en busca del placer mientras ella, en medio de los dos, jadeaba sin parar.

—Te amo —le musitó ella tras el frenesí.

¿Lo amaba? ¿Lo había escuchado bien? Aquella declaración inesperada lo dejó bloqueado por completo. Ellos se marcharon mientras él se duchaba. Cuando todo acabó, Nicolás supo que nunca volvería a verla. No sabía por qué, pero así lo sentía y así fue.

Nicolás volvió al presente, metió la letra V en uno de los cajones de su escritorio y decidió jamás volver a recordarla.

# Secretos revelados



**E**l sol se despedía de aquel día indeleble con una morosidad martirizante. Las emociones flotaban en el aire, entremezclándose con nuestros suspiros y nuestras lágrimas.

Leonella me cogió de la mano mientras asistíamos al crepúsculo majestuoso de aquella jornada etérea. La dama de las sombras se permitió alumbrar su bruma con mi llegada a su vida. Nadie nos devolverá los años que perdimos, era cierto, pero tampoco nos robarán estos pocos que viviremos lado a lado a partir de ahora.

—Gracias, Paula.

—Lamento haberme portado como una imbécil, abuela.

Ella apretujó mi mano.

—Eres mi nieta y tu orgullo lo demuestra.

Por la noche, Leonella se retiró temprano para sus aposentos, ya que las emociones le habían robado el aliento y necesitaba reponer sus energías con un largo y reparador sueño.

—Descansa, abuela —le dije antes de besar sus mejillas.

Por primera vez la sentía como tal, como mi abuela.

—Hasta mañana, cielo —me susurró agotada.

—Mañana será un gran día, abuela —farfullé en tono suave.

Leonella quedó rendida por el sueño. Me retiré con mucho cuidado de su cuarto, cuando de repente, vi a Nicolás en el rellano. Arrugué mi entrecejo al verlo envuelto solamente con una toalla. ¡Era un exhibicionista! Me hizo una reverencia con la cabeza. Su presencia alteraba mi bienestar emocional y ante todo, hormonal. No podía explicar lo que sentía cada vez que lo tenía cerca de mí, era una emoción arrolladora y paralizante.

Pestañeé varias veces, paseando mis ojos en su esbelto y seductor cuerpo.

«Ay, Dios».

Nicolás Ricci era un colirio para mis ojos y una droga peligrosa para mi corazón.

«Tiene novia» me dije con pesar.

Lo escuché sin querer por la tarde, en la cocina. Las mucamas comentaban entre ellas.

—*Adriana es su novia —dijo Fiorella.*

—*Al parecer las cosas van muy en serio —acotó Lucila.*

Ingresé con la respiración alterada a mi cuarto, cuando de pronto atisbé unas lencerías expuestas sobre mi cama.

—¿Y esto?

Eran como diez pares de todos los colores y modelos, colocadas lado a lado.

—¿He acertado? —preguntó Nicolás desde la puerta.

Di un brinco ante el susto. Giré en redondo con la mano sobre el pecho.

—¿Me temes o me deseas, Paula?

Lo miré anonadada.

—¿Perdona? —resoplé con cierta dificultad, minutos después.

Mi cerebro dejó de funcionar desde el momento que lo vi en el rellano. Nicolás se aproximó y su cercanía me trastocó, en especial cuando sujetó mi mano derecha y la colocó sobre su pecho desnudo y fornido. Las mejillas empezaron a arderme y las pupilas se me dilataron de forma involuntaria. Él me dedicó una cálida y arrebatadora sonrisa.

—¿Acaso me equivoco? —murmuró en un tono realmente perturbador.

Aparté mi mano con suavidad. Su atrevimiento era insultante, pero a él poco le importaba mi azoramiento. Cogió una de las lencerías y la olfateó.

—Oh, huelen a nuevo...

Puse mis ojos en blanco.

—Supongo que porque lo son —refunfuñé.

Nicolás me miró con falso disgusto al tiempo que se pasaba la lengua sobre sus labios de un modo muy sensual.

—Me gustaba más la de ayer.

Meneé la cabeza en un acto reflejo.

—No veo la hora de que huelan a ti.

Le dediqué una de mis miradas más asesinas, pero claro, a él no le afectaba en lo más mínimo.

—¿A qué juegas, Nicolás Ricci?

Nicolás me miró con una mueca inocente. Miércoles Addams usurpó mi cuerpo y congeló todo tipo de sentimientos hacia él.

—Primero, cambiar tu estilo —me enseñó una de las ropas íntimas—. Y segundo, me gustaría cenar contigo y conocerte mejor —repuso sin abandonar su expresión.

Me froté los brazos como si tuviera mucho frío. Nicolás observaba cada gesto mío con verdadero interés. Lo miré con cara de pocos amigos.

—¿Aceptarías mi invitación, Paula? —cogió mi mano y depositó un beso en el dorso—. ¿Por favor?

Aquel gesto me convenció.

—Me ducharé y bajaré al comedor... —puntalicé sin lograr desviar la mirada de sus ojos.

Nos miramos por unos instantes.

—Si quieres..., puedo enjabonarte la espalda, Paula.

Suspiré derrotada y enterré mi cabeza entre mis manos. La magia de los minutos anteriores desapareció de un plumazo con su último comentario.

—¡Nos vemos abajo, Nico! —exclamé y lo empujé.

Nicolás giró en redondo, la toalla que llevaba alrededor de su cintura se enganchó por algo y cayó al suelo.

—Oh... oh... —musitó él con cara de espanto.

Puse mis ojos en blanco tras un chequeo fugaz del producto.

—¡Dios mío! —bramé tapándome los ojos en un acto reflejo.

Nico tardó varios segundos, antes de reaccionar.

—Soy tuyo —bromeó mientras se cubría lentamente con la toalla.

—Eres un... —Las palabras se me atascaron en la garganta.

—¿Hombre apetecible, sexy e irresistible? —no logré articular una sola palabra—. Nos vemos abajo, bella —terció en tono sensual. —Vestido —agregó—, pero si tú quieres...

Le arrojé una almohada. Él se carcajeó por el pasillo.

—¡Eres un cualquiera!

—¡Lo soy!

Esbocé una sonrisa que mal me cabía en la cara.

Durante la cena, Nicolás me sirvió dos miserables patatas y un trozo ínfimo de carne en mi enorme plato de porcelana. Observé estupefacta y hambrienta el menú nazista.

«Ricos, pero avaros» pensé decepcionada.

—¿Te gusta? —demandó.

«Muero por una pizza».

—Para ser bella hay que ver las estrellas —me mofé.

Nicolás me miró con jovialidad.

—Hay otro método muy bueno para mantener la buena forma, Paula.

Lo miré enfurruñada y lo interrumpí en seco con un ademán de mi mano.

—Ya me lo imagino... —repuse ceñuda.

Colocó la servilleta sobre sus piernas con una elegancia hipnotizante.

—¿Sabes nadar, Paula?

Achiqué los ojos confundida. ¿Nadar? Me sentía más perdida que Tarzán en el Titanic.

—¿Nadar?

Nicolás esbozó una sonrisa diabólica al tiempo que enarcaba la ceja derecha. Una alarma de incendio acababa de dispararse en mi cabeza.

—Hablaba de ello, pero tú...

—¡Calla!

Nicolás soltó una risa por lo bajo al tiempo que bebía un sorbo de vino de su finísima copa, sin apartar la vista de mi cara arrebolada.

—La natación es un deporte completo, Paula —comentó sonriendo, entretanto «*Flower duet*» sonaba de fondo—. Como lo es el sexo —añadió en tono muy sensual—, puedes elegir...

«Sexo, sexo, sexo» gritaba mi cuerpo.

Mis mejillas ardían. Mi anfitrión me miraba con ojos muy traviosos mientras sorbía su vino. Parecía un gato hambriento observando a su pobre e indefensa presa.

—Creo que mentalmente has gritado «sexo».

Me ruboricé todavía más, si eso aún era posible. «Te ha pillado, finge sorpresa» me dijo mi cerebro.

—Tu lengua siempre está muy afilada —le dije algo encolerizada.

Nicolás se pasó la lengua sobre sus labios de un modo muy sensual. Todo en él era tan sensual.

—Sé hacer otras cositas mágicas con mi lengua, ¿no te da curiosidad?

«Mucha». Me recompuse y le interrumpí con un gesto de mano al tiempo que entrecerraba mis ojos de golpe.

—Basta de ofrecerte, Nico.

Nicolás se encogió de hombros sin sonreír, aunque lo hizo a través de sus ojos. Hizo puchero la mar de teatral antes de beber un sorbo de su copa.

—Tú te lo pierdes...

«Te cenaría a ti, aquí mismo, sobre la mesa».

Después de la cena, bebimos unas copas en la sala de estar de la mansión. Contemplé maravillada las fotos de mi abuela y sus amigos famosos.

—¿Es el conde Monteschinni?

Nicolás asintió con la cabeza. Lo había visto una vez, pero de lejos.

—El mismo.

—¡Dios mío! ¡Es hermoso! —exclamé eufórica.

El conde Monteschinni era uno de los hombres más poderosos del mundo y el más guapo, sin lugar a dudas. Su belleza misteriosa era indescriptible. Nicolás resopló hastiado al ver mi cara de embeleso.

—Eso dicen —dijo desanimado.

Achiné los ojos y los froté varias veces al ver una foto realmente sorprendente en la repisa de la chimenea. Abrí mi boca en un círculo perfecto de asombro. Me pellizqué el brazo derecho.

—¡Aufff! —chillé.

—¿Qué haces? —me preguntó él, atónito con mi reacción un pelín exagerada.

Lo miré estupefacta.

—¿Es Lady Di?

Nicolás suavizó su hermoso rostro.

—Fueron íntimas... —Nico me guiñó un ojo—. Bebían Martini en el jardín de nuestra casa, junto con Gianni Versace.

Di unos saltitos.

—¡¿Versace?!

Nico me miró con fijeza y algo aturdido. Siempre fui muy «demostrativa» con respecto a mis emociones.

—¡Uau! Gigo moriría si viera esto.

Nicolás se incorporó de golpe y cambió la música. La canción del compositor Smetana «*Moldau*» rellenó la sala de estar con su peculiar ritmo. Preferiría unas canciones más modernas, para mover el esqueleto, pero decidí mantenerme en silencio. Nicolás se acercó y me invitó a bailar.

—En.. encantada.

Había bebido más de la cuenta. Estaba relajada, no embriagada. ¿Los muebles se movían o éramos nosotros? Retiro lo dicho, estaba algo ebria.

—Confía en mí, Paula.

Nicolás me condujo por la enorme sala con una destreza impresionante. Me preguntaba si existía algo que él no supiera hacer con tanta excelencia.

—Mi hermana está organizando una gran fiesta de cumpleaños al estilo medieval —me dijo acercándose a mi boca—. Ya conoces el repertorio —negué con la cabeza—. Baile al estilo Jane Austen..

No me gustaba Jane Austen, pero no se lo dije. Nico me miró con devoción. ¿Por qué me miraba de aquel modo?

—¿Te gustaría ser mi acompañante, Paula?

Le lancé una mirada de sorpresa y reticencia a la vez.

—¿Y tu novia?

Nicolás puso sus ojos en blanco y lanzó un bufido ante mi comentario. Era tan bello cuando hacía aquellas muecas de fastidio.

—Ella y Luciana no se llevan bien —me aclaró.

Sonreí al tener algo en común con su novia.

—Uhm, ¿solo por eso, Nico? —le dije con voz seductora.

El alcohol solía liberar mis demonios más salvajes. Me miró con lascivia y ni siquiera lo disimuló.

—Porque me gustas, Paula.

Lo miré con atención por unos minutos hasta que una sonora carcajada estalló en mi pecho. Nico me miró con indignación.

—Eres muy excéntrico, ¿lo sabías? —balbuceé algo ebria—. ¿Cambiarás al caviar por la popular pasta?

Nicolás hizo una mueca de incordio ante mi comentario desdeñoso.

—Amo la pasta más que el caviar... —azuzó con firmeza—. Soy italiano, no lo olvides.

Su voz era tan sensual cuando se ponía serio. No me consideraba fea, pero ante su actual pareja, era normal, muy normal. Nos mecimos de un lado al otro en un ritmo más bien suave.

—¿Has hecho alguna apuesta, Nico?

Nicolás arrugó su entrecejo molesto. Me miró perplejo, como si me estuviera viendo por primera vez.

—¿Qué insufrible eres, Paula Bellini!



Me lanzó una mirada insolente y abrió la boca como para decirme algo, pero la volvió a cerrar cuando hablé:

—Acepto —le dije, al percibir su enfado.

Nos detuvimos. Cogí mi copa de la mesa acristalada. Nicolás la sujetó y la depositó sobre la mesita mientras «Carmen» sonaba de fondo. Me giró ágilmente y me volvió a atraer. Me atrapó entre sus brazos y comenzó a mecarme con pasos firmes. Nuestras miradas se entrelazaron al igual que nuestras manos. Nicolás ejercía un magnetismo poderoso sobre mí y mi voluntad. Sus pupilas azules me desarmaron por completo. Me guio hacia adelante, hacia atrás, me volteó y me reclinó con suavidad.

—La fiesta será en unos meses y te prepararemos para ese día, bella... —me escrutó embelesado—. Luciana es muy quisquillosa con sus fiestas y tendremos que entrenar el dichoso baile día y noche.

Me sorprendí mirando sus labios carnosos y sonrosados.

—Está bien, Nico.

Agachó su cabeza y buscó pretencioso mis labios, pero alguien nos interrumpió.

—Buenas noches —nos dijo Luciana, sonriente desde la puerta.

Nicolás le dedicó una mirada significativa mientras yo me recomponía. Ella se acercó y me saludó con un abrazo que me hizo estremecer. Aquella mujer no me caía nada bien. Me recordaba a alguien: a Carla.

—Hola, Luciana —le dije algo azorada.

Nicolás esgrimió una mueca de cansancio.

—Es un placer tenerte aquí, Paula —me dijo entretanto escrutaba con severidad a su hermano—. Hermano...

Nicolás le devolvió la mirada con la misma magnitud. Luciana frunció su entrecejo algo turbada con la reacción de su hermano mayor. Lo miró de un modo muy raro, lo miró como una mujer celosa. Aquello me descolocó por completo. Siempre dijeron que era muy «fraternal» con respecto a su hermano. y, que en general, nunca se entendía con sus cuñadas.

—He venido para instruirte, Paula —me dijo en tono amable.

Dicho en otras palabras, convertirá al simio en dama. Luciana era tan falsa como Carla, pero no tan malvada.

«Eso pensaste de Emma» me dije. Aquella mujer tenía algo, algo oscuro en su corazón.

—Gracias, Luciana —resoplé. —Con vuestro permiso, iré a mi cuarto. Nico me miró taciturno, volviendo a ser el mismo de siempre, al

menos con los suyos.

—Propio —dijeron ambos al unísono.

Subí a mi cuarto sin mirar atrás, aún perpleja por lo ocurrido. Nicolás Ricci pretendía besarme y lo peor de todo, yo anhelaba con vesania probar sus labios tras tanto tiempo.

—Olvidé mi móvil —me dije y retorné sobre mis pasos.

Me detuve en seco al oír la discusión de Luciana y Nico en la sala.

—¡Estás loco, Nico!

Él esbozó una sonrisa taimada, lo podía ver con claridad desde mi sitio.

—Fue el efecto del vino, hermana. ¡No te ofusques!

Una lanza imaginaria acababa de atravesarme el pecho. Luciana lo fulminó con la mirada, al tiempo que se cruzaba de brazos en un gesto de disgusto. Nicolás bebió un sorbo de vino, ignorando su mirada amenazante.

—Es la nieta de la buba, y ambos nos comprometimos a ayudarla —protestó Luciana enfurruñada—. Eso no incluía instruirla en la cama, tu arte favorito.

Nicolás le lanzó una mirada amena.

—Me gusta, Luciana.

Luciana frunció su entrecejo, incrédula ante su confesión. ¿Tanto le costaba creer que su hermano pudiera interesarse en una belleza exótica como yo?

—¡A ti te gustan todas! —reclamó ella y metió la lanza imaginaria unos centímetros más en mi pecho.

Nicolás se sirvió más vino, ignorando a su hermana por completo.

—Pero sólo me acuesto con algunas.

Retiró un centímetro la lanza. Luciana entrecerró sus ojos en un gesto de derrota.

—Dedícate a convertirla en una «dama» como le habías prometido a la buba, y no en tu cobaya sexual, Nicolás.

Dos centímetros más adentro. Nicolás se volvió y la miró furioso.

—La convertiré en una mujer distinta, fuerte, dinámica, decidida, segura de sí misma. ¡Una devoradora de hombres sin compasión ni sentimientos! —espetó Nicolás con expresión ensombrecida—. ¡Así dejará de sufrir en esta maldita vida!

La lanza descuartizó mi corazón. Nico no sentía nada más que curiosidad y compasión por mí.

«Nada más». Me costaba respirar. Quería llorar, pero el orgullo no me dejó. Estaba cansada de llorar por lo mismo. Harta de lamentar mi suerte.

—Tienes un harén de mujeres a tu disposición, Nicolás. Tómalas a ellas y no a Paula, la buba no se lo merece y creo que esa pobre chica tampoco.

—¿Pobre chica? —musité ceñuda.

Luciana cogió una carpeta archivadora de color negro de su carísimo bolso blanco.

—Estudia su vida primero y luego, si quieres, juega y rómpele el alma o, lo poco que aún resta de ella —acotó en tono encrespado—. Me sorprende tu actitud, has padecido lo mismo que ella y por ende, deberías ser más empático.

Me escondí detrás de un sofá. Dejó los documentos sobre la mesa ratonera antes de retirarse sin saludarlo. Nicolás sujetó la misma y leyó cada hoja atentamente. Sus ojos se pusieron como platos ante mi realidad insospechada.

«La nieta de Leonella padece una grave enfermedad emocional. Lucha contra la depresión sin éxito alguno. Hoy mal puede dormir, comer, salir o vivir sin sentir miedo» supuse que decía la información sobre mí.

—Eso era antes —mascullé—. Basta de auto-compadecerte, Paula Bellini.

«He vuelto» me dije decidida antes de subir a mi cuarto.

# En busca de paz



**L**os días de Paula habían sido bastante ajetreados los últimos meses. Su rutina consistía en: clases de etiqueta, bailes, yoga y todo aquello que pudiera contribuir a convertirla en la nieta de Leonella Ricci. Además de todo ello, se puso a investigar sobre terapias alternativas que pudieran curar el cáncer.

—¿Crees que esa terapia logrará curar a nuestra abuela, Paula?

Paula estudió varias maneras alternativas de curar el cáncer.

—No perdemos nada intentándolo, hormiguita.

Leonella aceptó realizar cada una de las terapias que Paula había investigado. Lapso en que ambas estuvieron muy unidas casi las veinticuatro horas del día. Quizá no curaría el cáncer físico, pero sí el emocional.

—Los milagros existen, Paula.

Además de las terapias, Leonella supervisaba personalmente cada lección que recibía su nieta, y eso implicaba su participación activa en todo. Nicolás también colaboraba con las clases de la nieta de su abuela de vez en cuando, evitando que la misma confundiera su amistad con otra cosa. Tras la dura reprimenda que recibió de su hermana, días atrás, se mantuvo lo más lejos que pudo de Paula, hasta que, cierta tarde, mientras ella realizaba sus clases de yoga, él llegó y se apuntó a la misma, sorprendiéndola por completo.

—Buenas tardes —saludó con su peculiar voz cautivante.

Paula y la profesora de yoga lo miraron con atención. La nieta de su abuela parecía molesta al verlo. ¿Estaba enfadada con él? ¿Por su actitud distante? El magnate acababa de realizar su rutina de diez kilómetros diarios cuando la vio en la sala de gimnasia, donde pretendía ejercitarse un poco. La miró de arriba abajo, con mucha lascivia. Paula llevaba puesto una blusa negra sin mangas ceñida y unas mallas del mismo color. Estaba muy delgada,

pero tenía buenas curvas, pensó el empresario tras pasarse la lengua sobre los labios. Paula se acercó a una silla y cogió algo de su mochila. Recogió su larga melena en un rodete sin apenas mirar a Nicolás.

—Estás muy sexy con esa malla —le dijo, al tiempo que se quitaba el abrigo de algodón que llevaba. Sus brazos torneados y sudados la hicieron suspirar en un acto reflejo—. ¿No te molesta que esté algo sudado?

Paula se mordió el labio inferior en un acto reflejo, a la vez que él se quitaba las zapatillas deportivas.

—Me da igual, Nico —le dijo con voz seca.

Nicolás levantó la ceja derecha en un gesto de sorpresa, confirmando sus sospechas, Paula estaba enfadada.

—Uhm.

Ella se arrodilló sobre el tapete de plástico de color negro. Nicolás le copió el gesto.

—Es la última posición —convino la profesora.

Paula y Nicolás intercambiaron una mirada algo indefinida. Una mezcla de rabia y deseo. Paula se apartó de él tras beber un sorbo de agua de su botella.

—¿No te molesta que haga un poco de yoga contigo, Paula?

Ella le lanzó una mirada samurái.

—Me da igual —le contestó en tono arisco.

Nicolás rio por lo bajo. ¡Le encantaba cuando estaba cabreada!

—Postura de la cobra —anunció la profesora.

El magnate esbozó una sonrisa taimada.

—Posición interesante —musitó él, logrando dibujar una sonrisa en los labios de Paula.

Ella se tumbó boca abajo, con las palmas debajo de los hombros y con los dedos apuntando hacia adelante. Nicolás copiaba el movimiento con mucha seriedad.

—Suelten el aire de forma pausada —les aconsejó la profesora. — Estiren el cuerpo desde la parte inferior hacia arriba. Sientan cómo se va estirando cada parte de sus cuerpos. Respiren hondo y exhalen lentamente...

—Madre mía —musitó Nicolás con el pecho agitado al otear a Paula en aquella posición un tanto sensual.

Ella fingió no escucharle, mientras una sonrisa diabólica curvaba sus labios.

«¿Te excita? Pues haré que tu «entusiasmo» aumente deliberadamente,

Nicolás Ricci».

—Presionen el hueso púbico contra el suelo, metiendo el coxis hacia adentro —indicó la profesora en tono serio—. Levanten las rodillas, mientras presionan los extremos de los pies contra el suelo.

Una oleada de placer envolvió a Nicolás y, por qué no decir, también a Paula.

—Movilicen las espaldas, presionen las palmas contra el suelo y continúen curvando la columna para levantarla.

Nicolás soltó un gemido ronco cuando oteó a Paula de soslayo. ¿Acaso quería matarlo de deseo? Probablemente.

—Vuelvan a presionar el hueso púbico contra el suelo, sin levantar los pies y las piernas —les indicó la profesora desde su sitio—. Eleven los pechos desde los brazos...

Paula decidió ser más sensual con sus movimientos, consciente de que Nicolás la estaba mirando y deseando. Se pasó la lengua sobre los labios con mucho erotismo, como una verdadera cobra en celo.

—Joder —musitó Nicolás, muy excitado.

Sus senos se movieron con voluptuosidad con el siguiente movimiento.

—Estiren la parte posterior del cuello metiendo la barbilla hacia la garganta —señaló la profesora.

Los glúteos firmes de Paula robaron la poca paz que aún le restaba a Nicolás. Ninguna mujer logró aquel efecto en él antes. Paula esbozó una sonrisa victoriosa al ver su reacción.

—¡Diantre!

La profesora se marchó minutos después. Paula se acostó boca arriba con las piernas dobladas, extenuada y bastante agitada. Necesitaba unos minutos para recuperarse. Nicolás se acercó y se arrodilló entre sus piernas de repente. Paula alzó la cabeza y le lanzó una mirada bastante elocuente.

—¿Qué haces? —le preguntó atónita.

—Poner en práctica la posición cobra —le dijo él con ojos centelleantes—, quiero saber si lo hago bien... —sus ojos azules se oscurecieron por completo.

Paula soltó un jadeo mientras él realizaba la posición cobra entre sus piernas.

—Quiero que te relajes, Paula —le dijo al tiempo que empujaba su hueso púbico contra el suyo.

Un hormigueo le recorrió de arriba abajo a Paula, que solo pudo gemir

ante la deliciosa sensación que experimentaba.

—¡Basta, Nico! —gritó, pero sin empujarlo.

Nicolás se movió sobre ella, para que sus cuerpos se encajaran mejor. El roce constante y continuo de su parte íntima contra la de ella la hizo jadear de placer. Arqueó la espalda, enloqueciéndolo por completo.

—¿Te gusta, Paula?

El vientre de Paula se contrajo en violentos espasmos con cada roce atrevido del empresario. Nicolás aumentó la velocidad de sus movimientos. Paula temía estallar de placer en cualquier momento. La fruición que sentía era delirante.

—Nico...

Nicolás buscó sus labios con desesperación y ella no le negó el acceso. La besó con vesania mientras ella arqueaba la espalda para tener mayor contacto con su cuerpo.

Entrecortados gemidos de placer se escaparon de sus pechos y se perdieron en sus bocas.

—Te deseo, Paula —musitó al apartarse de ella—, mucho —volvió a besarla.

Paula gimió, moviendo sus caderas de forma sinuosa. Los esculpido músculos de Nicolás se contrajeron, ondulándose sobre ella con cada movimiento de su cuerpo. Nicolás se apartó y se quitó la musculosa negra que llevaba puesta. Su amplio tórax quedó al descubierto, dejándola a ella sin aire en los pulmones. Paula subió las manos extendidas por su suave piel hasta arribar a su cuello. Nicolás aguantó la respiración y se detuvo unos instantes para contemplarla con los ojos nublados de pasión.

—Te deseo tanto —masculló él jadeando, antes de devorarle la boca con vehemencia insana, sin detenerse un solo segundo en sus oscilaciones concupiscentes.

«Esta sesión de yoga es mil veces más relajante» pensó Paula antes de perder la cordura por completo.

—Nicooo —murmuró, apretando los labios, retorciéndose y contorneándose de placer bajo su cuerpo.

Sus caderas se mecían cada vez con más fuerza. El roce continuo de sus cuerpos la hizo tocar el cielo con las manos. Arañó la espalda del magnate cuando el frenesí la envolvió, rompiéndose en mil fragmentos ante el gozo infinito que acababa de experimentar sin siquiera haberse quitado la ropa. Nicolás la miró extasiado.

—¿Te has corri... ? —antes de que pudiera terminar su pregunta, alguien la llamó.

—Paula —dijo Laura en el rellano y los despabiló a los dos de un sopetón.

Nicolás se apartó de ella y se puso la musculosa a toda prisa. Parecían dos adolescentes pillados en plena acción por sus padres.

—Permiso, necesito ducharme, Paula —le dijo él en tono ladino.

Paula esperó algo más, una invitación, que nunca llegó. Nicolás se marchó de la casa tras ducharse. Paula supuso que necesitaba apagar el fuego en los brazos de otra mujer.



Nicolás fumaba nervioso y absorto en sus cavilaciones en el aparcamiento del hospital que pertenecía a Alessandro Mancini. Un tumulto de dudas atravesó su mente y agitó con violencia su corazón mientras calaba hondo su cigarro. La voz ronca y grave de alguien lo arrancó de su ensimismamiento.

—¿Qué haces aquí, Nico? —le preguntó, Alex—. ¡Son las tres de la mañana!

Nicolás lo miró sobrecogido.

—¿Cómo has conseguido quitártela de la cabeza? —le preguntó el pintor tras calar su cigarro—. A Anna...

Alex frunció profundamente su entrecejo al tiempo que se acercaba a él a grandes zancadas. El humo exhalado por el magnate frenó de golpe sus pasos.

—¿En serio? ¿Estás fumando un porro?

Una sonora carcajada estalló en el pecho de su mejor amigo.

—¡Sí!

Alex achicó los ojos antes de bascular todo su peso sobre la pierna derecha y llevarse la mano derecha a la cintura.

—¡Diantre, Nico! —gruñó enfurecido—. Estás loco...

Nicolás le ofreció su cigarro.

—¿Quieres fumarte uno, Alex? —Nicolás sonrió con nostalgia—. ¿Quieres recordar aquellos tiempos mágicos y algo libertinos del pasado?

Nicolás retiró de su chaqueta un plástico pequeño transparente con



marihuana. Alex abrió la puerta trasera de su Audi y metió su maletín. Se quitó la bata blanca y acto seguido la acomodó en el asiento de atrás al lado de su maletín.

—Éramos tan felices en aquella época y no lo sabíamos —farfulló Nicolás, algo alucinado.

Alex no pudo evitar sonreír.

—No puedo creer que fumaré un porro a escondidas con un lunático como tú —convino el médico, sin abandonar su sonrisa taimada—. Como meses atrás cuando te detestaba.

Nicolás movió sus cejas de un modo muy cómico.

—Disfrútalo y ya —le dijo Nicolás, ofreciéndole un cigarro.

Nicolás encendió el mismo con su mechero de plata. Alex se apoyó contra su auto, al lado de Nicolás, que tenía la pierna derecha sobre la izquierda, copiando la postura relajada del pintor, a continuación. Ambos echaron atrás sus cabezas y admiraron el cielo estrellado de aquella noche. Nicolás meneó la cabeza de un lado al otro en un gesto de desaprobación.

—¿Esto va por Paula? —demandó Alex tras exhalar el humo por sus fosas nasales.

Nicolás evocó lo vivido por la tarde con Paula.

—No lo sé, Alex. Son tantas cosas, tantas emociones encontradas.

Nicolás frunció el ceño molesto consigo mismo.

—No la lastimes, Nico —le aconsejó Alex—, ella ya sufrió mucho.

Nicolás arrojó el resto de su porro a un lado y, acto seguido, lo pisó con la punta del pie derecho.

—Debo alejarme de ella a tiempo, Alex.

Un suspiro profundo agitó el pecho del médico.

—Podrás huir, pero no podrás quitártela de tu cabeza, aunque cruces el mar o te mudes de planeta... —Alex paseó sus ojos claros por el rostro del pintor—. Si tienes la posibilidad de tenerla, —hizo una pausa expectante—: no la pierdas, amigo...

Las pupilas del magnate se dilataron, y no era por el efecto del narcótico precisamente. Alex arrojó el resto de su cigarro a un costado.

—Si la amas, sé feliz. No todos podemos serlo con el amor de nuestras vidas. Buenas noches, Nico...

Nicolás se apartó del auto y se dirigió al suyo a continuación.

—Gute Nacht, Alex.

# Nessun Dorma



Conocen la historia de la princesa de hielo, ¿Turandot? Era una obra maestra de Giacomo Puccini, figura célebre de mi bella e idílica Toscana y, claro, uno de mis compositores favoritos.

En fin, esta ópera situada en Pekín, consta de tres actos, pero les haré un resumen. La princesa Turandot se casará con el príncipe que acierte tres acertijos lanzados por ella, caso contrario, morirá como su último pretendiente, el príncipe de Persia. En medio del tumulto, un joven desconocido quedó fascinado por la princesa e intentó acertar los tres enigmas. Ella, altiva y muy segura, lanzó sus tres preguntas:

—¿Qué nace cada noche y muere cada amanecer?

El joven respondió: «La esperanza».

Desconcertada, ella lanzó la segunda pregunta:

—¿Qué es el rojo parpadeante y cálido como una llama, pero no es fuego?

«Sangre», respondió con firmeza el joven, conmocionando a la princesa, que lanzó el último acertijo, feaciente de que el joven no lo acertaría:

—¿Qué es como el hielo, pero quema?

Él meditó bastante antes de gritar: «¡Turandot!».

La princesa rogó a su padre que no la entregara a un desconocido. Pero, el joven, generosamente le ofreció un acertijo propio. Si ella descubriera su nombre antes del amanecer, él moriría. Turandot aceptó y ordenó pena de muerte a todo aquel que supiera el nombre del príncipe y lo callara. En ese lapso, la famosa canción «Nessun dorma» sonaba en la obra maestra. El padre del príncipe y la esclava que lo cuidaba, fueron detenidos.

La esclava Liú fue torturada, pero no reveló el nombre del príncipe. La princesa, admirada ante su tenacidad, le preguntó por qué soportaba tanto dolor. La esclava le dijo que era por amor y que, si ella le daba el nombre de su señor, ya nada le restaría a ella, advirtiéndole que ella también caerá rendida a su amor tarde o temprano. En un acto final de sacrificio, Liú tomó el arma de uno de los guardias y se quitó la vida. Perturbado por el acontecimiento, el príncipe se enfrentó a Turandot, y le recriminó su frialdad al derramar sangre inocente.

«Principessa di morte, principessa di gelo».

El príncipe logró besarla tras una larga conversación, rompiendo el hielo que rodeaba su corazón. Resignado, el príncipe le reveló su nombre: «soy Calaf, el hijo de Timur».

Un romance dramático, que conmocionó mi corazón la semana pasada, en el teatro San Carlos en Nápoles, el más antiguo teatro de ópera activo en el mundo.

Nico y mi abuela me invitaron a verla, pero al final, mi abuela no pudo ir, ya que no se sentía muy bien.

Luciana dibujó y confeccionó mi hermoso vestido negro sin tirantes y de corte princesa, combinado con unos guantes negros de seda que me llegaban hasta los codos. Mi abuela me regaló una gargantilla finísima y unos pendientes delicados de diamantes. Laura me peinó y me maquilló.

—Soy la peluquera y maquilladora particular de tu abuela —me dijo sonriendo. —Estás hermosa, Paula.

Miré embobada el reflejo que me devolvía el enorme espejo de mi peinadora.

«¿Quién era aquella?» me pregunté atónita al no reconocerme.

—Eres mi nieta —graznó mi abuela desde la puerta, como si me hubiera leído la mente.

Ella se aproximó y me estampó un beso en la mejilla. Un gesto inesperado que me hizo suspirar en un acto involuntario.

—Nicolás te está esperando abajo, cielo —repuso sonriendo con tristeza. —Él te cuidará mi amor, no temas.

Bajé la escalinata con mi abuela. Nicolás estaba muy elegante y muy hermoso como siempre. Llevaba un esmoquin impecable, que resaltaba aún más su porte y su beldad épica. Me miró con intensidad y casi perdí el equilibrio.

—Estás hermosa —me dijo antes de besarme el dorso de la mano

derecha.

—Gracias.

Estaba muy dolida por su actitud tras lo que pasó días atrás en mis clases de yoga y mal podía disimularlo.

—Cuidala, cielo —le aconsejó mi abuela, y él se limitó a asentir.

«Sé cuidarme sola» pensé altiva.

Nos marchamos a Nápoles en el helicóptero de la familia. En el aeropuerto nos esperaba una limousine negra. Nico cogió mi mano durante el viaje. Me volví hacia él y lo miré con atención. Me sonrió, pero fui incapaz de devolverle el gesto. Deslicé mi mano de la suya y giré mi rostro hacia la ventanilla. Observar la ciudad era menos peligroso que escrutarlo a él. No me dirigió una sola palabra durante todo el viaje.

—Llegamos —me dijo y luego me ayudó a descender del lujoso coche—. Bienvenida.

—Gracias.

Mi sonrisa se disipó al ver la cantidad de personas en el teatro.

«Caray» musité anonadada. Me sentía tan importante.

—¿Te encuentras bien, Paula?

Lo miré a los ojos.

—Maravillosamente bien, Nicolás.

Me miró con expresión curiosa. Aquella Paula no la conocía ni en sueños.

—Mejor imposible —acoté mientras posaba para los fotógrafos.

—Ya veo —masculló él.

Los fotógrafos presentes comenzaron a disparar sus flashes sin cesar al vernos llegar al lugar. Nicolás Ricci siempre generaba mucha expectación, en especial tras su secuestro.

—¿Es su novia, señor Ricci? —preguntaban exasperados.

Nico ni siquiera les dirigió la mirada. Sin embargo, una imagen valía más que mil palabras. Nicolás me cogió de la mano con firmeza. Muchas mujeres me estudiaban de arriba abajo, preguntándose si en verdad era la nueva conquista del inexpugnable pintor sin alma.

—¿Todo bien? —me preguntó con voz melosa.

—Sí.

Adriana conocía nuestro lazo, así que, supuse que no sentiría celos. ¿Será? Levanté la cabeza y escruté con ojos soñadores a Nico, que se limitó a sonreírme. Miré de reojo satisfecha. Aquellas fotos acapararían las mejores

revistas de moda.

«Eh eh eh» reí mentalmente. Apretujó mi mano con suavidad. Nico saludó a algunos conocidos suyos sin liberar mi mano un solo segundo. Observé curiosa a las personas que frecuentaban aquel tipo de lugar. Todos elegantemente vestidos.

—Algunos habrán vendido sus almas para estar aquí —me susurró Nico mientras esbozaba una sonrisa forzada.

Le lancé una mirada de incredulidad y él me sonrió con picardía.

—Pobres, pero soberbios —adujo con sorna.

—Como yo —me mofé.

—¿Tú?

—Ajá, mi abuela es rica, no yo.

Nos asomamos dentro del teatro y nos encaminamos a la platea de palco, donde solo los ricos y poderosos solían estar. Miré embobada el lugar desde mi sitio.

—¡Uau! —exclamé—. Es idéntico al teatro de la película «Mujer bonita».

Nicolás soltó una risita por lo bajo.

—Tu famosa película —resaltó tras desabotonarse la chaqueta de su esmoquin.

Me volví y le lancé una mirada traviesa. Nico sonrió de costado y empapó mis bragas... una vez más.

—Lo he mencionado muchas veces ¿no?

Nico asintió sin abandonar su hermosa y cautivante sonrisa. Me cedió la silla como todo un caballero. En nuestro balcón estábamos solos.

—Odio la aglomeración —instó él—, siempre lo odié.

Asentí algo compungida, aquel lugar no era mi sitio. Yo nací para ir al cine y no al teatro. Para comer palomitas de maíz y no licores súper caros. Por fortuna, había portado en mi minúsculo bolsito de mano dos paquetitos de m&m, recomendación de Anna.

—¿Quieres algo de beber, bella? —me preguntó y decliné su oferta con un cabeceo suave.

¡Era una dama! Retiré de mi bolsito uno de los paquetitos de m&m.

—¿Has traído dulces? —me preguntó Nico, asombrado—. Siempre el mismo dulce —acotó, sonriendo con cierta melancolía. —Te recuerdan a alguien ¿no?

Esbocé una sonrisa nostálgica. Aquel dulce me recordaba a la

personita más importante de mi vida, a mi hormiguita. La ternura se estampó en mi cara, efecto exclusivo de mi prima, mi alma gemela.

—A mi prima Anna —le respondí con sinceridad—. Son nuestros dulces favoritos en todo el mundo.

Nico cogió dos bolinas de mi mano derecha y las engulló.

—Me gustan —farfulló cerca de mi cara—. Deliciosos.

Esbocé una sonrisa.

—Disfruta del espectáculo, Paula.

Durante el último acto, me emocioné tanto que, lloré a raudales. Nico se apiadó de mi penuria y me ofreció un pañuelo de seda de color negro que olía a él. Lo cogí y acto seguido, me enjugué las lágrimas. Le agradecí con la mirada.

—¡Bravo! —aullé, aplaudiendo con furor tras el final de la pieza.

Nico me rodeó la cintura de un momento a otro y me hizo temblar, tanto que, casi perdí el equilibrio. Me imaginé cayéndome del balcón de un modo muy jocoso. Me reí entre dientes.

—¡Ey! ¡Ni lo pienses! —exclamó al sujetarme con vigor—. Eres demasiado joven y hermosa para morir —bromeó.

Una sonrisa eléctrica imperó en mis labios en ese instante un tanto bochornoso.

—Gracias, Nico...

Nico me estrechó con más fuerza, con más vigor.

—No es nada —masculló, mirándome fijo por varios segundos.

«¿Por qué me miraba de aquel modo?».

—Debemos irnos —le dije y él asintió sin desviar la mirada de mi rostro un solo segundo.

Era el momento propicio para un beso, pero era peligroso. Me alejé de él, fue lo más inteligente.



Nos retiramos del balcón y nos dirigimos hacia la salida, cuando de pronto, vi a Gianni con su actual novia. Me detuve en seco y me escondí detrás de un pilar. Nico siguió mi enfoque y acto seguido, se escondió conmigo.

—¿Qué haces, Paula? —murmuró bajito.

Gianni me dijo que me amaba cuando volvimos a vernos. Yo le dije

que necesitaba tiempo para acomodar mis emociones. Pero, por lo visto, él ya acomodó las suyas.

—Nada.

Nico lo miró con atención.

—Fue mi amigo —le dije en un susurro—, algo más, quizás.

Metí mi corazón y mi ego dentro de mi bolsito. Nico acarició mi mejilla sin desviar su mirada penetrante de mi rostro un solo segundo.

—Él pierde —masculló—. Eres tan hermosa —me dijo con un brillo peculiar en sus ojos azules.

Me estremecí como si una brisa helada acabara de rozarme la piel. Incliné la cabeza a cámara lenta y, justo cuando sus labios rozaron los míos, su móvil timbró. Era su novia.

—Debes coger la llamada —le dije sin apartarme de él un solo centímetro.

Su móvil seguía timbrando.

—Sí —musitó sin desviar la mirada de mis ojos.

Me aparté, para que pudiera tener más intimidad, en ese lapso, los ojos de Gianni y los míos se cruzaron. Él mal pudo disimular su «embelesamiento». Lo saludé con una sonrisa, antes de dirigirme hacia el coche desfilando como una princesa. Esboqué una sonrisa victoriosa.

«Muy bien, Paula» me dije orgullosa.

Poco a poco volvía a ser la misma de antes.

«Eh eh eh» me reí tras frotarme las manos.

# Sentimientos encontrados



**N**icolás salió de la cama con mucho cuidado para no despertar a su novia. Se puso una camiseta negra y unos pantalones de chándal del mismo tono. Bajó las escaleras y se dispuso a preparar café. Una sonrisa afloró en sus labios al evocar a Paula, su dulce tormento y su maravillosa velada juntos en el teatro.

*—Estos bombones están deliciosos —le dijo la nieta de su abuela mientras retornaban a la mansión—, me encantan. Regálame una caja de bombones y seré tuya...*

*Nicolás quiso probar sus labios, pero no podía ser desleal con ella y con Adriana, su actual pareja.*

*—Siempre los asociaré a ti, Paula.*

*Ella puso cara de gozo tras devorar otro bombón.*

*—¡Pecaminosamente delicioso!*

*«Como tus labios» pensó él.*

Se frotó la nuca con una mano e intentó espantar aquellos recuerdos. Porque, desde luego, no era sano pensar en una y estar con otra.

*—¿Por qué no consigo arrancarte de mi mente, Paula?*

Se sirvió una buena taza de café y se demoró un momento en la cocina para ordenar sus pensamientos, y, ante todo, sus sentimientos.

Sentía algo por Paula, en parte deseo y en parte añoranza. Echaba de menos a la mujer de sus sueños, a la mujer que lo salvó de la propia muerte. Además de otras cosas que no terminaba de identificar. Pero lo que Paula le dijo la noche anterior, lo dejó completamente desarmado. Ella quería un matrimonio de verdad algún día, con niños y mascotas incluidas. Aquello no formaba parte de su futuro. Nicolás se conocía muy bien, y sabía que era incapaz de comprometerse a largo plazo. Tras lo vivido al lado de Mónica,



jamás volvería a cometer el mismo error con otra mujer.

—Lo que descubrí tiempo atrás me impide formar una familia estable y normal —se dijo algo decepcionado—. No puedo ofrecerte nada más que mi amistad, Paula.

¿Por qué no dejar las cosas como estaban? Suspiró e intentó analizar sus emociones con la frialdad con la que un cirujano realizaba la primera incisión en la mesa de cirugía.

—Es lo mejor —se dijo con firmeza.

«Adriana» susurró tras coger otra taza de café. Se dirigió al cuarto a continuación.

—Hola.

—Hola —repitió ella.

Nicolás se acercó a la cama y se sentó en el borde. El colchón se hundió mientras le daba la taza a ella y la observaba oler la misma. Adriana suspiró de placer tras el primer sorbo.

—¿Está bien?

—Está perfecto.

Nicolás mantuvo silencio mientras bebía. La fina camiseta negra le dejaba los brazos y la parte superior del torso al descubierto, y los pantalones se les ceñían a las caderas, dibujando sus piernas a la perfección. Ella se mordió el labio inferior en un acto reflejo. Aquel hombre despertaba sus bajos instintos de un modo indescriptible.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él.

Adriana parpadeó y echó la cabeza hacia atrás. Se percató de que Nicolás tenía un mechón de pelo sobre la frente y de que una incipiente barba le ensombrecía el mentón. ¡Era tan sexy! Ningún hombre sería tan atractivo como él a tan tempranas horas del día, pensó ella.

—Muy bien.

Ella se estiró delante de él a fin de dejar la taza en la mesita de noche. La sábana cedió cuando ella dejó de sujetarla. Sus senos quedaron al descubierto, despertando el deseo de Nicolás en pocos segundos, como ella lo anhelaba.

—Necesito una ducha, Nico.

Apoyó la cabeza en una mano y lo observó. Lo vio tragar saliva con fuerza y apretar los dientes, como si estuviera desesperado por prestarle atención a sus palabras y no a su cuerpo medio desnudo.

—¿Te ducharías conmigo, Nico?

El deseo le corría por las venas al pensar en que se metería en la ducha para volver a hacerle el amor.

—Pero antes, ¿hablamos sobre lo de anoche?

Nicolás dio un respingo antes de asentir con la cabeza. Adriana y él llevaban tiempo saliendo, pero nunca había pasado nada entre ellos, hasta la noche anterior. De cierta u otra manera, lo que sentía por Paula lo llevó a concretar las cosas con Adriana.

—Lo de anoche estuvo genial, Adriana.

La sábana bajó del todo y se quedó arrugada en torno a la cintura de la modelo. Con los pechos desnudos se apoyó en un codo.

—Más que genial —le dijo ella—. He estado pensando en nosotros y en cómo continuar a partir de ahora.

Nicolás bebió un sorbo de su taza algo hastiado. Adriana, al igual que todas las mujeres, quería algo serio, algo que él no podía ni quería dar.

«Mierda» pensó el magnate.

—Odio los compromisos —disparó ella—, así que...

Una sonrisa radiante iluminó la cara del empresario al oírla.

—Es perfecto —le dijo él henchido de gozo.

Nicolás posó su taza sobre la mesilla y se abalanzó sobre ella.

—Me encantas, Nicolás Ricci.

El magnate apartó la sábana para acariciarla, para aumentar la pasión con movimientos rápidos y eficaces que le arrancaron un gemido y la hicieron separar los muslos.

—Te deseo, Adriana.

Ella sonrió satisfecha. Era tan fina, tan educada y tan serena. Todo lo contrario del torbellino llamado Paula. Aquella mujer sabía cómo encender todos sus sentidos. Por ello era peligrosa, por ello era mejor huir a tiempo.

—Hazme tuya, Nico.

Nicolás se quitó los pantalones, le colocó las manos en los muslos y la penetró. Adriana jadeó al sentirlo en su interior, le clavó las uñas en los hombros y se aferró a él con fuerza mientras este se movía cada vez con más intensidad. Levantó las caderas con exigencia y él la penetró de golpe hasta el fondo. Adriana se arqueó con fuerza a medida que el clímax se acercaba. Nicolás la embistió cada vez con más vigor y a toda prisa.

—Oh, sí, Nico...

Gimieron de placer cuando alcanzaron el orgasmo. Se abrazaron con afecto por unos instantes. Nicolás suspiró hondo al no lograr conectarse con

aquella mujer, al no conseguir arrancar a la otra de sus pensamientos. En ese lapso, en ese fugaz lapso, pensó en Venus, en la mujer misteriosa que lo enloqueció en la cama. Dios, aquella mujer era una diosa del sexo, la diosa que nunca logró descubrir quién era en realidad. Mónica cruzó su mente, pero la había descartado tras encontrar la letra V de plata en su escritorio tiempo atrás. No podía ser ella, ya que las convictas en Turquía, no daban señales de vida.

—Seremos buenos amantes —le dijo Adriana—, ¿nos duchamos?

Nicolás esbozó una sonrisa que mal curvaba sus labios. Tras el frenesí, siempre sentía un enorme vacío en el pecho, un vacío infinito que Adriana era incapaz de llenar. Nadie sería capaz de hacerlo.

«Paula» pensó y torció el gesto. Debía anular todo aquello que sentía por ella, o terminaría esclavo de un sentimiento no correspondido. Paula no era la misma mujer de sus sueños, aquella alucinación no pasaba de un deseo inconsciente, de un deseo imposible en el plano terrenal.

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño, lapso en que vio la caja de bombones, la misma que le había regalado a Paula la noche anterior. Cubrió la misma con un cojín, ocultando así sus propios sentimientos.

# Mujer bonita



**B**ajé al comedor tras ducharme y desayuné sola. Chiara, una de las mucamas, me sirvió mientras me analizaba de arriba abajo con cierto desdén.

—¿Tengo monos en la cara? —le dije con acidez.

Era buena persona, pero tenía muy mala leche con las personas cínicas como aquella chica. No era la primera vez que me miraba con cierto aire peyorativo.

—Perdón, señorita.

Quizá no estaba a la altura de sus patronos, o, tal vez, estaba celosa de Nicolás. En más de una ocasión la sorprendí mirándolo con unos ojos de cordero degollado. Estaba enamorada de él y detestaba verlo conmigo.

—Permiso, señorita —me dijo, tras servirme el café.

Mi abuela se había ido a su sesión de quimioterapia y radioterapia con Laura. Por fortuna, hoy tenía el día libre, sin clases de modales o etiquetas.

—Comer es la mejor manera de vencer la tristeza —me dije con expresión de deleite.

Aquellos que perdían el apetito por culpa de la tristeza eran mártires, porque yo me comería incluso la mesa si pudiera.

Subí a mi cuarto después del desayuno y encendí el aparato de música. Las Spice Girls irrumpieron mi alcoba. «*Wannabe*» me hizo mover las caderas de un lado a otro, como en aquellos viejos tiempos, tiempos que hoy añoraba con demencia. Salté de un lado al otro, perdiendo el equilibrio de tanto en tanto. Meneé la cabeza y cambié de Cd. La voz portentosa de Whitney Houston asaltó mi cuarto con su canción «*I wanna dance with somebody*». Oscilé mi cuerpo con los ojos cerrados y esbozando una amplia sonrisa. Viajé en el tiempo y evoqué aquellos días indecibles vividos al lado de Anna.

—Bailas muy bien, Paula —dijo de repente, Nico.

—Ahhh —grité al escucharlo y salté sin mirar atrás, perdiendo el equilibrio y cayéndome estrepitosamente sobre la moqueta.

Nicolás soltó una bolsa de regalo a un lado y se acercó a mí en dos zancadas. ¡Qué bochorno!

—Lo siento, Paula. ¿Estás bien? —me preguntó azorado.

Asentí con la cabeza.

—¿Te has lastimado, bella?

¡Qué papelón! El otro día, un claxon inesperado me hizo desmayar en plena vía pública. Los tranquilizantes y los antidepresivos no estaban surtiendo sus efectos en mí.

—No —murmuré algo alelada aún.

Temblaba como si estuviera completamente desnuda en pleno invierno.

—¿Siempre te asustas con tanta facilidad?

Mis ojos se colmaron de lágrimas.

—Lo siento —dijo Nicolás compungido con la situación.

El contacto de nuestras manos agitó los latidos de mi corazón de un modo imposible de explicar con palabras.

—Tranquila, bella.

Levanté la mirada y clavé mis ojos en los de él.

—Nico...

Nico sujetó mi rostro entre sus manos y me miró con expresión melosa.

—Dime, Paula.

Aún no comprendía muy bien por qué decidí confesarle todo. Quizá, necesitaba un cómplice o simplemente desahogarme. Nicolás escuchó atento mi experiencia en las manos de Emma. La tortura física y psicológica que padecí durante mi encierro.

Frío. Hambre. Desesperación. Dolor. Angustia. Soledad. Añoranza.

La pena se me congeló en la cara mientras rememoraba detalle a detalle lo vivido durante mi secuestro.

—¡Hija de puta! —gritó Nico, cuando terminé mi relato.

Emma me había violentado sexualmente varias veces, me ataba a la cama y ante mi rechazo, metía ciertas cosas en mi parte íntima, hasta hacerme sangrar. Tuve mucha suerte de no morir de una infección.

—Dios, lo siento, Paula.

Le conté cosas que ni siquiera a mi psiquiatra confesé en su tiempo. ¿Motivo? Necesitaba abrir mi caja de Pandora con alguien. Anna sufriría

mucho si conociera estos detalles y, por ello, nunca se los revelé. Era mi secreto. Mi martirio.

—Nunca podré ser madre, Nico —le dije con voz enronquecida—. Nunca.

Nicolás se levantó de la cama sobresaltado. Caminó de un lado a otro como un león salvaje preso en una jaula. Tenía las manos en la cintura y respiraba con mucha intranquilidad.

—Lo siento —musitó bajito.

La imagen de Nico estaba distorsionada por las lágrimas que anegaban mis ojos y amenazaban con declinarse de ellos en cualquier momento. Gemí de dolor y bajé la cabeza al recordar mi peor pesadilla.

Un enorme sollozo agitó mi cuerpo. Nico se sentó a mi lado y volvió a cogerme de la mano.

—Oh, bella.

¿Por qué no leía mi mente? ¿Por qué no me abrazaba? Me miró con infinita compasión antes de abrazarme al fin. Me derrumbé en sus brazos y lloré, lloré hasta cansarme.

—Lo siento mucho —me dijo con la voz quebrada.

Me abracé a él con fuerza.

—Lo siento —repitió.

Tras recomponerme, Nico me entregó una bolsa de regalo. Ansiosa, revisé su contenido y me llevé una grata sorpresa al ver el DVD de la película «Mujer bonita», y una caja de chocolate.

—Ayer dijiste que te sentías como la protagonista de esa cinta—. Apretujé el estuche contra mi pecho con fuerza—. Jamás la vi, Paula.

—¿La vemos? —le propuse y él asintió para mi mayor sorpresa—, ¿en serio? —volvió a asentir.

Se sentó a mi lado y vimos la película mientras devorábamos unos bombones deliciosos, que él solía encomendar de Suiza cada tanto. Aquellos bombones eran hechos por un monje que vivía en la montaña, aislado de todo el mundo. Nico lo conoció cuando escaló la misma, tiempo atrás.

—Me dijo que mientras viviera, siempre me los haría —me dijo Nicolás con nostalgia.

Aquel hombre había perdido todo antes de encontrarse, acotó.

—En la soledad encontró la compañía perfecta, Paula.

¿Qué significaba aquello en realidad? ¿Tenía doble sentido? Un trueno en el cielo me hizo respingar. Giré mi rostro y observé la ventana. Afuera

llovía de manera desapacible. Me encantaba la lluvia. Me relajaba. ¡Era perfecto!

—¿Sabías que la versión original es bastante distinta a la que se llevó a la pantalla? —apostilló—. Lo leí cierta vez en una revista.

Lo miré pasmada, como si acabara de decirme que era gay.

—Ah, ¿sí?

Nicolás me contó a grandes rasgos la verdadera versión de «Mujer bonita». ¡Por fortuna la han cambiado!

—¿Quieres ver otra película? —le pregunté en un susurro.

Él visualizó su reloj y negó con la cabeza.

—Tengo un compromiso.

«Con ella» pensé.

—Ah... —me limité a decir.

Nico saltó de la cama y se arregló el suéter negro de algodón que llevaba puesto, combinado con unos vaqueros ajustados del mismo tono, su color favorito.

—Nos vemos más tarde, Paula.

Un enorme nudo se me formó en la garganta.

—Adiós, Nico.

Besó mi mejilla derecha y me robó un suspiro de paso. Su cautivante perfume asaltó mis fosas nasales.

—Descansa, bella.

Hundí mi cabeza en mi almohada y lloré con amargura. Me dolía respirar. Había días así, malos y tristes en que solo me restaba llorar. ¿Serían los efectos del antidepresivo?

—Dejaré esos antidepresivos —me dije resoluta—, me están volviendo loca. Mi fortaleza está en mí y no en esas pastillas —miré a los bombones con deseo—, en vosotros —les dije como si me entendieran—, pecaminosa cura... —cogí unos bombones y los devoré.



Mi móvil timbró, era mi prima. Me preguntó cómo estaba nuestra abuela. Ella estaba bien, pero no lo suficiente como deseaba yo. La pena me carcomía cada vez que la veía. La muerte era cruel, y rondaba mi vida continuamente.

—¿Cómo la ves, Paula?

Quise mentirle, pero preferí prepararla para lo inevitable.

—Se va, Anna.

Era terrible, pero era mejor estar lista para lo que se venía.

«No puedes contra tu genio indomable» me reproché. Ser demasiado realista era un defecto que no lograba corregir.

—¿Tú cómo estás, Paula?

¿Cómo estaba?, me pregunté a mí misma.

—Bien —le dije tras suspirar—. Estaré mejor con el tiempo y con buenos bombones, Anna.

—¡Santa cura, Paula!

Nos echamos a reír. Me despedí de Anna y me tumbé en la cama. Por la noche, mientras veía «Mujer bonita», Nico apareció de sorpresa, usando la misma ropa. Se sentó a mi lado y me dijo que la reunión había durado más de lo previsto. ¿Había estado en una reunión y no en la cama de su novia?

—Pero aquí estoy.

Su proximidad me confirmó sus palabras, había estado en alguna reunión de la empresa. Los otros días, regresaba exhalando a perfume femenino, pero hoy no. Mi corazón giró sobre sí mismo unas mil veces consecutivas. Nos miramos con una expresión que rayaba la admiración y algo más, algo sin definición exacta.

—¿Crees en el amor, Nico? —le pregunté de un momento a otro.

¿Por qué lo hice? ¡Ni idea! A veces mi lado cursi afloraba sin querer. Giró su rostro y me contempló con una expresión muy triste.

—No creo en esas cosas, Paula.

Un puñal invisible atravesó mi pecho y destrozó mi corazón.

—Ah... —solté en un susurro.

Su respuesta me dejó sin aire en los pulmones.

—Lamento ser tan directo al respecto, Paula.

Nos miramos por un buen rato mientras la dulce melodía de la película asaltaba el cuarto.

—Me gustan las personas sinceras, Nico. Son tan raras como las perlas negras.

Nico cogió mi mano tras exhalar hondo.

—Una vez creí en el amor y pagué muy caro por ello, Paula.

Mis ojos se nublaron.

—Te hubiera gustado conocer a ese Nicolás Ricci —acotó con un enorme nudo en la garganta—, al Nicolás que asesinaron en aquel secuestro.



Acarició mi mejilla con la mano sin desviar sus ojos ensombrecidos de los míos. Allí, en aquel oscuro y frío portal, se encontraba el verdadero Nicolás Ricci, encerrado para siempre.

Nico se levantó de la cama.

—Buenas noches, Paula.

Su mano se deslizó lentamente de la mía.

—Buenas noches, Nico.

«Llegué tarde a tu vida, muy tarde» musité para mis adentros.

# El precio de la furia



**D**ías después, Nicolás y Paula viajaron a Torino. El magnate estaba furioso con su hermana, que, al parecer, había hecho un comentario bastante desdeñoso en contra de Paula entre sus amistades.

—Permiso —dijo Nicolás antes de alejarse de Paula y Leonella.

Aprovechó el momento para buscar a su hermana, que estaba en su taller de moda. Discutieron fuertemente tras la confesión de la estilista.

—¿Por qué has hecho aquellos comentarios peyorativos en contra de Paula en la reunión de Andreas?! —voceó Nicolás, iracundo—. Es la nieta de la buba, si la desprecias a ella, desprecias a nuestra abuela directamente.

Luciana lo miró sin detenerse en su trabajo un solo segundo. Fría y calculista, así era su hermana. La copia fiel de su madre, pensó el magnate.

—Fue sin querer, Nico —le dijo en tono desapasionado—. ¿Era un secreto?

El sarcasmo se filtró en su voz. Nicolás meneó la cabeza de un lado al otro, escrudinando a su hermana con escepticismo y censura. Luciana parpadeó.

—No la quieres —espetó el pintor—. Sentiste lo mismo por Anna en su tiempo.

Luciana soltó una risita nerviosa por lo bajo.

—Y tú la quieres más de lo que suponía —ironizó la estilista, tras arrojar a un costado el lápiz que sostenía en la mano derecha—. Más de lo que eres capaz de admitir.

Nicolás bufó.

—Me has pedido que la cuidara y, en eso estoy, Luciana.

Luciana le lanzó una mirada suspicaz. Suspiró hondo y sonrió de

costado.

—Te pedí que la cuidaras, no que te enamoraras de ella.

Nicolás abrió su boca como para decir algo, pero Leonella acababa de ingresar al taller y tuvo que cerrarla otra vez. El pintor se retiró del lugar sin decir una sola palabra. Su abuela lo miró con ojos interrogantes.

Nicolás se metió en el cuarto de baño de su sala y dio un fuerte puñetazo a la pared.

—¡Mierda! —chilló enfurecido.

Su abuela lo llamó minutos después.

—¿Qué te ha sucedido en la mano? —le preguntó Leonella al ver la sangre que emanaba de sus nudillos.

—Debo ir al hospital, buba —le replicó él sin dar más explicaciones.

Nicolás siempre fue muy discreto con sus cosas, en especial desde que su abuela enfermó. Ella ya no necesitaba más preocupaciones de las que tenía. Leonella lo conocía muy bien.

—¿Has tenido uno de tus ataques de rabia, mi amor? Eso significa que tu alma ha retornado.

Nicolás no le replicó. En ese lapso, apareció Paula, que abrió sus ojos con exageración al ver la herida del pintor.

—¿Qué te ha pasado? —le inquirió algo alterada.

Nicolás y Leonella intercambiaron una mirada fugaz.

—Debo ir al hospital, Paula —anunció él.

Nicolás cogió una toalla del cuarto de baño y cubrió su mano afectada con ella.

—Iré contigo —apostilló Paula. Nicolás intentó protestar, pero fue inútil, la nieta de su abuela era bastante obstinada cuando se proponía algo—. Aunque no lo quieras —entrelazó su brazo con el suyo—. Nos vemos, abuela.

Nicolás soltó un resoplido de indignación mientras se encaminaban hacia el garaje del lugar. Paula le dio un duro sermón durante el camino. Leonella sonrió con afecto ante lo que sus ojos veían.

«Paula está enamorada de Nico, y él de ella. Solo es cuestión de tiempo para que lo descubran y lo vivan plenamente».

—Gracias, ángeles —susurró al borde de las lágrimas—. Anna tenía razón, vosotros sois únicos —sonrió.

Luciana apareció y su sonrisa se torció. Observó a la misma con ojos curiosos mientras esta se acercaba a ella.

«Luciana sufre por algo o, mejor dicho, por alguien. El desamor mata

el alma lentamente como el cáncer. Pero hay algo más que no logro detectar, algo oscuro que ofusca por completo su corazón. Luciana me recuerda a ella, a Verónica».

—Buba, ¿tomamos un café?

—Claro, cielo.

Paula le preguntó a Nicolás durante todo el camino qué le había pasado a su mano, él le dijo que había perdido la cordura al discutir con la pared y que la misma le dio un fuerte puñetazo. Paula puso sus ojos en blanco y no insistió, Nicolás Ricci era una tumba cuando se lo proponía.

Se dirigieron a la sala de emergencias en el hospital cuando llegaron.

—Espérame aquí, Paula.

Ella asintió.

—Está bien, Nico.

Nicolás ingresó a la sala de emergencias, donde un viejo conocido lo atendió. Alessandro Mancini, el traumatólogo más popular de la ciudad. Nicolás soltó un gemido de dolor tras la consulta.

—¿No necesitaré hacerme una radiografía? —le inquirió Nicolás en tono burlón.

Alessandro le lanzó una mirada divertida.

—Te recetaré unos antiinflamatorios y unos analgésicos —le dijo Alessandro sonriendo de costado—. Es una lesión superficial, Nico. Como tú, en general.

Nicolás soltó una risita. Alessandro le estiró una receta. Nicolás cogió la misma sin levantar la vista.

Silencio.

—¿Tú y Paula estáis juntos? —le preguntó de pronto el médico, zarandeando el corazón de su paciente de un golpazo.

Nicolás levantó la cabeza de manera vertiginosa y clavó sus ojos azules en los de él.

—¿Por qué la pregunta, Alex? —le replicó desafiante.

Alessandro bajó la mirada y tras un breve mutismo dijo:

—Curiosidad.

Alessandro sonrió. Nicolás sonrió.

—Es una Bellini, y puede robarte el corazón, aunque luches contra ello.

Nicolás enarcó la ceja derecha en un gesto de suspicacia. Alessandro

soltó una risita por lo bajo al ver la mueca de su amigo. Era tarde, Nicolás había caído en la trampa del destino.

El pintor carraspeó antes de lanzar su inquietud.

—¿Todavía quieres a su prima? ¿Aún amas a Anna?

Los ojos del médico se tiñeron de tristeza. El simple hecho de evocar a su pequeña Holly, alteraba su paz mental y emocional. Anna Bellini siempre sería la única dueña de su corazón mientras viviera. Nicolás quiso tragar su lengua ante su metedura de pata.

«Mierda».

—El cuadro que me regalaste de Anna —le dijo Alessandro, tras recomponerse de la emoción—, es mi fuente de vida, Nico.

Nicolás esbozó una sonrisa torcida ante la fervorosa afirmación de Alessandro. ¿Tanto la amaba, que era capaz de vivir el resto de su vida de su recuerdo? ¿Eso era amor u obsesión?

—Anna llegó a mi vida como un arcoiris en plena tormenta. Coloreó mi vida gris y sanó mi alma con su manera única de ser. Su dulzura, su bondad, su compasión, su inocencia, su alegría, sus chistes fuera de lugar e incluso su mal humor me atraparon y me salvaron del abismo en que me había metido tras...

Nicolás achicó los ojos al deducir lo que prefirió callar.

«Tras Luciana».

Paula y Anna eran como el agua y el aceite.

—Puede que ambas sean muy distintas —le dijo Alessandro, como si acabara de leerle la mente—, pero tienen la misma esencia —sonrió con astucia—, no podrás evitar lo inevitable.

Los hombros de Nicolás se tensaron.

—¿Lo inevitable? —resopló algo aturdido.

Alessandro asintió con un movimiento de su cabeza.

—Caer rendido ante su amor... —Alessandro se incorporó de su butaca y se alisó la chaqueta blanca—. Como tu personaje favorito —el pintor lo miró conmocionado—, Turandot luchó con todas sus fuerzas contra el amor, pero perdió esa dura batalla, a pesar de su estoica resistencia.

Nicolás lo miró estupefacto.

—Cuando caigas, Nico —el médico siseó—, no podrás arrancártela de tu cabeza un solo día y, mucho menos, de tu corazón —zanjó.

Nicolás tragó con fuerza.

—Anna Bellini siempre será mi amor, aunque nunca sea mía, la amaré

hasta el último día de mi vida.

Alessandro abrió la puerta y le cedió el paso. Nicolás se retiró de la consulta algo aturdido. Vio a lo lejos a Paula, que leía con entusiasmo una revista.

«La ama, aunque aún no lo sabe» pensó Alessandro esbozando una sonrisa melancólica antes de alejarse de Nicolás. Paula giró su rostro y le dirigió una sonrisa, una sonrisa que alteró los latidos de su corazón. ¿Cómo logró hacer latir un músculo congelado por el dolor? Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Te sientes mejor, Nico?

Nicolás la miró como si fuera la primera vez.

—Sí —le contestó con sinceridad—, tras mucho tiempo...

Paula ladeó la cabeza al no comprender su afirmación.

—¿Quieres comer un trozo de pastel de chocolate, Paula?

La nieta de su abuela asintió.

—Me encantaría, Nico.

Se cogieron de las manos y se dirigieron a la confitería que se encontraba en la esquina. Alessandro los vio partir del lugar como dos enamorados.

—El amor te curará, amigo —dijo sonriendo.

Nicolás giró su rostro antes de cerrar la puerta acristalada del hospital e intercambió una mirada con su amigo. Ambos sonrieron.

—Espero que no la pierdas como yo alguna vez perdí a su prima.

Anna irrumpió su mente y acarició una vez más su corazón.



Paula decidió salir con Gigo el sábado. Fueron a una discoteca para relajarse un poco. Paula se puso un vestido muy corto, casi inexistente según Gigo.

—¡Me encanta! —chilló él tras tocarle las nalgas—, ¿me lo prestas?

Quería conquistar corazones y necesitaba buena ropa para ello, pensó ella con socarronería.

—Con mil amores —le dijo a su amigo mientras se maquillaba.

Gigo se puso unos vaqueros ajustados y una camisa negra ceñida con brillos.

—¿Piensas que lograré seducir a los hombres con esta ropa, Paula?  
Paula lo miró y luego le guiñó un ojo como diciéndole: «estás súper sexy».

—Prefiero usar un vestido, pero creo que llamaría demasiado la atención, Paula.

Ella hizo una mueca jocosa al tiempo que fruncía sus labios.

—Estoy algo mojigato —le dijo Gigo—. ¿Nos vamos a la discoteca latina que te comenté? ¡Barata y bastante divertida!

—¡Me encanta! —chilló Paula—, lástima que Nico no frecuente ese tipo de lugares.

Paula y Gigo suspiraron con exageración.

—¡Me cambiaré! —exclamó Gigo—, me llevo tu blusa roja sin mangas con la mariposa brillante en el centro.

Paula rio de buena gana, en especial cuando Gigo se puso una mariposa brillante en uno de sus muslos.

—¡Ahora sí!

Paula y él hicieron el trenecito por toda la casa antes de coger el coche y marcharse a la discoteca latina. Estaba repleta. Paula había invitado a Nico, pero él estaba en Milano.

—¡A bailar!

Paula y Gigo bailaron como locos las canciones súper sensuales que sonaban en el lugar. Gritaron y canturrearon a viva voz, no les importaban las miradas curiosas de los demás.

—Estaba dispuesta a todo con él, pero el destino se interpuso entre mis planes y sus designios —le dijo a Gigo.

—¿Bebemos algo, Paula?

—¡Si! ¡Tequila!

—¡Me encanta! —clamó él y muchos silbaron complacidos—. ¡Soy soltero! —nadie dijo nada—, amargados...

Gigo meneó la cabeza con una expresión enfurruñada muy teatral que divirtió a su amiga. Cuando iban por el tercer trago, el móvil de Paula timbró, pero no lo escuchó.

—El tequila está sedando mi lengua y también mi sobriedad, Gigo.

Las músicas resonaban a todo volumen en el lugar. Muchos hombres la invitaron a bailar, pero ella los rechazó, quería divertirse y la única manera de hacerlo era con su amigo.

Gigo y un chico se guiñaron el ojo en señal de complicidad en ese

lapso. Paula siguió su enfoque y sonrió con picardía. Gigo agitó sus brazos, imitando el vuelo de una mariposa.

—Ajá —le dijo Paula con complicidad—, ¡disfruta!

—¿No te molesta, mi amor?

Paula miró al atractivo moreno con ojos melosos.

—Si no lo coges tú, me pongo un pene postizo y lo hago yo, Gigo

María.

Su amigo rio por lo bajo antes de darle un beso en los labios.

—Te amo, Paula María.

Paula le tocó el culo.

—¡Ve a por él!

Gigo se acercó al moreno y tras unos minutos, desaparecieron del lugar. Un perfume muy familiar impregnó las fosas nasales de Paula. ¿Lo estaba imaginando?

—¿Me invitarías a un trago? —le dijo alguien por detrás, alguien que reconocería incluso estando en coma.

Giró su rostro y lo miró boquiabierto. Nicolás Ricci sonrió de costado.

—¿Túúú? —le dijo ella arrastrando cada letra—. ¿No estabas en Milano?

Nicolás esbozó una sonrisa ladina al tiempo que se sentaba a su lado resuelto. Lo escrutó embobada.

«Caray, ¿tenía que ser tan apuesto?».

—Gracias, Paula.

Paula puso cara de póker embriagado. ¿Lo dijo en voz alta?

—Sí —le dijo él sonriendo.

«Oh oh» musitó ella, incapaz de controlar sus propios pensamientos.

—¿Decepcionada? —le dijo él sin abandonar su sonrisa seductora.

Su camisa negra ajustada y sus pantalones ceñidos negros la hicieron morder el labio inferior en un acto reflejo.

—Sorprendida, no decepcionada —le confesó sin lograr desviar la mirada de su rostro, de su hermoso rostro.

La encaró con la misma intensidad y perdió el control de su corazón por completo.

«Gigo está detrás de este encuentro» pensó ella.

—Así es —le respondió él, y la hizo respingar en su butaca de hierro.

«¿Lo dije en voz alta?».

Nicolás la miró con una expresión entre jocosa y suspicaz.



—Sí, y lo sigues diciendo en voz alta —bromeó él.

Paula se ruborizó como un tomate.

«Comprobado, estoy ebria» pensó ella.

—Un poquito —repuso él sonriendo.

Paula abrió mucho los ojos y la boca. Nicolás le dedicó una mirada muy sensual. La canción: «Yo te quiero» de Wisin Yandel comenzó a sonar a toda potencia en la discoteca. Nicolás pagó los tragos y luego la arrastró a la pista sin que pudiera negarse.

—No soy muy bueno con este tipo de canciones, Paula.

La puso delante de él y bailaron tímidamente al inicio, como dos extraños que acababan de conocerse.

—Eres Nicolás Ricci, sabrás apañártelas —le desafió ella.

La atrajo contra su cuerpo de golpe, y luego la volvió de un impulso aún más trepidante. Menearon con sensualidad sus cuerpos, llevados por la erótica canción que sonaba en el lugar.

—Me gusta cómo bailas, Paula.

Ella rozó sus nalgas contra su parte íntima con voluptuosidad. Nicolás soltó un gemido de placer al tiempo que apretujaba la cintura de la mujer con fervor.

—Eres tan sensual, Nico.

La canción «*Atrévete*» del grupo Calle 13 empezó a sonar, Paula y Nicolás se dejaron llevar por ella.

—Me vuelves loco, Paula.

Ella aumentó el ritmo de sus oscilaciones, despertando los demonios del magnate con sus movimientos lujuriosos. Nicolás reclinó su cabeza sobre el hombro derecho de Paula, y con voz muy ronca le susurró al oído:

—¿Has olvidado ponerte la falda? —sus manos recorrieron sus muslos con lascivia. Ella soltó un gemido al sentir sus manos osadas por su piel. Se le puso la carne de gallina—. Porque esto que llevas puesto es solo una blusa, una blusa demasiado pequeña incluso para ti.

Paula jadeó cuando Nicolás le succionó el cuello con voracidad. Se retorció contra él cuando este aumentó el ritmo de su succión.

—Eres un atrevido de lo más descarado —refunfuñó ella, mordiéndose los labios—. Nicolás Ricci...

La apretujó contra su cuerpo con más vigor y comenzó a oscilarse de un lado al otro con mucha sensualidad.

—¿No sabías bailar? —le dijo ella con sorna.

Soltó otro gemido, aún más ronco cuando ella apretujó sus nalgas contra su creciente erección.

—Eres muy mala, Paula —jadeó él antes de chuparle el lóbulo de la oreja—, ¿me estás torturando?

Nicolás acarició los costados de sus senos con mucha suavidad. La canción «La tortura» de la cantante Shakira empezó a sonar, acentuando las palabras del empresario. Paula sonrió con malicia. El corazón le latía por todas partes, incluso entre los muslos.

—¿Yo? —replicó ella en tono suspicaz y con falso disgusto mientras las manos del empresario comprimían sus muslos con mucha impudicia.

Paula se estremeció al sentir su lengua en su oreja derecha.

—Me encanta tu sabor, Paula.

—Aggg —gimió ella incitada hasta los tuétanos.

Se mecieron con mucha concupiscencia cuando la canción «Pobre diabla» irrumpió el lugar en su versión remix. Se dejaron llevar por el ritmo sensual de la misma. Paula soltó un suspiro profundo cuando sintió su boca tibia en su cuello. Se arqueó en un acto reflejo y él soltó un ronquido gutural al sentir el roce de sus nalgas contra su parte íntima. La giró de repente y sin decir nada, la besó con mucha vehemencia. Paula se enganchó a su cuello y perdieron la noción de todo.

—Nicolás Ricci, el magnate, ¿en una discoteca de mala muerte? —jadeó ella tras apartarse de su boca—, algo bastante inusual.

Nicolás y Paula continuaron el pecaminoso baile erótico mientras se miraban con intensidad.

—Me encanta romper las reglas impuestas por mi estirpe social —le dijo él en tono desafiante—. Cruzar la barrera y tomar las cosas imposibles con mis garras afiladas...

Paula le ordenó un mechón. Rozó su mano en su mejilla encendida y sudorosa.

—Me enloquece el olor de tu sudor entremezclado con tu carísimo perfume, Nico —le dijo antes de enterrar su lengua en su boca.

Aquella noche mágica terminó casi al amanecer. Nicolás Ricci anuló por unas horas su habitual control y se dejó llevar por su instinto. Paula era tan potente y adictiva como una droga, pensó antes de cerrar la puerta del cuarto de la italiana, que estaba exhausta tras la noche agitada en los brazos del italiano.

—Buenas noches, Paula —susurró sonriendo—, gracias por la noche

inolvidable...

Se metió en su cuarto pensando en ella.

# Encuentro de almas



**M**iré con indignación a Nicolás. Ayer intentaron atacarme mientras me paseaba con mis perritas cerca de mi casa. El muy infeliz saltó sobre mí y me tomó desprevenida. Cuando me recuperé del susto, le di unos buenos puñetazos. Elena llamó a Nico mientras yo le daba unas patadas a mi agresor. El muy idiota salió corriendo y decidí perseguirlo con un tallo de árbol que había cogido en el parque. Le di un buen escarmiento al infeliz.

—¡Ponte de pie! —chillé antes de darle otro golpe certero—. ¡No seas llorica!

Nico apareció tiempo después con unos policías y me apartaron a duras penas del desgraciado.

—¡Muérete! —le grité a mi opresor.

—¡Loca!

—¡Marica!

Nicolás no podía dar crédito a lo que veía. Tras recuperarse de la impresión me llevó a su lujoso coche deportivo y me dijo que iría a vivir con él una temporada. Puse los ojos en blanco unas tres veces consecutivas.

—¿Qué?!

Nico me acomodó en el asiento del copiloto.

—Vivirás conmigo, Paula.

¿Con él y su novia? ¿Estaba loco?

—¡Vivirás conmigo unos días! —me gritó cuando puse pegas—. ¡Y punto!

—¡Estaré bien en mi casa! —troné.

Decidí renacer de las malditas cenizas y ser la misma Paula de antes. Desenterré mi ego y lo lavé bien. Era momento de volver del más allá. ¡Ya

basta de melodrama y sentimentalismo barato! ¡Esa no era yo!

—¡Irás y punto! —repitió.

Me excité, fue inevitable. Verlo en aquel estado despertaba mis demonios sexuales más carentes.

—Allí estarás segura, Paula.

Nico había comprado una casa cerca del parque «El Valentino», una mansión aislada de todo y de todos.

—Tus perras se quedarán con Elena.

Protesté. Despotriqué. Pataleé. Pero al final terminé en la casa de Nicolás.

—¿Una casa de vidrio? —demandé alelada ante la fortaleza de uno de los hombres más deseados y ricos del país—. Hala...

Aparcó su Ferrari, negro último modelo, en el patio custodiado por varios hombres de la agencia de Marcello. ¡Uno más guapo que el otro! Les eché el ojo y por poco también la mano.

—Hola —les saludé con voz insinuante.

Ellos me miraron con atención y deseo. Nicolás me descuartizó el corazón con una estaca. Les guiñé un ojo a los agentes antes de meterme en la casa del Drácula 3D.

—No estará mal mi estancia —le dije a Nico—. Protegida por estos dioses míticos —acoté y sonreí.

Nicolás me miró furioso. Cogió mi bolso y mi brazo con cierta impaciencia. Aquello en lugar de molestarme, me excitó más de la cuenta. Si me colocaba contra la pared y empezaba a retorcerme de placer, ¿me haría el amor?

—Entra, pronto lloverá —me dijo enfurruñado y algo celoso.

—¿Celoso?

Colgó nuestras chaquetas en su lujoso recibidor.

—Prepararé algo para comer —anunció y me descolgó la mandíbula—. Ponte cómoda.

¿Nicolás podía vivir sin empleados? ¿Sabía cocinar? ¡Era mucha información!

—¿Tú? —dije con un deje de incredulidad—. ¿Cocinas?

Me lanzó una de sus tantas miradas seductoras.

«Ay, Dios. ¿Podré vivir con él sin desear terminar en su lecho como su sumisa esclava sexual?».

—Sé hacer muchas cosas —deletreó cada palabra—. Soy bastante

bueno en todo lo que hago, Paula.

¿A qué se refería exactamente? Mis bragas se empaparon, como de costumbre.

—Te ayudaré —le dije—. A enfriar el agua, es lo único que me sale bien.

Nico rio a mandíbula batiente. ¡Era tan hermoso cuando reía!

—Ok —dijo sin abandonar su sonrisa ladina.

Le eché un vistazo. Tanto las mangas de su camisa como el cuello seguían impecables, a pesar de que la había llevado puesta durante todo el día. Los pantalones de color negro aún mantenían la raya como si estuvieran recién planchados. ¿Tenía que ser tan atractivo el muy condenado?

—Ya que soy tu prisionera —le dije y dibujé una mueca difícil de definir en su cara—. ¿En qué puedo ayudarte, mi amo?

Soltó un taco mientras me sentaba en la silla de madera finamente tallada. Levanté mi pierna derecha y posé mi pie en el borde. La elegancia no era mi fuerte, claro estaba.

—Eres mi invitada o protegida, pero no prisionera —me corrigió algo fastidiado.

«Aún eres buena en ello, Paula» me dije orgullosa.

Se desabrochó los botones de los puños y se remangó hasta los codos. Me fijé en los pelos cobrizos de sus antebrazos con expresión bobalicona. Cada movimiento suyo era tan sensual y tan hipnotizante.

«Dios». Lo imaginé acostado sobre la encimera de mármol y yo montada sobre él, de preferencia.

—¿Quieres vino? —me preguntó con su embriagante voz ronca.

Di un respingo al volver al presente. Me mordí el labio inferior y tragué con cierta dificultad.

—Sí —susurré, mordiéndome el labio inferior cada tanto.

Descorchó una botella de Chardonnay y sirvió dos copas. Me estiró una.

—Gracias.

El líquido se deslizó por mi garganta. Tuve que contener un gemido de placer. Me lamí los labios con los ojos entrecerrados.

—¿Estás ensayando para actuar en alguna película porno?!

Abrí mis ojos de par en par y solté un grito ahogado ante el susto.

—¡Ey! —protesté—. ¡Bebo como se me antojé! —tragué de un sorbo el resto del vino—, ¿me darías el papel si fueras el director de dicha película?

—me mofé tras descender la copa sobre la mesa como un camionero.

Nicolás se inclinó a la altura de mi cara.

—Sí —me miró fijo—, qué sabor tendrán tus labios tras el vino —me susurró en tono sensual.

Parpadeé varias veces.

—Si no pruebas no lo sabrás —lo insté desafiante.

Se acercó a cámara lenta, dispuesto a averiguar, pero entonces... timbró su móvil y destruyó el momento tan incitante.

«Mierda».

—Permiso, bella.

Me serví más vino y bebí para ahogar mi fastidio. Después de la cena, decidimos jugar a las damas mientras afuera llovía cada vez con más inclemencia. Me había puesto una sudadera y unas mallas a juego.

«De sexy nada» me dije con sorna.

Nicolás también se cambió, llevaba puesta una musculosa negra y unos pantalones de algodón.

«Sexi a pesar de todo».

Sirvió más vino mientras yo oteaba la lluvia a través del cristal.

—Me siento desnuda aquí —le dije, refiriéndome a las paredes de vidrio.

—Los de afuera no pueden vernos —me dijo.

Levanté mi sudadera y enseñé mis senos. Nico silbó y di un respingo.

—Pero yo sí puedo ver el reflejo desde aquí —me dijo el muy cabrón.

Descendí a toda prisa la sudadera.

«Mierda».

Su perfume cautivante embalsamó mis fosas nasales cuando se acercó. La canción «Svegliarsi la mattina» del grupo Zero assoluto sonaba de fondo.

—Me encanta la lluvia... —ronroneé algo ruborizada—, y también ese grupo...

Nicolás se había puesto muy serio tras la llamada, supuse que era algún cliente importante, porque si reaccionaba de aquel modo tan frío con la novia, sería...

«Estupendo» dijo mi lado más oscuro.

«Sí» dijo mi lado más bondadoso.

Era una bruja.

—¿Jugamos, Paula?

Froté las manos una contra la otra.

—¡Sí, señor!

Empezamos a jugar y de entrada, él hizo trampa. Me enfurecí tanto que, incluso me salió humo por las orejas. Nico se reía a carcajadas de mi reacción.

—¡Eres muy competitiva!

Di la vuelta la cabeza, como la niña del exorcista.

—¡Eres un tramposo!

Nico resopló.

—¡Demuéstralo!

Y con esas palabras, me lancé a sus brazos, por encima de la mesa auxiliar. Nico se quedó sin aire en los pulmones al sentir el impacto de mi cuerpo y acabó tumbándose sobre la moqueta mientras yo metía mis dedos en sus costillas.

—¡Cosquillas, no! —voceó, doblando por inercia sus largas piernas.

No me detuve, estaba poseída.

—¡Admite que has hecho trampa, Nico!

Nico gruñó asaltado por mi reacción un pelín infantil.

«Él no es Anna» me gritaba mi cerebro, pero lo ignoré.

—¡Confiesa, Nicolás Ricci!

Giró de repente sobre el suelo, llevándome consigo de paso. Solté un grito ante la sorpresa. Me inmovilizó con su cuerpo, atrapándome de las manos junto a la cabeza.

«Oh... oh...».

Mis pechos subían y bajaban, libres, ya que no llevaba puesto sujetador. ¡Mala idea!

—No hice trampa —masculló a pocos centímetros de mis labios.

Su aliento a vino era embriagador.

—Lo has hecho —insistí furiosa y removiéndome con cierta fiereza bajo su cuerpo, su atlético y excitante cuerpo.

Nuestras piernas se entrelazaron y en un acto reflejo, abrí los muslos. Durante la refriega, mi largo pelo cubrió parte de mi cara.

—Estás obstinada, Paula Bellini...

Levanté las caderas e intenté liberar mis manos de sus garras tramposas.

—¡Odio las trampas!

Fijó sus ojos azules en los míos. Yo solo pude contener el aliento.

Silencio. Jadeos. Suspiros.



—¿Nico? —dije con voz huidiza.

«¡Bésame de una buena vez, maldita sea! ¡Por el amor de Dios!».

Sentí como los pezones se me endurecían y tensaban la tela de mi sudadera. Los ojos azules de Nico recorrieron mi cara a cámara lenta. ¿Debía alargar mis labios para que comprendiera mejor mi deseo? No era rubio, pero era lento como uno. La tensión entre nosotros dos era casi insoportable.

Lo vi inclinar lentamente su cabeza. ¡Sí!

—Es solo un momento de locura —siseé.

«¡Cállate, prima!» chilló Anna en mi cabeza.

«¿Qué haces aquí, hormiguita?».

«No tengo la menor idea, Paula».

—Esto no significa nada —repuso él y me arrancó de mi charla mental con mi prima.

Nuestros cuerpos contradecían nuestras palabras. En cuanto se apoderó de mis labios, perdí por completo el control de mi ser. Al instante y sin delicadeza, introduje mi lengua en su boca y exploré su interior. Se me nubló la mente mientras el placer me recorría en oleadas. El vacío desolador de los últimos años fue sustituido por el sabor, el olor y las caricias de Nicolás, mi amor platónico de la adolescencia.

«Estabas enamorada de él, ¿eh?» preguntó mi hormiguita.

«Pensé que era evidente, Anna».

«No para mí».

La lengua de Nico nubló aún más mi razón. Sus manos pretenciosas se metieron debajo de mi sudadera, rumbo a mis pechos.

—Eres hermosa —jadeó y levantó de golpe mi atuendo, dejando al descubierto mis pechos.

«Ay, Dios».

Nunca habíamos llegado a ese nivel, ni siquiera tras el baile en la discoteca.

«Es solo un polvo casual, nada más» me dije con ansia.

Tras acariciarme un pezón con el pulgar, arrancándome un grito, lo vi inclinarse hacia el otro. Era el momento de la verdad, mi cuerpo lo deseaba desde 1997. Creo que no sería precipitado hacer el amor con él tras casi diez años ¿no?

Alguien lo llamó desde la puerta. Era su novia.

«¡Nooo!».

El sonido de su voz reverberó por las paredes. Nico se incorporó de

un salto, murmurando palabrotas que ni siquiera conocía. Me recompuse y me arreglé las ropas con presteza. ¡Qué vergüenza!

—¿Estás bien? —me preguntó con la cara arrebolada.

«Ardiendo por fuera y por dentro».

Se alisó la musculosa mientras aguardaba mi respuesta. Estaba impecable, excepto por el bulto que se apreciaba en la parte delantera de sus pantalones negros. Miré aquella maravillosa banana como un mono hambriento a punto de devorarla.

«Ñam ñam».

—Estoy muy bien.

Nico parecía no estar afectado en absoluto por lo sucedido. Miré su bulto, una imagen valía más que mil palabras.

—Bien.

«Esto no significó nada» murmuró bajito, pero no lo suficiente.

—No significó nada —repuse y le robé por completo la atención.

Una mujer morena, muy alta y con unas piernas larguísimas entró a la sala con total confianza. La reconocí al instante. Era Adriana. Me sentía un gusano a su lado. Ahora necesitaré un bote gigante de helado de chocolate.

—Hola —me dijo con sequedad.

Paseó sus ojos en mí y luego en su novio.

—Hola —le dije tan bajito que solo yo lo escuché.

Nico se acercó y rodeó la cintura de su novia. Sentí que se me caía el alma a los pies. Nico me miró compungido. Desvié mi mirada, ni de coña me delataría ante sus ojos.

—Cariño, esta es Paula —dijo Nico con una voz un tanto apagada—, Paula, esta es Adriana.

Adriana besó sus labios con pasión, indicándome con aquel gesto quién era la mujer de Nico. Él le devolvió el beso con menos efusión o, al menos, eso me pareció.

—Mucho gusto —me dijo con serenidad—. Lamento lo sucedido.

¿A qué se refería? ¿Al beso ardiente que casi terminó en otra cosa? No, supuse que se refería al ataque que padecí. Al final, mi opresor terminó en el hospital.

«Al ataque» me dijo Anna. ¿Qué cojones hacía ella en mi cabeza?

«Solías entrar en la mía, prima» adujo riendo la muy simpática.

Meneé mi mano derecha sobre mi cabeza, como si estuviera espantando una mosca.

—Mucho gusto, Adriana. Buenas noches —les dije y me retiré de la sala.

«Au au au» ladré por lo bajo, arrastrando los pies como un perro que acababa de ser castigado por su amo. ¡Espera! ¡Esa no era Paula Bellini! ¡Nico hizo trampas!

Volví sobre mis pasos y miré desafiante a Nicolás. Él dio un leve respingo, ¿pensaba que diría algo? Uhm, podría extorsionarlo.

—¿Deseas algo, Paula?

«A ti».

—Mañana jugaremos al billar —le dije resoluta.

Nicolás frunció el entrecejo en un gesto de confusión. Su novia me miró estupefacta. En su mundo las mujeres no jugaban al billar. Me puse pensativa, ya que yo tampoco sabía jugarlo.

«Mierda».

—¿Juegas al billar? Es un deporte nada femenino —me dijo la muñeca de porcelana.

Nicolás me miró con expresión ladina, aceptando mi propuesta tácitamente.

—Hecho —me dijo él.

Nos apretujamos las manos mentalmente.

—Buenas noches.

—Buenas noches —me dijeron ambos.

Nico y su novia subieron las escaleras abrazados. Me volví y me encontré de cara con él. Nuestras miradas se entrelazaron en una sola.

«Hasta mañana» vocalicé con mis labios antes de desaparecer de su enfoque.



Me levanté de madrugada y fui a la cocina a por un trozo de pastel de chocolate. Solía tener antojos.

—¿Estarán haciendo el amor?

La curiosidad fue mayor que la sensatez. Subí las escaleras con mucho cuidado. Me acerqué a la puerta del cuarto de Nico de puntillas y agucé el oído.

—¿Duermen? Uhm, ¡qué aburridos!

Giré en redondo y me encontré de cara con Nico, que me tapó la boca

a toda prisa antes de que gritara a todo pulmón. Me llevó hasta la cocina y destapó mi boca.

—Ahhh —dije bajito.

Me miró con expresión jocosa.

—¿Qué hacías? —me preguntó, sonriendo.

«Cri cri cri» grillos y más grillos. No tenía excusa alguna.

—Ehhh...

Nico me miró fijo.

—¿Querías oír algo en especial? ¿Gemidos de placer?

«Sí, mi lado pervertido afloró y quise escucharte follar con tu novia».

Silencio y miradas. Más grillos irrumpieron mi cabeza, acompañados por unas simpáticas y ruidosas ranas.

—Ehhh...

Miradas y suspiros. Además de los grillos y las ranas, también se asomaron unos búhos al clan.

—Ehhh...

Nos miramos por unos segundos.

—Ehhh... —murmuré, sin saber qué hacer o decir para huir de aquella rara e inusitada situación.

—Paula...

—¿Sí?

Nico usó las décimas de segundos que dispuso para tomar una decisión. Me acorraló contra la pared y me besó, me besó con una pasión desmedida. Abrí la boca y busqué su lengua con desesperación entretanto él me quitaba la bata y me dejaba solamente con mi diminuta braga roja con encajes y algunos agujeritos. Nada sexi, por cierto. En general, cuando estaba deprimida, usaba mis ropas íntimas más ajadas y pasadas de moda. Cada quien con su santo y sus manías.

—¿Querías escuchar estos jadeos, Paula?

Me levantó y me posó sobre la mesa de madera. Se metió entre mis piernas y se acomodó entre ellas. Se dio un festín con mis pechos. Me lamió con suavidad un pezón y luego lo mordisqueó, logrando que yo me estremeciera entera.

—Nico —rogué—. Por favor...

«¡Quééé!» chillaron mis hormonas.

—No me pidas que pare —me dijo austero.

Me miró de arriba abajo con una expresión imposible de definir. Era

deseo, terror, ansiedad, lujuria y algo más, algo indescriptible.

—No pares —le supliqué.

Le agarré de la cabeza y tiré de ella para besarlo. Nico capturó mis labios con ferocidad, como si se estuviera muriendo de deseo, hasta que...

—¿Nico? —dijo su novia.

La voz de Adriana no solo me devolvió al presente, sino también a la realidad. Nicolás se apartó a toda prisa de mí y casi me derrumbó en el suelo. Lo miré estupefacta. ¿Le tenía tanto miedo?

—Gallina —le dije en un acto reflejo.

Nicolás me lanzó una mirada muy agria. ¿Le dolió? ¡Que le den!

—¿Gallina? —replicó enfurecido.

¿Le toqué el orgullo? Hice cara de «ohhh».

—Le tienes miedo a tu novia —le dije en tono burlón—, ella es el gallo de este gallinero.

Me arreglé el pelo y cogí la bata de seda a toda prisa.

—Pero... ¿qué dices? —soltó iracundo.

Enarqué mi ceja tras resoplar con poca elegancia.

—Mañana jugaremos al billar —le dije desafiante—, ¿o tienes miedo, Nicolás Ricci? —puse ambas manos en la cara—, ¿debes pedirle permiso a tu novia? —mi tono era muy sarcástico.

Me miró con asombro, como si acabara de decirle que era gay.

—¿Miedo? —repuso en tono irónico—. ¿Qué apostamos, Paula?

Medité unos segundos.

—Tu nuevo coche —le dije sin pestañear—. Tu Ferrari último modelo.

Nicolás asintió satisfecho. Tenía tantos coches como aquel que uno menos, le daba igual. ¡Dios! ¡Ya me veía paseando por la ciudad en él! Luego podía sortearlo para recaudar dinero para los niños del orfanato del padre.

—Si ganas es tuyo, Paula —enarcó su ceja derecha de un modo muy sospechoso—, y si gano yo, ¿qué me llevo?

«Mi corazón». Una bofetada imaginaria me devolvió al presente, hasta meneé la cabeza de un lado al otro tras recibir semejante coscorrón.

—Pues... mucho no tengo —le dije con sinceridad—. ¿Mi braguita con agujeritos? —exhibí mi ropa interior.

Se acercó y me miró fijo a los ojos.

—Tu cuerpo —me dijo en un tono muy excitante—. Quiero tu cuerpo...

Me cubrí los pechos con un brazo y la parte íntima con la otra mano.

—¿Mi cuerpo?

Nicolás me miró con expresión diabólica.

—Mi coche por tu cuerpo —me dijo resolutamente—, si pierdes, haremos el amor hasta el hartazgo, horas y horas de puro placer hasta que me supliques que pare.

Puse cara de espanto. ¿Por qué esperar tanto tiempo para coger su premio? ¡Tómame por adelantado!

—¿Dispuesta?

Estiré la mano derecha.

—Totalmente.

Cogió mi mano, me estiró hacia él y me dio un apasionado beso. Se apartó tras aspirar mi ser con aquel beso. Me tambaleé.

—Hasta mañana, Paula.

Desde aquella noche, nos convertimos en contrincantes.

—Hasta mañana —le dije algo desorientada.

Nicolás retornó sobre sus pasos y me puso contra la pared. Me besó con pasión insana antes de marcharse y dejarme al borde de un colapso orgásmico.

—Prepárate para perder, Paula.

Le enseñé el dedo corazón.

—Mañana el mío estará bastante ocupado —se mofó riendo.

Su novia le dijo algo en la escalera. Nicolás la besó y fue al cuarto dispuesto a apagar el fuego que yo encendí con ella. Suspiré derrotada.

—¿He traído mi consolador?

Y con ese pensamiento impúdico, fui a la cama.

# Luces y sombras



**N**icolás casi la había desafiado para que le dijera algo cuando llegó al pie de la escalera, pero en esa ocasión, mantuvo la boca cerrada, ya que su novia estaba cerca, demasiado cerca.

—¿Adriana desconfía de algo? —se preguntó el magnate mientras se limpiaba los dientes—, Paula —masculló para sus adentros—. Hice el amor contigo esta noche, aunque usando el cuerpo de otra.

Era desleal con Adriana, pero el corazón era así.

—¿El corazón? —se dijo con repelús—. No, eso no.

La nieta de su abuela lo estaba enloqueciendo, lo estaba devolviendo a la vida.

—¿Por qué llegaste tarde a mi vida, Paula? —fue su último pensamiento antes de cerrar sus ojos.

—¿Por qué llegaste tarde a mi vida, Nico? —dijo Paula antes de cerrar los suyos.

A la mañana siguiente, Nicolás le comentó que estaba muy guapa y caminó a su lado hasta el coche.

—Gracias.

Nicolás le abrió la puerta con amabilidad. Se metió y arrancó el coche tras echarle un vistazo a su acompañante. Paula despertaba sus demonios más salvajes sin siquiera desnudarse. Es más, incluso con sus ropas de indigente, las que solía usar para dormir, lo excitaban.

—La buba está mejor que nunca, Paula.

Paula y su abuela realizaron todo tipo de tratamiento alternativo en los últimos meses, incluso el baile alrededor de una fogata, rogando con ello al universo, por un milagro. Leonella realizaba todas las ocurrencias de su nieta,

no por creer en ellas, sino para estar al lado de ella lo máximo posible.

—Me alegro tanto, gallina.

La irritación lo carcomió entero.

—¿Perdona?

—Te perdono, gallinacci.

¿Gallinacci? ¿Se había disculpado acaso por haberle llamado gallina la noche anterior? No. Y, por lo visto, nunca lo haría. ¡Aquella mujer era un demonio!

—Hoy te demostraré lo gallo que soy, Paula Bellini.

Paula se limitó a tratarlo con una cordialidad neutra, que lo desquició. Se mantenía lejos de él, y callada durante todo el viaje.

«Te demostraré quien es el gallo alfa» se dijo él.

Nicolás aceleró su Ferrari a toda potencia. Paula quiso gritar de alegría, pero se contuvo, a duras penas. Lo miró de reojo y se mordió el labio inferior en un acto involuntario.

«No veo la hora de cacarear entre tus brazos» pensó ella con sorna al tiempo que el cacareo de una gallina irrumpía su mente.

«Paullina» se mofó ella.

—¿Te gusta esta canción? —le preguntó él.

La canción «Gocce di memoria» de Giorgia irrumpió el coche. Paula adoraba a aquella cantante italiana.

—Sí, mucho.

Nicolás no quería averiguar por qué su distanciamiento despertaba en él el deseo de agarrarla y obligarla a demostrar alguna emoción. Echaba de menos las irritantes charlas sobre los peces o fútbol que solían mantener durante las cenas en la mansión de Leonella.

—Lindo día —le dijo él mientras esperaban el cambio del semáforo.

«Por Dios, ¿por qué me trata así?».

—Sí.

Nicolás había logrado lo que quería desde el principio: alejarla de él, de su corazón, para ser más preciso. Era lo mejor, sin embargo, su frialdad le dolía más de lo que era capaz de soportar.

Recordó lo sucedido la noche anterior y todo su cuerpo reaccionó al instante.

—Mierda...

Paula giró su rostro de manera vertiginosa hacia él.

—¿Perdona?



Nicolás la miró con magnitud.

—Estaba pensando en algo...

El último beso aniquiló su cordura por completo. La deseaba con locura, nunca deseó tanto a alguien en su vida. Era casi enfermizo y su bulto lo delataba.

—Mierda —repitió por lo bajo, rogando al cielo porque ella no lo notara.

«Vaya» musitó Paula al ver la entrepierna de Nicolás.

«Ella no es una degenerada» se dijo él.

—¿Pensabas en lo que hicimos en la cocina? —lo provocó.

«Retiro lo dicho».

Nicolás cogió su mano con aire decidido y se la depositó sobre su bulto. Paula, en lugar de asustarse, lo manoseó con descaro y lo excitó aún más.

—Está preparado para su gran premio —se mofó él.

Paula lo apretujó con tal fuerza que le robó un gemido de dolor. Nicolás apartó su mano de un empujón. ¡Aquella mujer era un peligro!

—Oops, a veces soy algo agresiva.

Nicolás la miró de reojo. Paula le enseñó los dientes, entrechocando los de arriba con los de abajo en un gesto amenazante.

—Soy como un can rabioso cuando estoy excitada —le dijo con sorna —, muerdo, arañó y pego durante el coito.

Él sonrió.

—Eres un peligro, ¿te han vacunado contra la rabia? —le preguntó él en tono jocoso.

—Nunca lo sabrás, Nicolás Ricci.

Jamás había querido discutir, jugar a cosas tontas o hablar de nimiedades como ahora, con ella. ¿Por qué le estaba pasando eso?

Nicolás aceleró su coche y se dispuso a llegar lo antes posible a la empresa. Alejarse de Paula era lo más inteligente, lo más saludable y lo más difícil.

«No» se dijo resolutivo.

No podía ceder a los sentimientos que experimentaba por aquella mujer, de ninguna manera volvería a sufrir por alguien.

«Nunca más» se dijo con convicción.

## Apostando al amor



Nico estaba furioso conmigo, como de costumbre, estos últimos días. Ayer, en medio de una manifestación, en contra de la nueva colección de Luciana, muchas de las personas lanzaron huevos contra su coche y terminé uniéndome a ellos. Mi móvil timbró mientras gritaba con los manifestantes enfrente de la empresa, era Nico.

—Luciana se quedará con nosotros hoy —me avisó entretanto las personas gritaban a mi alrededor—, ¿dónde estás?

Acababa de pintar el coche de Luciana con un aerosol de color rosa fuerte. La palabra «asesina» sobresalía mejor con aquel tono tan chillón. La nueva colección usaba pieles de animales inocentes, algo imperdonable para todos aquellos que amábamos a los animales.

—Esperando el tren, Nico —le mentí.

En ese lapso, vi a mi amigo Gigo.

—Nos vemos —le dije y colgué.

Me subí a la moto vespa rosa de Gigo cuando llegó y me marché a la casa. Durante el camino compré una caja de huevos.

—¿Por qué necesitas esos huevos, Paula? —me preguntó Gigo con aire suspicaz.

Puse cara de ángel a punto de salvar a un alma en pena.

—Para hacer unos deliciosos huevos revueltos, Gigo.

Esbozó una sonrisa ladina antes de marcharse. Luciana llegó media hora después a la mansión y yo aproveché el momento para lanzarle huevos desde la terraza cuando descendió de su coche. Soltó un grito titánico al recibir los primeros huevos. Los escoltas vinieron a su rescate, pero no me vieron, ya que estaba oscuro en el cuarto. Alguien entró y encendió la luz de

golpe.

—¡Paulaaa! —chilló Nico cuando me vio con una caja de huevos entre manos.

Puse cara de pollito en apuros.

—Piu piu —le dije en tono arrepentido—, piu piu...

Nicolás no me disculpó, al contrario, dejó de hablarme, hasta que hice de las mías tras la cena.

—¡Paulaaa!

El recuerdo me hizo sonreír.

—¿Le has ofrecido a Luciana un cigarro, sabiendo que lleva puesto el parche anti-nicotina? —me preguntó Anna con sorna al día siguiente.

Luciana estaba tratando de dejar los cigarros, cuando me dijo que llevaba los parches y que su corazón podía estallar si fumaba uno, le ofrecí unos de hierbas naturales, era mentira y Nico lo supo al instante. Me mandó al cuarto, bueno, me arrastró hasta mi cuarto. A la mañana siguiente, le envié un pollito que piaba dulcemente cuando le apretujabas la pancita, pero no aceptó mis disculpas, así que me vestí de pollito.

—¿Te pusiste un corpiño con plumas y un piquito?

Siempre fui muy creativa, valga la aclaración. Aparecí en su sala con una gabardina negra.

—¿Te quitaste la gabardina y exhibiste tu cuerpo apenas oculto por el biquini con plumas? —me preguntó Gigo.

Le hice un baile eró-pluma y casi me violó en su gallinero de no ser por la llamada de su novia, la gallina cloquera.

—Sois tal para cual —me dijo Gigo mientras intentaba enseñarme el arte del billar—, las bolas me molan siempre.

Anna, Anya y Gigo aparecieron por la noche en la casa de Nicolás para apoyarme, o, mejor dicho, para consolarme, ya que, probablemente, perdería. Nunca lo había jugado antes.

—Yo perdería, aunque supiera jugar —me dijo Gigo—, es la derrota más deliciosa del mundo —Anna rio por lo bajo.

Nicolás trajo a dos amigos muy sexis que flirtearon conmigo y Anna.

—Habéis venido para apoyarme —les dijo Nicolás en tono severo—, no para otra cosa.

¿Celoso? Me puse mi gorro de la suerte, un viejo gorro de la marca Nike de color rojo algo desteñido. Lo puse del revés.

—¡Que gane el mejor! —dijo Gigo tras balancear un pañuelo en el aire

—, creo que me equivoqué de deporte —repuso tras parpadear con gracia.

Nico se remangó su suéter blanco y me robó un suspiro sin querer. ¡Era tan sexi! Anya quiso coger las bolas de la mesa, pero le dije que las necesitaba para jugar con el tío Nico.

—Tía Paula tiene mis bolas, Anya —bromeó Nicolás—, pero se niega a jugar con ellas.

Mi sobrina lo miró con expresión de confusión.

—Tío Nico tiene dos bolas, pero suele dejarlas en el dormitorio, ya que la novia es la que manda en ellas.

Todos rieron por lo bajo, menos él.

—Juguemos, tengo una cena muy importante dentro de media hora —me dijo el muy cabrón.

¿Media hora? ¿Piensa que perderé en tan poco tiempo? ¡Estaba equivocado! Perdí en menos de diez minutos...

«Mierda».

¡Nicolás estaba la mar de contento con la victoria!

—¡Sí! ¡Oh, sí! —chilló levantando los brazos en alto, aquel Nicolás no lo conocía ni siquiera en sueños—, perdedora —me dijo y me fulminó por dentro.

¿Perdedora?, resonó a cámara lenta en mi cabeza.

—¿Cómo pude perder? —me quejé.

«Nunca jugaste al billar» me dijo mi cerebro.

«Esa es una buena razón» le dije más desencajada que antes.

—¿Cuándo me pagarás la deuda, Paula?

Anna y Gigo me miraron apenados, como si en lugar de irme a la cama de Nico, fuera al paredón en plena guerra. ¡Perdí! ¡Yo! ¡Nooo! ¿Y mi Rocky interior?

«Practica boxeo y no billar» me contestó mi cerebro.

«Buena respuesta».

Nicolás me miraba expectante y algo impaciente. ¡Piensa, Paula!

—Lo sabía —me dijo Nico algo molesto—, ¿tienes miedo!

Me crucé de brazos en un gesto de indignación.

—Mañana —le dije resoluta.

Una absurda idea cruzó mi mente en aquel preciso instante.

—¿Puedo elegir el lugar? —le dije tras recuperarme—, ¿o debo acordarlo con tu novia?

Se puso rojo como un tomate.

—Envíame un SMS cuando decidas el lugar —me dijo en tono serio—, ¿lista para tu mejor velada sexual, Paula Bellini?

Me excité, lo confieso.

—Gigo te buscará a las cinco de la tarde mañana —le dije decidida y lo sorprendí—, trae varias cajas de condones —acoté y le robé una risita—, ¿de qué te ríes, idiota?

Se alisó el suéter con suma elegancia. No pude evitar admirar cada movimiento suyo. ¡Era tan sexi!

—Te dejaré sin aliento tan rápido como lo hice con el billar, Paula.

Solté un taco. ¿Me estaba llamando necesitada sexual? ¿No le bastó con llamarme perdedora? ¡Imbécil! ¡Pagarás caro por esto!

—¡Que te den, Nico! —le enseñé el dedo corazón.

Nico me atrajo de golpe contra su cuerpo y me miró con ojos muy lascivos. Me empapé entera.

«Ay».

—Te... lo... daré... yo... a... ti... —deletreó antes de besarme con mucha pasión.

¿Era un adelanto? Gigo soltó un gritito y Anna rio por lo bajo mientras sus amigos se limitaron a mirarnos.

—Nos vemos —me dijo tras soltarme—. Anna te entregará la ropa interior que he elegido para ti, mi amor.

Tras recuperarme del súper beso, lo miré atónita. ¿Tan seguro estaba de que iba a perder? Aquello despertó mi fiera interior.

«La venganza es dulce, Nicolás Ricci, muy dulce. ¡Maldito cabrón!».

—El negro es tan sensual —me besó una vez más.

Me tambaleé de un lado al otro con cara de zombi empalmado cuando me soltó. Gigo se acercó cuando los tres se marcharon del lugar. Anna me miró con cierto recelo, me conocía mejor que nadie en el mundo y, por ende, sabía que tenía algo en mente, algo sucio y desleal, claro estaba para ella.

—¿Ya sabes dónde será? —me preguntó—, ¿qué tienes en mente?

Una mueca muy diabólica se estampó en mi cara.

«Eh eh eh» me reí.

—Nicolás Ricci nunca, nunca olvidará este día —me reí como una bruja de Disney—. ¡Nunca!



Al día siguiente...

Gigo lo buscó a las cinco en punto en la empresa. Le puso la venda que le di a duras penas. Nicolás no confiaba en mí, y hacía muy bien. Llegaron al local que había elegido. Gigo y Anna lo llevaron junto a mí. Nico protestó durante todo el trayecto, como de costumbre. La venda le recordaba lo que había vivido durante su cautiverio. Tuve pena, pero no cedí. ¡A Paula Bellini nadie la llamaba perdedora! ¡Nadie!

Anna y Gigo se despidieron de nosotros.

—Hola, Nico —le dije con sensualidad antes de acercarme a él—, me ha encantado la lencería que has elegido para nuestra primera noche de amor —apostillé en tono provocativo—, ven, cuchi cuchi...

Nicolás intentó quitarse la venda, pero se lo impedí a tiempo. Le dije que primero debía desnudarse y dejarse llevar por mí, su premio.

—Hueles tan rico, Paula —besó mi cuello con voracidad mientras le quitaba la camisa negra lentamente—, ¿es el perfume que te regalé con la lencería?

Además de las ropas íntimas, súper indecentes, el muy cabrón me regaló un perfume carísimo que había encomendado en una perfumería especial en París, hecho a base de mis genes, que según entendí, él obtuvo a través de sus contactos. Cosas de ricos, pensé cuando leí la tarjeta. Me hubiera gustado mil veces más una caja de bombones artesanales, algún cruasán con relleno exquisito o un buen trozo de pastel de chocolate hecho por él mismo. Bah, este riquillo no me conocía, claro estaba.

—Sí, Nico —gemí cuando sus manos posaron sobre mis senos—, así, cielo —le desabroché el cinturón y le ayudé con los pantalones—, quítate los calcetines, ni siquiera tú lucirías sexi con ellos.

Nicolás Ricci tenía un cuerpo de ensueño y una erección mitológica entre las piernas. ¿Mitológica? Me reí ante mi ocurrencia mítica. Lo llevé hasta la cama y empezamos a besarnos con mucho ardor.

—¿Dónde estamos, Paula? Hay mucho ruido...

Frunció el ceño.

—En mi casa —le dije sin rechistar—. La ventana está abierta, me gusta el ruido de la calle. Después del secuestro, tengo ciertas manías.

Usar lo del secuestro siempre funcionaba. Era chantaje, pero el fin siempre justifica los medios. Se puso muy tenso.

—Me quitaré la venda —me dijo y no puse resistencia alguna, cuando lo hizo, casi tuvo un infarto—. Santo cielo —dijo atónito y abriendo mucho los

ojos—, ¿qué es esto? —musitó al ver a las personas al otro lado del escaparate—, ¡¿qué significa esto?! —me gritó antes de cubrirse con la sábana de seda de color granate a toda prisa.

Esboqué una sonrisa ladina, muy ladina.

—Algo parecido a la casa de «Gran hermano» —repuse tras saludar con la mano a las personas—, ¿no saludarás a nuestros espectadores?

Nicolás soltó un gañido. Estábamos en un conocido centro comercial de la ciudad, en una tienda de muebles finos y elegantes. IKEA era demasiado popular para alguien como él, pensé cuando elegí aquel local lujoso.

—Madre mía... —masculló con la respiración entrecortada—. Me duele el brazo izquierdo, ¿estoy teniendo un infarto?

La cara de Nicolás Ricci era de un tono muy morado casi azulado. ¿Estaba avergonzado o con deseos de matarme?

—¡Paulaaa! —me gritó a voz en cuello.

Creo que la segunda opción era la válida.

«Oh oh» dije antes de levantarme de la cama y salir corriendo. Nico intentó seguirme, pero la situación superaba sus fuerzas. Retorné sobre mis pasos.

—Antes de olvidarme, consté que quise pagar la apuesta.

Nico se levantó tan rápido de la cama que se tropezó y se cayó de culo sobre el piso.

—¡Te mataré! —me amenazó iracundo—, ¡te juro que te mataré!

Me exhibí como una maniquí.

—¿Te gusta cómo me queda la ropa interior que me regalaste, cariño? —le dije en tono muy meloso.

Nicolás soltó la sábana y vino a por mí. Muchas personas empezaron a tomarle fotos, no sabían quién era, pero aquel culo era de infarto. Me persiguió por toda la tienda en ropa interior. Nos detuvimos cerca de unos sofás muy costosos, jadeantes y sudorosos tras nuestra pequeña carrera.

—Nico —le dije con voz entrecortada—, sabes que estás solo en ropa interior, ¿no?

Bajó la vista y confirmó lo que le había dicho. Ante la ira que sentía, se había olvidado de ese pequeño gran detalle.

—¡Paulaaa!

# Un beso sagrado



**U**na mujer alta, morena, de pelo muy largo, cuerpo escultural y vestida de militar se acercó a Erich, que llevaba puesto el uniforme de la Bermer. Ella se abrazó a él y el calor inundó sus cuerpos en pocos segundos, se les notaba. Un gesto valía más que mil palabras.

—Hola, preciosa.

Ella metió su lengua en la boca de Erich, y la movió con exigencia, mientras él caminaba con ella entre sus brazos hacia la cama. Una vez llegaron allí, ella se soltó, lo miró y exigió:

—Desnúdate, agente Stolz.

Él hizo lo que aquella mujer le pedía y cuando estuvo totalmente desnudo, ella le pidió:

—Quiero que te toques para mí, agente Stolz.

Erich frunció el entrecejo con exageración y sonrió al tiempo. Le dijo que no quería masturbarse, sino hundirse en ella, sentir su calidez, hacerla gritar de placer. Iba a protestar cuando ella le ordenó con firmeza militar:

—He dicho que te masturbes. ¡Ahora, agente Stolz!

Erich protestó, momento en que ella le dio un azote en su hermoso culo.

—Así me gusta, agente Stolz...

La mujer lo empujó con violencia sobre la cama que se hundió bajo su escultural cuerpo. Todos sus músculos se podían apreciar a simple vista. Los vellos dorados resaltaban su piel curtida y sus grandes ojos azules. Aquel hombre era un dios mítico.

—Hazlo, agente Stolz.

Erich llevó la mano hasta su duro miembro y comenzó a tocarse



lentamente mientras la miraba de un modo muy desafiante. Sin quitarle ojo, la mujer observaba cada uno de sus movimientos desde el sofá que estaba enfrente de la enorme cama blanca.

—Más rápido, agente —le exigió ella y él aumentó el ritmo al segundo—. ¿Te gusta? —ella se quitó la blusa y exhibió sus enormes senos—, así, agente —empezó a tocarse.

—Sí, desnúdate —le pidió él—, y tócate para mí, agente Schwarz.

Erich estaba acostado en la cama, con las piernas dobladas y tocándose sin parar. Cuando estuvo a punto de llegar al clímax, ella se acercó y metió en su boca el miembro de Erich.

—Gott —jadeó él tras echar atrás su cabeza.

Ella lo succionó por varios minutos.

—No te corras —le ordenó ella.

La mujer se apartó y le puso algo en el miembro. Erich levantó la cabeza y la miró con severidad.

—¿Qué me estás poniendo?

Ella sonrió mirando a la cámara. ¿Lo había colocado allí a propósito?

—Joder, ¿qué me estás poniendo? —le preguntó él, una vez más.

—¿No adivinas, agente Stolz? Es una anilla.

—¿Por qué me la pones?

Ella sonrió con astucia y, tras introducir la anilla totalmente en su miembro, llevó su boca hasta los duros pezones de él y siseó:

—Porque la que manda aquí, soy yo, agente Stolz.

Erich, al oírla, sonrió con sensualidad.

—Este anillo vibrador reforzará tu erección, me estimulará el clítoris y retardará el clímax hasta que yo quiera, agente Stolz.

Tras varios besos y toqueteos por parte de ella, se sentó a horcajadas sobre él e, introduciéndose el duro miembro en su parte íntima, murmuró:

—Ahora vamos a jugar tú y yo, agente Stolz.

La morena comenzó a mover las caderas de un lado a otro, mientras él se aferraba a sus caderas con ambas manos.

—Dios... —gimió ella acelerando el ritmo de sus oscilaciones.

Pasados unos minutos, Erich se estremeció. Ella paró y le dijo en tono serio:

—No te corras, agente.

La boca de ella se posó sobre la de él y, tras besarlo hasta dejarlo sin aliento, ella insistió:

—No me decepciones.

Ella accionó un pequeño botón de la anilla y el aro comenzó a vibrar. Él jadeó y ella, apretándose sobre su miembro para sentir la vibración, susurró:

—Me debes una, agente.

Ella aceleró sus movimientos y, de un momento a otro, ralentizó de golpe, enloqueciéndolo de placer.

—¿Me quieres matar? —le preguntó él jadeante.

—Me debes una —repitió ella en tono ronco.

Él movía las caderas hacia adelante para clavarse más en ella, mientras la oía jadear cada vez con más frenesí.

—Jaaa... —gimió él, cada vez más excitado—, montas muy bien, agente —ella aumentó el ritmo frenéticamente.

Lo miró a los ojos y se apretó contra él enloquecida, y juntos se convulsionaron y llegaron al clímax de un modo muy explosivo. Minutos después, él se recuperó, y la puso a cuatro patas y la embistió sin parar, durante varios minutos, hasta alcanzar un segundo orgasmo. Ella estaba muerta, él, al parecer, quería más...

—Vaya —dije tras beber un sorbo de agua—, ese rubio es... es...

—Pura tentación —completó Gigo.

Anna escrutaba la escena algo perpleja.

—Ver al mejor amigo de Marcello en ese vídeo es morboso.

—Excitante —la corregí.

Aquel vídeo salió a la luz semanas después de que Erich y Sarah formalizaran su relación. Al parecer, la chica del vídeo, se enfadó y envió el mismo a todos los agentes de la Bermer. Peter y Marcello decidieron dimitirla tras semejante falta.

—¿Está soltero? —le pregunté a Anna con malicia.

Aquel rubio me tenía cachonda desde el primer día que lo vi.

—Sí, pero con el corazón roto.

Yo tenía unos pedazos del mío, podíamos juntarlos y reconstruir uno nuevo. Anna me dio su número, me dijo que podía intentarlo, pero era un caso perdido. Le envié un SMS y tras media hora, él me contestó:

—¿Pizza?

Erich estaba dolido por la reacción de Sarah, y nada mejor que salir con otra. Un clavo saca otro, como decía el refrán.

—Pizza —contesté.

Quedamos en vernos el fin de semana, en la casa de cristal, donde estaba actualmente tras el ataque de un hombre llamado Joshua, un lunático, que según entendí, estaba coladito por mí. Emma versión hombre.

—Gigo, no rebobines —le dijo Anna—, tampoco pulses Zoom...

Erich tenía un cuerpo de infarto, un rostro de ángel y un miembro al nivel de un gran gladiador. Además, lo sabía usar muy bien, el vídeo lo demostraba con creces.

—¿Qué os parece si nos disfrazamos de monjas para recaudar dinero para los animales abandonados del albergue «Dolce vita»? —les pregunté tras rascarme el mentón—, eso generaría más compasión en las personas —acoté con firmeza.

Anna y Gigo estaban locos como yo, así que aceptaron mi propuesta. Encontrar amigos con tu mismo desorden mental, en verdad, no tenía precio. Nos vestimos de monjas y fuimos al parque por la tarde.

—Colaboración para los animales necesitados —chillé en el parque «El Valentino» con una campana entre manos.

Anna y Gigo, al igual que yo, llevaban los hábitos que habíamos alquilado en la tienda de disfraces. Anna sujetaba una caja con varios cromos de animales mientras Gigo vendía unas estampitas sagradas.

—¡Los ángeles de Dios os necesitan! —grité a voz en cuello—, tacaños —me quejé.

Anna resopló.

—Son todos unos mezquinos —me dijo tras arreglarse el velo sagrado —, si Marcello me ve con este hábito —sonrió con malicia—, tendremos un coito prohibido —rio por lo bajo.

Mi prima y su marido eran unos loquillos depravados, pero felices al fin. Gigo hizo malabarismo con unas bolas coloridas minutos después, pero las personas pasaban de él sin siquiera mirarle, bueno, caso contrario, descubrirían que no era mujer al cien por ciento y terminarían pensando que éramos unos farsantes aprovechadores.

«Confirmarían» me dijo mi cerebro.

«Ajá».

—Las bolas me molan —nos dijo y no pudimos evitar reírnos—. Mal pensadas... —nos sacó la lengua.

Unos turistas se acercaron a nosotras y depositaron una generosa colaboración para los animales, lapso en que Nicolás Ricci corría por aquellos lados. Anna y Gigo me miraron con suspicacia. ¡No tenía la menor

idea de que corría por allí! ¡Os lo juro!

«Mentirosa» me dijo mi cerebro.

«Chisss» le dije a modo de confidencia.

Nico me miró con el ceño fruncido.

—Hola, hermano —le dije sonriendo.

Él continuó corriendo, hasta que tuvo un fuerte encontronazo con un árbol. ¡Pobrecillo!

—¿Estás bien, hermano? —le pregunté tras acercarme a él.

Nico me miró atónito, como si acabara de ver a Cher y no a mí.

—Estás en todas partes —me dijo en un tono algo sombrío—. Esto es preocupante...

¿Qué me quería decir al cierto? ¿Qué me tenía siempre presente incluso cuando estaba con otras? Esbocé una sonrisa ladina ante mi ocurrencia. Le pasó lo mismo el día que me puse un vestido blanco y fingí ser un alma en pena. Él estaba en la azotea del edificio de la revista Gloria, donde supuestamente una mujer se suicidó años atrás. Nicolás me dijo que era una gran patraña, pero no pensó lo mismo cuando me vio allí tras la medianoche. Nunca pensé reírme tanto de él y su exagerada reacción.

—¿Paula?

Negué con la cabeza y el muy estúpido me besó, generando un escándalo sagrado en plena vía pública. ¿Una monja desvergonzada? ¿Una prostituta disfrazada de monja? La gente era muy mal pensada y, bastante creativa, debía reconocerlo.

—Paulaaa —bisbiseó algo enfurruñado al comprobar mi verdadera identidad—, ¿estás loca?

Abrí y cerré varias veces los párpados, como si estuviera a punto de tener un orgasmo.

—Hermano, su beso es pecaminoso.

—No me llames así —aseveró apretando los dientes.

—¿Puede colaborar con nosotros, HERMANO? —resalté la última palabra.

—Hablo chino ¿no?

—No seas tacaño —le dije en tono severo—, colabora con los animales.

—Uhm.

Dijo algo que no comprendí, ¿hablaba chino en verdad? Me alejé de él a toda prisa y retorné a mi sitio. Nicolás se acercó con cara de pocos amigos y

depositó varios billetes en la cajita de Anna. Cuando la reconoció, puso cara de espanto.

—¿Tú también? —le dijo a mi prima, que se limitó a asentir.

Gigo se acercó y lo miró con expresión de niño inocente.

—Mejor me voy, puede que esto sea contagioso —nos dijo antes de alejarse.

Sus hermosos glúteos me robaron un suspiro profundo. Aquella tarde primorosa supe que nunca podría ser una servidora de Dios, ya que mi vocación era otra. Para reafirmar mi gran decisión, ese fin de semana tuve un encuentro con el glorioso amigo de Marcello, que me ponía como una moto con tan solo mirarme.

—Pizza —me dijo cuando abrí la puerta.

Me mordí el labio inferior en un acto reflejo. Rubio, alto, atlético, sexy, simpático, perfumado, hermoso y elegante, así era Erich Stolz. Aquel alemán estaba para mojar una panadería completa. Me quedé mirándolo por unos instantes.

—Has visto el vídeo, ¿no? —me preguntó ante mi mutismo.

Unas veinte veces, pensé, pero decidí callarlo.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Anna usurpó mi cuerpo. Rio de buena gana antes de entrar a la casa. Por fortuna, Nico no estaba, había viajado con su novia.

—¿Vemos una película? —propuse.

Amor a segunda vista irrumpió la pantalla de la televisión mientras bebíamos unas cervezas heladas. Erich me hizo reír más de lo que recordaba en años, era tan ocurrente. Nos pusimos serios mientras Lucy y George jugaban al tenis en la cinta.

—Estás muy hermosa —me dijo con dulzura.

Erich me arrastró sobre sus piernas con sumo cuidado y nos besamos con fiereza a continuación. En pocos minutos estábamos semidesnudos en el sofá carísimo de Nicolás Ricci.

«Es solo un polvo, es solo un polvo» me repetía, sin lograr conectarme del todo con aquel dios germano.

Le besé el torso, le toqué los brazos, me mecí sobre su erección a punto de estallar, hasta que los dos dijimos algo...

—Sarah...

—Nico...

Él nombró a su amor perdido y yo vi a otro en su lugar. Su erección se

marchó con mi tesón.

—Lo siento —dijimos al mismo tiempo.

Nos abrazamos por unos instantes, Erich Stolz no era Nico, y yo no era Sarah. Nos vestimos a toda prisa tras recomponernos de aquel tórrido momento. Puse la película «Mientras dormías».

—Amo esta película —le dije entre lágrimas—, amo a Nico.

Dios, ¿cómo pude enamorarme de él?

«Tú aparecías en mis modorras, Paula. Me salvaste del abismo mientras dormía» me dijo una vez, y, con aquello, se robó lo poco que había restado de mi corazón.

—¿Amigos? —me dijo Erich, resignado—, estoy perdidamente enamorado de Sarah Hoffmann —me confesó y, a cambio, le di un beso muy apasionado.

—Conquístala de nuevo, Erich.

Él me devolvió el beso.

—Buenas noches —nos dijo Nicolás desde el umbral de repente—, permiso.

Erich y yo nos quedamos paralizados por unos instantes.

—Creo que la cagamos —me dijo él.

—No —le corregí—, la cagué sola, Erich.

Erich me sonrió.

—¿Quieres ver una película porno? —le dije y le robé una risita.

Dios, era aún más guapo cuando reía.

—Solo si no es la mía, Paula.

«Mierda».

—Vale, ¿lesbianas peleando?

Erich soltó una risotada.

—¿Me quieres poner a prueba, Paula?

Miré su bulto.

—Creo que está funcionando, Erich.

Al final, vimos «Mi gran boda griega». Erich y yo nos tornamos muy buenos amigos, a veces nos besábamos para confirmar nuestras convicciones. En definitiva, solo amigos.

—¿Me das un abrazo, Erich?

Él me rodeó con sus fuertes brazos. Aspiré su perfume con los ojos entrecerrados. ¡Olía tan bien!

Aquella noche dormimos abrazaditos en el sofá, fue una de mis

mejores citas.

# Campo de batalla



**N**icolás se levantó del sillón de cuero y se quitó la chaqueta negra, la corbata de rayas y la camisa negra. Tras desabrocharse el cinturón con un rápido movimiento, se quitó los pantalones y se puso unos más cómodos de deporte, junto con una camiseta a juego. Se calzó las zapatillas deportivas y entró en la sala de gimnasia. Usó el mando a distancia para encender el reproductor de música y al instante los primeros acordes de «Winter» del compositor Vivaldi inundaron la estancia.

«Paula».

Necesitaba aclararse las ideas. Se subió a la cinta y trató de no pensar en el tabaco. Habían pasado tres años desde que lo dejó, pero aún le daban ganas de fumarse un cigarrillo cuando el estrés superaba lo normal.

—¿Por qué no consigo arrancarte de mi cabeza? —se preguntó algo lacónico.

Molesto por semejante debilidad, comenzó a hacer ejercicios. Correr le relajaba. Fijó los parámetros y comenzó a correr.

—No eres la chica de mis sueños —se dijo sin resuello—, aquella Paula no fue real.

Se sentía traicionado de cierta manera. Al final, lo que había vivido con Paula tiempo atrás, no pasó de una mera alucinación.

—Entonces, ¿por qué no dejas de pensar en ella?

Aumentó la inclinación de la cinta como la velocidad, con la mente convertida en un hervidero de pensamientos.

—Mierda.

Pulsó el botón para disminuir la inclinación de la cinta y redujo la velocidad tiempo después. Su respiración se hizo más pausada. Tras bajar de la cinta y coger una botella fría de agua mineral, su móvil timbró. Era su actual



pareja, Adriana.

—Hola, cariño —le dijo en tono apagado.

Después de beber un sorbo de agua helada, dejó la botella sobre una mesa.

—Te esperaré para las siete —le dijo ella.

«La cena» se dijo él algo atribulado.

Nicolás odiaba aquellas cenas aburridas, pero no podía evitarlas.

—Nos vemos, cariño.

Mientras organizaba sus pensamientos, cogió el bolígrafo de oro que le había regalado su abuela cuando terminó la carrera de Administración de empresas y comenzó a firmar unos documentos.

«Quizá es momento de formar una familia» se dijo de repente.

Adriana, la despampanante supermodelo con la que salía en esos momentos, era perfecta para lucirla en los eventos sociales y también era genial en la cama, pero no podía considerarla como esposa.

—No —se dijo caviloso—. ¿Por qué pensaste en semejante idiotez? —se reprochó—, ¿acaso quieres cometer la misma mierda que tus padres? ¿Traer hijos como tú o Luciana? ¡Estás loco!

Adriana se estaba enamorando de él, aunque disimulara muy bien. Al inicio quería diversión sin compromiso, ahora ya vivían juntos.

Ya le había insinuado su deseo de tener niños, un detalle que sentenciaba su relación. Si tenía algo claro con respecto al matrimonio, era que las emociones acabarían por arruinarlo.

—Uhm...

Nicolás bebió otro sorbo de agua mientras acariciaba el cuello de la botella con el pulgar de forma distraída. Colocó el bolígrafo en el margen izquierdo del papel y comenzó a escribir el nombre de Paula, su martirio.

—¿Qué haces, imbécil? —se reprochó—, estás metida en mí, Paula Bellini.

Cogió el papel y lo arrugó con ferocidad.

—Basta, Nicolás —se dijo resolute—, Paula Bellini no significa nada para ti.

Entonces ¿por qué no podía arrancarla de su cabeza?

«Un polvo y la olvidarás» se dijo decidido.

—Un polvo y todo terminará.

# Una cena inesperada



**L**a novia de Nicolás hablaba por teléfono cuando llegué a la casa tras mi caminata diaria con Anna y Gigo. Mis amigos quedaron en venir más tarde para comer una rica pizza margarita. Ralentiqué de golpe los pasos al oír el parloteo de aquella Venus de mármol.

—No soporto a la tal Paula —dijo la muy cretina—, Nico vive pendiente de ella —unos corazoncitos rodearon mi cabeza—, espero que pronto se marche de aquí.

«En tus sueños».

—Es una plasta...

Enarqué la ceja derecha en un gesto muy ladino cuando dijo que tenía una cena muy importante por la noche con Nico.

—Interesante —mascullé con ojos brillantes—, eh eh eh —mi risa diabólica afloró—. ¿Qué puedo hacer para arruinar los planes de esta bruja?

Fui a la cocina con ese pensamiento y me encontré de cara con el aburrido batido de frutas y proteínas de Adriana.

«Clean clean» sonaron las campanas de mi sagaz cerebro.

—Eh eh eh —me reí al tiempo que frotaba mis manos una contra la otra.

Fui a mi cuarto a toda prisa y cogí los sedantes que había comprado el otro día en la farmacia.

—Cuatro pastillas la derrumbarán por completo —dije con sorna—, seis para asegurar.

Retorné a la cocina y trituré las pastillas. Luego coloqué el polvillo en el batido, lo removí bien y sonreí con astucia.

—Eh eh eh...

Mi risa malévolamente me hizo reír a todo pulmón. Adriana entró minutos después, y bebió su bebida sin sospechar nada.

—Brava —dije desde mi cuarto, donde podía verla con nitidez—, buenas noches, Bella durmiente.

Gigo y Anna llegaron media hora después, justo a tiempo para ayudarme con el cuerpo del delito.

—¿Qué le pasa? —me preguntó Anna.

Adriana roncaba suavemente en el sofá.

—¿Qué le hiciste? —repuso Anna al deducir que algo le había hecho.

Puse cara de ángel inocente, incluso aleteé mis alitas imaginarias.

—Le di unos sedantes —le respondí como si tal—, dormirá hasta mañana...

Gigo y Anna me miraron con estupor.

—Me tenéis que ayudar —les dije y les comenté lo que había oído.

—Bruja —le dijo Gigo—, maldigo tu existencia...

Nos reímos de él cuando hizo un gesto con las manos muy teatral.

—Necesito que me ayudéis con el vestido y el maquillaje. Debo estar hermosa esta noche.

Anna y Gigo chocaron los cinco en el aire. Se marcharon tras ayudarme con mi plan. Media hora después, Nico llegó a la casa. Subió al cuarto, se duchó, se vistió, se perfumó, se puso su mejor traje y bajó. Conocía cada uno de sus pasos diarios. ¡Era tan predecible!

Cogió su teléfono y marcó el número de su novia, bueno, eso supuse yo, que lo estaba vigilando desde mi sitio.

—¿Dónde te has metido? —despotricó tras la quinta vez que la llamó.

Hice mi majestuosa aparición, minutos después.

—Milagro —me dijo él.

Mi vestido azul sin tirantes y largo hasta las rodillas dibujaba con sensualidad mis curvas perfectas. Al contrario de su novia, yo tenía carne para ofrecer al mejor carnicero. Carne de primera y no huesos como Adriana.

—¿Milagro? —le dije con expresión de confusión mientras me pasaba algo de polvo.

Nicolás se acercó y su varonil perfume me envolvió de pies a cabeza. ¡Aquel hombre olía a gloria! Me excitó, fue inevitable.

—Milagro de mujer —me susurró tras besar mi mano derecha—, ¿adónde vas tan elegante?

Parpadeé varias veces, para resaltar mis pestañas postizas.

—A lavar los platos —le dije con firmeza.

Nicolás me miró asombrado. No tenía sentido estar tan elegante para lavar los platos, pero me gustaba sorprenderlo con alguna tontería.

—Te necesito —me dijo con voz firme—, hoy tengo una cena muy importante con unos empresarios y Adriana me plantó.

En realidad, estaba en el armario de ambos, pero aquel detalle decidí conservarlo solo para mí.

—¿En serio? —le dije tras arreglarme los bucles que pendían de mi rodete—. Qué desconsiderada...

Nicolás visualizó su reloj y puso cara de espanto al ver la hora.

—Por favor, acompáñame, Paula —me imploró de rodillas, bueno, al menos en mi imaginación—. No puedo llegar solo a una reunión de parejas.

Esbocé una sonrisa ladina.

—Con una condición, Nico.

Su entrecejo se frunció.

—¿Cuál?

Sonreí con astucia.

—Que mañana me ayudes a bañar a los animales abandonados del albergue «Dolce Vita».

—¿Qué?

Me acerqué deliberadamente a él, tanto que, su aliento se mezcló con el mío. Claudicó tras suspirar.

—Será una de las mejores terapias para tu alma, Nico.

Los Ricci no conocían la pobreza, no conocían la necesidad, no conocían la vida real. Vivían en sus costosas mansiones, en sus jaulas de oro, sin conocer el mundo real. No eran ignorantes al respecto, pero sí indiferentes.

Me pasé la lengua sobre los labios con mucha sensualidad, robándome su atención por completo. Suspiró y aspiré su aliento con los ojos entrecerrados. Me miró embobado.

—Está bien, Paula —me dijo con expresión bobalicona.

Esbocé una sonrisa condescendiente. Salimos de brazos entrelazados de la casa, cenamos con unos ricos aburridos, bailamos canciones sofisticadas y nos reímos sin gracia. Aquel mundo no era el mío, en absoluto.

—Gracias por la velada maravillosa, Paula.

Lo contemplé mientras él me lanzaba una mirada de soslayo color azul cielo que contenía una leve nota de tristeza. Me golpeó como un mazo verlo así.

—De nada, Nico.

—Hemos llegado —me dijo, desviándose bruscamente hacia el camino de entrada de su mansión, luego bajó hacia el garaje subterráneo y apagó el motor.

—Llegamos —le dije en un susurro.

El garaje estaba repleto de coches y motos caras. Nicolás Ricci era inmensamente rico, pero infeliz, a pesar de tenerlo todo.

El único sonido que había era el del motor de refrigeración. Nos sentamos en silencio durante un rato, mirándonos el uno al otro. Tragué saliva. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Tan ansiosa por besarlo? ¿Eh? Oh no, mi subconsciente me traicionó.

—¿Quieres beber algo, Paula?

«Tus besos».

—Me encantaría, Nico.

—Bien —siseó sin apartar la vista de mi cara.

Con el volante firmemente agarrado, se inclinó sobre mí a cámara lenta. Me quedé quieta un instante, luego moví la cabeza para encontrarme con la suya. Sus labios capturaron los míos con cierta impaciencia.

Dios mío, era como beber un buen vino. Tenía la nariz contra la mejilla de Nico. De cerca olía aún mejor. Deberían embotellar ese olor y llamarlo Nicolás delicioso.

—Nicolás —gemí antes de hundir mi lengua en su boca.

Un segundo después, echó atrás el asiento del acompañante y se subió encima de mí. Apenas podía respirar de la excitación. A él no le importaba una mierda su novia, pero a mí sí me importaba que me pillaran montándomelo en el asiento delantero con él.

«Adriana» dije al evocarla.

—Nico —lo aparté a toda prisa—, tu novia —mascullé.

Alzó la cabeza, observando cómo mis ojos se abrían de par en par como enormes faros.

—Lo siento, Paula.

Estaba muy excitada, tanto como él, pero no era el momento, no así. Y como si me hubiera leído la mente...

—Vamos arriba —susurró él.

Todo se sentía frágil, como si el momento fuera un cristal y pudiera hacerse añicos con un sonido demasiado fuerte.

—¿A mi cuarto? —propuse.

Él me miró de un modo imposible de definir con palabras.

—Sí.

En ese lapso, alguien apareció en el garaje.

—¡Dios! —grité al ver la figura femenina que me recordó a Carrie antes de matar a sus compañeros de clase—, oh oh...

Era Adriana.

—¡Paula! —gritó la infeliz a voz en cuello.

—Buenas noches —le dije a Nico, que furioso me sujetó del brazo y me tiró con fuerza hacia él.

—¿Qué has hecho?

«Pis» pensé algo empapada.

—¡Paula! —gritó él, momento que aproveché para huir.

# Una visita inesperada



**N**icolás Ricci firmaba unos documentos cuando la pesada puerta de su escritorio se abrió de repente, se volvió hacia ella y se encontró de cara con Paula.

—Hola, Nico.

El empresario estaba cabreado por lo sucedido la noche anterior. Paula sedó a su novia y la metió en el armario de ropas. El recuerdo dibujó una sonrisa invisible en sus labios. Aquella mujer era bastante ocurrente e inconsecuente. No tenía miedo a nada ni a nadie. Era simplemente él, años atrás, antes del secuestro.

Sus ojos azules se clavaron en la cara de la italiana, que, al parecer, estaba muy arrepentida.

—¿Puedo pasar?

Nicolás observó aquellos labios carnosos con deseo impúdico. «¡Joder!», pensó. Controló sus pensamientos y terminó con la inspección.

—Hola —contestó con voz áspera—. Pasa... —la miró desafiante—, pasarás de todas maneras...

Ella esbozó una sonrisa ladina. ¿Por qué había elegido aquel vestido tan provocativo?, se preguntó él. Paula llevaba un vestido negro que resaltaba su canalillo, le acariciaba las caderas y le llegaba hasta las rodillas. Las uñas pintadas de rojo pasión asomaban por las sandalias negras. Paula se quedó quieta en la puerta, como si estuviera permitiendo que la admirase antes de decidirse a hablar.

—Adelante, Paula.

Nicolás la miró con la misma sonrisa neutral con la que miraría a cualquier socio comercial. Ella le devolvió la sonrisa, si bien su mirada siguió siendo seria.

—¿Podemos hablar, Nico?

Nicolás enarcó la ceja derecha en un acto reflejo.

—¿Sobre qué?

Paula alzó ambas cejas al oír el tono que usó el magnate. Nicolás estaba enfadado, claro estaba.

—Sobre lo ocurrido ayer, Nico.

¿A qué se refería exactamente? ¿Al beso? ¿A su broma pesada? ¿A que casi hicieron el amor?

—Siéntate, Paula.

Paula se sentó con elegancia en el sillón acolchado y cruzó las piernas con sensualidad. La sedosa tela de su vestido subió un poco y le ofreció a Nicolás un atisbo de sus torneadas piernas.

«No mires sus piernas» se dijo él e hizo exactamente lo contrario.

—¿Quieres café, Paula?

—Sí, gracias.

Nicolás se levantó para servirle.

—¿Un milhojas?

—Sí, por favor.

El empresario empezó a prepararle el café antes de sentarse frente a ella. Se analizaron un momento, dejando que el silencio se prolongara.

—Siento mucho lo de ayer, Nico.

¿En verdad lo sentía? Los ojos de Paula contradecían sus palabras.

—¿No me crees?

Nicolás la miró con incredulidad.

—Lo volverías a hacer, Paula.

Ella se echó hacia atrás, sorprendida.

—¡No! —Nicolás la miró con socarronería—, hablo muy en serio, Nicolás Ricci.

Él la oteó de un modo muy... muy... ¿excitante? Paula separó los labios, pero guardó silencio un instante. Tragó con fuerza, temiendo que aquel hombre pudiera leerle la mente y descubrir sus pensamientos más pecaminosos hacia él.

—Supongo que me he pasado un poco —comentó ella, que cambió de postura y volvió a cruzar las piernas.

—¿Un poco?

Paula parpadeó.

—Esa arpía se lo merecía —le dijo ella embravecida.



Nicolás estuvo a punto de espurrar el café, pero consiguió dejar la taza sobre el platito con una serena dignidad. Sintió una llamarada en el estómago al recordar lo sucedido.

—Eres sorprendente, Paula.

Una extraña expresión apareció en la cara de Paula. Sus facciones se tensaron, aunque después recuperó la compostura.

—¿Sorprendentemente sexi?

La fuerte atracción que sentía por ella lo irritaba. Paula no era su tipo. Era demasiado cabezota, demasiado directa, demasiado... sensual.

—Uhm —se limitó a decir él.

¿Uhm?, se reprochó a sí mismo. «Eres un idiota, Nicolás» se dijo el empresario con rabia.

Paula lo acojonaba. Expresaba su opinión y exhibía sus emociones sin pensar. Semejantes reacciones provocaban situaciones de peligro, de caos y de desorden. Y eso era lo último que buscaba en su vida tras el secuestro.

—¿Por qué te cuesta tanto exponer tus emociones, Nico?

Paula devoró la pasta de un modo muy sensual, Nicolás no pudo evitar imaginarla metiendo otra cosa en su voluptuosa boca.

«Joder».

—¿Para qué exponerlas? ¿Para sufrir decepciones inevitablemente? ¿Para terminar en algún sucio y maloliente galpón?

Nicolás seguía preso, seguía rehén de sus temores. Paula parecía nerviosa mientras lo miraba de reojo. Se puso en pie y comenzó a andar por la sala.

—¡Tienes que volver a la vida, Nico!

En cuanto Nicolás clavó los ojos en su perfecto trasero, que se movía de un lado para otro, sintió una incómoda erección.

«Contrólate animal».

—Me estás poniendo nervioso, Paula.

«¡Joder!», pensó ella. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? Lo miró de reojo. Los musculosos brazos. Los anchos hombros y el amplio torso la estaban haciendo perder el control de sus emociones... una vez más.

«Nicolás está como un tren».

Paula detestaba el hecho de que su presencia la pusiera nerviosa y de que la excitara tanto.

«Mierda» dijo ella para sus adentros.

—Creo que debo mudarme a mi casa, Nico —soltó en tono vacilante

—. Es lo mejor.

La tensión le provocó un nudo en el estómago. Es lo mejor, lo más prudente, lo más sano y lo más lacerante a hacer, pensó él.

—¿Tienes certeza, Paula?

Paula inspiró y espiró varias veces, tal como le habían enseñado a hacer en las clases de yoga.

—Sí.

Paula se acercó a la enorme ventana acristalada de la sala y se cruzó de brazos. Nicolás se aproximó a ella a pasos lentos. Su perfume la hizo suspirar hondamente.

—No podré protegerte como quiero, Paula.

Ella lo miró con ojos melosos.

—No podrías, aunque estuviera a tu lado, Nico.

Sus miradas se entrelazaron en una sola.

—La convivencia despierta nuestro lado más salvaje, Nico.

Él asintió sin desviar la mirada de ella.

—Lo sé —susurró él—, pero...

Nicolás le rodeó la cintura con los brazos y la pegó por completo a él.

—Nico... ¿qué haces...?

Sus labios cubrieron los de Paula mientras la estrechaba con fuerza. Paula se aferró a él y le devolvió el beso con la misma pasión. Se embriagó con su olor y con su sabor; se deleitó con la dureza de su cuerpo mientras la pasión los consumía y los lanzaba por un precipicio.

«Es solo un beso» pensó ella.

Soltó un gemido ronco.

«Es solo un beso» caviló él.

Nicolás le enterró los dedos en el pelo y le sujetó la cabeza con firmeza para besarla con más pasión. Su teléfono timbró minutos después y los arrancó de aquel delicioso y vedado momento. Nicolás se apartó de sus labios lentamente.

—Lo siento —le dijo.

¿Lo siento?

—No quise...

—Está bien, Nico.

Cuando por fin recuperó la compostura, Nicolás le dijo:

—Un mes.

—¿Un mes?

—Quédate un mes en casa...

Paula cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. Un mes era mucho para una mujer enamorada, pensó con el alma a sus pies, aunque...

«Un mes sería suficiente para fastidiar a Adriana», caviló con sorna.

—¿Quieres pensártelo durante esta noche?

El móvil de Nicolás timbró. Paula se mordió el labio inferior con fuerza, y se obligó a contestar:

—Vale.

Paula cogió la taza de café y le dio un sorbo. Nicolás juntó las yemas de los dedos e inspiró hondo, ignorando por completo su móvil que seguía timbrando.

—Prométeme que no harás de las tuyas, Paula.

Nicolás quería hacer un trato, quizá con la hija del diablo, pero necesitaba hacerlo, al menos para evitar algún nuevo caos.

—Está bien, Nico.

La cara de Nicolás casi se iluminó.

—¿De verdad?

«Ni de coña» pensó ella.

—Por supuesto, Nico.

«¿Por qué no te creo, Paula?».

Nicolás miró fijamente a la mujer que tenía delante e intentó tragar saliva. Se sirvió más café.

—Además, ya no quiero arrebatos sexuales —le dijo ella.

Paula lo hacía pensar en el sexo con cada gesto. Se preguntó qué llevaba puesto bajo el ajustado vestido.

—¿Nico?

—¿Sí?

—¿Me has escuchado?

—Te prometo que nunca más te pondré en una situación incómoda, Paula.

Ella sonrió de un modo muy malicioso.

«Ya veremos, Nico».

«No me provoques, Paula».

Paula se inclinó para levantar su bolso, lapso en que dejó a la vista sus deliciosos senos. ¿No llevaba sujetador? ¡Madre mía! A Nicolás se le paró el corazón y al cabo de un segundo se le subió a la garganta.

«Lo hace a propósito» pensó él.

«Funciona» pensó ella.

—Tengo que irme, Nico.

Paula se levantó, se colgó el bolso del hombro y se plantó delante de él.

—Nos vemos más tarde.

Se dio media vuelta. Caminó hasta la puerta. Giró el pomo. Y...

—Hasta luego —le dijo Nicolás antes de ponerla contra la puerta y besarla con una pasión cegadora—, el acuerdo empieza tras cruzar la puerta —jadeó el empresario tras apartarse de ella.

Sus cuerpos vibraban por la energía que acababan de descargar.

—Nos vemos —le dijo ella algo titubeante—, necesito comprar algunos juguetitos.

Nicolás la miró con expresión ladina.

—Uhm...

—Te excitarán mucho, Nico —se mofó ella y él dejó de sonreír.

—¿Y el acuerdo sobre los arrebatos sexuales? —le preguntó él.

Paula rio de buena gana mientras se alejaba de su sala. ¿Por qué le temblaron las piernas? No, ella no haría nada, se lo ha prometido.

«Joder» repuso tras meditarlo mejor.

## Italia vs. Alemania



**N**icolás observó atónito su acuario mientras yo lo escrutaba a él al otro lado del vidrio. Su mirada azul se encontró con la mía. ¿Cómo podría describir su expresión en aquel preciso instante?

—¿Qué significa esto? —me dijo en un tono muy severo.

Atisbé orgullosa el mundo de Bob Esponja que había instalado en su lujoso y enorme acuario. ¡Todos los personajes! No satisfecha, coloqué a la sirenita, al Power Rangers rojo, Baby Sinclair, a Bart Simpson y unas bolitas, por si los peces querían jugar al fútbol. Además, pegué en el cristal unos cromos de la Juventus, de las Spice Girls, los Backstreet Boys y Rambo, claro.

—Le da más color, más vida, ¿no te parece, Nico?

El rostro de Nicolás se contrajo en un gesto difícil de definir con palabras. Me recordaba a Hulk cuando se transformaba.

«Oh oh».

—¿No te ha gustado, Nico?

La cabeza de Nicolás salió volando de su cuerpo. Levanté la vista y observé maravillada su testa rodando varias veces en el aire antes de volver a su sitio. Me reí ante mi ocurrencia. Creo que me había fumado el mismo porro del creador de Bob Esponja.

—¡Nooo! —Chilló iracundo—. ¡Quita toda esa basura de allí antes de mi regreso! —salía humo de sus orejas—, ¿lo has entendido, Paula Bellini?

Me excité, fue inevitable. Lo miré desafiante tras recomponerme del orgasmo imaginario.

—Está bien, mein Führer —le dije tras imitar el saludo de los militares—. Sí, señor.

Por la noche...

—¡Paula!

Además de todos aquellos juguetes, coloqué a todo el plantel de Nemo y los Minions. ¡Fastidiarlo era la leche!

Al día siguiente por la tarde noche...

—¡Paulaaa! —me gritó a voz en cuello cuando fue a la piscina climatizada para nadar—, ¿qué mierda es esto?

Por la tarde había jugado con Gigo a la ballena asesina y al pingüino gay que se enamoraba de un delfín hetero. Era su versión acuática de él y Marcello, me dijo mientras nadábamos en las tibias aguas de la piscina.

—¿Le has puesto sales perfumadas al agua? ¡Dios! ¿Por qué?

Le faltaba algo al agua y las sales perfumadas le dieron ese toque extra que me gustaba tanto.

—¡Odio los jazmines! —reclamó a grito pelado.

Puse cara de Grinch a punto de tener un orgasmo.

—Lo sé, caro mío, Lo sé. Eh eh eh...

Me reí entre dientes al tiempo que pulsaba el botón de encender de los barquitos que había dejado en la piscina.

—¡Paulaaa!

Me había olvidado por completo que Nico solía nadar allí por las noches.

«Mentirosa» me dije con sorna. No, en realidad no me olvidé, ya que siempre solía vigilarlo mientras nadaba. ¡Era un tritón! Su cuerpo era de infarto.

—¡Quiero que quites estas cosas de la piscina!

¿No le gustaban los delfines, peces, ballenas, pingüinos inflables y los barquitos eléctricos? ¡Qué aguafiestas!

—¡Señor, sí, señor! —le grité en tono militar.

De pronto evoqué el día que descubrió que servía café de verdad y no descafeinado a su histórica hermana. Había reemplazado a la pobre Beatrice aquella semana o, caso contrario, perdería su puesto. Luciana aceptó mi oferta encantada, ya que así podía humillarme mejor. ¡Grave error!

—No he dormido nada, Nico —le dijo y se abrazó a él.

Aparecí con una bandeja justo en ese momento. Nico me miró con una expresión muy, pero muy seria tras observar las tazas de café. Mi corazón se soltó de sus arterias y terminó en mis bragas.

«Oh oh».

Luego subió de un golpe hasta mi pecho y latió con fuerza.

—Es descafeinado, ¿no? —me preguntó Luciana—. No puedo tomar café, Paula.

Miré con deseo a su hermano. Nico estaba tan sexi con su camisa gris y sus pantalones negros ajustados. ¡Aquel hombre era tan exquisito!

—Por supuestooo... —alargué los labios en complicidad con la o—. Como a ti te gusta, Lu.

Ella me miró con expresión seria, odiaba que la llamaran así. Nico supo al instante que mentía. Era como un detector de mentiras ambulante. Me fulminó con la mirada y, en lugar de asustarme, me excitó.

—Permiso —les dije y salí de la sala como una exhalación.

Nico vino a por mí.

—¡Paulaaa!

Aceleré los pasos y él también. Ralentiqué y saludé a algunos modelos que estaban como un tren y luego volví a acelerar los pasos.

—Tu tu tu —imité el sonido de un tren.

Nico dijo mi nombre unas diez veces, pero no me detuvo. La canción «Cuban Pete» comenzó a sonar en mi trasero, quiero decir, en mi móvil. Era el tono de llamada de Gigo. Nico me cogió del brazo y casi perdí el equilibrio de no ser por su agilidad. Me pegó contra la pared y me miró fijo a los ojos.

«Hazme tuya, bombón» pensé tras morderme el labio inferior.

—Mi hermana tiene prohibido beber café —me dijo en un tono muy serio—, porque está tomando unos ansiolíticos muy potentes, Paula.

Parpadeé varias veces mientras unas modelos nos observaban curiosas desde sus sitios. Hice una mueca de gozo mientras Nico bajaba la cabeza para recuperar el control de sus emociones.

—Era descafeinado, ¿no, Paula?

Asentí condescendiente.

—Por supuestooo...

Me aparté de él y me alisé la falda negra con ambas manos. Entrecerré los ojos en un gesto de abatimiento.

—Paula, aquí tienes el café que has pedido —me dijo Sofía.

Puse los ojos en blanco, en especial cuando Nico posó sus ojos en sus manos. «Café extra fuerte» decía el paquete. Di dos pasos y salí corriendo, una vez más.

—¡Paulaaa!

Mi móvil timbró y me arrancó de mis divertidos recuerdos, era Anna.

—Me encantaría, hormiguita —le dije—, me voy para la hora del

partido.

Hoy jugaban Italia y Alemania por el mundial. Marcello y sus amigos estaban por Italia.

—¿Peter ha venido? —le pregunté a mi prima en tono ladino—, ¿ha terminado con la plasta de Luciana?

—Al parecer, sí.

El amigo de Marcello de casi dos metros de altura, moreno, de ojos azules y cuerpo de dios mítico estaba a la orden del día. Me puse unos pantaloncitos cortos y una blusa ceñida sin mangas.

—Ropa íntima de lujo —dije tras ducharme—. Gracias, Nico —sonreí con expresión taimada—, otro disfrutará de estas piezas tan sexis.

Llegué a la casa de mi prima justo cuando el partido empezó. Erich y Peter me saludaron con cordialidad. El amigo de Marcello, el más serio, me echó el ojo. Erich le habló de mí como habíamos quedado. El rubio seguía soltero y enamorado de Sarah, que según entendí, continuaba enfadada.

—Ganará Italia —le desafié a Marcello.

—En tus sueños —me contestó.

Peter bebió un sorbo de cerveza sin apartar la mirada de mi rostro. ¿Estaba flirteando conmigo? Gigo se sentó a mi lado y me aclaró las ideas.

—Peter está cachondo por ti —me dijo y no pude evitar reírme—, daría mi pene por un beso suyo.

Le miré asombrada.

—¿Tu pene?

Gigo me guiñó el ojo.

—Total que ni lo uso.

Nos echamos a reír, lapso en que Peter sonrió y el mundo entero se movió bajo mis pies. ¿Todos los alemanes eran tan sexis como esos tres? Anna se sentó en el regazo de Marcello y lo besó con mucha pasión. Mi prima era una desvergonzada con respecto a su marido.

—¿Quieres un poco? —me dijo Peter tras estirarme su botella de cerveza.

Cogí la misma y antes de beber, lamí la boca de la botella con sensualidad. Peter sonrió de un modo muy misterioso.

«Au au au» mi loba interior aulló.

—¡Sí! —gritamos Anna, Gigo y yo cuando terminó el partido—, ¡vamos azzurri!

¡Italia estaba en la final!



—Somos los mejores —bromeé y Peter sonrió—, ¿a que sí?

Estábamos cerca de la piscina, con los pies metidos en el agua. ¡Hacía mucho calor aquel día! Peter no me contestó, en lugar de ello, me besó en la boca. El beso comenzó suave y dulce, pero estábamos tan hambrientos el uno del otro que eso cambió casi inmediatamente.

Sus dedos se movían por mi pelo, peinándolo atrás de mis sienes para coger mi cara en sus manos. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y separé los labios para dar la bienvenida a su lengua. El beso nos sacudió. Una de sus manos bajó a mis caderas. Sus labios se movían de mi boca a mi cuello y de nuevo a mi boca.

—¿Quieres ir a otro sitio, Paula? —me preguntó mientras dibujaba mi cuello con sus labios.

Peter era directo. Sabía muy bien lo que quería. ¿Quería lo mismo que él? ¿Quería un polvo sin compromiso? Evoqué lo que había oído ayer por la noche en el cuarto de Nico, él y su novia teniendo sexo salvaje. ¿Qué hacía por aquellos lados? Pues lo evidente, figoneándolos. Siempre fui muy curiosa, muy metiche.

Los celos y la abstinencia hablaron por mí.

—Sí, Peter.

Nos dirigimos a su coche tras despedirnos de todos. Anna me miró con censura y Gigo con admiración. Mi prima no estaba a favor del sexo ocasional, pero yo sí.

«Mentirosa».

Ni modo, necesitaba sentirme mujer, deseada. Tras el secuestro no había estado con nadie, ni siquiera con Nico. Era momento de romper las cadenas y las bragas. Peter era un hombre muy atractivo, caballeroso e interesante. Hablamos de todo durante el camino a su departamento.

—Llegamos —me dijo con una sonrisa muy sensual.

Nos besamos con mucha pasión, como si estuviéramos muy hambrientos y tuviéramos poco tiempo para saciarnos. En pocos segundos, estábamos muy acalorados y sudorosos, listos para comernos el uno al otro por completo.

Nos apeamos del coche dispuestos a apagar el fuego que habíamos encendido a propósito.

—Bienvenida, preciosa.

Me hacía un problema demasiado grande del sexo. Peter actuaba con completa normalidad y yo lo haría también.

«Disfruta» me dije tras echarle un vistazo a Peter, mientras el ascensor subía a su piso. Cuando entramos, él realizó todos los rituales del perfecto anfitrión: colgando nuestras chaquetas, ajustando el termostato para que la casa fuera cómoda, llenando unas copas de vino de una botella que había traído de la cocina. Me senté en el sofá, sólo para descubrir que estaba demasiado nerviosa para quedarme quieta. Me levanté. Me rasqué la nariz, el mentón y el brazo mientras él servía el vino sin mirarme.

—Linda casa —le dije tras escrutar el lugar finamente decorado.

Según entendí, el padre de Peter era un empresario bastante respetado en Alemania. No eran como los Ricci, pero tenían lo suyo.

—Gracias, Paula.

Cogí la copa que me ofrecía. Bebí un buen sorbo. Peter se acercó y empezó a besarme el cuello por detrás mientras sus enormes manos recorrían mis senos por encima de mi blusa.

—Mmm —gemí.

Bebí el resto de mi copa y la coloqué sobre la mesita ratonera. Me volví y le bajé la cara para besarlo, porque simplemente ya no podía aguantarme más. Ese beso era aún mejor que el de minutos atrás.

—Oh, sí —susurré cuando me succionó el cuello.

Peter sabía tocar a una mujer como nadie. No era una experta en el arte del sexo ocasional, había estado solo con dos hombres en toda mi vida, Davide era muy bueno, Gianni también, pero Peter era un dios, tanto o más que Erich, con quien tuve una sesión de besos y caricias ardientes días atrás. Los alemanes besaban como si no hubiera un mañana, besaban como si fueran a la guerra al día siguiente.

—Hueles delicioso, Paula...

Había una brusquedad en sus caricias que parecieron exactamente apropiadas para un encuentro que ambos sabíamos que era una insensatez.

«Deliciosa insensatez».

Metí las manos bajo su camiseta blanca y recorrí su torso con las palmas. En cuestión de segundos, mi blusa terminó en el suelo junto a su camiseta. Luego me quitó los pantaloncitos cortos con delicadeza.

—Madre mía —dije al ver su torso musculoso—, eres perfecto...

Sonrió algo intimidado. ¿En serio? ¿Un hombre como él no estaba acostumbrado a aquellos halagos? Su cuerpo era de ensueño, de aquellos sacados de alguna revista de moda.

Un pequeño tanga cubría mi parte íntima y dos copas de seda color

granate cubrían mis senos.

—Eres preciosa —me dijo en un italiano germánico muy sexi.

Su voz era ronca, parecía estar resfriado todo el tiempo. Se agachó y bajó una de las copas de mi sostén con suavidad para encontrarse con mi pezón y chuparlo con verdadera adoración. Solté un gemido de placer y cuando no pude soportarlo más, tiré de su cabeza y comencé un ataque implacable sobre sus labios.

—Eres exquisita, Paula —me llevó en brazos hasta el sofá.

Se sentó y me colocó a horcajadas sobre sus piernas torneadas. Resbalé mis dedos a lo largo de su espina dorsal y los metí dentro de la cinturilla de sus vaqueros. Él gimió y me dejó a un lado, quitándose la ropa apresuradamente, primero los pantalones y luego los zapatos y los calcetines, quedándose únicamente con su ropa interior. Lo miré embobada, ahora entiendo mejor por qué Luciana anduvo tanto tiempo detrás de él, que según entendí, la dejó por razones muy «discutibles». Pero era demasiado caballero como para hablar de ello con nadie.

—¿Dónde estás? —me preguntó sonriendo.

Sus dedos jugaron con las dos pequeñas cuerdas sobre mi cadera que sostenía el diminuto triángulo de seda, dejando la curva de mi muslo desnudo.

La carne de gallina se deslizó sobre mi piel.

—Llévame a tu cuarto —le susurré.

Él pasó su brazo bajo mis rodillas, me levantó, y me sostuvo cerca de su musculoso pecho.

—Tu deseo es una orden para mí.

Dicho esto, me llevó a su cuarto. Su dormitorio era grande y cómodo. Con una cama metida bajo un techo inclinado. Él me puso con cuidado encima de la cama y luego alcanzó los delicados lazos en mis caderas. Miró con ansia hacia las copas de mi sujetador y luego hacia el pequeño triángulo de seda. Abrí ligeramente las piernas para inspirarlo.

—Gott...—jadeó.

Pasé los dedos con delicadeza sobre el triángulo de seda. El vino solía soltar a la zorra que llevaba dentro. Sus ojos siguieron mis dedos. Una enorme erección se alzaba orgullosa entre sus piernas.

—¡Vaya arma, agente!

Peter rio con soltura. Me gustaba su risa, era auténtica y límpida como la de un recién nacido.

Sentí una oleada de flujo de calor por mi sangre.

—Perdona, suelo ser muy «entusiasta».

Una sonrisa parpadeaba en la esquina de su boca y luego desapareció cuando comenzó a mirarme en serio. Me besó con mucha pasión.

—Te deseo, Paula —me dijo y me tuvo a sus pies.

Me senté a horcajadas sobre sus piernas y lo besé como si fuera Nico. ¿Cómo? ¿Qué he dicho? Lentamente llevó las manos a mi espalda para desenganchar el pequeño cierre de mi sujetador. Los tirantes bajaron por mis hombros, pero mantuvo las copas sobre mis senos.

—¿Quieres que continúe? —me preguntó con una voz que me hizo tragar con fuerza.

Me quité poco a poco el sostén, con delicadeza y arqueando la espalda para que él tuviera una buena visión de mis senos. Ahora fue él quien tragó con fuerza.

—¿Esto responde a tu pregunta, Peter?

Me besó mientras empezaba a moverme sobre su erección a punto de estallar. Mi móvil de emergencia empezó a timbrar, lo supe porque la canción «*Oops i did it again*» de Britney Spears empezó a sonar a todo volumen. Quise desconectarme, en especial cuando Peter comenzó un camino interminable de besos por mi torso desnudo.

—Peter —jadeé al borde del precipicio.

La fricción de su parte íntima contra la mía me hizo ver las estrellas en pocos minutos, convulsioné cuando el clímax me bañó entera y sin que él me penetrara siquiera. Mi móvil timbraba sin cesar, aquello me alarmó.

—Lo siento, debo coger la llamada —le dije en tono jadeante.

Era Nico, mi abuela había sufrido una recaída. Peter no solo me llevó al hospital, sino que estuvo todo el tiempo conmigo. Luciana me fulminó con la mirada cuando me vio abrazada a él. Lo mismo ocurrió con Nico.

—¿Cómo está? —me preguntó Anna.

—Mejor —le dije con voz apagada.

Anna, Erich y Marcello nos miraron con curiosidad. Peter resultó ser tan dulce y protector como Marcello, me abrazaba como si fuera su novia, me cuidaba como si fuera mi novio.

—Te traje esto —me dijo Erich tras estirarme un paquetito de m&m.

Le di un beso en la mejilla.

—Gracias, rubio.

Peter fue a por café a la cafetería, minuto en que Anna me preguntó:

—¿Pasó?

Negué con la cabeza.

—No, pero fue una de mis mejores veladas, hormiguita. Tus alemanes son únicos, ahora lo he comprobado con creces.

Anna me dio un beso en la frente.

—Pero ninguno es él, ¿verdad?

Mis ojos se encontraron de golpe con los de Nico, que me miraba con atención desde su sitio. Adriana llegó en ese lapso y lo abrazó.

—No, hormiguita —le dije apenada—, ellos no son él y yo no soy ella.

# Juego de seducción



**L**eonella Ricci estaba mejor. Tras salir del hospital decidió volver a Toscana por tiempo indefinido. Paula le prometió que cada fin de semana estaría con ella, mientras los otros días trabajaría en la revista Gloria. Necesitaba estar ocupada, mantener la mente y el corazón en acción. Caso contrario, la tristeza retornaría a su vida de manera inevitable.

—Me apetece cocinar —se dijo Paula tras descender el bolso en la mesita rinconera del recibidor—, Nico llegará en cualquier momento.

Cuando Nicolás entró, la casa olía a ajo, a hierbas aromáticas y a tomates. Se quitó los zapatos, la chaqueta y la corbata antes de entrar en la cocina.

—¿Qué haces?

Paula se volvió hacia él.

—Preparando la cena.

Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Preparo una ensalada?

—Ya está lista.

Nicolás se remangó la camisa gris con suma elegancia, robándose la atención de Paula por completo.

—¿Cómo te ha ido hoy, Nico?

Le irritó que usara un tono de voz tan agradable. ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué le hizo a la verdadera Paula?

—Tuve días mejores, Paula.

Nicolás se sirvió un enorme vaso de agua.

—¿Le has dado de comer a los peces? —le preguntó él.

Paula removía la salsa que burbujeaba en la olla y el olor hizo que

Nicolás salivara. Descendió el vaso sobre la mesada de mármol negro.

—Sí —le dijo ella con una sonrisa muy socarrona—, Nick Carter y Brian se han peleado mientras Britney Spears y Christina Aguilera resultaron ser muy amorosas —rio por lo bajo—. Rambo y Rocky persiguen a Madonna, entretanto ella persigue a todos. Es algo zorrita...

Nicolás no pudo evitar reírse. Aquella mujer era única en su especie, por fortuna, pensó tras dejar de sonreír. La vida a su lado se hizo amena tras la charla que tuvieron días atrás.

—Nada fuera de lo normal, Nico.

Nicolás evocó el día que la vio con el apuesto agente alemán en el hospital, el día que los celos casi lo fulminaron.

—¿Y tu agente? —demandó Nicolás tras meter una uva en la boca.

Paula torció el ceño.

—Tras la noche —comenzó a decir—, en que casi hicimos el amor —Nicolás enarcó una ceja—, nos dimos cuenta de que solo podríamos ser buenos amigos.

El empresario suspiró aliviado. ¿En serio? ¿Aliviado? Miró a Paula y rezó porque no percibiera nada.

—Lo siento, Paula.

«Mentira» se dijo para sus adentros.

—Sí, hubiera sido un buen polvo —comentó ella como si tal—, pero no pudo ser...

Nicolás la miró con estupor. ¿Era necesario decir aquello? Paula tenía un grave problema con la extrema sinceridad, claro estaba.

—Huele muy bien, Paula —le dijo tras olfatear el aire—. Eres una gran cocinera.

¿Una gran cocinera? ¿En serio? ¡Vaya genio de la seducción! Ella añadió los espaguetis a la olla.

—Gracias, Nico.

La sangre de Nicolás hervía por la necesidad de una buena discusión, aquella charla amena era muy aburrida. Se sirvió un poco de whisky. El líquido le quemó la garganta y le calmó un poco los nervios.

—¿Por qué estás tan nervioso, Nico?

La elegancia con la que se movía Nicolás en un ambiente tan doméstico la dejó sin aliento. Lo observó mientras ponía la mesa y servía los platos. Después, empezaron a comer en santa paz.

—Tengo problemas existenciales, Paula.

Los antidepresivos solían tener ese efecto en ella también.

—Lo entiendo.

Nicolás enrolló con pericia los espaguetis en el tenedor y se los llevó a la boca. Una enorme sensación de placer se dibujó en la cara del empresario.

—Está delicioso, Paula.

Paula se concentró en la pasta. Cuando por fin levantó la mirada, vio una extraña expresión en la cara de Nicolás. Parecía inquieto.

—Echo en falta nuestras discusiones, Paula. Tanto o más que tus besos.

Paula levantó la mirada de golpe y escrutó con asombro a Nico. Un espagueti se colgaba de su boca.

—No imaginas cuánto, Paula.

¿Eh? El espagueti se le quedó atascado en la garganta y casi se ahogó. Él se levantó de un salto y comenzó a darle palmadas en la espalda, pero ella se apartó y bebió un enorme sorbo de agua.

—Lo siento, se me fue la olla, Paula.

El corazón le latía tan deprisa que casi no podía pensar. ¿Por qué Nicolás decidió ser tan sincero de repente?

—Era una broma, Paula.

La neblina sexual se había evaporado, y la había dejado con un dolor sordo y molesto. Paula se levantó y cogió una botella de vino. Sirvió las copas sin mirar a su acompañante, que a su vez, la miraba fijo y sin tapujos.

—Claro —le dijo ella tras beber un buen sorbo de vino—. Creo que llamaré a Peter —se mofó.

Las emociones que Nicolás Ricci le provocaba eran muy peligrosas. Eran sentimientos reales y complicados.

—¿Cómo? —le dijo él algo iracundo.

Paula lo miró atónita. ¿Por qué reaccionaba así? Se reclinó contra la mesada sin abandonar su expresión. Nicolás se plantó delante de ella con los brazos en jarras.

—¿Quieres un polvo?

Paula entrecerró los ojos y retrocedió un paso. Después, lo miró a los ojos.

—¿Qué?

—Que, si quieres un polvo, pídemelo.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Nicolás se acercó a ella con paso seguro y lento. Paula quedó atrapada contra el mueble y él. ¿Qué quería? ¿Por



qué la estaba provocando de aquel modo?

«Tengo que cambiarme de bragas» se dijo ella cada vez más nerviosa con la situación.

Nicolás apoyó las manos en el mueble a ambos lados. La tenía atrapada contra su cuerpo. Cuando separó las piernas, Paula quedó entre ellas. Se inclinó y murmuró contra sus labios:

—Si estás tan desesperada por echar un polvo, solo tenías que pedírmelo

Paula se puso completamente tensa.

—¿Estás loco? ¿Son los efectos del medicamento?

Él se puso serio, como si estuviera meditando.

—No.

La erección de Nicolás la hizo tragar con fuerza.

—Me deseas. ¿Por qué no lo admites de una buena vez, Paula?

La rabia emanaba de ella en oleadas.

—No me gusta esto, Nico.

Nicolás acortó la distancia que los separaba otro centímetro. Sus pechos se pegaron a su torso. Tenía los pezones duros bajo la tela de su blusa rosa.

—Nico...

Paula jadeaba con fuerza, y su perfume penetrante y varonil se le subió a la cabeza.

«Ay, Dios».

—Dime, Paula.

Paula abrió los ojos al sentir su erección contra su entrepierna. Nicolás se apoderó de su boca sin darle la oportunidad de pensar o de apartarse de él. Invadió su boca, introduciendo la lengua y entrelazándola con la suya. Ella lo agarró de los hombros con un gemido ronco. Acto seguido, explotó.

«Frena, Paula» se dijo ella.

«Ve a por ella» se dijo él.

Paula levantó las manos y le enterró los dedos en el pelo oscuro y sedoso, sujetándole la cabeza mientras le devolvía el beso. El deseo contenido tanto tiempo se extendió por sus cuerpos, abrasándoles las pieles.

«Basta, Paula» se dijo ella.

«Entrégate, Paula» musitó él.

Se moría por saborearlo, por sentir sus manos mientras la desnudaba y

la tomaba allí mismo.

«Te deseo tanto, Nico».

«Muero por poseerte, Paula».

En la cabeza de Paula sonó una alarma que atravesó la neblina sexual que le abotargaba el pensamiento.

«Tú lo amas, no puedes continuar con este juego» se dijo ella.

—¿Nico? —dijo Adriana desde el recibidor.

Paula y Nicolás se apartaron a toda prisa. Se miraron por unos instantes, se desearon por unos instantes.

—Paula...

Paula Bellini lo miró con intensidad.

—Nico...

Ella desapareció de la cocina tras darle un último beso.

# Confesiones inesperadas



**F**isgoneé la mansión de Nicolás de punta a punta. Aquella lujosa y fría morada nada tenía que ver con mi bucólica y humilde casita. Me metí en uno de los tantos cuartos y revisé el recinto con verdadero interés.

—¿Cama de masaje? —dije con expresión de admiración—. Ese hombre es tan rico.

Me alejé de la misma y me asomé al épico balcón. Alguien ingresó en el cuarto de un momento a otro. Di un respingo al oír la voz penetrante y ronca de Nico.

—¿Katrina?

«Oh oh».

Me asomé con sigilo a la puerta acristalada, dispuesta a huir de allí lo antes posible. Sin embargo... el espectáculo que vi a continuación, me paralizó por completo.

«Ahhh» babeé como una recién nacida.

La espalda escultural de Nicolás Ricci me robó varios suspiros y latidos. Parpadeé sin cesar.

«Ay, Dios».

La banda sonora jocosa de la película «La vita e bella» empezó a sonar en mi cabeza. Siempre lo hacía cuando me metía en algún problema.

—Necesito un buen masaje, Katrina —adujo y se quitó la toalla sin mucha ceremonia. Mi lengua se deslizó de mi boca como la cuerda de un cubo en un pozo medieval y empezó a lamerlo de pies a cabeza como si fuera un enorme cono de chocolate—. Todo me duele y necesito tus masajes mágicos.

Se acostó en la camilla y se acomodó en ella de espaldas. Más suspiros y jadeos ahogados.

—¿Katrina?

Mi otra yo empezó a zarandearme con violencia, devolviéndome al presente de un empujón. Sacudí la cabeza y me acerqué a él con la mandíbula colgada hasta mis pechos.

—Necesito tus manos, Katrina.

«Por Dios, ¡este tío les tira los tejos a todas!» No sabía qué hacer exactamente, pero me dejé guiar por mis manos. Cogí un frasco de aceite que estaba en una mesa de cristal a un costado de la camilla.

«Concéntrate» me dije tras suspirar por aquel culo maravilloso.

—Oh —jadeó ante el primer contacto—. Más abajo —susurró y le metí la mano.

Nico se tensó cuando apretujé con cierta impaciencia sus hermosos glúteos.

—Katrina —gimió con cierta incomodidad—. ¿Es una nueva técnica?

¿Katrina? Busqué en mi agenda mental a la tal Katrina. Minutos después la recordé. ¡Sí! La gorda de dos metros con acento raro.

La imité.

—Ja —dije con voz algo gruesa sin detenerme en mis masajes un tanto atrevidos.

La piel de Nico causaría envidia en los bebés. Era satinada y bastante sedosa. Además de perfumada y firme.

—Oh... sí... —masculló algo excitado—. Ando muy tenso.

Subí a sus hombros duros como unas rocas. ¡Vaya! Era más fácil ablandar el muro de Berlín que sus anchos y deliciosos hombros. Mi baba se declinó y se entremezcló con el aceite que olía a romero.

—¿Por qué? —le dije con una voz realmente irreconocible.

Parecía un vikingo resfriado. Nico soltó un largo y sonoro suspiro. Tras exhalar el aire que había aspirado, soltó:

—Anoche fui a su cuarto —abrí mis ojos como platos—, ya sabes, al de Paula. La oí gemir y casi tuve un orgasmo allí mismo.

Mi mandíbula acababa de caerse sobre mis pies. ¿Buscaba terminar lo que habíamos comenzado en la cocina mientras su novia dormía en el cuarto? ¡Cerdo del diablo!

—¿Qué hacías allí? —demandé tras apretujarle con fuerza su pierna derecha.

Nico soltó un quejido de lamento.

Silencio.

Suspiros.

Expectativas.

—Me gusta observarla mientras duerme —contuvo el aliento y me robó un suspiro de paso. ¿Le gustaba mirarme mientras dormía? La dulce banda sonora de la película «Mientras dormías» con Sandra Bullock irrumpió mi cabeza—. La paz que siento cuando la veo mientras duerme es indescriptible.

Fuegos artificiales y corazones brillosos rodearon mi cabeza entretanto empezaba a zapatear mentalmente.

—Desde que Paula apareció en mi vida, todo ha cambiado —me petrifiqué ante su afirmación—. Cuando está a mi lado, siento una especie de acidez estomacal.

Ladeé la cabeza y me puse muy seria. ¿En lugar de hormigueos le causaba acidez? ¿En serio? Solté un resoplido de indignación antes de volver a masajearlo.

—Ay —se quejó cuando le pellizqué la nalga derecha con demasiada efusión.

—Es una mujer muy hermosa y divertida —acoté con voz gruesa.

Nicolás se relajó ante mi afirmación.

—Es lo más hermoso que han visto mis ojos —matizó y me robó un suspiro—. Paula es...

¿Qué?

—Ella es lo que mi... —se detuvo antes de terminar su frase, ya que su maldito móvil timbró.

¡Nooo! ¿Ella es qué? ¡¿Qué?!

—Disculpa —me dijo y cogió su aparato—. Hola, mi vida.

¿Mi vida?

—Yo también te he echado de menos.

Salí del cuarto dando un portazo.

—¿Katrina?

Adriana era su vida. Punto.

—Eres una idiota, Paula —me dije antes de salir a correr por los alrededores—. Una idiota.

«Corre Paula, corre» me dije con rabia.

Huir era lo mejor.



El fin de semana decidí quedarme en la mansión de Nico, sin avisarle, ya que él estaría por París con su flamante y delgada novia de piernas kilométricas.

—Espárrago humano —dije con sorna.

Habíamos quedado con que viajaría a la casa de nuestra abuela, pero decidí cambiar de planes sin previo aviso. Salí a correr por los alrededores con dos escoltas detrás de mí. En el camino me encontré con un perro muy delgado y con expresión muy triste. Miré los costados, ¿lo habían abandonado?

—Hola, mi amor —le dije con voz aniñada.

Ni siquiera ladró o movió su rabo.

—¿Qué tienes? —le acaricié la cabecita con mucha dulzura—. Pena y hambre —imaginé que me dijo.

Medité dos minutos antes de cogerlo en brazos y llevarlo conmigo.

—Te va a matar —me dijo Anna, mientras bañaba a Nikito en la lujosa tina del cuarto de Nico—. Él detesta a los animales.

Irritarlo era mi destino. No había mayor placer en esta vida para mí que fastidiarlo.

—Se le pasará. Además, estaremos aquí una semana más y luego me marcharé con Nikito a mi casa.

Anna tosió, estaba resfriada. Le dije que se cuidara, mi hormiguita era una niña grande.

—¿Por qué te irás, Paula?

Marcello llegó y la llenó de besos, el ruido peculiar de los besos lo delató. Esbocé una sonrisa melosa. ¡Era mi pareja romántica favorita en todo el mundo!

—Porque aquí estoy sobrando, Anna.

Mi prima rio por lo bajo. Supuse que su bello y picarón marido le tocó en alguna zona un tanto secreta.

—Hola, Paula —me saludó Marcello.

Le devolví el saludo.

—Debo colgar, Anna —suspiré hondo—. Debo enjugar a Nikito, y tú mimar a tu maridito. ¡Ha rimado!

Anna rio de buena gana al escuchar por tercera vez el nombre de mi perro vagabundo.

—Nico te matará por llevarlo a la casa y luego te resucitará para

volver a matarte por colocarle su nombre.

Nikito ladró.

—Si Nikito no se molesta en llevar su nombre, Anna —hice una pausa para acariciar la cabeza de mi nuevo perro—. ¿Por qué Nico lo haría?

Mi prima rio de buena gana, por segunda vez, antes de colgar.

Estaba sentada en el alféizar de mi ventana con Nikito entre mis piernas. Miraba el suntuoso jardín cuando de pronto, escuché la canción de Bob Segar «*Old time Rock and Roll*», que comenzó a sonar a toda potencia en la sala de estar.

—¿Nico ha vuelto?

Me encaminé a la sala con pasos lentos y me maravillé con lo que vi a continuación.

—Madre mía —musité con expresión bobalicona.

Nico bailaba con mucha sensualidad la famosa canción que alguna vez Tom Cruise bailó en la película «*Risky businnes*». Recorrí con los ojos sus torneadas piernas y su maravilloso culo prieto.

¡Joder! ¡Qué imagen!

Se quitó la camisa negra y también las medias mientras bailaba con maestría aquella vieja canción. Como podréis imaginaros, lo devoré con los ojos.

Nikito ladró con efusión y bajó las escaleras a toda prisa. Nico se detuvo en su baile y giró su hermoso cuerpo a cámara lenta hacia nosotros. «Oh oh» dijo mi cerebro.

—¡Nikito! —chillé a todo pulmón—. ¿Qué has hecho?

Nico empezó a soltar humo por las orejas. Entrecerró los ojos y creo que empezó a contar mentalmente hasta diez antes de cometer su primer asesinato.

«Oh oh» dije en complicidad con mi cerebro. Acto seguido, me llamé a grito pelado.

—¡Paulaaa!

Aparecí al instante y sin aire en los pulmones. Mi saliva acababa de convertirse en sal gruesa.

—¿Qué hace este perro aquí?! —Tronó echando hacia atrás su cabeza—. ¡Paula Bellini!

Sus ojazos azules estaban completamente abiertos y lanzaban fuego.

—Nico, sé que odias a los animales —alcancé a decir.

Por unos instantes, me imaginé siendo ahorcada por sus lindas y suaves manos, como el afectuoso Homero Simpson solía hacerlo con su adorable hijo Bart. La imagen fue tan real, que incluso me faltaba el aire.

—Nico... —jadeé.

Le expliqué, sin levantar la vista, que lo había encontrado cerca del parque y que el corazón se me partió en dos al verlo allí abandonado a su suerte.

—Sé que los animales no te caen muy bien —maticé en un hilo de voz apenas audible—. Pero... quizá... quién sabe...

Él no mutó su expresión severa. ¡Era un desalmado!

—Y si sabes que odio a los animales, ¿por qué lo has traído? —me preguntó en un tono muy raro—, porque te gusta el peligro, te gusta arriesgar el pellejo —se contestó.

Nikito le dejó uno de sus juguetes cerca de su pie derecho. Nico lo miró con desdén y, de esta vez, quise ahorcarlo yo.

—¡Quiere que se lo tires! —grité enfurecida.

Nico levantó a cámara lenta los ojos y me fulminó con ellos. Ni Rocky estuvo tan furioso con el ruso, que mató a su mejor amigo, Apolo.

—Sé muy bien lo que quiere el dichoso perro. No soy imbécil. Al contrario de lo que tú crees, claro está —me dijo en aquel tono algo asustador.

Quise decirle que el «perro» se llamaba Nikito, en su honor, pero las chispas que soltaban sus ojos me advirtieron que no era un buen momento para ello.

—Paula...

Adopté la expresión entristecida de Nikito para obtener la benevolencia de Nico. ¡Pero no! ¡Nicolás Ricci era incommovible!

—Llévatelo de aquí —tartamudeó—. Ahora mismo...

La furia habló por mí.

—¡No tienes corazón! —voceé—. ¡Si él se va, también me voy yo!

Nico apretó los dientes y soltó un taco.

—¡No me vengas con esa psicología inversa barata, Paula!

«Era tan sexy cuando se enfadaba». ¡Concéntrate, Paula!

—¡Desalmado!

Nico apretó los dientes y los puños una vez más. Me miró fijo por unos segundos y tras ello, echó atrás la cabeza y aulló a grito pelado. Nikito echó hacia atrás su cabeza y empezó a aullar, al compás con Nico. ¿Hablaban el mismo idioma?



—¡Por qué!

Aquel lado ogro suyo me hizo temblar.

—¡Eres un ogro! —bramé—. ¡Shreck es un ángel a tu lado!

Abrió sus lindos ojos azules y me miró con una expresión difícil de definir con palabras. Estaba a punto de decirle algo, pero guardé silencio al percibir el cambio en su expresión. En ese lapso, me acordé de un pequeño detalle que olvidé resaltar minutos atrás. ¡Estaba prácticamente desnuda!

¡Oh, rayos!

Llevaba solo unas bragas, ya que me había puesto algo de crema hidratante en el cuerpo antes de tomar asiento en el alféizar, segura de que estaría sola en la casa todo el fin de semana.

¡Mierda!

Cuando Nico vio que intentaba taparme los senos con las manos, me lo impidió de un manotazo.

—¡Ni lo pienses!

Inclinó la cabeza y se apoderó de mis labios con ansia feroz. La sorpresa me inmovilizó, y él aprovechó el momento a su favor. Con un certero movimiento introdujo su lengua en mi boca y la exploró con apetencia insana. Me acarició la lengua con una urgencia febril, suplicándome con aquel gesto que le devolviera el beso. Lo hice y de muy buena gana.

—Dios, me vuelves loco —jadeó sobre mis labios.

Nico me apoyó contra la pared de vidrio y me retó a devolverle cada beso, cada caricia. Lo abracé y arqueé la espalda con sensualidad. La posición hizo que mis pechos se elevaran, como si los estuviera ofreciendo.

—Nico —gemí a punto de tocar el cielo con las manos—. Te deseo tanto...

Me rodeó los senos con sus manos, tras lo cual, empezó a acariciarlos. «Dios mío, me corro».

Se apartó de mis labios para mordisquearme el cuello. Su caricia me hizo estremecer. Sus labios aterrizaron sobre mis pechos, segundos después.

—Dios, eres deliciosa.

Dicho esto, comenzó a lamerlos, succionarlos y mordisquearlos con avidez. Separó los labios, se metió un pezón en la boca y lo succionó con fuerza al tiempo que deslizaba sus manos en mi trasero.

—Necesito sentirte, Paula —murmuró a punto de desintegrarse—. No lo soporto más...

Capturó mis labios con ferocidad, dispuesto a hacerme suya allí

mismo. ¡Ni mis mejores fantasías con él en el pasado podían compararse con aquel momento! Arrancó mi ropa interior de un tirón, sin darme tiempo para chillar o protestar. Estaba desnuda, dispuesta a realizarle todas sus fantasías, incluso las más obscenas y sucias, hasta que...

Su móvil timbró y él se detuvo en seco. Se apartó a trompicones de mí.  
—Puede ser la abuela —le dije jadeando.

Nico negó con la cabeza antes de coger la llamada. Momento en que cogí su camisa y me cubrí.

—Debo irme, Paula —me dijo tras colgar.

Abrí mis ojos de par en par.

—¿Es abuela?

La neblina sexual había desaparecido, y me había dejado con un dolor sordo y molesto en el pecho o mejor dicho, entre los muslos.

—Debo buscar a Adriana —matizó y me clavó una daga en el corazón—, lo siento...

«Que te den por el culo, Paula».

—Ok —dije con el alma a mis pies.

Quería algo que él jamás podría darme. Nico solo podía ofrecerme un buen sexo y su amistad. No amor.

«Amor. Amor. Amor. Amor. Amor. Amor».

Era inútil negar lo obvio, estaba enamorada de Nico, desde... 1997, probablemente.

—Ok —repetí y me di la vuelta.

«Tonta, imbécil, estúpida, idiota».

—Paula —me dijo Nico.

«Sinónimo» pensé. Me volví y lo miré con atención.

—Sí —dije en un murmullo.

—Lo siento, yo me dejé...

Lo interrumpí con un ademán.

—Nos dejamos llevar —acoté apretando los dientes con fuerza—.

Ven, Nikito.

Nico me miró con expresión severa.

—Hablabas con el perro —le aclaré.

—Paula —dijo con una expresión un pelín seria—, nada...

Nicolás se marchó, llevándose con él mi corazón y mis bragas, por cierto.

—Eh eh eh —me reí ante mi hazaña—, ¿qué pensará Adriana al

encontrar mis braguitas colgadas del bolsillo de sus pantalones?

Miré a Nikito con ojos de perro abandonado.

—Hora de marcharnos, amiguito —le dije con voz infantil—, uau uau, hora de marcharnos.

El teléfono timbró, cogí la llamada, era Donia, la encargada del albergue «Dolce vita».

—Tenemos unos seis perros nuevos, pero no tenemos sitio para ellos, al menos no hasta el fin de semana, Paula.

Miré a Nikito, miré la casa y miré el retrato de Nico sobre la chimenea. Una idea absurda, espeluznante, arriesgada y totalmente fuera de lugar cruzó mi mente en aquel preciso y crucial instante.

—Eh eh eh —me reí entre dientes—, no iré sin dejar huellas en ti y en tu casa, Nicolás Ricci...

Unos cuernitos imaginarios aparecieron en mi cabeza.

—Tengo un sitio perfecto para ellos, Donia.

«Eh eh eh» rio mi cerebro.

# Hogar dulce hogar



**L**a fiesta de Luciana se celebraría dentro de un mes y Paula aún no había asistido a los ensayos del baile, enfureciendo a la estilista que mal podía disimular su antipatía hacia ella. Nicolás tampoco la había llamado.

—Nico está raro, Anna —le dijo Paula a su prima—. Me mira raro, actúa raro y me besa raro.

Anna enarcó ambas cejas en un acto reflejo.

—Tiene muchos traumas, Paula —repuso Anna tras devorar un bombón—, he traficado con chocolate, Paula.

Paula rio de buena gana.

—¿Peter y Erich?

Anna rio por lo bajo.

—Se lo pedí anoche, no pensé que me seguirían el juego, Paula —soltó una carcajada—, Peter me trajo una caja enorme de chocolate y Erich unos bombones artesanales —suspiró hondo—, ya sabes, cuando la regla se presenta, las ganas de comer chocolate aumentan...

Paula esbozó una sonrisa melancólica.

—Todo a su tiempo, Anna —la consoló—. Son únicos esos alemanes deliciosos que casi deleité —acotó con sorna—. Me enrollaría con los dos al mismo tiempo, Anna.

—¡Paula!

Paula rio de buena gana.

—Debemos festejar este fin de semana —soltó Paula tras recomponerse de la risotada—, ¡Italia es la nueva campeona del mundo! ¡Sí!

Nicolás firmaba unos documentos importantes en su sala, cuando de pronto, pensó en Paula, su martirio.

Paula...

Su simple nombre le provocaba un nudo en las entrañas. La recordaba en el salón la noche anterior, saltando y gritando con fervor por el gran triunfo de la selección italiana en la gran final de aquel mundial.

—Estás loca, Paula.

Ella saltaba eufórica mientras tocaba el claxon gigante que él le había regalado el día anterior tras perder una de sus tantas apuestas.

—¡Sí! ¡Loca por mi Azzurri!

Nicolás Ricci se había reído a mandíbula batiente a su lado los últimos días, algo raro con su pareja, cuyo sentido del humor era muy superficial. Paula le provocaba verdaderos ataques de risas, como si fuera un adolescente.

«Loca».

Su móvil timbró, la canción «*Barbie girl*» del grupo Aqua comenzó a sonar a todo volumen. Nicolás giró su rostro de manera vertiginosa y miró estupefacto su aparato. ¿Quién ha puesto aquel tono? Entrecerró los ojos al deducir quién podría ser.

«Paula».

Cogió la llamada tras suspirar hondo.

—¿Sí, Paula?

—¿Te ha gustado ese tono? —le preguntó ella riendo por lo bajo—, ¿a qué mola?

Nicolás Ricci sonrió, a pesar de todo, sonrió.

—¿Le has echado comida a los peces, Nico? Hoy te tocaba a ti.

Nicolás cerró los ojos sin abandonar su sonrisa.

—Paula, estoy trabajando —le dijo tras firmar unos papeles.

La escuchó resoplar con muy poca elegancia, como solía hacerlo cuando perdía alguna partida de damas o ajedrez. ¡Era tan insolente!

—Yo también estoy trabajando —le contestó ella mientras observaba con embeleso algunas fotos—, un trabajo muy duro —besó la foto de uno de los tantos modelos de las fotos—. Pero al menos yo me preocupo por nuestros hijos acuáticos...

Según ella, oficialmente, eran padres de los peces.

—Tu indiferencia hiere sus sentimientos.

Nicolás meneó la cabeza de un lado para el otro en un gesto de indignación.

—Los peces no tienen sentimientos, Paula.

Ella volvió a resoplar.

—Y sí, les he dado de comer a tus hijos acuáticos.

—Los peces sí que tienen sentimientos y debo recordarte que son «nuestros hijos». No los he parido, pero llevan algo de mí en sus escamas.

Nicolás meneó la cabeza al tiempo que una sonrisa domaba sus labios de manera ineludible.

—Sí, tienes escamas en lugar de piel humana, Paula —repuso él con sorna—, todo te resbala...

Paula rio por lo bajo, su risa acarició el alma zaherida del empresario, que, por unos minutos, se olvidó de todo, incluso de sus demonios.

—¿Por qué no los trasladamos a la sala, Nico?

Nicolás se pasó una mano por la cara. ¿Qué pretendía con aquel parloteo? ¿Agotarle la paciencia? Sí, eso era, Paula Bellini lo estaba poniendo a prueba una vez más.

—Porque una pecera de aquel tamaño no combinaría con la decoración de la sala, Paula.

—¿No puedes pensarlo al menos?

Nicolás se enderezó y decidió ponerle fin a la ridícula conversación acuática que mantenía con aquella sardina tozuda.

—No. No vamos a cambiarlo de sitio. ¿Te queda claro?

Paula hizo un ruido extraño, ¿estaba imitando el sonido de un pez? «Plop, plop». ¡Era insufrible!

—Clarísimo, Nico.

Paula colgó.

—¿Por qué su tono me ha erizado la piel? —se dijo él tras bajar el móvil sobre la mesa.

La canción «Barbie girl» volvió a sonar. Nicolás puso los ojos en blanco antes de coger la llamada.

—Sí, Paula.

—Plop —el sonido le hizo reír—, soy uno de tus peces apelando a tu buen corazón —le dijo Paula con una voz infantil que le robó una gran carcajada—, plop, ¿por favor?

—No cambiaré de opinión, Paula...

—¿Ni siquiera por una noche apasionada, Nico?

Nicolás se mordió el labio inferior con lascivia.

—No...

—¿Qué apostamos, Nico?

El magnate sonrió con incredulidad.

—¿Tienes miedo, Ricci?

Nicolás se enderezó en su sillón de golpe.

—¿Cuándo y dónde, Paula?

La nieta de su abuela sonrió de aquel modo tan siniestro.

—Eh eh eh...

Nicolás puso cara de asombro.

—¿Qué hice?

## ¿Pan y vino?



**N**icolás llegó a la vieja canchita del padre Filomeno, al sur de Torino. Bajó de su lujoso coche del año con sus costosas ropas y su andar elegante. Me mordí el labio inferior en un acto reflejo. ¡Era tan sexi!

—Ese chico te gusta, ¿no, Paula? —me preguntó el padre.

Puse cara de monja virgen.

—¿De qué estás hablando, Jesús? —me mofé y me gané una reprimenda sagrada—, es bromita, padrecito...

Antes de reunirme con mis niños en la canchita, había negociado con Jesús, ¿de qué estaba hablando? Pues... digamos... que... le serví una generosa copa de vino a cambio de paz. Necesitaba paz, necesitaba una cura. Necesitaba comprender sus designios, comprender lo que había vivido durante mi secuestro.

—Hola —nos saludó uno de los hombres más ricos de Europa—, padre...

Me miró con curiosidad.

—Estás muy... muy... distinta...

Llevaba unos pantalones vaqueros cortos, unas zapatillas rojas «All Star», una blusa negra sin mangas y mi vieja visera roja de la suerte puesta del revés.

—¿Te gusta? —me di la vuelta sobre mí misma.

El padre se alejó para hablar con los niños del orfanato. Nicolás se acercó y me susurró a pocos centímetros de mis labios.

—Lo importante es lo de abajo, Paula.

Me mordí el labio inferior con lascivia.

—¿Lista para perder la apuesta, Paula?



El padre se acercó y, al parecer, lo escuchó con nitidez.

—¿Habéis apostado algo?

—Sí, padre —le dije con cierto resquemor—, Nico me prometió ayudar al orfanato si pierde...

El padre paseó sus ojos en mi cara y luego en la de Nico, que se cruzó de brazos tras remangar su suéter de algodón de color negro.

—¿Y si pierdes? —me demandó curioso.

Miré con ojos implorantes a Nico, que sonrió con argucia tras levantar sus gafas de sol sobre su cabeza.

—Paula irá a la cancha con la camiseta del Inter —le dijo el infeliz.

El padre se carcajeó.

—Paula no haría semejante cosa...

Nicolás me miró con expresión ladina.

—¿No, padre? ¿Paula no cumplirá su promesa?

Me removí como un toro furioso.

—¡Siempre cumplo! —exclamé iracunda—, usaré la camiseta del Inter, aunque entierre mi reputación con semejante injuria contra la Juve...

El padre negó con la cabeza, preso de un ataque de risa.

—Es más fácil que Jesús baile la Macarena —dejó de reírse para santiguarse—, perdóname, Señor, porque no sé lo que digo.

Cogí una bolsa y la estiré a Nico. Él miró con atención la bolsa, como si fuera una bomba. Cogió la misma y revisó con cierto recelo.

—Cámbiate —insté—, esas ropas te irán perfectamente.

Nicolás soltó un resoplido de indignación al ver los vaqueros ajados y con agujeros en las rodillas. Eso sin mencionar la camiseta negra más ajada que los vaqueros y la visera roja algo desteñida.

—¿Quieres que me disfrace de mendigo, Paula?

¡Aquellas ropas me costaron tres euros en la tienda de segunda mano! Le dije que debía estar a la altura de todos los jugadores.

—¿Jugaremos al fútbol? —me dijo atónito—. Pensé que jugaríamos a las carreras o al polo.

¿A las carreras? ¿Al polo? ¿De qué planeta era este tío? Me crucé de brazos con una expresión de indignación estampada en la cara.

—Sí, ¿tienes miedo, gallina?

—No.

Se metió en la casa del padre con cara de pocos amigos y se cambió de ropas. Me acerqué a la puerta y lo espí a escondidas. ¡Madre del amor

hermoso y gozoso! Su cuerpo era... era... era... ¡inmejorable! Junté los labios y empecé a moverlos, imitando la boca de un pez.

«Plop... plop».

Mis ojos se deslizaron por su ancha espalda, por sus muslos torneados, por su culo prieto, sus piernas de jugador de fútbol...

—¿Qué haces, Paula? —me preguntó el padre de sopetón.

Di tres saltitos gritando, luego empecé a imitar el baile de los indios, incluyendo el golpecito en la boca. El padre rio de buena gana, me dijo que estaba chalada, y, probablemente, lo estaba. Nicolás salió del cuarto con la bolsa entre manos.

—¿Me estabas espiando, Paula? —me preguntó con una sonrisa seductora.

Mi corazón salió de mi pecho y empezó a palpar a la altura de mi cara con desenfreno.

—No, solo quería coger tus ropas.

Nico enarcó una ceja al tiempo que tomaba de sus manos sus ropas.

—¿Qué harás con mis ropas, Paula?

Le di las zapatillas manchadas.

—Cámbiate los calzados también —le dije.

Él me obedeció sin rechistar. Metió sus carísimos zapatos de mil euros en la bolsa. Salí corriendo hacia la calle mientras él se ataba los cordones.

—¡Fabio! —grité y el chico de la esquina se acercó—, para ti.

Nicolás levantó la vista y me miró atónito. Luego soltó algún taco que no llegué a escuchar desde mi sitio, pero la expresión de su cara me ayudó a descifrarlo.

—¿Le has regalado mis ropas a ese chico?!

Lo miré con expresión recriminatoria.

—¡Tienes cientos de ropas! ¡Cientos de zapatos!

Nicolás soltó humo por las orejas y la nariz.

—¿Me iré a mi casa vestido así?

«Eh eh eh». Esboqué una sonrisa ladina tras golpearle el pecho con la mano.

—Puedes irte desnudo si lo prefieres —le dije con sorna.

—¡Eres terrible, Paula!

Me enfilé hacia la canchita, mientras él seguía refunfuñando por lo bajo palabras malsonantes. Formamos los equipos, entretanto él seguía quejándose.

—¿Quién empieza? —me preguntó Giovanni.

Nico me miró fijo.

—¿Decidamos con pan y vino? —le dije y él asintió de mala gana—.

¡No seas amargado!

Nicolás me fulminó con la mirada antes de empezar el juego del pan y el vino. Nos distanciamos y empezamos a decir:

—Pan...

Puse un pie enfrente del otro.

—Vino...

Ahora lo hizo él.

—Pan...

Nos miramos desafiantes.

—Vino...

Cuando llegamos a la recta final, él dijo:

—Vino...

—Pan...

Me pisó el pie, culminando el juego.

—Vino...

—Tú eres mi destino —le dije en un acto reflejo.

Nicolás me miró con mucha magnitud, demasiada, diría yo. ¿Por qué me miraba de aquel modo?

—¡A jugar! —chilló Pepe, nuestro portero.

Nicolás asintió sin abandonar su deje, aquel que siempre me dejaba sin aliento.

—¡Que gane el mejor! —gritó el padre tras secarse la frente con su pañuelo.

¡Ganamos nosotros! ¡Sí! Mi equipo y yo empezamos a bailar el baile del triunfo. Alargamos los brazos y meneamos de un lado al otro como si fuéramos una licuadora mientras Nico bebía algo de agua. Resopló hastiado y eso que no sabía cuál sería su castigo.

«Eh eh eh». Cuando lo supo...

—¿Estás loca?! —chilló—, ¡no pediré dinero enfrente de la empresa!

¡Nunca!

Solté un taco.

—¡Lo sabía! ¡Eres un gallina!

Nicolás se acercó y me puso contra la pared de la parroquia. Me excitó, fue inevitable...

«Jesús».

—No soy una gallina, Paula.

Su parte íntima rozaba mi ombligo, despertando mis demonios más salvajes. ¡Necesitaba agua bendita con urgencia!

—Eres... un... mentiroso... —jadeé.

Dicho esto...

—¿Pueden colaborar con los niños del orfanato? —preguntaba a sus empleados, que desconcertados, depositaban algunos billetes en la caja de zapato que le había dado.

Luciana lo miró estupefacta.

—¿Qué estás haciendo, Nico?

Me acerqué tras comprar unas chucherías en el quiosco de la esquina, donde solía merendar tras salir de mi trabajo con algunos colegas de trabajo. Me gustaba estar con ellos.

—Pagando una apuesta —le respondí a Luciana, que me descuartizó con sus ojos—, las apuestas siempre deben ser saldadas...

Nicolás se limitó a estirarle la cajita. Luciana depositó una buena cantidad y le rogó que se fuera de allí lo antes posible. Que era una vergüenza para los Ricci. Fruncí mucho el entrecejo. Aquella mujer me caía tan mal como vodka por la mañana... Falsa y bastante superficial como Carla. ¡Maldita sea! Llevaba meses buscándola y nada, absolutamente nada. Creo que nunca la hallaré, al menos no en esta vida.

—Debe llenar la caja —le dije algo gruñona—, antes no.

Luciana se metió en el banco de la esquina y, tras unos minutos, retornó con un buen fajo de dinero entre manos. Lo colocó en la caja y sin decirnos nada, se alejó. Nicolás y yo estuvimos allí hasta la noche, él era como yo, un cabezota.

—¿Quieres? —le ofrecí unos bollos de leche—, están deliciosos, en especial cuando lo empapas con algo de café con leche.

Nicolás y yo estábamos sentados en la acera, con las piernas dobladas. Cogió un bollo tras lavarse las manos con el agua que le derramé de una botella. Se las secó y se deleitó con el bollo y el café.

—Nunca has hecho esto, ¿no? —le pregunté sonriendo.

Nico disfrutó del bollo empapado como ninguno.

—No —me dijo tras limpiarse los labios con elegancia—, jamás, Paula.

Le dije que había cosas muy sencillas, pero sublimes al tiempo.

—Como estar aquí —me dijo con una sinceridad escalofriante—, contigo, Paula.

Esbocé una sonrisa melosa. Tras el secuestro, ambos nos sumergimos en el abismo, nos perdimos en el laberinto de la vida. No sabíamos qué rumbo tomar, ni en quién confiar. Todo era tan confuso, tan oscuro, tan borroso.

—Me devuelves un poco de paz, Paula.

Mis ojos se nublaron. ¡Malditas hormonas!

—También tú, Nico.

Nicolás Ricci, el multimillonario, sentado en la acera con aquellas ropas ajadas me miró con devoción y me abrió su magullado corazón.

—Cuando volví a la vida me sentía tan perdido, Paula. Tenía miedo incluso de soñar, de reír, de amar...

¿Amar? ¿Ha dicho amar? ¿Estaba enamorado de Adriana? Mi corazón dejó de latir por unos segundos.

—La traición que sufrí marcó mi destino para siempre, Paula.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Me pasa lo mismo, Nico. Tu corazón siempre estará en aquel frío y olvidado sótano —le dije con la voz enronquecida—, como el mío en el suyo...

Nico cogió mi taza desechable y mi bolso de papel repleto de bollos y los colocó al lado de las cajas con dinero. Sin decirme una sola palabra, me estrechó con afecto, me leyó los pensamientos.

—Siempre lamentaré no haberte conocido antes del secuestro, Paula.

Enterré mi rostro en su cuello y lloré, lloré con toda el alma. ¿Qué significaba aquello?

—Siempre, Paula.

En el silencio de su alma hallé la respuesta oculta. Nicolás Ricci siempre sería mi amor imposible, siempre.

# Malas decisiones



**P**aula observaba a los perros que había traído a la casa por la tarde sin el permiso expreso de Nicolás.

Puso cara de espanto al contarlos.

—Se va a cabrear, Paula —le dijo Anna al otro lado de la línea—, mucho.

Paula se mordió el labio inferior y se preguntó por qué las palabras de Anna le habían provocado un escalofrío en la espalda.

—Nicolás no es un macho alfa, Anna —defendió sin mucha convicción—. Tampoco un asesino —volvió a dudar.

Le echó un vistazo al salón.

—Son solo seis perros, Anna. Siete con Nikito.

Los perros correteaban por todo el sitio, explorando su nuevo hogar, olisqueando las esquinas. Uno estaba mordisqueando un cojín y otro saltó al sofá, donde se acomodó para dormir.

—Ni siquiera los notará, Anna.

La preocupación se convirtió en pánico. Su prima tenía razón. Quería darle un escarmiento a Nicolás, no provocarle un infarto.

—Oh, Dios mío, ¿qué hice, Anna?

Nicolás la mataría y la enterraría en el panteón que llevaba su nombre en su pueblo.

—¿Qué hago, Anna?

Anna se encogió de hombros al otro lado de la línea.

—¿Mudarte a otro país, Paula?

Paula examinó la estancia, donde reinaba el caos, y decidió que había sido un pelín impulsiva.

—Nico tiene una cena importante hoy —dijo con el corazón latiéndole

por todas partes—, podría esconderlos en mi cuarto hasta el fin de semana.

Estaba enfadada con Nicolás porque se había mostrado como un monstruo sin corazón con respecto a Nikito, había decidido darle una lección, pero, como de costumbre, no sopesó las consecuencias de sus actos.

—Hablamos mañana, hormiguita. Si no recibes mi llamada... —tragó con fuerza—, es porque Nicolás no me ha perdonado.

Decidió llevar a los perros a su cuarto, donde Nico nunca entraba. Casi nunca.

—San Genaro, ¡ampárame!

Cogió la comida, los cuencos llenos de agua y unos cuantos periódicos. Los llevó a su habitación.

—Perfecto, él no se dará cuenta de nada...

En ese momento oyó que abrían la puerta. Era Nico. En un acto reflejo se persignó. Aterrada, cerró la puerta de su cuarto al salir. Acto seguido, corrió por el pasillo y se detuvo justo delante de él con cara de niña buena y obediente. Aquello encendió una alarma en alguna parte del cerebro del magnate.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

Nicolás la observaba como si no se fiara de la cordialidad que le demostraba. ¿Qué se traía entre manos?

—Vivo aquí —le contestó él tras parpadear.

Paula sonrió.

—Bienvenido...

Nicolás echó un vistazo por la casa, un gesto que hizo que ella contuviera el aliento.

—¿Qué te pasa, Paula?

Era demasiado perspicaz como para no notar los cambios en su comportamiento.

—Tengo diarrea —contestó ella sin saber por qué lo hacía.

Nicolás la miró como si acabara de decirle que era la hija ilegítima del actual papa.

—Ah —ronroneó él—, vaya...

Aquella afirmación lo dejó anonadado. En general, nadie era tan «sincero» como ella solía serlo.

—Estaba a punto de preparar mi cena, ya que tú tienes un compromiso, ¿no?

Nicolás enarcó una ceja.

—Son las seis, es temprano aún.

Paula le dio la espalda a Nicolás, y se marchó hacia la cocina mientras él colgaba su chaqueta en el armario. ¿Por qué estaba tan nerviosa?, se preguntó él. ¿Acaso esperaba a alguien?, ¿era eso? Los celos arañaron sus entrañas con ferocidad. ¿Esperaba a uno de los agentes?

—¿Quieres un bocadillo, Nico?

¿Por qué estaba tan amable? ¿Qué pretendía? ¿Asesinarlo y dar sus restos a los peces? Paula intentó no reparar en sus increíbles hombros que tensaban su camisa gris. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo el infeliz?, se preguntó ella cada vez más nerviosa.

«Tranquila, Paula» se animó.

Los pantalones de color gris oscuro resaltaban sus torneadas piernas. ¡Era condenadamente guapo!

—Estás muy rara, Paula.

Ella se encogió de hombros en un gesto desapasionado.

—¿Vino? —le sirvió una copa—, ayuda a relajar...

Se desabrochó los botones de los puños y se remangó sin apartar la vista de ella un solo segundo.

—¿Puedes bajar el sonido de la televisión, Paula?

Ella puso cara de cordero degollado.

—Me gusta el ruido —le dijo—, tras el secuestro tengo ciertas manías.

«Chantaje emocional, muy bien, Paula» se dijo ella. Nicolás asintió con un leve cabeceo.

—Uhm —se limitó a decir él.

Paula se fijó en el vello rubio que le cubría los brazos y esos dedos tan fuertes que aferraban la copa con fuerza. Se estremeció al recordar cómo esos largos dedos recorrieron su cuerpo días atrás. Se mordió el labio inferior en un acto reflejo.

—¿Bocadillos de atún? —se burló él—, nuestros hijos se sentirían profundamente ofendidos, ¿no lo crees, Paula?

Paula rio por lo bajo.

—Ellos ya comieron sus raciones de atún.

Nicolás la miró horrorizado, como si acabara de salirle unos cuernos en la cabeza.

—¿Le has dado atún a los peces?

—Sí, ¿por qué?

—¡Es el silencio de los peces! —chilló él con sarcasmo y ambos



rieron—. Eres la hija de Hannibal Lecter...

Paula sonrió con malicia.

—Estás loca.

«Por ti».

—Tanto o más que tú, Nicolás Ricci.

Nicolás se acercó. Su calor corporal amenazaba con hacer trizas su cordura.

—Tengo algo para ti, Paula.

Se darían el lote en la cocina y acabarían haciendo el amor en la mesa, pensó ella al borde de un orgasmo.

—Ah, ¿sí?

Se obligó a tragar saliva y a olvidar la fantasía erótica que acababa de imaginarse.

—¿Esto es tuyo? —le enseñó unas bragas rasgadas—, no lo niegues — Nicolás reclinó su cabeza a la altura de la suya y le susurró con sensualidad —, huelen a ti...

«Ay, Dios».

Nicolás se acercó un poco más, hasta tal punto que ella notó el roce de la hebilla del cinturón contra su parte íntima.

—La encontré en el asiento de mi coche ayer, me preguntaba cómo fue a parar allí...

Paula se estremeció, la cercanía de aquel hombre alteraba su paz mental y emocional de un modo indescriptible. Se volvió y empezó a cortar las verduras para su ensalada.

—Misterios de la vida, Nico.

El cálido aliento del millonario le acarició la nuca al tiempo que apoyaba las manos en la encimera y la aprisionaba entre sus brazos. Paula se mordió el labio inferior con lascivia.

—Ajá...

Nicolás le colocó las manos en las caderas y se pegó a ella, de modo que sintió el roce de su creciente erección.

—Jesús —soltó Paula.

—No, soy yo —lo oyó murmurar—. Él está ocupado en el cielo —se burló.

¡Qué blasfemia! Paula soltó el cuchillo, que rebotó sobre la tabla.

—Oh...

Ella se dio la vuelta a cámara lenta. Nicolás la agarró por los hombros

y le levantó la barbilla con suavidad.

—¿Por qué estás temblando, Paula?

¿Quién es Paula?, se preguntó ella.

—Tú —le dijo él.

—¿Lo dije en voz alta? —se preguntó ella.

Un brillo salvaje iluminó los ojos de Nicolás.

—Sí —le pasó un dedo por una mejilla y después trazó el borde de su labio inferior—, Paula...

Presionó el pulgar sobre el voluptuoso centro con sensualidad. Paula tenía la boca seca. Se pasó la lengua por los labios para humedecérselos, y la tensión sexual aumentó.

—Muero por...

La puerta del cuarto de Paula se sacudió con cierta brusquedad.

«Mierda» pensó ella.

—¿Qué fue eso?

Nicolás se acercó con aire amenazante a la puerta. Miró a Paula y luego a la puerta. Escuchó un arañazo y luego unos jadeos. ¿Qué cojones era eso?, se preguntó él. ¿Era su perro vagabundo?

—Nico —le dijo Paula con un temblor en la voz—, oops... diría santa Britney Spears...

Nicolás se detuvo y aferró el pomo de la puerta tras girar el rostro hacia ella.

—¿Qué?

Escuchó un ladrido, luego dos, tres, cuatro. Allí había más de un perro, calculó él con el corazón latiéndole a mil por hora. Paula tembló, era el fin. Nicolás giró el pomo y abrió la puerta de golpe.

—¿Qué significa esto? —masculló con una calma aterradora mientras los perros le rodeaban las piernas—, Paula —vocalizó con una serenidad bastante inquietante.

«Prefiero los gritos» pensó ella. Los perros ladraban y meneaban con alegría sus rabos. Paula quiso imitarlos, pero tenía el cuerpo rígido como el de un muerto. ¿Sería un adelanto de su futuro?

—Nico, yo...

El magnate cerró los ojos y contó hasta tres antes de cometer su primer asesinato a sangre fría.

—¡Paulaaa!

«Oh... oh...».

Al ver el problema que se le había armado, Paula intentó huir, pero se resbaló y acabó dándose de bruces contra Nicolás. El impacto hizo que expulsara el aire de los pulmones con fuerza y que se aferrara a los hombros del magnate para guardar el equilibrio mientras lo miraba a los ojos.

—Eres consciente del peligro que corres, ¿no, Paula?

Ella retrocedió y chocó contra la mesa.

—Nico, te juro que te lo iba a contar...

Los perros ladraban alrededor de ambos con alegría.

—¿Qué coño está pasando?

Paula dio un respingo.

—Me pidieron que me quedara con algunos perritos esta noche, así que no pude decirles que no y menos sabiendo que podían sacrificarlos, ya que el dinero es escaso en estos días...

Nicolás intentaba controlar la ira con todas sus fuerzas.

—Nunca he pegado a una mujer —se remangó la camisa hasta los codos—, pero siempre hay una primera vez, Paula.

Paula apoyó el peso del cuerpo primero en un pie y luego en el otro. Lo miró estupefacta y algo asustada, aunque fingiera lo contrario.

—¿Me vas a pegar, Nico? —su labio inferior tembló—, no serías capaz...

—¿No?

Paula y Nico comenzaron a girar alrededor de la mesa.

—Debería encerrarte en un manicomio, Paula.

Paula se puso de puntillas y replicó:

—¡Pensé que ya lo estaba! ¡Tu mansión es un verdadero hospicio!

Nicolás apretó con fuerza los dientes y los puños. ¿En verdad sería capaz de pegarle? Todo era posible, se convenció ella. Paula corrió por toda la casa, pero fue inútil, Nicolás la cogió y la echó sobre el hombro derecho. Paula le golpeó la espalda con los puños mientras él se acercaba al sofá. Se sentó en él con ella encima.

—¿Qué haces? —chilló ella mientras él la colocaba sobre su regazo de espaldas—. ¿Me pegarás?

Dicho esto...

—¡Para que aprendas!

Nicolás le dio una, dos, tres y un sinfín de nalgadas a Paula, que chillaba y pataleaba al tiempo.

—¡Eres un maldito golpeador! ¡Poco hombre!

Nicolás se detuvo.

—¿Poco hombre?

Nicolás la tumbó en el sofá de golpe y se abalanzó sobre ella enfurecido. Se acomodó entre sus piernas e inclinó la cabeza, apoderándose de sus labios con fiereza. La sorpresa la inmovilizó por completo.

Paula lo empujó por varios minutos, hasta que la pasión la dominó por completo. Con un certero movimiento, él introdujo la lengua entre sus labios al tiempo que levantaba sus manos por encima de su cabeza. Paula se arqueó cuando el deseo la atravesó como un rayo.

—¿Poco hombre? —le dijo él tras apartarse de ella.

Paula lo miró extasiada antes de bajarle la cara y apoderarse de sus labios una vez más. Nicolás le acarició la lengua con una urgencia febril, suplicándole de esa forma que le devolviera cada uno de sus besos.

—¡Nico! —dijo de pronto su novia—, ¿qué significa esto?

Nicolás y Paula la miraron, cada uno en su sitio respectivo.

—¿Me estás engañando con ella?

Paula rio por lo bajo.

—Es modelo al cien por ciento —se burló tras rodear la cintura de Nicolás con las piernas—, dile que se vaya para que continuemos con lo nuestro...

Nicolás no sabía si reír o gritar.

—¡Eres un maldito cabrón! —le gritó Adriana—, ¡y tú una putilla de pacotilla!

¿Qué ha dicho?, dijo Paula. Nicolás tragó con fuerza al ver la expresión de Paula, que lo empujó. Se levantó a toda prisa y se acercó a Adriana.

—¿Qué has dicho palo de escoba? —gritó antes de abalanzarse sobre ella—, ¡más putilla serás tú!

Nicolás intentó separarlas, pero fue inútil, ambas estaban muy cabreadas. Decidió entonces contemplarlas al lado de los perros, que miraban atentos la pelea de aquellas dos.

—¿Interesante, eh? —les dijo él tras acariciarles la cabeza—, suele pasar en las mejores perreras —acotó con una sonrisa burlona en los labios.

Adriana terminó la relación aquel día. Paula, a su vez, decidió volver a su casa, decidió alejarse de Nicolás, su tormento. ¿Por cuánto tiempo? Quizá para siempre.

—¿De qué estás hablando, Willis? —soltó Paula—, no sé quién

cojones narra esta historia, pero esto no terminará aquí, ¡os juro!

Al día siguiente, el albergue «Dolce Vita» recibió un cheque anónimo bastante generoso. Paula supo al instante quién fue.

—Aún hay esperanza —se dijo—, su corazón aún late.

Nicolás decidió enviar mensualmente un cheque similar al albergue, en honor a los animales y, en especial, a Paula, la mujer que le devolvió las ganas de vivir.

# Una noche especial



**M**i abuela se estaba muriendo. Anoche sufrió una terrible recaída, tanta que, casi partió.

Me serví vino mientras la canción «*Sorprendimi*» del grupo Stadio sonaba de fondo, entremezclándose con el ruido peculiar de la lluvia y mi llanto casi silencioso.

—Abuela —dije anegada en lágrimas.

¿Por qué el destino la colocó en mi camino si pensaba llevársela tan rápido de mi lado? ¿Acaso estaba destinada a perder siempre a los que amaba? Me acerqué a la pared de cristal llorando y observé el cielo plomizo repleto de venas plateadas.

—Nico —mascullé ensombrecida—, ¿dónde estás?

Nico desapareció del hospital anoche sin dejar rastro. Según Laura, él nunca supo cómo sobrellevar aquel tipo de situaciones. La muerte siempre fue un tabú para él y su pobre corazón.

Bebí un sorbo de mi copa enfrascada en mis pensamientos. Esboqué una sonrisa ladina al evocar mi gran hazaña alcohólica del fin de semana pasado con Gigo y sus amigos coloridos. Fuimos a un bar gay y bebimos como cosacos...

El recuerdo asaltó mi mente y ensanchó mis labios en una amplia sonrisa...

Antes de salir, le dije a Nico que regresaría a casa a la medianoche en punto, como solía hacerlo la Cenicienta, ya que al día siguiente teníamos una reunión muy importante en la empresa.

—No lo harás, Paula —me dijo resolutivo.

Mentalmente le estaba lamiendo de arriba abajo. Nico estaba corriendo en su cinta eléctrica, sin camiseta y sudando a chorros. Me mordí la

uña del dedo pulgar con nerviosismo. ¡Aquel hombre encendía mi cuerpo como el fuego un trozo de papel!

—Lo haré, Nico —le dije justo cuando una gota transparente se deslizó por su ancha espalda y terminó en alguna parte de la cinturilla de sus pantalones deportivos—, te lo prometo.

La línea de su pelvis era pura tentación, eso sin contar con aquella línea de pelitos que comenzaba debajo de su ombligo y terminaba en aquella zona vedada para mis ojitos.

—No lo harás, Paula.

¿De qué estábamos hablando exactamente? Se detuvo y cogió una botella de agua mineral de color azul de vidrio. Me miró con ojos divertidos tras secarse la frente perlada con una toalla.

—¿Qué apostamos, Paula? —me desafió.

Fruncí el entrecejo sorprendida. ¿Teníamos que apostar por todo? ¡Me encantaba! Me aproximé y le rodeé el cuello con los brazos en un gesto cariñoso y sospechoso, según él. ¿De qué estás hablando, Willis?, resonó la voz de mi prima en mi cabeza.

—Un día de esclavitud —le dije con sorna.

Nicolás acercó su rostro al mío y su olor a perfume caro y sudor nubló mi razón por completo. Puse cara de orgasmo en pausa.

—El perdedor deberá llamar amo al otro —repuso tras pasarse la lengua sobre los labios de un modo muy sensual—, y deberá estar desnudo, completamente desnudo —me mordí el labio inferior con impaciencia—, ¿vale?

Nicolás me apretujó contra su cuerpo, empapando las bragas de manera inevitable.

—Vale... —le dije con voz temblorosa.

Nicolás me dio un inquietante beso en la boca, ni largo, ni corto, pero muy erótico.

—Diviértete, Paula.

Se apartó de mí y me sonrió antes de meterse en el cuarto de baño.

—Gracias —le dije en un susurro.

La fiesta estuvo tan divertida que olvidé por completo la apuesta que había hecho con Nico. Llegué a casa a las 4 de la madrugada, completamente borracha.

—Mierda —dije al mirar mi reloj de pulsera—. Seré su esclava nudista —resoplé—, odio perder —me quejé.

Al entrar en la casa, el simpático reloj cucu que le había regalado a Nico, días atrás, hizo «cu-cu» cuatro veces.

—Maldito cabrón —le dije al reloj—, te odio —musité.

Una absurda, pero brillante idea cruzó mi mente en aquel preciso instante. Grité: «cu-cu» otras 8 veces más, para que Nico pensara que eran las 12 y no las 4.

Caminé con sigilo, como un buen ladrón. Nada, Nico dormía plácidamente en su cuarto.

—Necesito pruebas —me dije—. Uhm —ronroneé tras coger el reloj de la cocina—, perfecto —mascullé sonriente al cambiar la hora.

Me tomé una foto con el reloj en forma de gato, que marcaba las 12 en punto. ¡No he perdido la apuesta!

—Muy bien, Paula... —me dije orgullosa y fui a mi cuarto—. Eh eh eh...

Por la mañana, durante el desayuno, Nico me preguntó a qué hora había llegado. Tenía un dolor de cabeza insoportable que mal me dejaba respirar.

—A las 12 en punto, tal y como te había prometido —le dije tras masajearme por enésima vez las sienes—. He ganado la apuesta —le enseñé la foto que me había tomado con el móvil—. ¡Vaya! —exclamé horrorizada al ver mi foto—, ¿quién es esa chica?

Tomé nota mental: vodka mezclado con otras bebidas, ¡nunca más! Nico, de momento, no dijo nada, incluso me pareció que asintió con la cabeza mientras se preparaba su batido matutino. Era tan disciplinado con respecto a sus comidas.

—Ajá —musitó tras un lapso silencioso.

Estaba tan sexi con sus ropas informales. La reunión de la empresa se postergó, por razones de fuerza mayor, me comentó.

—Por cierto, Paula —me dijo tras apagar la licuadora—, debemos cambiar el reloj cucu que me has regalado.

Lo miré con seriedad. Me serví café y una tostada con miel mientras él vertía su batido en un enorme vaso de cristal de color negro. Me miró con atención. Cada movimiento suyo era tan bien calculado.

—¿Por qué?'—le pregunté tras beber un sorbo de mi taza—. Adivinaré, no combina con la decoración, ¿no?

Nico bebió un sorbo de su batido sin apartar sus ojos azules de mi cara. ¿Por qué me miraba de aquel modo? Por cierto, anoche tuve un sueño muy raro, soñé que había dormido con él.



—Anoche el reloj hizo «cu-cu» cuatro veces —glosó tras limpiarse los labios con extrema elegancia—, luego, no sé cómo, gritó: ¡Hijo de puta! ¡Te mataré! ¡Te lo juro!

Mis mejillas empezaron a arderme.

—Después hizo «cu-cu» tres veces más —me miró con una expresión complicada de definir con palabras—, rio a carcajadas en el pasillo y luego hizo «cu-cu» tres veces más. Volvió a reírse y a soltar algunos tacos.

Puse cara de espanto ante lo que escuchaba.

—Se retorció de la risa en el pasillo, y otra vez hizo «cu-cu».

¿Por qué no recordaba nada? ¿Qué me dieron los amigos de Gigo en realidad?

«Esto te relajará, Paula» me dijo Franco tras ofrecirme un vaso con un líquido verde fosforescente al que llamaban «Kryptogasmio». Una mezcla entre Kryptonita y orgasmo.

Nico carraspeó con fuerza para llamar mi atención.

—Luego se acostó a mi lado dando el último «cu-cu» —apostilló con una sonrisa maliciosa en los labios—, y, tras manosearme y besarme con fogosidad, se tiró un pedo bastante ruidoso y se durmió.

¿Tiré un pedo? ¿En serio? ¡Qué vergüenza! ¿Lo manoseé y no lo recordaba? ¡Maldita amnesia!

—Ahora comprendo mejor por qué ese reloj no combina con la decoración —le dije sin mirarle a la cara—. Porque es un maldito chivato...

Supuse que, tras dormirme, me llevó a mi cama, donde me desperté.

—¿Qué debo hacer con ese cucu? —se mofó él.

Lo miré fijo.

—¿Reconstruir los últimos hechos? —le contesté con el mismo tono jocoso.

Nico soltó una risita por lo bajo, minuto en que todo empezó a darme vueltas como si estuviera en un carrusel. La bilis subió a mi garganta y tras ello...

—¿Te sientes bien, Paula?

Antes de que pudiera articular un «sí», vomité. Nico me llevó a mi cuarto, donde continué vomitando.

—¿Qué has bebido?

Nico me sujetaba la cabeza con suma delicadeza. ¡Qué bochorno! Aquel día sería indeleble para ambos. Luego de desechar mi estómago y otros órganos, me duché.

—Debes descansar, bella —me dijo tras recostarme en la cama—, limpiaré todo y luego te prepararé una vieja bebida anti-resaca.

Me dormí gran parte de la tarde.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó él cuando abrí los ojos.

¿Dónde estaba? ¿En el paraíso? Él estaba a mi lado, mirando la televisión. ¿Ha estado allí toda la tarde? Escruté maravillada la película que veía «Amor a segunda vista».

—La compré el otro día —me dijo sonriente—, ese George Wade es un personaje muy interesante...

«Era idéntico a ti» pensé y sonreí. Me dolía mucho la cabeza y mal podía disimularlo.

—Te he preparado mi bebida mágica —me dijo tras ofrecermme un vaso con un líquido rojo muy espeso—, te hará muy bien, Paula.

Mientras bebía, Nico me explicó que durante su adolescencia tuvo muchas resacas y que aquella bebida le salvó de las molestias típicas de una borrachera.

—¿Tú fuiste un adolescente normal, Nico?

Esbozó una mueca de asombro muy teatral.

—Tal como tú, Paula, aunque mucho más inconsecuente.

Supuse que se refería a los escándalos que solía leer sobre él en las revistas sensacionalistas.

—Ajá —musité al evocar las revistas, que por cierto, aún las tenía entre mis cosas.

Afuera llovía torrencialmente, otorgando un halo nostálgico a aquel día. Me encantaba la lluvia, me relajaba, me transportaba a otros mundos. Cierta vez, le dije a Nico, que volvería a creer en el amor el día que lloviera pétalos de rosas. Pensé en pastas de chocolate, pero decidí darle un toque más romántico y menos calórico. Aunque una lluvia de pastas... ñam... ñam...

—¿Te sientes mejor, Paula?

Asentí tras estirarle el vaso vacío.

—Ponte cómodo —le sugerí tras bostezar.

Nico colocó sobre la mesilla el vaso, luego se quitó los zapatos y se acomodó a mi lado como le pedí. Recosté mi cabeza en su pecho fornido. Aspiré su aroma indescriptible con ojos entrecerrados. ¡Aquel hombre olía tan bien!

—Cuando me recupere pagaré mi deuda —le dije tras colocar mi mano sobre su pecho, al lado de mi cara—, amo mío...

Nico acarició mi rostro con ternura al tiempo que me abrazaba con más vigor. Entrelazamos nuestras piernas y, quizá, también nuestras almas.

—Olvida la apuesta, Paula —alcé la vista y lo miré confundida—, hoy estoy yo a tu disposición...

Esboqué una sonrisa ladina.

—¿Por qué sigues vestido, Nico?

Él rio de buena gana. Bostecé antes de cerrar los ojos y quedarme profundamente dormida.

Al día siguiente, Nico viajó, dejándome preparado un delicioso desayuno cerca de la cama, con una esquila que decía:

«Espero que estés mejor. Pensaré en ti, aunque intente no hacerlo».

¿Qué significaba en verdad aquello? ¿Qué se ocultaba detrás de aquellas palabras? Nada, me dije tras recostarme. No quería construir castillos de naipes durante una tormenta.

«Cu cu» sonó el reloj sobre mi cabeza.

Alcé la vista de repente y miré estupefacta el mismo. Nico lo había colocado en aquel sitio para fastidiarme la existencia. ¡Era único!

—¡Nico! —chillé riendo antes de cubrirme la cara con la manta.

Volví al presente sonriendo.

«Nico».

# Consejos para el alma



**N**icolás observaba atento el dibujo que acababa de hacer en un papel con un lápiz común de carbón. El rostro de Paula sonreía entre unos rosales.

—Eres tan hermosa.

Lo llamaron por teléfono y contestó algo distraído.

—¿Diga?

—Ya era hora de que me cogieras el teléfono, ahijado.

El corazón se le heló de la misma manera que le sucedió a su voz. —

Antonio. ¿Qué quieres?

Su padrino de bautismo se echó a reír.

—¿Ese es el saludo que me merezco por parte de mi ahijado?

Nicolás soltó el lápiz sobre el dibujo inacabado.

—¿Qué tal estás, Nico?

Soltó un suspiro y siguió hablando con su padrino de forma mecánica.

—Bien.

Su padrino carraspeó nervioso al otro lado del teléfono.

—Me has preguntado algo el otro día, Nico —hizo una pausa—, he decidido contarte todo, ahijado.

¿Todo? ¿Qué significaba aquello? Un suspiro pesado se le escapó del pecho. Llevó la mano derecha a la cabeza y entrecerró los ojos algo agobiado.

—Ya no tiene sentido seguir ocultando la verdad.

A Nicolás se le revolvió el estómago.

—¿Quedamos para almorzar en el restaurante de siempre, Nico?

Nicolás cerró los ojos con más fuerza mientras luchaba contra aquellos sentimientos oscuros que asaltaban su corazón cada vez que hablaba con aquel hombre.

—De acuerdo. Nos vemos a las tres en punto.

Cortó la llamada y clavó la vista en el rostro de Paula. ¿Por qué siempre invades mi mente?, se preguntó, instante en que su móvil volvió a timbrar.

—Diga.

—Soy Vincenzo, señor.

El semblante de Nicolás se suavizó de manera inmediata.

—Hemos hallado el sitio que busca, señor Ricci.

¿Existía? ¿Aquel lugar pletórico de sus sueños no era una alucinación creada por su mente?

—Está al sur de Toscana, en un pueblo muy pequeño y abandonado, señor Ricci.

Una sonrisa radiante iluminó el rostro del magnate que estaba dispuesto a todo por aquel lugar. Colgó sonriendo ampliamente.

«A veces los sueños tienen algo de realidad».

Llamó a Paula para ver cómo se encontraba tras la noche de juerga. Ella le dijo que estaba teniendo una charla maternal con sus hijos acuáticos, que habían hecho de las suyas en el acuarioland. Nicolás le dijo que los mimaba demasiado y que les estaba malcriando. ¿En serio estaban teniendo aquella charla sin sentido?

—Plop... plop... —se despidió Paula de él, robándole, una vez más, una risotada.

«Estás loca, Paula».

¿Qué era aquello que sentía por ella? ¿Estaba enamorado? La idea le provocó un pánico abrumador.

«No, eso no puede pasar» se dijo antes de levantarse de su silla.



Su padrino lo esperaba sentado en un rincón del restaurante. Nicolás observó al hombre que había crecido con su padre. El dinero y la ociosidad parecían sentarle bien. La piel curtida le otorgaba un carisma del que en realidad carecía. Era un hombre alto que siempre iba vestido con ropas caras. Sus ojos oscuros brillaban inducidos por el alcohol.

«Como no» se dijo Nicolás.

—Buenas tardes —le saludó Nicolás.

Cuando se sentó a la mesa, se miraron por unos segundos.

—Buenas tardes, ahijado. Me alegro de verte.

Antonio le tendió una mano y se saludaron con un apretón, tras lo cual pasaron unos minutos antes de hablar. Nicolás pidió un café.

—Bueno, aquí estoy, padrino.

La voz de Nicolás estaba revestida de sarcasmo. Su padrino bebió un sorbo de su copa antes de abrirle una nueva herida en su corazón.

—Seré directo, ahijado —dijo con firmeza—, te contaré todo sobre tu padre y sobre ti.

¿Qué quería decir? Nicolás comprobó el estado de sus emociones para ver si las tenía bajo control. Por suerte, estaba preparado para todo.

—Tu padre no murió por una sobredosis —soltó sin vacilar—, tu padre se ha suicidado, Nico.

Todo empezó a darle vueltas a Nicolás. ¿Su padre se quitó la vida? ¿Escuchó bien? La sobredosis no fue accidental, sino premeditada. Las sienas empezaron a latirle con ferocidad al compás con los latidos de su corazón.

—Mi buen amigo había heredado la enfermedad mental de su madre, de su verdadera madre.

El corazón de Nicolás se encogió tanto que, pensó que se desintegraría ante aquel dolor sordo que experimentaba.

—Tu madre soportó muchas cosas, Nico.

Los ojos de Nicolás flamearon de rabia al evocar la relación que ambos tuvieron en el pasado, a pocos meses de la muerte de su padre. Nicolás tenía apenas diez años cuando los vio desnudos en la cama matrimonial de su madre y su padre.

—Por dinero —lanzó Nicolás—. No por amor.

—Yo me casé la primera vez por amor y acabó siendo un desastre total. Con la segunda y la tercera, me casé por el sexo y tampoco funcionó. El amor no existe en nuestro mundo, Nicolás.

Paula asaltó su mente y agitó su corazón. Si él había heredado la enfermedad de su padre, nada tenía para ofrecerle a ella ni a otra mujer.

Antonio bebió otro sorbo de su copa.

—No he venido para crearte más problemas emocionales, ahijado, pero tenías derecho a saber la verdad, la que tu abuela postiza tampoco conoce.

Nicolás se quedó sin palabras por un instante. Recordó todas las veces en las que le había pedido que hablara con él, que almorzara con él y le contara la verdad.

—¿Por qué ahora, padrino? ¿Por qué tardaste tantos años para contarme esto?

Una punzada de amargura resquebrajó su corazón.

—Me estoy muriendo, ahijado.

¡Vaya! Claro, no podía morir sin destilar su veneno antes de partir del mundo. Antonio era igual a Alberto, egoísta y mala persona. No podía morir sin hacerle daño a aquellos que fueron importantes para su mejor amigo, a quien siempre envidió.

Nicolás apuró el café y dijo:

—Te agradezco el gesto, Antonio.

Guardó silencio un instante. Nicolás miró a su padrino un buen rato. Aunque mantenía las emociones bajo control, distinguió la punzada del miedo en su pecho. ¿Estaba destinado a convertirse en otra versión de su padre? Sintió un escalofrío en la espalda. Su padrino le confesó algo a continuación, algo que lo dejó sin aire en los pulmones.

—Pero tú y Luciana no corren el riesgo de haber heredado la enfermedad de Ciro.

Nicolás lo miró confundido. No era médico, pero sabía que aquellas enfermedades mentales se podían heredar.

—¿Por qué no?

Antonio lo miró fijo antes de lanzar la granada final.

—Porque no sois hijos de Ciro.

Nicolás golpeó la mesa con el puño derecho con violencia.

—¡Mientes! —gritó, llamando la atención de todos—, ¡maldito hijo de puta!

En el fondo de su corazón se preguntaba hasta qué punto eran ciertas aquellas palabras.

—Habla con tu madre, ella te confirmará mis palabras, Nicolás.

Los ojos del magnate se nublaron.

—Tú y Luciana no son hijos de Ciro —le repitió.

No era posible, aquello no era cierto.

—Tu madre te dirá quién es en realidad tu padre, mereces saberlo, ahijado.

Nicolás se levantó y se marchó del lugar con el corazón hecho trizas. Su vida era una mentira, una gran mentira.

# El amor



Un trueno embravecido en el cielo me devolvió al presente de golpe. Lapso en que Nico llegó a la casa, el ruido de las llaves siendo depositadas sobre la mesita del recibidor lo delataron.

—Buenas noches —me saludó con la voz algo nasal.

Me volví y lo miré con expresión preocupada.

—¿Te sientes mejor?

Ayer jugamos a las escondidas bajo la lluvia, bueno, habíamos hecho una apuesta, como de costumbre. Cuando Nico me encontró, oculta en el jardín, me cogió en brazos y me giró en el aire mientras llovía a cántaros. ¡Estábamos locos! Completamente locos...

—Sí —me respondió sin apartar la vista de mi cara—, estoy mejor.

No era cierto, no estaba mejor. Nico apagó las luces tras encender unas velas cuadradas que exhalaban aromas cítricos. ¿Qué pretendía? La carne se me puso de gallina. Se acercó tras remangarse la camisa negra que llevaba puesta. Su cercanía alteró los latidos de mi corazón.

—¿Has bebido? —le pregunté cuando suspiró y el olor a whisky irrumpió mis fosas nasales—, ¿pasa algo, Nico?

Nico cogió mi mano y la besó. Aquel simple gesto me erizó toda la piel, por segunda vez.

—Un poco —sus ojos estaban enrojecidos—, necesitaba ahogar esta pena, Paula —su voz se quebró un poco—, esta pena que me está matando por dentro...

Tragó con fuerza mientras una tímida lágrima atravesaba su hermoso rostro. Nico estaba saturado.

—Es por abuela —le dije con lágrimas en los ojos y él asintió—, oh, Nico.

Otra lágrima se atrevió a cruzar su mejilla sin su consentimiento.



Nicolás Ricci dejó al descubierto su alma, algo muy inusual en él.

—Ella fue la madre que nunca tuve, Paula —la voz se le apagó—, la madre que luchó por mí día a día, porque la verdadera no tenía tiempo para mí —el dolor tiñó cada una de sus palabras—, porque la verdadera nunca me quiso en su vida.

—Nico...

La impotencia apretujó mi corazón con aleve. Solté un gemido, más no pude articular.

—He tenido todo en esta vida, Paula —lloró con amargura, no podía más con aquella carga tan pesada—, todo lo que el dinero puede comprar —las lágrimas anegaron mi rostro—, pero nunca tuve el amor de unos padres —se sorbió por la nariz con fuerza—, nunca fui amado por aquellos que me concibieron. Ellos nunca tuvieron tiempo para un cumpleaños, para un partido de fútbol o alguna feria de ciencia en la escuela. No tengo recuerdos con ellos, ninguno, Paula.

Un enorme nudo se me formó en la garganta, impidiéndome respirar con normalidad.

—Y fue en medio de mi mundo de apariencias cuando ella llegó y llenó parte del vacío que cargaba en mi interior desde que era un niño —Nico me miró con profundo dolor—, me hizo sentir tan querido, tan importante y con su amor curó algunas heridas, no todas, porque algunas eran incurables, pero muchas quedaron cicatrizadas.

Un relámpago cruzó el cielo e iluminó nuestros rostros por unos segundos. Nico estaba destrozado, estaba al borde del precipicio, como alguna vez lo estuve yo. Alargué mi mano y le acaricié la mejilla. Él entrecerró los ojos al sentir mi caricia.

—Me duele mucho, Paula —me dijo entre sollozos—, ¿por qué la vida me puso tantas pruebas? ¿Por qué tuve que pasar por todo aquello?

Tantos por qué y ninguna respuesta a la vista, ninguna que valiera la pena. Un suspiro se me escapó, aunque intenté detenerlo.

—Porque Dios necesita poner a prueba a sus guerreros más fuertes —le mentí a medias.

Nicolás abrió sus ojos y me miró conmocionado. ¿Cómo podía nombrarlo a él tras lo que ambos habíamos vivido? Dios nos olvidó, me dijo Nico cierta vez, ¿era cierto? ¿En verdad nos había olvidado?

—Soy esclavo de mis miedos, Paula —me confesó mientras las lágrimas atravesaban su rostro de manera incesante—, prisionero eterno de

mis decisiones y de las que mis verdaderos progenitores tomaron...

¿A qué se refería? No comprendí lo último que dijo.

—No es cierto, Nico —intenté consolarlo, intenté salvarlo de su propio abismo—. No te castigues de este modo.

«No me castigues de este modo» le rogué para mis adentros. Verlo sufrir era el peor de los martirios, el peor de los golpes.

—No tengo nada, nunca tuve nada, Paula.

¿Qué me quería decir con aquello? ¿Estaba desistiendo? ¿Entregándose al dolor? Las lágrimas cruzaron mi rostro como un salvaje arroyo en plena tormenta.

—Solo puedo ofrecerte lágrimas y dolor, Paula.

Algo en mi pecho se rompió, creo que era la piedra que había sustituido a mi corazón tras el secuestro y tantas decepciones. Quise decirle que me conformaría incluso con aquello que me ofrecía, pero el llanto me enmudeció por completo.

—Antes del secuestro ya era un fantasma, Paula —me dijo con sinceridad—, tras él solo lo he comprobado.

Nicolás Ricci y yo éramos rehenes eternos del dolor que nos causaron aquellos que alguna vez amamos.

—Te mereces a alguien mejor —me dijo en un susurro—, alguien que pueda sanarte las heridas y no abriértelas más.

Lo besé, porque no había nadie mejor que él para mí. No sabía adónde pararíamos con nuestra barca golpeada, pero tenía solo esta vida para descubrirlo y no perdía nada más al intentarlo.

—Nico...

Cogió mi copa y la depositó sobre la mesa ratonera. Luego se acercó y ahuecó mi rostro entre sus manos.

—Paula...

Reclinó a cámara lenta su cabeza tras susurrar mi nombre y capturó mis labios. No puse resistencia, al contrario, me aferré a él y le devolví el beso con el mismo frenesí. Levanté las manos y le enterré los dedos en el pelo, sujetándole la cabeza mientras le devolvía el beso. Comencé a mover las caderas mientras su sabor y su olor se apoderaban de mí como una droga.

—Te necesito, Paula —susurró sobre mis labios al tiempo que enterraba sus dedos en mi pelo—, no puedo más contra esto que siento por ti...

¿Qué sentía? ¿Deseo? ¿Curiosidad? Más no podía ser, me dije con un

enorme nudo en el pecho, evocando lo que le dijo a mi abuela el otro día:

*No nací para formar una familia, abuela. No creo en esas cosas, ya no. Lo único que puedo ofrecer es mi compañía temporal, no definitiva.*

Tragué mi saliva al volver al presente. Nico solo podía ofrecerme algo momentáneo, entonces, ¿por qué no disfrutarlo? Sí, eso era lo mejor, me dije antes de embarcarme de lleno en aquel mágico, pero fugaz instante.

—Demuéstrame, Nico.

El deseo contenido hacía tanto tiempo se extendió por mi cuerpo, abrasándome la piel e incluso el alma.

—Muero por saborearte, por sentirte, Paula.

Empezamos a bailar una canción de Elisa Toffoli sin darnos cuenta.

—¿Esto es real, Paula?

Levanté la cabeza. Parpadeé como si acabara de salir de un profundo sueño.

—Sí, Nico.

Dicho esto, me cogió en brazos y se dirigió a su dormitorio. Me depositó sobre la cama con mucho cuidado. Se desabrochó la camisa y la dejó caer al suelo. Se quitó el cinturón y se bajó la cremallera. Se quitó los pantalones con un rápido movimiento mientras yo lo miraba con ojos soñadores desde la cama. Había soñado con aquel momento tantas noches que me dieron ganas de llorar.

—¿Estás bien, Paula?

Lo observé con verdadera adoración. Deslicé mis ojos por su torso de ensueño, por sus caderas estrechas, por sus muslos duros, y por la enorme erección que se ocultaba debajo de su bóxer negro.

—Sí —mascullé tras clavarme las uñas en las palmas en un gesto de incredulidad—, no es un sueño...

—No —me dijo y se reunió conmigo en la cama—, no es un sueño, Paula.

Se pegó a mi cuerpo y me colocó una mano en la espalda.

—¿Quieres que continúe?

Me temblaba todo el cuerpo cuando coloqué la mano derecha en el tirante de mi blusa. Era como si aún fuera virgen, quizá mi alma todavía lo era.

—Sí —le contesté e introduje un dedo debajo del tirante y me lo bajé.

Nicolás me miró con una dulzura difícil de confundir. Estaba tan emocionado como yo en aquel instante.

—Eres tan hermosa.

La mirada de Nico me abrasó entera.

—Perfecta...

Nico me ayudó a sacar los brazos de los tirantes y dejó por completo al descubierto mi abdomen. Observó con verdadero deleite cada centímetro de mi piel desnuda. En aquel lapso, en aquel fugaz lapso, me vi en el sótano, presa, atada y desesperada, imaginándome a él en iguales circunstancias. Prisioneros de aquellos que alguna vez amamos. Una lágrima se me escapó, una gota de mi océano de dolor. Nico, abrumado, enjugó mi lágrima, mi única lágrima. La última que pensaba derramar por aquella persona que me robó la vida por un año.

—No soy una modelo —le dije con timidez—. No tengo el cuerpo perfecto... —Nico me interrumpió con un «Chiss»—, hablo mucho cuando me pongo nerviosa —le aclaré y le robé una risita por lo bajo.

Me colocó las manos en las caderas y tiró de la delicada tela de mi falda negra. Descendió la misma por mis muslos y mis pantorrillas, tras lo cual me quitó los zapatos de tacón.

—No —me dijo tras lanzar mis zapatos sobre la moqueta—, eres Paula Bellini, la mujer de mis sueños.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, a pesar de ser consciente de que aquella confesión no era real, sino producto del alcohol, de la alucinación que tuvo mientras dormía tiempo atrás.

—¿Sabes qué te dije la última vez que te vi en mis modorras? —me preguntó con lágrimas en los ojos.

—No —le dije conmocionada al verlo en aquel estado tan vulnerable.

Nico acarició mi mejilla con dulzura.

—Siempre te extrañaré —me dijo con un enorme nudo en la garganta—, y siempre lo hice tras aquel día.

Quería ser aquella Paula onírica, pero no lo era. Temía estropearlo todo, porque, en general, siempre lo hacía. Afuera llovía desapaciblemente mientras Nico se acomodaba entre mis piernas. Los dos jadeábamos a un ritmo frenético y entrecortado.

—Quiero hacerte sentir en cada centímetro de tu ser lo que vivimos en aquel mundo paralelo, Paula.

Me quedé sin aliento, muy quieta, a la espera.

—Fuiste tan mía, Paula. Tan mía...

Cogió un mando a distancia y encendió el reproductor de música súper

moderno de su cuarto. Una dulce melodía empezó a sonar de fondo, una melodía que me llegó al alma. ¿Dónde la había escuchado antes?

—Cierta vez, en aquel mundo onírico, te toqué el piano —me dijo tras besarme el labio inferior—, Trevor Jones siempre fue uno de mis compositores predilectos —me succionó el labio superior—, así que te dediqué una de sus composiciones más emotivas, nuestra melodía favorita tras aquel día.

Lloré, no podía más.

—Y en aquel mundo perfecto, te hice el amor mientras la banda sonora de la película «Por amor a Rossana» sonaba de fondo —una lágrima se le escapó—, fuimos tan felices en aquel lugar, Paula.

Quería decirle que podíamos serlo también en esta, pero tenía miedo de estar mintiéndole. La vida real era tan distinta a la que creábamos en nuestras cabezas.

—Quiero sentir lo que vivimos allí, Nico —le dije con la voz enronquecida—, recordarlo como si en verdad... —me interrumpió con un beso.

—Solo déjate llevar por mí...

Nico me besó en los labios e introdujo la lengua en mi boca. Me arqueé con fuerza cuando sentí que el deseo me atravesaba como un rayo. Le clavé los dedos mientras me aferraba a él y le devolvía el beso.

—Cierta tarde —comenzó a decirme con la voz temblorosa—, hicimos un paseo de bicicleta —un sollozo se me escapó—, cruzamos un largo camino de árboles iluminados por completo por el sol. Tú tenías una blusa sin tirantes y unos pantaloncitos cortos de vaquero —sonrió con tristeza—, y dos trenzas de costado...

Unas imágenes irrumpieron mi mente de un momento a otro, transportándome a aquel sitio mágico donde, según él, fuimos tan felices.

—¡Sí! —grité—, ¡estás loco!

—¡Por ti, Paula!

Nico me había narrado algunas de las tantas cosas que habíamos hecho durante aquel año en que yo luchaba por sobrevivir y él luchaba por no desistir de la vida.

—Nico —le dije ahogada por las emociones que experimentaba entre sus brazos—, puedo verlo todo...

—¿Puedes ver las rosas moradas?

En su sueño terminamos en un jardín repleto de rosas moradas, al lado

de una pletórica cascada.

—Sí —me estremecí.

Me separó las piernas y comenzó a lamerme los pechos, a succionarme los pezones y a mordisquearlos mientras me acariciaba el abdomen y las caderas. Me quitó las bragas y me penetró lentamente, centímetro a centímetro.

—En aquel sitio mágico te besé y te hice el amor sobre los pétalos de las rosas moradas, que, según tú, eran tus favoritas.

¿Rosas moradas? ¿Cómo eso era posible?

—Solía bromear con mi prima —le dije mientras lo sentía en mi interior—, que mi alma gemela me regalaría algún día una rosa morada.

Nico me miró con magnitud.

—¿Cómo pude decirte aquello, Nico?

Entrelazó sus manos con las mías y las situó sobre la almohada. Parpadeé, aturdida por la profundidad de sus ojos, de un azul transparente e insondable con un brillo tierno que no había visto hasta entonces.

—No me lo has dicho tú, sino tu alma.

Me tensé a su alrededor y, como si él se percatara de mis emociones, se detuvo. Se me llenaron los ojos de lágrimas y en mi cara se reflejaron todas mis emociones, las buenas y las malas.

—¿Y si no soy ella?

Nico cerró los ojos y vi la agonía que se reflejó en su semblante. Entrelazó su lengua con la mía con una ternura imposible de confundir.

—Siempre has sido tú, Paula.

Nico me apretó las manos y las pegó con más fuerza a la almohada mientras se movía y me hacía suya, completamente suya.

## Rosas moradas



**E**l tortuoso camino hasta un nuevo orgasmo hizo que se le tensara el cuerpo a Paula. Nico la dejó sin aliento y la atormentó a medida que se acercaba al clímax. El placer se apoderó de ella en oleadas, al tiempo que él gritaba al alcanzar el suyo.

—Nico —jadeó ella bajo su cuerpo.

Nicolás Ricci, el hombre de sus sueños, al fin la había hecho suya de cuerpo y alma. Paula tuvo miedo, tembló ante la posibilidad de una nueva decepción, pero anuló el terror cuando él la miró con una intensidad que la postró a sus pies.

—Paula...

Nicolás se acomodó al lado de paula.

—¿No fue un sueño?

Paula acomodó la mejilla sobre su musculoso torso y se abrazó a él por su cintura.

—No, alma mía.

¿Alma mía? Aquello sonaba tan dulce, tan irreal. Se miraron con magnitud mientras afuera llovía de manera desapacible. La enorme ventana acristalada del cuarto les ofrecía una vista majestuosa del melancólico jardín de la mansión.

—¿En serio estuvimos en un campo, Nico?

Nicolás depositó un tierno beso en su cabeza y, tras suspirar, dijo con voz queda:

—Era un campo hermoso, con valles bucólicos y jardines de ensueño. Había una cascada en medio de un misterioso bosque, rodeado por rosas moradas, tus favoritas...

Paula besó el pecho izquierdo de Nicolás.

—No sé si existen —dijo pensativa—, pero una vez vi una foto —sus ojos brillaron con intensidad—, en ella aparecía la mano de un hombre y una mujer —dibujó en el aire algo—, no se tocaban ya que parecía que algo les alejaba. En el centro de ambos se encontraba una rosa morada...

Chasqueó la lengua algo pensativa.

—Creo que era la portada de algún libro, no lo recuerdo muy bien.

Nicolás suspiró hondo.

—Por eso pediste sábanas y cortinas moradas —le dijo Nicolás tras sonreír—, tu color favorito...

Paula asintió.

—No lo era antes de... —se detuvo—, de aquello...

Paula no quería evocar lo sucedido, porque era como abrirse las heridas con las propias manos. Nicolás la observó. La vio tragar saliva con fuerza y apretar los dientes. El pasado dolía, el pasado siempre dolería.

—No te tortures más, Paula.

Nicolás se precipitó sobre ella, le colocó las manos en los muslos y la penetró lentamente mientras unos truenos estallaban en el cielo. Paula jadeó, le clavó las uñas en los hombros y se aferró a él con fuerza.

—No dejaré que los malos recuerdos estropeen este momento...

Inclinó la cabeza para saborear sus pechos, le lamió los pezones. Paula lo agarró de la cara y lo obligó a mirarla.

—Quiero verme en tus ojos, Nico.

Nicolás la miró a los ojos mientras se adueñaba de su cuerpo una vez más. Paula levantó las caderas con exigencia. Él la penetró de golpe y su cuerpo comenzó a estremecerse con cada embestida. Paula se aferró a él con fuerza mientras alcanzaban juntos el orgasmo. Sin salir de ella, cayó sobre su cuerpo y apoyó la cabeza en la almohada, junto a la suya.

—Me vuelves loco, Paula —le susurró sin aliento.

En la habitación solo se escuchaban sus jadeos entremezclándose con el sonido peculiar de la lluvia y las melodías de Trevor Jones.

—No quiero despertar de este sueño, Nico.

Paula cerró los ojos un momento mientras una punzada de miedo le arañaba el corazón con saña. Paula no era de las que soñaban con finales felices, pero con él las cosas eran distintas. ¿Por qué?

«Porque a su lado volvía a ser la Paula del pasado» se respondió.

No habría final feliz con Nicolás Ricci. Necesitaba recordarse las limitaciones de Nicolás todos los días, sobre todo después del sexo.



Necesitaba separar lo físico de lo emocional.

—¿En qué piensas?

Paula necesitaba proteger su corazón. Necesitaba disfrutar de los buenos momentos a su lado, y después marcharse.

—En lo que acabamos de hacer...

Nicolás le pasó un brazo por encima, un gesto que ella aprovechó para acurrucarse contra él.

—Me gusta la complicidad que tenemos en la intimidad, Nico.

Nicolás la miró con una expresión un tanto interrogante.

—Lo dices como si fuéramos socios de cama.

Paula tragó con fuerza.

—¿No te parece bien?

Era su escape. La única manera de no salir herida de una relación existente solo en su cabeza. Nicolás se demoró, más de lo que ella era capaz de soportar.

—Si no envolvemos el corazón, nadie saldrá herido, Nico.

Nicolás no dijo nada, se limitó a besarla, otorgándole así una respuesta más física, más concreta. Paula decidió disfrutar del momento, vivir el instante sin esperar nada más que buenos e indelebles momentos al lado de aquel que sentía tan suyo, pero tan ajeno al mismo tiempo...

—¿Me tocarías la melodía que mencionaste? —le preguntó ella jadeante—, nunca te escuché tocar el piano.

Nicolás asintió con una sonrisa melosa en los labios. Se levantaron de la cama. Paula se puso su camisa y él los pantalones. Se enfilaron de manos dadas hasta la sala, donde se encontraba el piano del pintor. Afuera llovía de manera desapacible, aumentando deliberadamente sus emociones.

—Gracias —vocalizó Paula antes de besarle en los labios.

Nicolás tomó asiento en la butaca de madera lustrada y levantó la tapa de las teclas mientras Paula tomaba asiento en el alféizar de la ventana. Dobló sus piernas a la altura de sus pechos, lapso en que la dulce y conmovedora melodía del compositor «Trevor Jones» de la película «Por amor a Rossana» asaltaba el lugar e irrumpía su corazón. Giró su rostro y observó con embeleso al hombre que amaba con toda el alma, al hombre que amaba desde que era una candorosa adolescente. Nicolás tocaba el piano con los ojos entrecerrados, perdiéndose en cada nota que iba emitiendo el instrumento diseñado por los ángeles, según su abuela. Una lágrima atravesó el rostro del magnate mientras otra dibujaba un largo y tibio camino en el rostro de Paula.

«Te amo» pensó ella.

«Te amo» pensó él.

# Un solo deseo



**N**ico viajó a Nueva York, tras hacerme tocar el cielo innumerables veces aquella semana apasionada, en que estuvimos juntos día y noche, una loca e indeleble semana en que olvidé mis penas, mis miedos y mi rencor.

—Estás loco —le dije ayer en su sala tras el clímax—, completamente loco.

Estaba a horcajadas sobre él, completamente desnuda, sentados en su silla.

—A tu altura —me contestó y volvimos a hacer el amor.

Durante su ausencia, recibí una rosa morada a diario.

—¿Rosa morada? —me dijo Luciana cierta mañana—, son bastantes exóticas...

Quise decirle que eran como su hermano, pero me callé, a duras penas. Ella me detestaba, tanto o más que yo a ella.

—Creo que las consigues únicamente por pedido —resaltó.

Me encogí de hombros, supuse que Nico tenía sus medios, tenía sus ventajas ser «extremadamente» rico, pensé para mis adentros con sorna.

—Un regalo muy especial, Paula —lanzó antes de retirarse de mi sala.

No sé qué significaba para Nico, pero me gustaba mucho más de lo que era capaz de admitir.

—Nico —dije al besar la flor—, te echo de menos.

Nicolás Ricci era un hombre muy atento, muy delicado y muy detallista.

«Demasiado».

Viajé a mi amado pueblo perfumado dos semanas después con mi abuela, tras mi encuentro con Daniele, hermano de Davide. Aquel encuentro

casual en el cementerio me dejó bastante anonadada. Daniele era idéntico a Davide, con la diferencia de que sus ojos eran verdes claros y tenía dos años más que Davide.

—Estás muy rara, Paula —me dijo mi abuela mientras cenábamos aquella noche.

Le conté lo sucedido horas atrás en el camposanto.

—Verlo abrió viejas heridas y viejos portales.

Mi abuela me cogió de las manos y me miró con indulgencia.

—Aún quieres a Davide, ¿no?

Por primera vez, tras mucho tiempo, titubeé al respecto. Davide fue mi primer amor real, mi primer hombre y mi primera gran decepción. Estaba muerto por culpa de Carla, estaba muerto por amor a ella.

—Es algo muy raro, abuela —le respondí con sinceridad—, Daniele no es Davide...

Las cosas inacabadas y los rencores nos ataban de pies y manos, era cierto. Davide era una de esas cosas, uno de mis tantos rencores. Lo amé mientras vivió, y lo odié al mismo tiempo. Hoy en día no sabía lo que sentía al cierto por él. Anna me dijo ayer que tarde o temprano Nicolás sería mi salvación, quizá ya lo era. No me creaba falsas expectativas, no quería embarcarme en algo que aún no tenía formas ni colores definidos.

—¡Bienvenidos! —nos dijo mi tía Flora.

Esa noche mi tía preparó una cena deliciosa en honor a la familia. Infelizmente, no todo era maravilloso, ya que papá y mi tío sabían que su madre no viviría mucho tiempo. Qué descorazonadora era nuestra realidad, pensé abatida. Tocaron la puerta de un momento a otro.

—¡Anna y Marcello! —gritó mi tía—, hola, amor de abuela —besó a Anya con mucho amor—, ¡bienvenidos!

Estreché a mi prima como si lleváramos tiempo sin vernos.

—¡Hormiguita!

Mi madre se acercó para saludarlos.

—La vida es bella, hija —me dijo mientras sostenía a mi hermanito—. Muy bella, hija.

Le di un beso a ella y luego a mi hermanito, a quien terminé aceptando y queriendo como tal.

—Lo es, mamá.

Nico no dio señales de vida, aunque la rosa morada llegó como todos los días anteriores, incluso estando lejos de casa.

—¿En quién piensas, hija?

Su demanda me hizo respingar.

—En nadie, mamá.

—Ajá —me dijo con expresión divertida.

—Ajá —le repliqué con la misma jovialidad.

Durante la cena, alguien tocó el timbre.

—¡Voy yo! —dije cantarina.

Mientras ellos compartían anécdotas y risas, fui a ver quién era. Cuando abrí la puerta, me encontré con una gran sorpresa.

—¿Tú? —le dije emocionada.

Nico había llegado a la casa con una botella de vino carísima en una mano y un ramo de rosas moradas en la otra. Me miró con una expresión difícil de definir con palabras.

—Buenas noches, Paula.

Le dediqué una mirada interrogante.

—Buenas noches, Nico.

Me miró con una expresión que rayaba la ternura y la añoranza. La triste banda sonora de la película «La vita e bella» asaltó el lugar e inmortalizó aquel instante.

—Para ti, alma mía.

Me ruboricé como un tomate, cada vez que me llamaba de aquel modo, algo en mi interior se agitaba con violencia.

—Gracias, Nico.

Él besó mis labios con mucha pasión, su sabor a whisky me embriagó. ¿Había bebido?

—Te necesito, alma mía.

¿Qué tenía? Abrí la boca como para preguntarle, pero nuestra abuela apareció y la volví a cerrar de manera mecánica.

—¡Buenas noches, querido!

Mamá lo miró curiosa y algo sorprendida. Pero no dijo nada, ella nunca decía nada, no era necesario. Anna sonrió con picardía tras guiñarme un ojo.

—Buenas noches —saludó Nico a todos.

Mi padre lo miró con ojos discriminativos. Estaba celoso, ¡era tan demostrativo!

—Papá —le llamé la atención—, eres el que menos debe opinar o juzgar —le mascullé zaherida tras otear a mi hermanito.

—Uhm —se limitó a decir—. Chantajista...

—Soy tu hija.

—Con certeza.

Le di un beso y nos echamos a reír. ¡Éramos tan parecidos! Tras la cena, Nico me cogió de la mano y me susurró al oído mientras todos reían a carcajadas de las ocurrencias de Anna.

—Daré un paseo —me dijo Nico con una tristeza lacerante—, ¿quieres venir conmigo?

Asentí sin rechistar.

—Sí.

Recorrimos mi pueblo, y terminamos en el parque Villa Fiori, donde reinaba la paz y la oscuridad absoluta por aquellas horas. Me froté los brazos desnudos en un acto involuntario, arrepentida de no haber portado mi abrigo. Había olvidado por completo el clima fresco de mi pueblo por las noches. Absorta en mis pensamientos, observé con melancolía el lugar un tanto abandonado.

—¿Puedo hacer una fogata? —me preguntó Nico, y di un leve brinco, sorprendida por su pregunta. —¿Está prohibido?

Arrugué mi entrecejo.

—Mientras no armemos un incendio, no.

Nico buscó algo en el bolsillo de su chaqueta negra de algodón.

—¡Lo tengo! —me dijo complacido y me enseñó un mechero de plata con su inicial en la parte frontal.

—¿Aún fumas?

Nicolás negó con la cabeza, a la vez que juntaba unos tallos secos. Se detuvo y buscó algo en su móvil. Tras unos segundos, el lugar fue asaltado por las bandas sonoras de Trevor Jones.

—Siempre lo traigo conmigo, alma mía —puntualizó sonriendo—. Nunca se sabe cuándo será necesario un poco de fuego.

—Ah... —musité entretanto me frotaba los brazos en busca de calor.

Nico encendió una pequeña fogata mientras su móvil reproducía sus canciones predilectas.

—Supongo que fuiste un Boy scouts —me mofé y me gané una sonrisa a cambio.

—¿Qué niño rico no lo fue? —se burló con tristeza.

Algo le pesaba mucho en el corazón.

—Ajá.

Nos sentamos sobre un viejo banco y observamos la fogata ensimismados. Nico estaba muy triste aquella noche.

—¿Te encuentras bien, Nico?

Supe por mi abuela que su madre lo buscó días atrás, y, que ahora, él la odiaba mucho más que antes. Supuse que discutieron.

—Entonces... ¿este es tu sitio favorito, Paula? —dijo de pronto, ignorando por completo mi demanda anterior—, me gusta.

La brisa perfumada rozó mi cara con suavidad.

—Sí —le contesté castañeándome los dientes en un acto involuntario.

Nico se quitó la chaqueta negra y me la puso. Su perfume me envolvió entera como el calor de su piel que aún seguía en la tela.

—Perdona, alma mía.

Sonrió.

—Gracias, Nico.

Los tallos crepitaban lentamente en el fuego, entretanto las canciones melancólicas abarrotaban el silencio que se había instalado entre nosotros dos.

—Mi madre ha vuelto —soltó de golpe y di un leve respingo ante la sorpresa.

Giré mi rostro y lo miré con atención. Nico miraba con expresión vacía el fuego.

—Y no fue lo que esperabas, ¿no?

Nico arrojó un tallito en el fuego al tiempo que una mueca de angustia se apoderaba de su hermoso rostro. La banda sonora de la película «Casper», del compositor James Horner, comenzó a sonar justo en aquel preciso instante. Muy apropiado, pensé con el corazón encogido.

—¿Te gusta esa melodía? —me preguntó con la voz zaherida.

Los ojos se me nublaron lentamente.

—Mucho.

Puso una versión en piano.

—Esta la toqué yo con el piano hace un par de años atrás —musitó en un hilo de voz apenas audible—. Cierta noche de navidad —repuso con melancolía.

Me sentía como Kathleen, el día que Casper le abrió su corazón en el viejo farol frente al mar en la película. Nico estaba destrozado, sus ojos lo delataban.

—¿Conoces el último deseo de Casper? —me inquirió absorto en sus

cavilaciones más secretas.

—Realizar el sueño de su padre —le respondí con un enorme nudo en la garganta.

Mis ojos se nublaron al evocar lo que me había dicho tiempo atrás sobre su familia y la ausencia de ella en su vida.

—Su padre quería devolverle la vida y recuperar la suya al tiempo...

Nico suspiró hondo, tan hondo que pensé que me faltaría el oxígeno. Una tristeza colosal arrojó mi corazón al ver la expresión de sus ojos. ¿Qué le habían hecho? ¿Por qué estaba tan triste? Una lágrima recorrió mi mejilla mientras una recorría la suya.

—Yo, al igual que él, tenía un deseo, alma mía.

Otra lágrima atravesó mi rostro, seguida de otras más. Nicolás Ricci, el hombre poderoso, una vez más, me abriría su caja de Pandora. Aquello era mucha responsabilidad.

—¿Cuál? —susurré en un hilo de voz apenas audible.

—Cuando era pequeño no pedía juguetes caros a Papá Noel, como la mayoría de los niños de mi entorno... —su voz se enronqueció—, le pedía una familia de verdad, un padre cariñoso y una madre amorosa —apreté con fuerza mis dientes—, pero hay deseos imposibles, alma mía.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Qué se encontraba detrás de aquella afirmación? ¿Iba dirigida para lo nuestro también? Cuando eres rehén de tus miedos, todo, absolutamente todo se ve gris. Es más fácil sobrellevar las cosas si de antemano te pones negativa.

—Nico... —gimoteé al tiempo que entrelazaba mi brazo con el suyo, recostando mi cabeza en su hombro izquierdo—. Ábreme tu corazón...

«Mi amor».

Nunca pensé amar tanto a alguien en mi vida. Anna me hablaba sobre ese sentimiento desde sus diecisiete años, cuando conoció a su alemán, su gran amor. Siempre creí que exageraba, que no era real y posible, hasta ahora, cuando me tocó sentirlo y vivirlo tras tanto tiempo de soledad y penurias. Ya no podía negar lo evidente.

—Entonces crecí y comprendí que la familia que alguna vez anhelé con todo mi ser, era tan real como lo era Papá Noel —suspiró hondo—. Y a partir de ese momento, construí un muro alrededor de mi corazón para no volver a sufrir otra decepción.

Su afirmación laceró mi ser, Nicolás Ricci estaba herido y decidido a no curarse jamás. Podía vivir inmerso en el dolor, pero no podría soportar



otra decepción. Ya no.

«Jamás podrá amarme como yo a él —me dije con un dolor indescriptible en el pecho—. Llegué muy tarde a su vida».

Apretó con fuerza sus dientes.

—Lo siento mucho, Nico.

Nico apretujó mis manos, sin desviar la mirada de la fogata.

—Pero mi niño interior me traicionó días atrás con la llegada inesperada de mi madre —dijo ensimismado—. Fui débil, muy iluso.

El corazón empezó a latirme con fuerza.

—Fui a su encuentro como un niño inocente. Sin embargo, mi madre me saludó con un beso frío y distante. No hubo abrazos ni palabras de cariño.

Lo miré con el alma a mis pies.

—Me comentó que pronto se casaría otra vez —su voz se fue apagando—. Y que se mudaría a Australia con su marido tras ello. Me limité a asentir con la cabeza mientras me preguntaba para mis adentros por qué se había vestido de aquel modo tan provocativo. ¿Acaso esperaba a alguien?

Un puño helado apretujó mi corazón con fuerza ante una posibilidad.

—Me ofreció una copa. La acepté caviloso y bastante incómodo. Era mi madre, pero para mí era una completa extraña —exhaló una gran bocanada de aire fresco antes de proseguir—: se incorporó con mucha sensualidad y se acercó al minibar que se encontraba en un rincón de su suite...

Sus ojos azules se oscurecieron, eran casi negros como el suéter que llevaba puesto. Tragué con fuerza mientras escrutaba el fuego con la mirada ausente.

—Ella retornó tras servir dos copas y me ofreció una. Bebimos en silencio, ya que no teníamos nada de qué hablar.

Se estremeció.

—Minutos después, posó su mano derecha sobre mi rodilla y me dijo que estaba muy guapo, mucho más de lo que recordaba.

Una mueca de asombro se congeló en mi cara.

—La miré confundido, hasta que intentó besarme en la boca...

Solté un grito ahogado.

—Me levanté de un salto del sofá y la miré atónito por unos segundos. Bajé la copa sobre la mesa rinconera con cierta brusquedad y salí del hotel como alma que lleva el diablo.

—Dios mío, Nico.

Todo me daba vueltas.

—Caminé varias cuerdas bajo la lluvia, perdido en mis propias conjeturas —giró su rostro y me miró con ojos de cordero degollado—. Era mi madre y en lugar de amarme como tal, —su voz se endureció— intentó seducirme, Paula. Intentó llevarme a su cama...

Un gemido ronco se le escapó mientras la banda sonora de la película «Por amor a Rossana» empezaba a sonar. Era nuestra melodía, la que nos transportaba a aquel mundo mágico donde, según él, fuimos tan felices.

—Ella me llevó nueve meses en su vientre y ahora me veía como hombre y no como lo que soy, su hijo.

Me dolía respirar. Su pena ahora me pertenecía.

—No sigas, Nico —le supliqué, a punto de quebrarme—. No te tortures de este modo...

Nico giró hacia mí y posó su cabeza sobre la mía.

—Prométeme que nunca le contarás a nadie esto, Paula.

Nico suspiró hondo y dejó caer sus párpados como un resignado cautivo frente a su tormento.

—Te lo juro, Nico.

Abrió las persianas de su ánimo y me miró con una intensidad casi violenta. Ambos respirábamos entrecortadamente ante las fuertes emociones compartidas.

—Ahora tengo otro deseo —musitó.

Nico se pasó la lengua sobre sus labios carnosos.

—¿Cuál, Nico? —solté en un susurro.

Nico bajó la cabeza a cámara lenta y me besó en la boca. El contacto fue sorprendente y embriagador. Toda la piel se me erizó al sentir sus labios sobre los míos. Aquel beso era distinto a todos los besos que nos dimos hasta ahora. Su lengua suave y apremiante me tanteó de forma lenta y profunda, incendiándome entera por dentro. Mi estómago se volcó, el corazón se me aceleró y las manos empezaron a sudarme. Aquellos síntomas no eran producto del pánico, sino del amor. Abrí mi boca lentamente para que él me pudiera saborear por completo. Cuando su lengua penetró mi boca y se encontró con la mía, temblé como una hoja. Me enganché a su cuello y le devoré la boca con avidez. Nico sujetó mi rostro entre sus manos y me besó con una pasión arrolladora.

—Quiero hacerte el amor, alma mía —musitó tras apartarse de mí.

Su voz sonó distinta aquella noche, sonó a promesa. Se levantó y me cogió en brazos tras apagar el fuego. Terminamos en mi casa, en mi cuarto, en

mi cama.

—Siempre te extrañaré —fue lo último que me dijo aquella noche,  
aquella última noche que estuvimos juntos.

# El alma de Nicolás Ricci



**L**uciana caminaba agitada hacia la sala de Nicolás. Al ingresar, lo encontró observando taciturno la ventana acristalada mientras bebía una taza generosa de café y oía sus bandas sonoras favoritas. La estilista suspiró hondo, pero no lo suficiente para llamar la atención del pintor, que continuaba enfrascado en sus cavilaciones más oscuras y secretas.

—Buenas tardes, hermana —le dijo él, sin mirarla, minutos después.

Luciana hizo un mohín de asombro.

—¿Cómo sabías que era yo?

Nicolás enarcó su ceja derecha.

—Tu perfume siempre te delata al igual que el tintineo peculiar de tus pasos.

Luciana descendió algunas carpetas sobre la ornamental mesa de escritorio de la sala y luego se acercó a él. Le dio dos besos. Su hermano no estaba bien. Desde su secuestro había cambiado bastante y, aunque ocultara su esencia real bajo un disfraz, muchas veces la melancolía lo derrumbaba por completo.

—¿Qué tienes, hermano?

Nicolás quiso decirle la verdad, pero optó por lo mejor, el silencio.

Los meses al lado de Paula rescataron algo de su alma. Aquello alegraba a su hermana, pero ella era consciente de que el camino sería muy largo hasta la sanación definitiva.

—Desde que hablaste con nuestra madre estás raro.

Luciana y su madre hicieron las paces, según ella misma lo comentó cierta noche en la mansión.

Nicolás la miró impávido por unos segundos.

—Fue una mala idea, Luciana. Solo eso.

Luciana contempló con ojos inquisitivos a su hermano, preguntándose qué le pasaba en verdad.

«Detrás de tu bello rostro de ángel se oculta un demonio atormentado por las heridas de un pasado tan misterioso como lo es tu alma, hermano» caviló la estilista para sus adentros.

Nicolás bebió su café absorto en sus pensamientos.

—Estás más pensativo de lo normal.

Luciana meneó la cabeza en un gesto negativo. Nicolás observaba la ciudad con aire ausente. Su hermana se retiró de su sala, otorgándole un poco más de intimidad con sus pensamientos más secretos.

«Paula ha llegado a mi vida para iluminar los sombríos y fríos recovecos de mi corazón. Sin embargo, el dolor del pasado me esclaviza. Dentro de mí existe una bruma que nadie conoce y que algún día me destruirá» zanjó el pintor con el corazón en la garganta.

—Tú te mereces a alguien mejor, Paula. Alguien que no tema al dolor, alguien que sea capaz de todo por ti. Alguien que no soy yo, en definitiva.



Nicolás estaba en el porche trasero de su barco, con la vista clavada en las barcas que se mecían en las aguas del río Po. El anaranjado atardecer combatía la amenazante oscuridad de la noche, que lentamente cubría el cielo de aquel día plomizo.

—Paula —susurró abatido.

Metió sus manos en los bolsillos de su chaqueta deportiva de color negro y aspiró una gran bocanada de aire fresco.

—¿Buscando paz? —le dijo de pronto alguien a sus espaldas.

Nicolás se mordió la lengua para no decir una barbaridad.

—Pensé que no vendrías —remarcó, antes de girar en redondo y clavar sus ojos azules en los de Alex.

Sus pupilas se agrandaron al verlo acompañado.

—¿Has traído a tu hijo?

Alex asintió con un cabeceo al tiempo que bajaba la mirada sobre su hijo, que dormía serenamente entre sus brazos.

—Estábamos en el supermercado cuando recibí tu llamada —le aseguró el médico. —El cansancio lo derrumbó —resaltó sonriendo.

Nicolás le enseñó el cuarto a continuación. Alex recostó a su hijo con mucho cuidado. Matteo se removió, pero no se despertó.

—Está precioso, idéntico a ti, por suerte.

Alex le echó una ojeada a su amigo, que no pasaba por un buen momento.

—Gracias, Nico.

Alex y Nicolás tomaron asiento en los sillones de cuero que se encontraban en el porche trasero del barco.

—¿Bebes conmigo, Alex?

—Sí.

Nicolás esbozó una sonrisa ladina al tiempo que servía el vino en dos copas finísimas de cristal. Alex le comentó en ese lapso que viajaría a Umbría por una temporada, necesitaba paz y solo allí era capaz de encontrarla.

—¿Te das cuenta de que actuamos como dos amantes, Nico?

Nicolás soltó una risotada, que ahogó con su puño acto seguido, para no despertar al hijo de Alex.

—Eso sonó a propuesta, Alex.

Una sonrisa radiante iluminó toda la cara de Alex.

—Aún me gustan las mujeres, Nicolás Ricci.

Nicolás bebió un sorbo de su copa, sin desviar la mirada ladina de Alex.

—¿Has conseguido una nana para tu hijo?

Alex evocó a Dina, la nana que había contratado meses atrás. Una siciliana habladora y bastante excéntrica con respecto a sus vestimentas.

—Sí, he contratado a la copia de Nana Fine —bromeó y Nico no pudo evitar reírse—. Es pequeña como un garbanzo, pero letal como una granada cuando habla.

Alex sonrió con picardía al evocar sus últimos encuentros íntimos con la niñera de su hijo. Por primera vez en su vida olvidaba las envergaduras impuestas por su estirpe social. La vida era demasiado corta para no disfrutarla, decía siempre Dina, tras el clímax.

—Es muy parecida a Anna Bellini, ¿no?

Alex se removió incómodo en su sillón al escuchar el nombre de su gran amor. Asintió tras suspirar. Nicolás lo miró con atención, preguntándose cuándo lograría olvidarla, cuándo dejaría de amarla.

«Nunca» se contestó y evocó el día que Paula y él vieron por primera vez la película «Por amor a Rossana». El amor que se profesaban los

protagonistas era simplemente entrañable, como la historia de Anna y Marcello.

—¿Cómo está ella? —le preguntó Alex, tras beber.

Su rostro era el vivo retrato del dolor. Hablar de su amor perdido siempre, siempre le dolería.

—Está bien —repuso pensativo—. Feliz con su matrimonio.

Alex le clavó sus ojos.

—Eso me pone feliz —adujo cabizbajo—. ¿Y su prima? —lanzó.

Nicolás asintió con la cabeza al tiempo que exhalaba una gran bocanada de aire.

—Está mejor lejos de mí, Alex.

Alex lo miró inquisitivamente.

—¿Por qué, Nico?

Nicolás compuso una mueca triste, dejando a la intemperie sus verdaderos sentimientos. Alex no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Su amigo, el inconquistable, ¡había sido conquistado! Una risita irónica se le escapó a Alex de los labios. Nicolás lo miró con un deje lastimero. Descendió su copa sobre la mesa de cerezo y tras inspirar contestó:

—No puedo ofrecerle lo que se merece, Alex.

Alex parpadeó sin desviar la mirada de su amigo, que hoy no era ni la sombra de aquel Nicolás que él conoció. Los ojos del pintor se encapotaron lentamente, a pesar de su entereza. Alex bajó la mirada intimidado por la situación.

—Te contaré lo que mi padrino me dijo días atrás, Alex.

El médico abrió de par en par sus ojos azules al oír quién era el verdadero padre de Nicolás y Luciana.

—Dios mío, Nico.

Nicolás lo miró con profundo dolor, aquella verdad, inesperada y cruel, lo dejó al borde del precipicio.

# Lecciones de vida



**M**is días fueron muy ajetreados estos últimos meses. Mi rutina consistía en: clases de etiqueta, bailes, yoga, pilates y todo aquello que pudiera contribuir a convertirme en la nieta de Leonella Ricci.

—Nico —repetía cada vez que observaba la rosa morada que había guardado en mi agenda—. Un amor generoso siempre tiene preparado su testamento —leí la frase de un escritor argentino llamado Nemer ibn el Barud —, María tenía razón.

Coloqué la rosa en aquella triste página. Quizá era momento de firmar el mío y concentrarme en mis planes de venganza. Seguía buscando a Carla con cierta obcecación, pero nada hasta ahora. Los investigadores que había contratado no han hallado absolutamente nada.

«La encontraré» me decía todos los días, pero cada vez con menos ímpetu.

Mi abuela acarició mi mejilla con dulzura y me arrancó de mi trance de golpe.

—Anna pasó por lo mismo —me dijo ella.

¿A qué se refería?

—Ser mi nieta tiene sus exigencias.

Era su último deseo, convertirme en su nieta.

—Pues ahora me toca a mí, abuela —dije con entusiasmo.

Verla feliz era una obligación y si para ello debía aprender aquellas lecciones, lo haría con mil amores, aunque las detestara con todo mi ser. Siempre tuve privilegios, pero ser una Ricci era otro tema, muy distinto a lo que estaba acostumbrada.

—Muy bien, cielo.



Mi abuela supervisaba personalmente cada lección y eso implicaba su participación activa en todo.

—Nico me ha llamado esta mañana —me dijo con ilusión.

Tras lo ocurrido aquel fin de semana en mi pueblo, ha desaparecido por unas semanas, sin dar señales de vida, al menos conmigo.

—Espero que esté bien, abuela —mi tono era seco.

Días después, mi abuela y yo nos instalamos en mi humilde casa. Ella no pasaba por una buena fase, ya que la quimioterapia era bastante agresiva y le robaba sus pocas fuerzas. Mientras bebíamos té frente a la chimenea, me dijo algo realmente sorprendente:

—La casa es tuya, Paula —anunció de pronto al extenderme el título inmobiliario que había retirado de su bolso carísimo—. Un regalo que espero que aceptes.

Abrí con exageración mis ojos.

—¿Quién soy yo para rechazarlo, abuela?

Ella rio de buena gana al tiempo que observaba con minuciosidad cada canto de mi morada. La canción de Vonda Shepard «*Home again*» sonaba de fondo.

—Pero eso incluirá una remodelación total —zanjó y yo me lancé a sus brazos, llenándola de besos.

—¡Gracias, abuela!

Siempre fui orgullosa, pero ese sentimiento nunca me llevó a ningún sitio. Esa misma semana, los obreros llegaron e iniciaron las reformas. Elena y mis mascotas se mudaron a la casa de mi abuela conmigo. Mi nueva casa tendría más cuartos, uno para Elena y otro para alguna visita. Un baño al estilo Cleopatra para mí y dos para las visitas. Una cocina al estilo realeza inglesa y un porche a mi estilo. Una piscina pequeña, pero no menos suntuosa y un parque colorido en el jardín para mis sobrinos.

—¿Te encuentras bien, Paula?

—Estoy mejor, Elena.

Elena y yo nos entendíamos bastante bien. En poco tiempo nos hicimos muy buenas amigas. Ella estaba completamente sola en el mundo, su madre había muerto y a su padre jamás lo conoció. Creció con una tía malvada, a quien no pretendía volver a ver en lo que le restara de vida.

—Eres mi única amiga en todo el mundo, Paula —me dijo el día de su cumpleaños.

—Siempre estaré a tu lado, Elena. Siempre.



La vida era demasiado corta para perder el tiempo con peleas, rencores y venganzas, me dijo Anna anoche. Ella siempre tenía razón. Decidí aprovechar cada segundo, enterrando para siempre mi odio hacia aquella que no valía la pena. El karma tenía carta blanca desde ahora.

—¿Te encuentras bien, abuela?

—Como nunca.

Mi abuela, Anna y yo decidimos hacer un pequeño tour por nuestro pueblo perfumado en la vieja fusca rosa descapotable de mi prima.

—Marcello es un genio —nos dijo Anna—, con sus hombres ha logrado arreglar la fusca.

Anna siempre babeaba cuando hablaba de su amor, ciertas cosas nunca cambiarían. ¡Por suerte! Verla feliz era mi mayor premio en esta vida. Anna era mi alma gemela, era mi otra mitad. El amor que sentía por mi hormiguita atómica era infinito.

—¿Adónde iremos, mis amores?

Mi abuela fue una campesina antes de convertirse en la gran estilista, nos dijo con sorna tras colocarse su chal en la cabeza. Su vestido estampado me recordaba a las protagonistas de viejas películas románticas. ¡Era tan elegante a pesar de la simplicidad de sus atuendos! Nos subimos al coche y recorrimos nuestros sitios favoritos en Bagni di Lucca al son de Puccini.

—¡O mio babbino caro! —canturreamos mientras la brisa perfumada acariciaba nuestras caras—. ¡Te amo, Toscana! —gritamos a voz en cuello.

¡Mi abuela era la leche!

—¡Cuidado, Paula! —gritaron cuando vieron unas ovejitas en el camino.

Anna y yo las miramos con atención.

—¿Serán las hijas de aquellas que alguna vez nos derrumbaron? —pregunté y mi prima rio de buena gana.

Mi abuela bajó del coche y las encaminó hacia el otro lado con maestría.

—Fui pastora cuando era joven —nos dijo como si tal—, ciertas cosas nunca se olvidan, mis amores.

Intentamos ayudarla, pero tanto Anna como yo pisamos algo bastante cremoso.

—Oh oh —dijimos monocorde antes de revisar nuestros zapatos—,

mierda...

Nos limpiamos y luego continuamos nuestra aventura por aquellas tierras que tanto amábamos. Llegamos al Ponte Maggio, donde nos sentamos en la barandilla de piedras y observamos el atardecer más maravilloso de nuestras vidas.

—Anna y yo siempre venimos aquí, abuela.

Anna recostó su cabeza en las piernas de nuestra abuela mientras yo le cogía de la mano. Una brisa muy perfumada asaltó el lugar de un momento a otro, era el aroma del amor, decía Anna desde pequeña. El aroma del tilo y los jazmines se entremezclaban con los olores del agua, los árboles y la nostalgia.

—Tengo una melodía perfecta para este día —les dije de pronto y cogí mi móvil—, es de la película que vimos anoche: Por amor a Rossana.

La conmovedora banda sonora empezó a sonar a todo volumen, inmortalizando aquel momento para siempre. Una lágrima atravesó el rostro de mi abuela.

—No te mueras, nonna —le rogué llorando—, por favor.

Anna se levantó y lloró conmigo. Nuestra abuela nos rodeó los hombros con sus brazos.

—Aquí, ante Dios, ante vuestro santuario —nos dijo llorando con mucho dolor—, os prometo que siempre me sentiréis cuando vengáis aquí.

Nos pidió que entreceráramos los ojos.

—¿Podéis sentirme?

El llanto me dominó por completo.

—Sí —le dijimos entre sollozos—, podemos sentirte, abuela.

Leonella Ricci cruzó el infierno antes de llegar al paraíso, al igual que sus nietas, tuvo que conocer el dolor antes de encontrar la sanación. El destino decidió otorgarle una segunda oportunidad para amar y soñar. Como lo ha hecho conmigo... No todos tenían la oportunidad de volver a la vida tras conocer la muerte...

—Os amo —nos dijo.

—Te amo —le dijimos nosotras.

Aquella semana indeleble nos instalamos en la casa de Anna y disfrutamos de nuestra abuela como nos hubiera gustado hacerlo de niñas. Ella nos preparó galletas, tartas y un montón de comidas italianas. Nos contó sus mejores anécdotas al igual que nosotras a ella. Nos bañamos en el río Lima, recorrimos el pueblo en bicicleta y también en la vespa. Plantamos varios árboles de tilo y rosas, rosas de todos los colores en el jardín de mi vieja casa

en Bagni di Lucca mientras reíamos por cualquier tontería. También fuimos a nuestra colina favorita, donde solía jugar con Anna. El lugar estaba repleto de girasoles y amapolas. ¡Era idílico!

—¿Listas? —les dije a voz en cuello a ambas desde lo alto de la colina.

Anna cerró sus ojos para protegerlos del sol mientras las tres nos cogíamos de las manos.

—¡Sí! —chillaron y tras ello descendimos hacia abajo gritando como unas locas.

Anna se tropezó y rodó hacia abajo.

—¡Anna! —le gritamos ambas.

Ella se rompió a reír.

—¡Estoy bien!

Nos echamos a reír. ¡Reír era tan bueno!

—¡Me siento tan bien! —gritó mi abuela—, ¡soy tan feliz!

Mis ojos se nublaron antes de estrecharla con afecto. Anna se acercó y se acopló al abrazo.

—Siempre te extrañaré, abuela —le dije llorando.

No se podía recuperar el tiempo perdido, era cierto, pero si vives intensamente cada segundo de lo que te reste por vivir, incluso los vacíos del pasado se pueden rellenar.

# Una cruda realidad



**N**icolás dejó escapar un gemido y echó la cabeza hacia atrás cuando los labios de Adriana se cerraron sobre su miembro y lo envolvieron en una succión cálida y húmeda.

El magnate y su exnovia se encontraron días atrás en un desfile y terminaron enrollándose.

—Eres delicioso, Nico —le dijo tras apartarse unos centímetros.

Nicolás sintió el impulso de agarrar la cabeza de Adriana y obligarla a metérsela hasta la garganta. El empresario luchó contra el clímax inminente que se cernía sobre él.

«Paula» pensó mientras Adriana lo saboreaba.

Evocó la última vez que había estado con Paula en Toscana. A su lado vivió otras emociones, sentimientos que nunca experimentó en los brazos de otra mujer, ni siquiera en los de Mónica. Su amante de turno emitió un gemido profundo y lo arrancó de su trance de golpe. Clavó los ojos en la boca llena y húmeda que se deslizaba por su miembro. Después cogió la cabeza de Adriana entre las manos para detener sus movimientos.

—Tienes que parar —gimió—. Estoy a punto de correrme.

La lengua de Adriana lo rodeó llena de deseo.

—Quiero sentir cómo te corres en mi boca. Quiero sentirte como siempre.

Ella lo obligó a soltarle la cabeza y siguió chupándosela hasta que casi se la metió hasta la garganta. El magnate se corrió tras soltar un gemido ronco de placer mientras ella seguía succionándole sin detenerse. A Nicolás se le doblaron las rodillas con la fuerza de aquel orgasmo.

—Me encanta tu sabor, Nico.

Nicolás intentó quitarse de la cabeza a Paula en aquel momento, pero

no pudo, ella seguía allí, atormentándolo.

—¿En quién piensas, Nico? ¿En Paula?

Nicolás torció el gesto, habían quedado que serían amigos íntimos, pero eso no incluía hablar de otra cosa que no fuera sexo ocasional.

Nicolás la obligó a sentarse de cara a él y que le rodeara la cintura con las piernas.

—No estropees el momento, Adriana.

Adriana se apartó un poco y le cogió la cara entre las manos para poder mirarlo a los ojos.

—Ok.

Adriana se quedó mirando a Nicolás, pero fue incapaz de leer la emoción que se ocultaba detrás de su intensa mirada azul. La modelo se guardó sus preguntas y se limitó a inclinarse y besarlo con suavidad para intentar transmitir toda la pasión que sentía con aquella única caricia.

—Lo que tú me haces sentir es indescriptible, Nico.

Algo destelló en los ojos del magnate al oírla. Sin previo aviso, Nicolás se levantó de golpe y casi la derrumbó. La sujetó con firmeza y la posó sobre el sillón.

—Nadaré —le dijo el empresario.

Se zambulló entre las olas y su cabeza oscura reapareció empapada unos metros más allá. Con brazadas lentas y elegantes, Nicolás se dirigió al barco. Adriana sabía que tenía que mantener el tipo, al menos hasta el momento. Cogió su móvil y marcó un número.

—Hola, Silvia. Soy Adriana, y tengo una gran noticia para ti y tu revista sensacionalista, Nicolás Ricci y yo estamos en su isla particular, haciendo una y otra vez el amor. Ya conoces la dirección, cara mía.

Colgó con expresión satisfecha. Adriana estaba empezando a ver cosas que no existían.

—No, Nico no puede estar enamorado de aquella rata —se dijo pensativa—, es imposible...

Por un instante habría jurado que había visto algo parecido al amor en los ojos de Nicolás cuando nombró a Paula, antes de que este se pusiera a nadar.

—Estás alucinando, Adriana —se dijo resoluta antes de quitarse el sujetador y exhibir sus pechos—, él no puede estar enamorado de alguien tan insignificante como esa mujer.

Paula era una anomalía momentánea en su vida, un interludio

apasionado y pasajero. No era amor, se dijo con firmeza mientras nadaba hacia el barco del magnate. Por lo menos no del que llevaba al matrimonio, a tener hijos. Nicolás Ricci era como ella, anhelaba vivir grandes aventuras sin compromisos y ataduras.

Adriana subió por la escalerilla del barco y se vio envuelta de inmediato por una enorme y gruesa toalla de playa. Levantó la cabeza y vio a Nicolás, más pensativo que minutos atrás.

«En el fondo es un niño mimado al que solo le importa el poder que puede proporcionarle el dinero y la fama. Nicolás Ricci era incapaz de algo más profundo, de algo que implicara sentimientos» pensó ella.

Adriana lo observó con atención. Lo amaba con cada centímetro de su corazón, aunque se negara a aceptarlo abiertamente.

«Maldita mi suerte».

Pero daba igual si lo quería o no. Nicolás no iba a cambiar su estilo de vida ni sus costumbres por ella ni por nadie.

—¿Tienes hambre, bella?

La pregunta del empresario la devolvió al presente.

—Un poco.

Adriana sintió una nueva oleada de deseo mientras admiraba el torso desnudo y musculoso del hombre que estaba disponiendo el almuerzo delante de ella. Nicolás le lanzó una sonrisa pícaro cuando la sorprendió mirándolo, como si supiera con toda exactitud lo que estaba deseando.

—La comida primero, después el postre —se mofó él.

Por unos breves instantes, Nicolás Ricci volvía a ser el de antes, el hombre que la sedujo, el hombre que la enamoró. Adriana atrajo a Nicolás hacia sí hasta echarlo encima de ella en la parte frontal del enorme barco. Le rodeó el cuello con los brazos y le bajó la cabeza para apoderarse de su boca en un beso lento y profundo. Él respondió con entusiasmo mientras le deslizaba la palma de la mano en su trasero. Ella se retorció y suspiró al sentir aquella mano cálida sobre su piel. Sus caricias se hicieron más frenéticas a medida que se intensificaba el deseo. El móvil de la modelo pitó, era la señal de Silvia.

—Por favor, Nico, te necesito dentro de mí —le susurró—. Aquí mismo —colocó la toalla sobre el pavimento.

Nicolás le quitó la única prenda que llevaba puesta y se quitó la suya a toda prisa y luego se puso el condón. A los pocos segundos, su erección se fue abriendo camino por el sexo de Adriana. Ella se arqueó hacia él para

absorberlo más en su interior.

—Me vuelves loca, Nicolás Ricci.

Nicolás empezó a embestirla sin parar, sumiso a su instinto. Adriana lo tumbó de golpe y se puso a horcajadas sobre él, oscilando su cuerpo con mucha sensualidad. Nicolás frunció el entrecejo al verla posar. Un barco pequeño pasó junto a ellos a toda velocidad, con varios pasajeros disparando sus cámaras sin parar. Nicolás se sentó de golpe y se abrazó a Adriana, que temblaba como una hoja.

—¿Qué cojones es esto?

¿Eran paparazzi? Nicolás y Adriana se metieron a toda prisa dentro del barco, pero era tarde para evitar un nuevo escándalo en el historial del magnate.

—¿Cómo sabían que estábamos aquí?

Evocó la pose de su amante durante el coito y supo al instante quién estaba detrás de todo.

Adriana jamás volvió a verlo tras aquel día.



# El alma de Paula



Una aclamada orquesta sinfónica irrumpía cada canto de la mansión Ricci con su majestuosa interpretación. Los invitados ingresaban poco a poco a la monumental residencia.

—¡Cuánto lujo! —clamé desde mi balcón, observando con embeleso la pletórica decoración del jardín—. Hora de bajar —me dije desanimada—, lástima que mi hormiguita no pudo venir —dije ensombrecida.

Suspiré hondo.

—¿Lista, mi amor? —me preguntó mi abuela desde la puerta—, el vestido que diseñé para ti tiene los matices de tu alma.

Llevaba puesto un exclusivo y elegante vestido color morado oscuro sin tirantes y unos guantes blancos de seda, diseñado por mi abuela, quien me atisbó enternecida y orgullosa desde su sitio.

—Con todos vosotros, Paula Bellini, la nieta de nuestra querida Leonella Ricci —anunció el inoportuno animador de la fiesta.

«Odio ser el centro de las miradas».

Tras el nuevo escándalo de Nicolás, las atenciones recaerían sobre él, pensé con el alma a mis pies. Verlo desnudo, haciendo el amor con Adriana, me lastimó mucho más de lo que era capaz de admitir. Para sobrellevar mejor las cosas, invité a Peter para ser mi acompañante aquella noche. Estaba herida y cansada al tiempo. Había sufrido mucho por culpa de Davide, y me juré a mí misma que jamás volvería a sufrir por alguien en esta vida. Tarde o temprano aquel dolor lacerante que rasgaba mi corazón en dos, desaparecería y se convertiría en una lección más en mi vida.

—¿Bajamos? —me preguntó mi abuela.

Entrelazamos nuestros brazos y salimos del cuarto con una amplia sonrisa en los labios. Descendimos las escaleras con elegancia mientras los invitados nos contemplaban con atención al tiempo que la voz del cantante Daniel Bedingfield irrumpía el salón con su canción «*If you're not the one*» lapso en que los ojos de Nico se encontraron con los míos. Apreté con fuerza los dientes, los puños y el corazón. A pesar del enfado, lo amaba, lo amaba con toda el alma.

—Qué música más apropiada —pensé al escuchar atentamente la letra de la canción sin desviar la mirada de Nico, ignorando por completo al resto de los presentes en el salón.

*Si no eres la indicada, entonces,  
¿por qué mi alma se siente alegre hoy?  
Si no eres la indicada, entonces...  
¿por qué mi mano encaja en la tuya de esta manera?  
Si tú no eres mía, entonces ¿por qué tu corazón regresa a mi  
llamada?  
Si tú no eres mía, ¿tendría la fortaleza para soportar todo?  
Nunca sé lo que el futuro trae, pero sé que estás aquí conmigo ahora,  
Lo lograremos, y espero que seas la única,  
No quiero huir, pero no puedo soportarlo  
No lo entiendo, ¿si no estoy hecho para ti?  
Entonces, ¿por qué mi corazón me dice que lo estoy?*

Peter se acercó y me ofreció su brazo izquierdo mientras Gianni, el viejo amigo de mi abuela, le ofrecía el suyo a ella. Acepté sin titubear. Nico apretó con fuerza sus dientes antes de acercarse a su hermana. Los miré fijo por unos instantes. Luciana le susurró algo tras acariciarle la mejilla. Los ojos azules de Luciana atravesaron los míos de un momento a otro. Nico siguió su enfoque y nuestras miradas se entrelazaron en una sola. Había dolor en aquellos ojos, había decepción y desesperación. ¿Qué le pesaba tanto? ¿Qué le dolía tanto? ¿Lo de su madre? ¿Lo del secuestro? ¿Lo nuestro?

—Estás hermosa, Paula —me farfulló Peter, y me arrancó de mi trance de golpe.

—Gracias, Peter —le dije, ruborizada.

Observé maravillada a mi pareja: moreno, alto, con barba cerrada, musculoso y elegante. Eso sin resaltar su buen culo y sus ojos azules

profundos. Peter sonrió y me embrujó con su maravillosa sonrisa.

—Hora del gran baile —anunció el animador.

Nicolás y Luciana desfilaron altivos por el salón antes de ponerse en posición de baile. Las parejas caminamos hasta el salón y tras la reverencia inicial comenzamos a bailar. Nico y yo nos miramos como dos gladiadores a punto de librar una gran y sangrienta batalla. Peter y yo giramos de un lado al otro con nuestras palmas extendidas frente a frente, sin rozarnos hasta la segunda parte del baile, en el quinto acto. Nicolás guio los pasos de su hermana con gracia mientras los demás hacíamos lo mismo. Nuestras miradas se entrelazaron durante todo el baile.

Cuando el primer baile finalizó, él se acercó a mí con su peculiar elegancia y autoconfianza arrebatadora.

—Estás muy hermosa —me dijo con un brillo muy particular en los ojos, un destello que nunca vi antes—, disfruta de la velada, Paula —besó el dorso de mi mano.

—Gracias, Nico —fue lo único que pude articular.

Mi corazón se encogió. Nunca pensé que sentiría tanto dolor en el pecho. Mi visión se borró de pronto y fruncí mis ojos en un acto reflejo.

Nicolás Ricci se alejó de mí sin mirar atrás.

—Buenas noches, Peter —le saludó Luciana con cierto recelo.

De paso me descuartizó con sus ojos. Su odio hacia mí era cada vez más evidente y atroz.

—Buenas noches, Luciana.

Moría por saber cuáles fueron las razones que los llevó a romper. La voz ronca y sexi de mi pareja me arrancó de mi trance de golpe.

—¿Te dije lo hermosa que estás, Paula? —me dijo Peter antes de posar sus labios en los míos.

Lapso mágico en que mis ojos se encontraron con los de Nico.

—Gracias, Peter —le di un beso en los labios.

Peter y yo disfrutamos como nunca de aquella velada, entre risas y abrazos cariñosos.

—¿Lo amas? —me preguntó en la terraza tras beber un sorbo de su copa—, a Nico.

Lo miré con ojos de cordero a punto de alcanzar un orgasmo.

—Mucho —acotó él sonriendo—, una vez le dije a Marcello —continuó—, lo que será...

—Será —completé con un enorme nudo en el pecho.

Peter me cogió de las manos y me miró con ojos melosos, como si estuviera mirando a un gatito moribundo.

—Eres una mujer maravillosa, Paula —una lágrima se me escapó—, una mujer para amar con toda el alma —me secó las lágrimas con sus pulgares —, una mujer única en su especie...

—¿Te casarías conmigo? —le dije emocionada.

Peter besó mi frente.

—Si me amaras como amas a Nico —esbozó una sonrisa de costado —, sería el hombre de tus sueños, Paula Bellini.

—Nunca cambies, Peter —le rogué—, la mujer de tus sueños será inmensamente feliz a tu lado.

Peter me dio un beso muy apasionado, era el beso del adiós.

—Al igual que el hombre de tus sueños —me dijo con la voz enronquecida—, él lo sabe, Paula.

¿Qué me quería decir?

—Solo necesita tiempo para comprenderlo, Paula.

Peter se marchó a la una de la mañana, ya que lo llamaron de urgencia. Quedamos en vernos para tomar un café y charlar sobre nuestras vidas. Era un buen amigo.

Nicolás se acercó minutos después, tras hablar con su hermana, que estuvo gran parte de aquella noche con él.

—¿Bailarías una última canción conmigo, Paula?

Me limité a asentir con la cabeza. Nos dirigimos al salón de manos dadas. La canción de Daniel Bedingfield «*If you're not the one*» empezó a sonar. Creo que no fui la única que pensó que aquella música fue escrita para personas como nosotros dos, dos almas que al final no sabían lo que querían o sentían.

—Estás muy callada, Paula —me dijo en tono vago.

Lo miré fijo mientras nos mecíamos de un lado al otro.

—Sorprendida, Nico.

Él sabía a qué me refería, pero optó por lo mejor, el silencio. Tras esa canción, nuestra melodía empezó a sonar y toda mi sangre se instaló en mis mejillas. El corazón empezó a latirme con fuerza y un leve escozor me hizo pestañear varias veces seguidas. Aquella melodía me desarmaba por completo.

—Paula... —masculló tras detenerse y mirarme con magnitud.

Mis ojos se nublaron. ¿Qué pretendía? ¿Romperme aún más el

corazón?

—Nico...

Reclinó su cabeza y se apoderó de mi boca sin darme la oportunidad de pensar o de apartarme de él. Invadió mi boca, introduciendo la lengua en mi cavidad con cierta impaciencia, como si la vida se le fuera en aquel gesto. Levanté las manos y le enterré los dedos en el pelo mientras le devolvía el beso.

—Nico —gemí al tiempo que movía las caderas contra él.

En mi cabeza sonó una alarma que atravesó la neblina sexual. Nico había estado bebiendo. No sería una buena idea ir a la cama con él en aquel estado.

—No creo que sea apropiado, Nico.

Contuve el aliento mientras esperaba que él retrocediera, que me diera la razón, pero no, Nico me volvió a besar y perdí por completo la razón. ¿Decía?

Me cogió en brazos con una elegancia innata, subió la escalera y se dirigió a su viejo dormitorio en la mansión sin titubear. Me puso sobre la cama y se desnudó mientras yo lo observaba.

«Corre a tiempo» me dije, pero continué allí.

Se reunió conmigo en la cama y se pegó a mi cuerpo. Me ayudó a sacar el vestido hasta dejarme completamente desnuda.

—Te he echado de menos, Paula.

Lo miré fijo.

—No es necesario que mientas para que tengamos sexo, Nico. Ambos somos adultos y sabemos lo que esto significa.

Me miró asombrado por unos instantes. O, al menos, lo fingió muy bien. Me besó con mucha fogosidad. Me arqueé con fuerza cuando el deseo me atravesó como un rayo. Le clavé los dedos mientras me aferraba a él y le devolvía el beso, ahogándome con su sabor a whisky y a hombre. Me separó las piernas y me penetró hasta el fondo con urgencia y ya no hubo cabida para el orgullo o para la lógica, sino solo para la necesidad de tenerlo en mi interior. Entrelazó nuestras manos y las pegó con fuerza a la almohada mientras comenzaba a moverse sin parar. Nos miramos durante todo el tiempo, sin desviar la mirada el uno del otro un solo segundo. Aquella noche fui suya, solo suya mientras él fingía ser mío, solo mío.

Al día siguiente, me desperté y me encontré en mi cama con una rosa morada a mi lado. Nico había desaparecido tras dejarme allí, había decidido

huir una vez más.

# Las sombras de Nicolás Ricci



**E**l magnate decidió viajar lejos tras hablar con su abuela, que no se encontraba nada bien aquellos últimos días. Leonella comprendía sus motivos mejor que nadie en el mundo, quizá era la única que podía hacerlo.

—Mi pequeño sol.

Nicolás se sentó en el borde de la cama de su abuela y la miró con profundo amor tras tocarle el piano blanco que se encontraba en el cuarto contiguo a un costado de la enorme chimenea de piedras también blanca.

—Gracias, mi amor —le dijo ella en un susurro apenas audible—. Cuando tocas el piano puedo sentir la vibración de tu corazón con cada nota.

Un enorme nudo se le formó en el pecho a Nicolás al verla tan débil, tan entregada a su destino.

—«*O mio babbino caro*» siempre me recordará a ti, abuela.

Leonella sonrió con tristeza.

—¿No cambiarás de decisión, Nico? Hoy es el día del adiós definitivo, ¿no? —sus ojos se nublaron.

Nicolás contuvo el enorme deseo de llorar.

—Necesito encontrarme, abuela. Necesito saber por qué continúo vivo o para qué —sus ojos se encapotaron lentamente—, no puedo quedarme y verte morir sin poder hacer nada, buba.

Leonella cogió sus manos y las besó con los ojos entrecerrados. Las fuerzas empezaban a fallarle. La vida se le escapaba de manera ineludible.

—En ese camino hallarás a varios Nico —le dijo con una sonrisa—, pero solo uno es el verdadero, mi amor.

Nicolás era consciente de ello, pero en ese viaje pretendía hallar al verdadero, al Nicolás que quizá ni siquiera él conocía hasta entonces.

Además, la muerte se acercaba y el dolor que conllevaba el adiós era insoportable.

—Siempre te extrañaré, abuela —se quebró—, ¿quién me dará buenos consejos? ¿Quién me dará dulces apapaches cuando las fuerzas me fallen? ¿Quién me secará las lágrimas cuando mis manos estén atadas al dolor?

Leonella lloró quedamente.

—A veces me enfado tanto con Dios, mi amor.

Nicolás enarcó una ceja tras enjugarse unas lágrimas, signo de debilidad e impotencia. Pero ¿cómo demostrar el dolor con otro gesto? Llorar era lo más difícil para un hombre, pero lo más noble que nacía de su corazón. Nicolás Ricci, el magnate sin alma, siempre tuvo una, oculta detrás de su roca de oro para que nadie la viera y la mutilara.

—No eres tu padre —le dijo Leonella—, tampoco eres tu madre.

Los ojos del magnate se oscurecieron al escucharla.

«Ni siquiera era mi padre» pensó él con un enorme nudo en el pecho.

—Pero tengo sus genes en mí, buba —la tristeza se filtró en cada palabra que emitió—, tarde o temprano terminarán dominándome.

Leonella sonrió con tristeza.

—La amas más de lo que eres capaz de admitirte a ti mismo —le dijo ella sin abandonar su sonrisa—, temes terminar como tu padre —tosió con dificultad—, esclavo de un sentimiento no correspondido.

Una lágrima atravesó el rostro del magnate y posó sobre la mano de su abuela, que se estremeció.

—Temo no hacerla feliz, buba.

Leonella lo miró con infinita compasión al confirmar sus sospechas. Nico estaba enamorado de Paula, aunque no lo dijera abiertamente. La amaba tanto que, por ese amor, pretendía alejarse de ella. Su padre, en el pasado, fue derrotado por el dolor y cometió una locura en su contra en nombre del amor que sentía por su mujer, un amor enfermizo. Nicolás temía cometer el mismo error, pero en contra de Paula. Temor, amor, odio, dolor, los sentimientos que experimentaba su nieto lo estaban volviendo loco.

—Paula, al contrario de tu madre y tu padre, te ama con todas sus fuerzas, aunque nunca te lo haya dicho explícitamente. Hay mil maneras de demostrar el amor, incluso en el más profundo de los silencios, Nico.

El empresario estaba destrozado por dentro, por la culpa, por las cosas que vivió y los secretos inconfesables que enterró en su corazón.

—El amor es un largo camino espinoso, Nico. Solo los valientes son



capaces de enfrentarse a los miles de obstáculos impuestos por el hado — Leonella golpeó su cama con su mano—, ven aquí, mi amor.

Nicolás se acomodó en la cama, en los brazos de su buba, la mujer que siempre estuvo a su lado en las buenas y en las malas. En las alegrías y en las tristezas.

—Nadie podrá ser feliz por ti, mi amor.

Nicolás lloró, lloró con toda el alma, como si aún fuera un crío pequeño e indefenso. El dolor lo dominó por completo y, ante él, se rindió.

—Llora, mi amor. Desahoga tu corazón.

Nicolás perdió el control de sus emociones y se embarcó en la gran pena que cargaba desde que era un niño.

—Siempre he tenido todo, buba, pero lo esencial, lo que en verdad quería, no.

Leonella besó su cabeza con afecto mientras las lágrimas atravesaban su escuálido rostro una tras otra.

—Ahora tienes la oportunidad de tener lo que siempre has anhelado, Nico.

¿Paula era lo que quería? ¿Era la segunda oportunidad que había rogado al cielo? ¿Era el regalo retrasado de Papá Noel?

—En ella hallarás la cura que buscas desde hace tanto tiempo, mi amor. No pierdas tanto tiempo, la vida es un pasaje tan corto...

—Buba —dijo encogiéndose—, no puedo... No...

Leonella lo interrumpió con un ademán.

—Puedes, mi amor. aunque ya no esté a tu lado el día que decidas ser feliz —jadeó sin fuerzas—, me sentirás en tu corazón, como un latido fuerte que te impulsa a seguir adelante. Nunca, nunca te dejaré, mi amor.

Nicolás soltó un gemido de dolor y lloró, lloró con todas sus fuerzas como si aún fuera un crío.

—Buba, siempre te extrañaré.

Leonella entrecerró sus ojos.

—Yo también, mi amor.

Nicolás se durmió en los brazos de su abuela como cuando era un niño.

Paula ingresó a la habitación tras llegar de la revista, sin hacer ruido. Los observó con mucha atención, sintiendo una extraña emoción en su corazón. Nicolás yacía en posición fetal al lado de su querida abuela. Se acercó y notó lo enrojecido que estaban sus ojos.

—Chiss —le dijo Leonella—, ven, cielo.

Paula obedeció y se acomodó al lado de ella. Leonella se encontraba en medio de ambos.

—Descansa, mi amor —le dijo su abuela—, mimi con tu nonna —acotó con voz infantil.

Paula entrecerró sus ojos lentamente hasta perder por completo la noción del tiempo. Leonella aprovechó el momento y se retiró de su cuarto, dejándolos a solas.

—El destino fue cruel con vosotros dos —dijo la estilista—, es hora de resarcir esos daños —se retiró de la habitación con sumo cuidado.

Nicolás abrió con pereza sus ojos tiempo después, encontrándose de cara con Paula, que dormía profundamente a su lado.

«Paula» dijo para sus adentros al tiempo que le acariciaba la mejilla sonrojada.

Ella soltó un largo y sonoro suspiro, un suspiro que él aspiró y conservó dentro de su ser como el aliento que necesitaba para seguir con sus planes.

—Una vez me dijiste que un amor generoso siempre tiene preparado su testamento —musitó él con lágrimas en los ojos—, pronto firmaré el mío.

Besó con delicadeza sus labios, un beso tierno y totalmente correspondido por ella, que ni siquiera abrió los ojos.

—Nico —susurró entre sueños—, te amo...

Aquella confesión lo dejó paralizado.

—Yo también, alma mía —le dijo con lágrimas en los ojos—, y por ello debo partir de tu vida, Paula. Por amor a ti debo irme lejos y evitarte nuevas decepciones.

Besó su frente, sus ojos, la punta de su nariz y sus labios por última vez aquel día, antes de marcharse a un sitio lejano, donde nadie pudiera encontrarlo. Cogió su pañuelo de seda de color morado y lo depositó al lado del rostro de Paula tras secarse las lágrimas, aquellas que derramaría siempre por su ausencia. Podía negarse a decir «te amo», pero no a sentirlo. El hombre puede luchar contra ese sentimiento, sin embargo, tarde o temprano, perderá la batalla. Así era aquel sentimiento: indomable y eterno.

—Siempre te extrañaré, Paula Bellini.

Nicolás se retiró del lugar sin hacer ruido, dejando al lado de Paula su corazón magullado.

«Yo también» le dijo ella al abrir de golpe sus ojos.



Paula recibió una tarjeta de invitación al día siguiente mientras firmaba algunos documentos en la revista. Elena, su asistente personal, le entregó la misma.

—¿Exposición de arte? —se dijo con una sonrisa ladina—. Nico.

Nicolás había desaparecido días atrás de la mansión sin dejar rastro, como de costumbre. Su abuela le había dicho que necesitaba tiempo para ordenar sus sentimientos. Quizá, antes de emprender dicho viaje, se despediría de ella.

—¿Es de Nico? —le preguntó Elena con un deje de ilusión.

Emocionada, Paula asintió.

—Siempre te extrañaré —leyó la frase que se encontraba en la parte superior de la tarjeta—, rosas moradas —acarició la imagen de la flor con lágrimas en los ojos.

—¡Debes prepararte! —le gritó Elena—, ¡ya habéis perdido mucho tiempo!

Salió de la revista rumbo a su casa a toda prisa. Se puso un vestido negro muy elegante y se recogió el pelo con la horquilla en forma de rosa de color morado. Se puso el perfume que él le había regalado.

—Perfecto.

Se dirigió al lugar indicado en la tarjeta. Aparcó su coche y se acercó a la famosa galería Ricci, la que alguna vez perteneció al abuelo de Nicolás.

—¿No ha venido nadie?

Un joven se acercó y le entregó una rosa morada.

—Bienvenida, señorita Bellini.

Paula cogió la misma con manos temblorosas.

«Qué sensación más rara».

Se enfiló dentro de la galería, donde se llevó una gran sorpresa al ver los cuadros que Nicolás había pintado durante los últimos meses. Para completar el épico momento, la banda sonora de la película «Por amor a Rossana» versión piano empezó a sonar en los altavoces, erizándole toda la piel.

—Dios mío —masculló con lágrimas en los ojos al ver los cuadros que se exponían allí.

—Para usted —le dijo el joven tras estirarle una tarjeta.

«Bienvenida a nuestro dulce sueño» rezaba en la misma.

Paula observó cada cuadro con el corazón en un puño. Nicolás había retractado momento a momento todo aquello que habían vivido durante su sueño.

—Oh, Dios mío...

Paula y él recorrían de manos dadas un hermoso campo repleto de amapolas, girasoles y rosas en el primer cuadro.

—Nico...

En los demás cuadros, corrían, sonreían, andaban en bicicleta, bajo un paraguas, nadaban, bromeaban y se besaban. Las imágenes comenzaron a distorsionarse por culpa de las emociones encontradas. Cuando llegó al último cuadro su alma abandonó su ser. Paula observó las manos en el aire con una rosa morada entre ambas mientras abajo, una pareja se estrechaba enfrente de una valla de madera.

«Siempre te extrañaré» decía debajo de las manos.

—Yo también —masculló llorando, comprendiendo que aquel regalo indeleble era la despedida anticipada de ambos.

Nicolás Ricci había firmado el testamento de su corazón, había desistido de los dos antes de tiempo. Paula acarició el cuadro, presa de un llanto profundo y doloroso.

—Siempre te extrañaré, mi amor.

## Adiós abuela...



**M**i abuela tuvo una terrible recaída ayer y tuvieron que internarla a toda prisa. Sus hijos no la abandonaron un sólo instante, al igual que nosotros sus nietos, menos Nico, que no apareció.

—Todo saldrá bien, hermano —le dijo papá a mi tío.

Mi tío le lanzó una mirada ensombrecida antes de retirarse de la sala de espera. Lo escruté hasta perderlo de vista. Al igual que él, yo también presentía lo peor.

—Se muere —musité llorando—. Se muere...

Evoqué en ese lapso a Nico, la exposición de su alma, su adiós repentino. Había huido, pero el dolor iría tras él fuera donde fuera.

—Debes llamar a Anna —me dijo mi padre con lágrimas en los ojos—, debe prepararse, mi vida.

Mi abuela fue dada de alta, sin levantar ninguna sospecha sobre su estado actual a la prensa, que rondaba la mansión, hambrientos por alguna noticia exclusiva.

—Debes venir, Anna —le dije a mi prima, que se rompió a llorar—. Se va.

—No —me dijo sollozando—, no es justo, Paula.

Las lágrimas anegaron mi rostro. No, no era justo, pero era la ley de Dios.

—Estaré allí lo antes posible, prima —me prometió Anna.

Al día siguiente, a muy tempranas horas, Anna y Marcello llegaron. Mi abuela estaba reposando en su cama con sus dos hijos cuando me mandó llamar. Subí apresurada y golpeé la puerta con el corazón en un puño. Mi padre y mi tío salieron del cuarto destrozados.

—Sé fuerte, hija —me dijo mi padre, y depositó un beso en mi frente—. Ella necesita verte fuerte.

Pasé y tomé asiento sobre el sofá mientras las enfermeras la aseaban, en ese lapso, Anna llegó. Me abrazó llorando con amargura.

—Tranquila, hormiguita —la consolé.

Nos acercamos a nuestra abuela tan pronto como la dejaron a solas. Mi corazón estaba acelerado, sabía que el adiós se aproximaba a pasos firmes.

—Mis queridas nietas —murmuró con mucha dificultad—. Estoy tan agradecida con Dios por haberos enviado a mi vida —balbuceó sin fuerzas—; y poder llevar estos recuerdos conmigo. Evoqué los días que pasamos juntas en mi pueblo. Las locuras que hicimos en ese lapso, los recuerdos que bordamos mano a mano en tan poco tiempo.

—Abuela —resoplamos sollozando.

Ella cogió nuestras manos y las posó sobre su pecho huesudo.

—Pronto la felicidad golpeará de nuevo tu corazón, Paula —musitó en tono muy cansado—, quizá la dicha esté a tu lado —jadeó sin fuerzas—. Quizá está más cerca de lo que imaginas, mi dulce nieta.

La miré con infinita tristeza, sabía a quién se refería, pero no podía contradecirla, no en ese estado.

«Nico desistió de nosotros, abuela. Jamás podría amarme como yo lo amo a él».

—Quiero que me prometas algo, Paula.

—Dime, abuela —mascullé entre sollozos profundos.

Una mueca de dolor se apoderó de su bello y escuálido rostro.

—Que tu venganza será moral y que no afectará a gente inocente —asentí con la cabeza sin mucha convicción, en ese momento solo me importaba ella y nada más.

—Sí, abuela.

Carla ha desaparecido y las probabilidades de que la encontrara eran mínimas. No cesaré fuego, pero últimamente solo me importaba vivir. Ya en el pasado me habían encerrado y no quería lo mismo, no quería terminar acorralada dentro de mi propio odio. Era el peor cautiverio que podías darle a tu alma.

—En especial a ti —le miré con ojos lastimeros—, pues la venganza es un acto de redención y muchas veces no satisface nuestro deseo del todo. El odio y el rencor no son buenos consejeros... —entrecerró sus ojos—. Puede dejar secuelas indelebles en el alma —gimió de dolor— y una vida oscura no

es digna para ti, mi dulce nietita.

La miré con infinito amor mientras ella posaba su mirada en Anna.

—Solo te pido, Anna —hizo una pausa y agregó con voz quebrada—: que cuides tu corazón ante todo y que nunca dejes de creer en un amanecer mejor tras la tormenta...

Carraspeó y todo su cuerpo vibró.

—Las tormentas dejan rastros horribles, es verdad, pero tras ella siempre brilla el sol. Tu luz debe ser más poderosa que tu oscuridad —exhaló una bocanada de aire con mucho escollo al tiempo que me miraba con ojos suplicantes, una mirada que jamás podríamos borrar de nuestras memorias—. Habéis vencido muchas batallas y aún venceréis muchas más. No dejéis que el pesimismo ni la Retinosis os derroten.

Las lágrimas anegaron mi rostro y ahogaban mi corazón. Anna lloraba con desfallecimiento a mi lado.

—Lo prometo, abuela —dijimos con voz entrecortada.

Me recosté a su lado y lloré sin consuelo, aquello era una despedida.

—Te amo tanto, abuela —susurré entre lágrimas—. Siempre te extrañaré —le dije llorando.

Ella respiraba agitada como si las fuerzas la abandonaran lentamente.

—Y yo a vosotras —replicó en un hilo de voz apenas audible—. Cuéntame tu sueño, aquel deseo tuyo que hace unos meses me habías revelado en tu casa tras ver nuestra serie favorita, Paula —me dijo y la miré embobada como una niña pequeña ante algún regalo anhelado—. Cuéntame de nuevo, mi pequeña.

Anna cogió mi mano y me miró con adoración, con la misma veneración que yo a ella.

—Un día, abuela —comencé a decir con la voz entrecortada por la emoción—: me casaré con un buen hombre, a orillas de tu adorado lago en la casa de campo de Toscana, vistiendo un hermoso y pletórico vestido en combinación con una corona de flores naturales —el pecho de mi abuela subía y bajaba con mucha parsimonia mientras las lágrimas encharcaban mi rostro como un manantial.

—Ese día estaré con vosotras, lo prometo, mis pequeñas.

Recostamos nuestras cabezas sobre la almohada una a cada lado.

—Siempre estaremos juntas, aunque no me veáis —mi corazón se partió en dos. Mi abuela carraspeó cansada antes de pedirme algo—: Coloca el CD que me has regalado con tus canciones favoritas, mi cielo...

—Sí, abuela.

—En especial «*Home again*» de Vonda Shepard, nuestra banda sonora preferida —me pidió—, llama a mis hijos y también a Luciana, Anna —le susurró a mi prima esbozando una tímida sonrisa.

Introduje el Cd en el aparato reproductor y la voz peculiar de Vonda Shepard matizó nuestra tarde como otras tantas que habíamos pasado juntas desde que nos reencontramos.

—Abuela —dije anegada en lágrimas.

Sus hijos y Luciana ingresaron al cuarto y nos atisbaron apesadumbrados desde el sofá. Papá y mi tío sollozaron como dos niños pequeños tras recibir el último abrazo de una madre a la que siempre echarían de menos por el resto de sus vidas. Luciana fue más fuerte que nosotros y las lágrimas caían invisibles sobre su rostro. Pero la tristeza era infinita en su mirada.

Mi abuela y yo entrelazamos nuestras manos mientras entrecerraba los ojos vencida por el cansancio y la emoción.

—¿Por qué, Paula? —me preguntó mi prima.

—Es el tiempo de Dios, Anna —me limité a decir. —Ella ha cumplido su misión en la tierra y ahora debe partir para esperarnos en el lugar prometido, prima —le susurré llorando mientras la lluvia caía afuera de manera desapacible.

Nos quedamos dormidas profundamente a su lado.

—Anna, cariño, despierta —le dijo mi tío con los ojos sonrojados a mi prima.

—Paula, cielo —me dijo mi padre—. Mi vida...

Miré a Luciana que lloraba a lágrima viva en un costado, su fortaleza, al fin, fue derrumbada por el dolor. Anny y yo miramos a nuestra abuela.

—¡Abuelaaa! —tronamos—. No te vayas...

Abrazamos su cuerpo sin vida y dijimos entre sollozos:

—Nunca te olvidaremos, abuela. Nunca...

Leonella Ricci partió para siempre de mi lado, llevándose con ella parte de mí. Evoqué los días gloriosos que pasamos juntas, los días que nunca olvidaré mientras viva.

—Siempre te extrañaré, abuela. Siempre.



# La victoria



Meses después...

**E**voqué la noche que Nico apareció en casa y me invitó para ir a un lugar con él. Acepté la invitación sin vacilar. Llegamos al sitio bastante aislado de la ciudad horas después.

—¿Dónde estamos, Nico?

Observé la antigua casa quinta con ojos inquisitivos.

—Aquí pasé gran parte de mi infancia, alma mía.

Me enseñó la casa al estilo victoriano y luego me llevó a un tipo de galpón. No era muy presentable como el resto del lugar. Encendió la luz principal y vi una silla de hierro en el centro y una mesa de madera muy ajada al lado. Una sensación muy extraña invadió mi corazón de repente.

Silencio.

—Este es el sitio donde he estado durante mi secuestro —me dijo Nico por sobre mi hombro derecho—. Aquí he estado durante meses, alma mía.

—¿Qué? —resoplé con ojos llorosos y él se limitó a sonreírme.

Una sonrisa teñida de dolor y tormento.

—Ven, alma mía. Quiero enseñarte un sitio —me dijo extendiéndome la mano derecha.

Me llevó al patio, cerca de su árbol favorito y nos sentamos bajo él, bajo su sauce llorón. Me acomodé entre sus piernas mientras él me rodeaba con sus fuertes brazos. Tras mucho pensarlo, me contó su mayor tragedia.

—Nunca imaginé sentir tanto dolor, alma mía.

Lloré en silencio.

—Lo siento tanto, Nico.

Nicolás Ricci lloró como un niño pequeño entre mis brazos y creo que al fin consiguió su libertad tan soñada. Su alma al fin estaba libre y corría por el campo bajo la luz plateada de la luna.

—Alma mía —me susurró antes de apoderarse de mis labios—, libérame, Paula.

Aquella noche dormimos juntos tras hacer el amor bajo aquel árbol que tanto amaba. Fue una de mis mejores noches a su lado.

—Tengo frío —le dije y me cogió en brazos—, ahora ya no.

Nos acostamos en la cama como habíamos venido al mundo.

—He tardado demasiado ¿no? —me preguntó mirándome a los ojos con magnitud, estábamos recostados frente a frente—, el temor fue mayor que el...

Nico no terminó la frase, el miedo se lo impidió.

La chimenea del cuarto consumía las leñas perfumadas, impregnando el lugar con su aroma sanador.

—El tiempo lo dirá —le dije con toda la sinceridad que albergaba mi corazón.

Me estrechó con fuerza y mucha ternura. Estuvimos así hasta que me quedé completamente dormida.

Al día siguiente, fuimos a un pequeño mercadillo en el pueblo. Compramos algunas cosas para comer y también productos para limpiar la casa, que estaba muy abandonada. Nico la había comprado meses después de su secuestro. Pensaba quemarla, hasta que yo le comenté sobre uno de mis mayores sueños, fundar un albergue para animales. Creo que él siempre me escuchaba, aunque fingiera no hacerlo la mayor parte.

Lavamos las sábanas y las tendimos juntos en el patio. Nicolás Ricci, el magnate millonario, era muy sexy limpiando la casa.

—Allí —indicó con el dedo índice—. Hay un bello arroyo.

Seguí su enfoque.

—¿Puedo verlo? —sugerí y él asintió.

¡Era sublime!

—¡Qué sitio más hermoso, Nico!

Él se agachó para lavarse las manos. Me acerqué sigilosamente y le di un empujón. Nico cayó de cabeza en el agua. Tuve un ataque de risa.

—No tienes mucho equilibrio que digamos —comenté riendo.

Sin decir palabra, Nico me cogió en brazos y me llevó hasta el arroyo.

—Ni se te ocurra, Nico —le advertí.

Me arrojó al agua sin piedad.

—¡Nico!

Su carcajada recorrió todo el bosque. Comencé a dar manotazos en el agua para salpicarlo.

—¡Eres un desconsiderado!

Nico se metió en el agua. Me cogió entre sus brazos, me levantó en el aire y comenzó a besarme. Me aparté de él y me subí a sus hombros dispuesta hundirlo.

—¡Pídeme perdón! —exigí.

—¡Nunca! —gritó él.

Volví a hundirlo.

—¡Pídeme perdón, señor Ricci!

—¡Jamás! —chilló y se hundió en el agua, conmigo encima.

—¡Nico!

Nos echamos a reír.

—Rodéame con las piernas, Paula.

—¿Qué haga qué?

Le rodeé el cuello con los brazos y comencé a besarlo.

—Abre las piernas y sujétame con ellas.

Me puso una mano en las nalgas para sostenerme, y con la otra me levantó una pierna y se la apoyó en la cintura.

—De esta manera.

No podíamos dejar de besarnos.

—Paula...

Le dije que no podíamos hacer el amor a cada rato. Me besó con devoción y, segundos después, estaba encima de él, desnuda y gritando de placer.

Por la noche, encendimos una fogata y bebimos vino bajo la luz de la luna. Me pareció que él estaba muy callado, más de lo habitual. No lo culpaba, aquel sitio era símbolo de dolor y tormento.

—Nico —le dije suavemente—. Ven, apoya tu cabeza aquí.

Él se acostó con la cabeza apoyada en mis muslos. Le acaricié el rostro con mucha ternura.

—¿Qué pasa por tu cabecita? —le susurré mientras me inclinaba para olerlo—. Hueles tan bien...

Acuné su cabeza entre mis muslos y pechos, y le besé los ojos.

—¿Qué te preocupa?

—Nada —contestó, sin añadir nada más.

Exhalé un suspiro.

—Voy a fumar —anunció y se levantó.

Continué sentada delante del fuego con las piernas cruzadas. No había más luz que el círculo alrededor de la hoguera y de la luna en el cielo. El aire olía a agua fresca, a madera, a tilo, a jazmines y a noche, si es que eso era posible. Sí, aquella noche olía a amor, olía a libertad, a segunda oportunidad.

Me observaba mientras fumaba. Me acerqué y me detuve junto a sus piernas. Le pregunté tímidamente:

—¿Quieres entrar en la casa?

Él sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Ve tú primero, alma mía. Me quedaré aquí un rato más, hasta que el fuego se apague.

¿De qué fuego hablaba? ¿Del que incendiaba su ser por dentro? Me fijé en sus ojos, en sus labios, en sus manos.

«Te amo tanto».

Me mordí el labio inferior una vez más. Le separé las piernas y me puse de rodillas entre ellas. La respiración de Nico se aceleró al deducir lo que haría a continuación. Nos miramos, nos deseamos, nos devoramos sin siquiera tocarnos. Comencé a acariciarle las piernas mientras le miraba a la cara. Le bajé el cierre del pantalón con parsimonia martirizante.

—Te deseo tanto, Nico.

Cogí su miembro tras apartar su ropa íntima y lo acaricié hasta dejarlo duro como una piedra. Luego recliné la cabeza y abrí la boca.

—Mmm —gimió cuando lo metí en mi cavidad—. Oh, alma mía...

Nico me detuvo tiempo después y me pidió que me sentara a horcajadas sobre él. Me quité la braga y me senté sobre su regazo con sumo cuidado. Nico me penetró hasta el fondo antes de besarme en los labios y moverme sobre él sin parar. Nos abrazamos con fuerza cuando el frenesí nos envolvió de pies a cabeza.

Volví al presente con el alma a mis pies. Me enjuagué las lágrimas con la sábana de la cama mientras afuera llovía tímidamente. El otoño había llegado y las hojas marchitadas de los árboles se juntaron con mis lágrimas. Ayer me internaron de urgencias, como consecuencia de una infección en los riñones. Nunca había sentido tanto dolor en mi vida. Era un dolor físico,

menos martirizante que el emocional. Me medicaron tras varios estudios.

—¿Te encuentras mejor, prima? —me preguntó Anna.

Se había pasado casi un año desde la triste partida de mi abuela. Fue un lapso muy duro para mi corazón. Su ausencia dejó un vacío abismal en mi vida y en la de sus hijos.

—Mejor, hormiguita —le mentí y ella era consciente de ello.

Mi prima y nuestros amigos fueron mi gran sostén en este tiempo tan tormentoso. Observé la foto de mi abuela, la que Anna colocó en la mesilla. Ella me sonreía, como diciéndome: pronto las cosas mejorarán. Quería creer, pero para ello necesitaba tener fe y ya no la tenía hacía tiempo.

—Me siento morir, hormiguita —le dije llorando—, me duele partes de mi ser que no sabía que podían dolerme...

Anna me miró con profundo dolor, ella, mejor que nadie, sabía lo que era perder a un ser querido para siempre.

—Oh, Paula.

La tristeza fue un factor determinante en mi actual estado, me dijo el médico que me atendió.

—Mejoraré pronto —me alenté—. He pasado por cosas peores, hormiguita.

Ella asintió sin abandonar su deje triste. La muerte de mi abuela dolía más de lo que mi cuerpo estaba dispuesto a soportar, en otras palabras. Para empeorar, anoche tuve un sueño muy extraño con Nicolás, soñé que había estado aquí, a mi lado mientras afuera llovía y la melodía de la película «Por amor a Rossana» sonaba desde una cajita de música de madera muy rústica. Miré hacia la ventana.

—Dios mío —musité cuando vi algo en el alféizar de la ventana.

Abrí mucho los ojos ante la impresión.

—¿Y esa rosa morada? —le dije a Anna con el corazón en un puño—, ¿Nico estuvo aquí?

Anna buscó mi enfoque, al parecer, tampoco la había visto antes.

—No lo sé, prima —me contestó.

¿Lo que viví no fue producto de mi imaginación? ¿Nico estuvo aquí? ¿Me besó? De pronto vi una caja de madera preciosa sobre la mesa rinconera a un costado del cuarto. Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras la piel se me erizaba de pies a cabeza.

—Esa caja —le dije a Anna—, la vi en mis sueños...

Ella se acercó y cogió la caja. La posó en mi cama con cuidado.

—Siempre te extrañaré —rezaba en la tapa.

Abrí la misma con manos temblorosas y la melodía de la película «Por amor a Rossana» empezó a sonar.

—Nico me la había tocado —le dije a Anna, llorando—, es su versión, hormiguita...

Anna llevó sus manos unidas a su boca. Emocionada hasta el alma con el gesto de Nico.

—Nico estuvo aquí conmigo —le dije—, y me besó...

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué?

La ilusión murió con el tiempo y con su ausencia. Tras aquel día, Nico no volvió a aparecer, no volvió a enviarme rosas. Tal vez jamás volveríamos a vernos en esta vida.

«Siempre te extrañaré» dije el día que estuve en su mansión de cristal.

Una empresa especializada cubrió todos los muebles con sábanas blancas. Los observaba con infinita tristeza mientras ellos enterraban a Nico bajo aquellas telas.

—Adiós —mascullé tras posar mi manojito de llaves sobre la mesa del recibidor—. Mi amor.

Meses después, viajé a mi pueblo adorado. Me instalé en mi casa. La limpié, cuidé el jardín y cociné mientras miraba unos vídeos que había hecho con mi prima, con Gigo, con Elena, con mi abuela y con Nico.

—¡Ey! —chilló Nico iracundo cuando lo empapé con algo de agua—, ¡eres muy tramposa!

Mi abuela apareció riendo detrás de él.

—Nico odia perder, mi vida —me dijo tras besarle en la cabeza.

Lloré a moco tendido mientras aquellas imágenes iban refrescándome la memoria y resucitándome el corazón.

—¿De qué estás hablando, Willis? —dijo Anna muy cerca de la cámara.

Gigo hizo cara de gozo.

—Marcello es, sin lugar a dudas, el hombre más hermoso del planeta, Anna —dijo Gigo.

Anna miró horrorizada la cámara.

—¡Gigo!

Ambas le besamos sus mofletes al mismo tiempo.

—¡Dios! Si fuera heterosexual, ¡no se me escapaban!

Nos tocó los culos y luego soltó un gemido de asco. Le bajamos los

pantalones y dejamos al descubierto su tanga rosa. Nos desternillamos ante su exagerada reacción.

—¡Te amo, Rocky! —chillé el día que lo vimos en Roma—, ¡me debes un buen polvo!

Anna, Emma y Gigo aparecieron con unas cintas atadas en sus cabezas.

—¡Algún día me casaré contigo, Nicolás Ricci! —chillé y ellos resoplaron—. ¡Lo haré! —se alejaron de mí—, ¡ey! ¿Adónde vais?

Me rompí a llorar cuando la siguiente imagen apareció.

—¡Eres mi alma gemela! ¡Aunque ahora estés algo confundido con esa modelo sin gracia y sin grasa!

—¡Giulio! —gritó mi mamá—, mira la cámara, mi amor.

El llanto se intensificó cuando dijo mi nombre. ¿Cómo podría describirles lo que sentía ante esto? ¡Era imposible!

—Hermanito...

Emma apareció entre los tantos vídeos que tenía seleccionado. Sus ojos estaban tristes, quizá no me hizo aquello por maldad, sino por no saber amar.

—Es hora de partir, Emma.

Esa misma tarde me puse mi casco rosa, mis gafas de sol, mi MP4 con las mejores bandas sonoras de Trevor Jones y me monté mi vieja vespa rosa. Recorrí mi amado pueblo con el corazón henchido de una emoción que no podía definir con palabras exactas mientras las melodías asaltaban mis oídos y me transportaban a otra dimensión. Evoqué mis mejores momentos y también los peores. Esboqué una sonrisa nostálgica mientras unas lágrimas anegaban mi rostro. Aceleré la moto y disfruté de lo increíble de aquel momento.

—Hora de enterrar el pasado —me dije decidida.

Aparqué la moto enfrente del cementerio. Cogí las flores que había robado del vecino, bueno, me gustaba el peligro, como solía decirme Nico.

Deposité una rosa blanca en el panteón de mi hermanito.

—Siempre te extrañaré, Giulio —le dije llorando a lágrima viva—, nunca, nunca te olvidaremos, mi amor.

En más de una ocasión me lo imaginé vivo, alto, guapo y mandón como yo. Más serio, más responsable y casado a temprana edad. Incluso podía ver a mis sobrinos. Dos: Giuliana y Paolo. También me imaginaba unas peleas con mi cuñada. La imaginación era tan poderosa y tan cruel.

Me levanté tras besar su fotografía y me acerqué al panteón de Emma. Deposité una rosa blanca sobre su olvidada morada final. Observé su foto con

ojos curiosos. Emma Franco nunca conoció el verdadero amor y, por ello, hizo lo que hizo. Era momento de abrir la puerta de su sótano y dejarla libre. Supuse que tendría un largo y espinoso camino por recorrer...

—Te perdono, Emma —le dije llorando—, por todo.

Giré sobre mis talones, momento en que mi móvil timbró. Cogí la llamada, era Samantha Baker, la dueña de una de las revistas más prestigiosas de Estados Unidos. Cuando me habló, casi me desmayé de la emoción.

—¿Qué?! —le dije emocionada—, ¡Sí! ¡Acepto el trabajo!

Era la señal, era momento de tomar otro rumbo en mi vida. Alegre, cogí mi vespa y me dirigí a mi amado Ponte Maggio. Aparqué a un costado mientras unas personas se amontonaban cerca de una casa abandonada. ¿Habrá muerto alguien? Mi lado italiano afloró. ¿Nos gustaban las tragedias! Tanto o más que a los griegos. Me encogí de hombros antes de acercarme a la barandilla de piedras. Me quité las gafas de sol y observé el río Lima con ojos soñadores. Lancé una rosa y traje a la memoria a mi abuela. Entrecerré los ojos y la vi con nitidez allí, a mi lado. Apretujé mi mano al sentir el contacto invisible de la suya.

«Hora de ser feliz, Paula» me dijo.

Abrí de golpe los ojos al oírla. ¿Estaba alucinando? De pronto un helicóptero cruzó el cielo, alcé la vista y lo observé curiosa, cuando de pronto... unos pétalos empezaron a caer de él, decenas, centenas, miles, millones de pétalos empezaron a caer del cielo.

—Dios mío —dije con lágrimas en los ojos—, ¿qué es esto? —mascullé con la cabeza hacia atrás y girando lentamente sobre mis pies con los brazos abiertos de par en par.

En ese lapso mágico, aquellas personas amontonadas a un costado del puente se acercaron tocando la melodía de la película «Por amor a Rossana» con varios instrumentos. Otro helicóptero pasó y más pétalos de rosas empezaron a caer del cielo, ¡era una lluvia de pétalos!

—Oh, Dios —dije llorando.

Nico apareció de la nada con una rosa morada entre manos y una mirada enamorada en los ojos. ¿Enamorada?

Se acercó con su peculiar elegancia y me miró con magnitud.

—Paula —masculló con lágrimas en los ojos mientras nuestra melodía sonaba de fondo—, necesito confiarte el secreto que guarda mi corazón desde el día que te vi en mis sueños —los pétalos caían a raudales sobre los dos—, no puedo seguir ocultándolo...



Me secó unas lágrimas con su pulgar y me robó un suspiro sin querer.

—¿Qué secreto, Nico?

Reclinó su cabeza sobre la mía y suspiró hondo antes de hablarme:

—Mi corazón te ama con locura —su voz se enronqueció—, y se muere si está lejos del tuyo.

Lo miré como si fuera la primera vez en mi vida.

—Te amo, Paula Bellini.

Temblé como una hoja, temí estar soñando una vez más. Me pellizqué, solté un gemido de dolor y, tras ello, me engarcé a su cuello tras gritarle:

—¡Te amo, Nicolás Ricci!

Nico me levantó contra su cuerpo y me besó por todos los meses que no lo hizo. Le rodeé la cintura con mis piernas y me dejé llevar... al fin... por el amor...

—¡Te amo! —gritamos al unísono.

Aquello merecía una canción más apropiada, pensé. Le pedí a los músicos que tocaran «*Going the distance*» de Bill Conti.

—¿La canción de victoria de Rocky? —me dijo Nicolás sorprendido—. ¿En serio?

Le di un beso muy apasionado, me aparté y le llené la cara de besos.

—Esta es mi mayor victoria, Nico —le dije llorando al tiempo que «*Gonna fly now*» rellenaba el lugar—, ¡sííí! —chillé al subirme en una de las barandillas con las manos a lo alto—, ¡hora de ser feliz!

# Felices para siempre



**N**os casamos meses después, en la casa de campo de mi abuela, como alguna vez le había prometido a ella. Tras la épica ceremonia, salimos del lugar sin dejar rastro.

—¿Adónde iremos con la vespa?

Me cambié de ropa y me puse algo más adecuado.

—¿Quieres soñar conmigo, alma mía?

Mis ojos se nublaron.

—Siempre...

Nos dimos un largo y apasionado beso de amor antes de marcharnos al mundo de los sueños, donde alguna vez fuimos tan felices.

—¿Cuándo supiste que me amabas, mi amor? —le pregunté mientras recorríamos el idílico lugar a caballo.

Mi hermoso marido giró su rostro y me miró con devoción.

—Mientras dormía, alma mía.

Nos dimos un beso mientras el sol se hundía en el horizonte lentamente. Aquel era el final perfecto para dos almas que solo habían conocido la pena y el dolor.

¡Y fueron felices para siempre! Hasta que...

—¿Qué apostamos, Nico?

Él rio de buena gana tras salir del arroyo. Se vistió mientras yo me colocaba mis zapatillas deportivas All Star. Ciertas cosas nunca cambiarían. Me arreglé mi blusa negra sin mangas y me puse mi visera roja de la suerte.

—No quiero apostar en plena luna de miel, alma mía.

Empecé a mover los brazos de arriba abajo como solían hacer las gallinas.

—¡Cococo! —imité el cacareo de las mismas.

Nico me estrechó entre sus brazos de golpe y me miró con picardía.

—¿Cuándo y dónde, Paula?

Lo empujé y lo derrumbé sobre el césped antes de salir corriendo como alma que lleva el diablo.

—¡Si me coges seré tu esclava sexual! —exclamé—. ¡Haré todo lo que deseas!

Aceleré los pasos y crucé el campo verde riéndome como una loca.

—¡Todo lo que desee! —me gritó—. ¿Y si pierdo?

Me detuve y le dije sin meditar:

—Tendrás que llevarme junto a Sylvester Stallone en Roma el mes que viene, esposo mío.

—Uhm... ya lo tenías todo muy bien calculado, ¿no, esposa mía?

Hice cara de asombro, llevando mi mano derecha a mi pecho y abriendo mucho los ojos y la boca. Nico rio de buena gana ante mi siempre exagerada reacción de dibujito animado.

—No, esposo mío. ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Polop... plop...

Salí corriendo mientras él se rompía a reír.

—¡Tramposa!

Nico contó hasta diez antes de venir a por mí. ¡Petulante! Me cogió entre brazos y me giró en el aire riendo minutos después.

—¡Te tengo!

Nos besamos como si no hubiera un mañana, quizás no lo habría. Uno nunca sabe cuándo será el último día, así que... ¡A vivir!

A pesar de mi derrota, fuimos a Roma para ver a Sylvester Stallone...

«Le di un beso muy apasionado mientras Nico estaba distraído, pero será nuestro secreto, ¿vale?».

—Plop... plop...



Nico y yo estábamos viendo la película «*Por amor a Rossana*» por milésima vez cuando de repente, sonó el móvil. Mi delicioso marido me rogó que no cogiera la llamada, pero lo hice a pesar de sus ruegos.

—Tozuda.

Mientras hablaba, él me besaba el cuello con fogosidad, robándome la atención por completo.

—¿Qué? —grité y me senté de golpe en la cama.

Nico encendió la luz del cuarto a toda prisa y me miró consternado. Empecé a llorar a lágrima viva al tiempo que llevaba mi mano derecha a la cabeza.

—¿Cómo está Elena?

Mi amiga estaba muy mal. Salimos como alma que lleva al diablo de la casa rumbo al hospital. Elena había sufrido un accidente de tráfico. Mi amiga andaba muy rara desde que quedó embarazada. Nico me dijo que eran paranoias mías, pero tras el secuestro, mi sexto sentido quedó mucho más atinado.

—Lamento mucho —nos dijo el médico—, su amiga ha fallecido al llegar al hospital.

Lloré con amargura en los brazos de Nico, que se limitó a estrecharme con fuerza mientras el médico nos explicaba lo sucedido con Elena. Mi dulce amiga había viajado a su pueblo para ver a su tía, que estaba muy mal. A pesar del rencor, Elena decidió acudir a su llamado y perdonarla por todo el mal que le había hecho durante su infancia.

Evoqué el último día que la vi con vida.

—*Si algo me llegara a pasar, Paula.*

*La interrumpí con un ademán.*

—*No digas tonterías, Elena.*

*Elena estaba de casi seis meses de embarazo, resultado de una noche apasionada con un hombre que conoció en una discoteca. No tenía ni idea de quién era o dónde podía encontrarlo.*

—*¿Cuidarás a mi hijo?* —lanzó a pesar de mi reprimenda.

*Cogí sus manos y la miré con intensidad.*

—*Como si fuera mi hijo.*

La siguiente afirmación del médico me devolvió de golpe al triste presente.

—Pero su hijo ha sobrevivido por un verdadero milagro.

Lloré con más amargura, deshaciéndome en mil fragmentos en los brazos de mi marido. Nico estaba tan acongojado como yo.

—Elena —dije entre lágrimas—. Cuidaré a tu hijo como si fuera mío.



Tras el triste y emotivo sepelio de mi amiga, decidimos adoptar a Giulio, el nombre que Elena había elegido para su hijo tras conocer a mi hermanito.

—*Mi hijo se llamará como tu hermanito —me dijo el día que pintábamos el cuarto de su hijo—. Tu ahijado.*

—*Giulio —repetí con lágrimas en los ojos.*

Giulio salió de la incubadora dos meses después. Era el niño más hermoso que jamás había visto en toda mi vida.

—Tienes ojos verdes —le dije llorando, evocando de manera ineludible a mi hermanito—. Mi amor.

Levanté la vista y solfeé con los labios:

«Gracias, amiga».

No fue simple adoptarlo, pero Nico tenía sus contactos y agradecía al cielo por ello. No podría vivir sin Giulio tras conocerlo, tras tenerlo en mis brazos. Anna nos apoyó todo el tiempo, feliz por su hermoso sobrino.

—¡Hola, amor de papá!

Nuestro hijo tenía rasgos muy parecidos a mí, según Nico, el papá más baboso del planeta.

—Te amo, alma mía, eres consciente de ello, ¿no? —me dijo él.

Le di un beso en los labios.

—Te amo con locura, Nico.

Cogimos el carrito y la bolsa del bebé para dar nuestro paseo diario por el parque «El Valentino» con nuestro hijo, y nuestros perros vagabundos.

—¿Eres feliz, Paula Ricci?

Miré a nuestro hijo y luego a él con ojos soñadores.

—Como nunca imaginé serlo, Nico.

Nuestros perros ladraron efusivos a nuestro alrededor.

—¡Nikito! —chillé—, ¡deja en paz a Nika!

Nico giró su rostro de un modo muy jocoso.

—¡Paula! —chilló iracundo.

¡Hay cosas que nunca cambiarán!

# El secreto de los Luciana Ricci



**L**uciana observó a un niño a lo lejos mientras esperaba a alguien cerca de su casa. Una mujer de unos cuarenta años se acercó y la saludó con amabilidad.

—Buenas tardes, señora Ricci.

Luciana la miró con desdén, la miró con un desprecio punzante. La mujer tragó con fuerza, aquella joven misteriosa siempre la intimidó bastante.

—He venido para despedirme, Rita.

Cogió un sobre marrón repleto de dinero de su carísimo bolso y se lo entregó a la mujer, que temblorosa lo cogió.

—Recibirás este tipo de sobre cada mes, Rita.

Miró al niño de casi siete años con ojos vacíos. No podía ver sus facciones desde su sitio, no podía saber quién era el padre sin verlo. Desvió la mirada.

—Nunca le faltará nada —le dijo la estilista con firmeza—, ese niño siempre tendrá todo, menos a su familia de verdad.

Rita asintió con un cabeceo.

«Marcello tiene una familia» pensó la mujer con el corazón en la mirada.

—No se preocupe por él, señora.

Luciana la miró con atención por unos segundos. Su hijo vivía en un campo al sur de Italia desde su nacimiento. Luciana no lo había abortado como alegó a Alex en su tiempo, pero el desprecio de su novio, la obligó a mentirle. Evocó las palabras de Alessandro con mucha amargura:

—*No puedo seguir contigo, Luciana.*

*Luciana conocía la respuesta, pero necesitaba oírla, a pesar de ello.*

—¿Por qué no?

*Alessandro soltó un suspiro.*

—*La vida que a ti te gusta —la miró fijo—, no me gusta a mí.*

*Luciana evocó el día que ambos estuvieron con una tercera persona en el club, alguien que ambos conocían muy bien. Alessandro ignoraba su identidad al igual que Nico la suya, pero ella era consciente de ello todo el tiempo. El juego consistía en satisfacerla a ella, llenar sus expectativas y no la de ellos. Ambos la poseyeron aquella noche, la noche en que concibió a Marcello, su hijo. Luciana no sabía quién era el padre del mismo, y, quizá, nunca lo sabría. Lo único que descubrió a ciencia cierta era que amaba a su hermano del modo equivocado.*

—*Tenemos una manera distinta de ver las cosas, Luciana. A ti te gustan aquellos juegos morbosos, pero a mí no.*

*Luciana era adepta a ellos, a la vida sin límites, sin restricciones en la intimidad.*

—Adiós, señora —le dijo la mujer, devolviéndola al presente.

Luciana echó una última mirada a su hijo, a quien jamás volvió a ver desde aquel día. Rita y su marido desaparecieron meses después, sin dejar rastro alguno. Querían al niño con todas sus fuerzas, más que al dinero que aquella mala madre les ofrecía. Luciana no los buscó, al contrario, agradecía el gesto al cielo.

—¿Qué haces, niña? —le preguntó el ama de llaves.

Luciana arrojaba viejas fotografías en la chimenea.

—Quemando el pasado, Laura.

Luciana arrojó una máscara dorada, la máscara de la mujer que embrujó a Nicolás en la cama, tiempo atrás. Su hermano no soportaría la verdad y lo mejor para evitarlo, era enterrándola.

«Este secreto morirá conmigo, mi amor».

La estilista evocó con ojos lacrimosos las noches apasionadas que habían pasado juntos en el club de la agencia, donde solían hacer fiestas de intercambio de parejas cada fin de semana. Nicolás la hizo perder el control por completo. Era apasionado como ella, creativo, adicto al sexo, pero ante todo, era su hermano de sangre.

—Siempre te extrañaré, mi amor —susurró llorando—. Mi único amor.

Luciana y Nicolás perdieron la noción del mundo en aquel sitio impúdico, donde el placer era el único objetivo de las parejas.

—Hay secretos que deben morir con uno mismo, hermano.

Mientras la máscara ardía entre las llamas, Luciana repasó mentalmente los mejores momentos al lado de Ícarus, el apodo de Nicolás Ricci en el club. Era su hermano, pero el deseo que sentía por él ofuscó por completo su sentido común. Siempre le gustó romper las reglas, cruzar los límites.

—Te deseo cada vez más, Venus —le susurró Nicolás mientras la embestía a cuatro patas con bestialidad la última noche que estuvieron juntos —, nunca deseé tanto a una mujer en mi vida.

—Y yo a ti, Ícarus —jadeó la estilista tras empujarlo y sentarse a horcajadas sobre él—, me vuelves loca...

El sexo desenfrenado que tuvieron por meses, los lanzó al abismo, en especial a ella, que conocía la verdad oculta detrás de aquella máscara plateada.

—Siempre me recordarás, aunque estés enamorado de otra, hermanito.

Una lágrima recta, húmeda y tibia atravesó el rostro de Luciana.

«Los Ricci siempre ocultaremos un secreto sombrío en nuestros corazones».

Lanzó todos los documentos referentes a su hijo al fuego.

—Adiós, Marcello.



# Epílogo



**N**icolás apretujó con vigor la mano de su amigo, Alessandro Mancini. Tomaron asiento y pidieron dos tazas de café.

—Enhorabuena por tu nueva hija, Alex.

El médico sonrió de oreja a oreja al oírlo. Su esposa, con quien se había casado meses atrás, esperaba su primer hijo con él.

—Gracias, Nico.

—¿Será una niña?

—Así es y se llamará como mi madre, Nico.

—Anna —le dijo Nico.

Alessandro cogió un sobre de su chaqueta negra y lo depositó en la mesa con aire pensativo. Nicolás miró fijo el mismo antes de cogerlo y abrirlo.

—El examen de ADN salió positivo, Nico —le dijo el médico.

Nicolás desencajó su rostro al leer el resultado inesperado de aquel examen.

—Dios mío... —masculló el magnate—. Desconfiaba, pero no pensé que fuera posible.

El camarero colocó dos tazas de café sobre la mesa, lapso en que Nicolás recuperaba el aliento. Alessandro bebió un sorbo de su taza.

—¿Cómo lo supiste, Nico?

El pintor se enderezó en su silla, respiró hondo y luego miró a su amigo a los ojos.

—Ella le dijo a Paula que había estado con un hombre —comenzó a decir—, que él estaba muy borracho y que mal podía estar parado.

Alessandro frunció mucho el ceño.

—Por cosas del destino, aquella noche había estado en el mismo bar. La vi salir con un hombre que mal podía pararse.

Alessandro tragó con fuerza mientras la canción «Per amore» de la cantante Zizi Possi sonaba en los altavoces del lugar. Nicolás suspiró tan hondo que se robó un suspiro de su acompañante. Alessandro lo miró con indulgencia, aquello que acababa de descubrir era muy delicado.

—Elena le dijo llorando a Paula que fue el peor error de su vida y que nunca podría perdonarse —prosiguió el magnate—, que nunca se imaginó que una noche apasionada terminaría en un embarazo accidental, pero olvidó mencionar lo enamorada que siempre estuvo de ese hombre. Siempre fui muy observador, Alessandro —se miraron—, Giulio es el hijo de mi suegro.

Alessandro sonrió con expresión entristecida.

—Paula no soportaría una nueva decepción, Alex. No soportaría que una vez más una persona fingió ser lo que en verdad no era.

Silencio.

—Fue su amiga hasta que se enamoró de su padre, mi suegro.

El médico asintió.

—Pero no es solo por ella, ¿no, Nico?

El magnate asintió.

—Amo con locura a mi hijo, como si en verdad fuera mío, Alex. No podría vivir sin él, sin ambos.

El médico suspiró hondo.

—¿Pretendes ocultarlo para siempre?

—¿Tengo otra alternativa, Alex?

Su amigo negó con la cabeza. Aquel secreto le pesaría una tonelada por el resto de su vida, pero la verdad destrozaría a Paula y a toda su familia. Cogió el sobre y lo quemó con la llama de la vela.

—La verdad acaba de desaparecer, Alex.

El sobre se convirtió en cenizas, como el alma de Elena en el más allá.

—Paula nunca sabrá que nuestro hijo es en realidad su hermano —zanjó Nicolás—, aunque el destino nos ponga a prueba en el futuro, esa verdad morirá conmigo.

Nicolás decidió visitar la tumba de su padre y su abuelo. Levantó las gafas de sol y observó las mismas con ojos desafiantes. Se acuclilló y miró las fotos de ambos con resquemor. ¿Conocía Leonella la verdad? ¿Por ello había pedido ser cremada para no estar con su esposo? Probablemente.

—Paula nunca conocerá la verdad —les dijo apenado—, tampoco

nuestro hijo —musitó con un enorme nudo en el pecho—, no dejaré que la maldita verdad destruya su alma como la hizo conmigo, papá —le dijo a su abuelo—, crecí pensando que eras mi abuelo, cuando en realidad, eras mi verdadero padre, mío y de Luciana.

Una brisa perfumada rozó su cara y agitó su pelo oscuro.

—La puta que me concibió me lo dijo e incluso me entregó las pruebas de ADN que hizo en aquel entonces. Motivo que te llevó a la muerte, abuelo o padre, ya no sé cómo llamarte —hizo una pausa—. Hoy es el último día que piso este lugar. Luciana nunca sabrá la verdad, al menos evitaré con todas mis fuerzas que así sea. Mi hermana no necesita más sufrimientos en su vida.

Una lágrima atravesó su rostro y murió en su boca.

—Para mí, incluso tu recuerdo, está muerto.

Se marchó sin mirar atrás. Llegó a su casa y se dispuso a ir a la piscina, donde estaban su mujer y su hijo.

—¡Así! —gritó Paula.

Nicolás acababa de cruzar la puerta que llevaba a la piscina climatizada. Los observó con amor infinito mientras se quitaba la bata de toalla negra, dispuesto a reunirse con ellos.

—¡Mira! ¡Papá!

Giulio gritó de alegría, acariciando el corazón del magnate que se acercó a ambos a pasos lentos mientras evocaba lo último que hizo antes de volver a casa.

—Adiós, Venus —dijo tras lanzar la máscara plateada al río Po, desde el puente romano del parque El Valentino—, alguna vez inquietaste mi cuerpo, pero nunca conquistaste un lugar en mi corazón —observó la máscara que se alejaba del lugar lentamente—, Paula Bellini tuvo más agallas que tú para eso.

—Hola —le saludó un niño—, ¿por qué lanzaste esa máscara tan bonita?

Nicolás miró con atención al niño de pelo castaño, piel muy blanca y ojos muy azules. ¿A quién le recordaba?

—Necesitaba dejar libre mi corazón —le respondió el magnate con una sonrisa amistosa.

El niño ladeó la cabeza con un gesto algo torcido.

—No entiendo, señor.

Nicolás lo miró con ojos divertidos.

—Es complicado.

—¡Marcello! —gritó una mujer a lo lejos.

Nicolás la miró con atención.

—¿Rita? —murmuró al reconocerla.

Rita fue una de las mucamas de su abuela. Siempre amable y sumisa. Nicolás miró al niño que no tenía más que ocho años. Rita era algo mayor para ser su madre, ¿era su abuela? Ella se acercó con una expresión muy rara, parecía amedrentada.

—Hola, señor Ricci.

Nicolás miró al precioso niño y luego volvió a mirarla. ¿Aquel niño era suyo?

—Mi hijo —le dijo como si le hubiera leído la mente—, se llama Marcello.

En ese lapso, Alessandro apareció con su hijo, el médico solía pasearse con Matteo por el parque todas las tardes sin falta.

—¡Nico! —dijo con alegría—, hola —saludó a Marcello con amabilidad—, ¿quieres unos dulces?

Marcello cogió con alegría los dulces que Alessandro le ofrecía.

—¡Gracias!

La mujer cogió a Marcello de la mano y se despidió de ambos de manera apresurada. Nicolás la miró con curiosidad. Marcello giró y le balanceó la mano con una sonrisa en los labios.

—Adiós.

Alessandro y Nicolás le devolvieron el saludo.

—Qué niño más precioso —musitó Alessandro—, me recuerda a alguien, pero no sé a quién.

Nicolás asintió condescendiente.

—A mí también...

—¡Te amo! —gritó Paula y lo devolvió al presente de golpe—, ¡ven, papá!

—Papapapa —dijo Giulio.

Paula y Nicolás se miraron con asombro.

—¡Su primera palabra! —gritó ella emocionada—, si mi amor, es papá.

Nicolás saltó al agua de cabeza y se aproximó a ellos. Cogió al niño y lo levantó sobre su cabeza mientras Paula les tomaba unas fotos con la cámara.

—Sí, hijo. Soy papá...

Paula le dio un beso de amor, devolviéndole al dulce presente, donde al fin tenía una familia de verdad. Su gran sueño al fin se concretó en los

brazos de Paula, la mujer que lo salvó mientras dormía.



## Índice

[Una luz brilla en el horizonte](#)

[El color del abismo](#)

[Recuerdos que matan](#)

[Buscando al enemigo](#)

[Al otro lado del miedo](#)

[En busca de paz](#)

[Volviendo de las cenizas](#)

[Una segunda oportunidad](#)

[Recuerdos que matan](#)

[Una oportunidad para soñar](#)

[La dama misteriosa](#)

[Secretos revelados](#)

[En busca de paz](#)

[Nessun Dorma](#)

[Sentimientos encontrados](#)

[Mujer bonita](#)

[El precio de la furia](#)

[Encuentro de almas](#)

[Luces y sombras](#)

[Apostando al amor](#)

[Un beso sagrado](#)

[Campo de batalla](#)

[Una cena inesperada](#)

[Una visita inesperada](#)

[Juego de seducción](#)

[Confesiones inesperadas](#)

[¿Pan y vino?](#)

[Malas decisiones](#)

[Una noche especial](#)

[Consejos para el alma](#)

[El amor](#)

[Rosas moradas](#)

[Un solo deseo](#)

[El alma de Nicolás Ricci](#)

[Lecciones de vida](#)

[Una cruda realidad](#)

[El alma de Paula](#)

[Las sombras de Nicolás Ricci](#)

[Adiós abuela...](#)

[La victoria](#)

[Felices para siempre](#)

[El secreto de los Luciana Ricci](#)

[Epílogo](#)

[Otras obras de la autora](#)

## **Otras obras de la autora**



**El disfraz de una mentira (1)**

**El disfraz de una mentira (2)**

**Dos almas y un secreto**

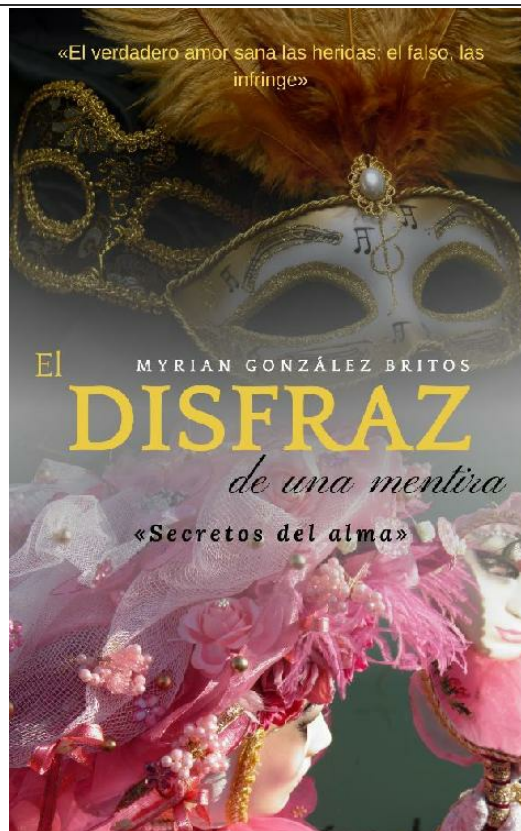
**Dudas del alma**

**Un príncipe a mis 30**

**Un príncipe a mis 35**

**No me olvides**





¿Qué razones nos llevan a escondernos tras un disfraz? Para algunos es la inseguridad, el miedo. Para otros, la maldad.

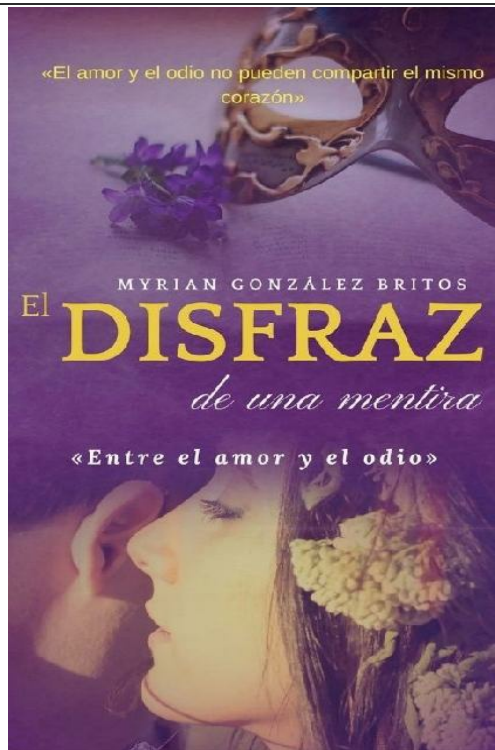
En Bagni Di Luca, un pequeño pueblo de Italia, Anna Bellini se refugia en los libros y la comida para huir de la soledad.

Carla Ferruzzi no duda en brindarle su amistad, y entre ellas se genera un lazo que parece inquebrantable.

Un lazo que se pone a prueba con la llegada de Marcello Hoffman.

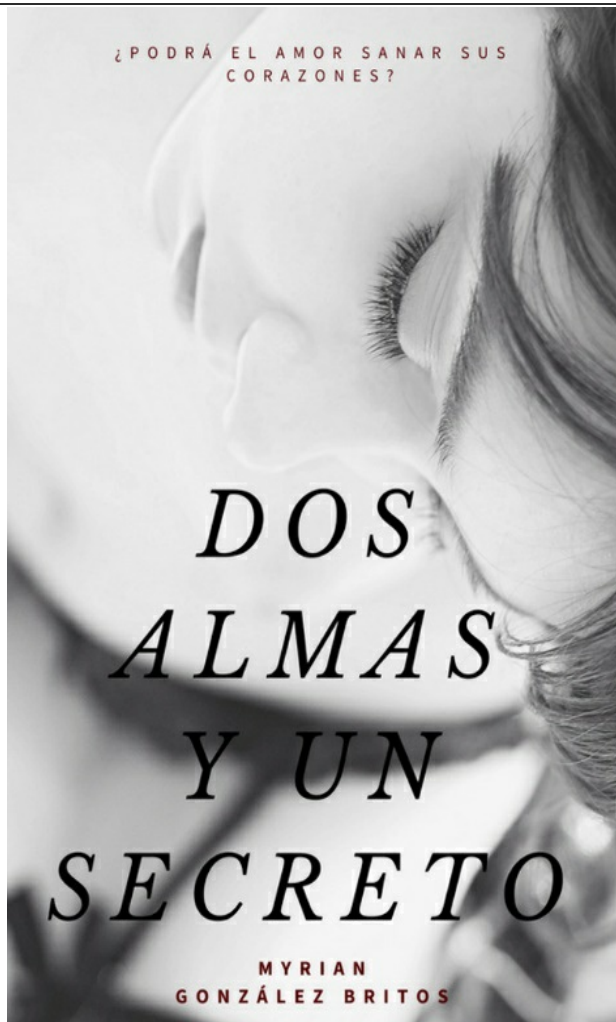
Las verdades salen a la luz, las máscaras caen y no hay disfraz que resista las pruebas del amor.

El disfraz de una mentira, una novela que habla del valor de la amistad, el amor y la sinceridad.



«Entre el amor y el odio, porque no pueden residir ambos sentimientos en el mismo corazón» Anna y Marcello se separan tras una trampa bien armada por Carla. Cada uno sigue con su vida, aunque, jamás consiguen desconectar sus almas. Anna se marcha a estudiar periodismo en Turín, donde disfruta de su juventud con sus amigos y conoce a Alex Mancini; sin embargo, no consigue olvidar a su primer amor. ¿verdadero? Marcello sufre una gran pérdida e intenta reconstruir su vida al lado de Caroline, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no logra olvidar a Anna. El pasado y el destino parecen conspirar contra la felicidad de ambos, ¿o era alguien más? Cuando a Anna le diagnostican una grave enfermedad visual, y la tragedia golpea su puerta una vez más, se sumerge en una profunda y peligrosa depresión. Todo empeora, el día que

descubre una verdad oculta detrás de una mentira bien disfrazada. Nadie era quien parecía ser en su vida. El odio y la venganza comandan su corazón a partir de entonces. Nada parece capaz de hacerla desistir, salvo, quizá, el inmutable amor de Marcello, que retorna a su vida, para poner a prueba su corazón y su propio destino. ¿La venganza será su salvación o el amor



Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida». Matt lo tenía. Lizzy, también.

Matthew Caffrey, un millonario excéntrico y perturbado, lucha contra su pasado en un desesperado intento de que éste no rija su presente; pero el vacío que siente es cada vez más profundo y difícil de llenar.

Lizzy Smith carga con una historia de dolor y abusos. Su alma parece ahogarse en las penas y sólo desea ser feliz, aunque sea una vez en la vida.

Dos corazones. Un secreto. Una oportunidad de sanar.



Érase una vez...

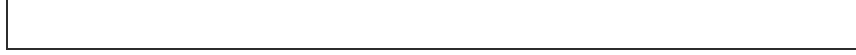
Valentina González no creía en los finales felices y mucho menos ahora que estaba a punto de cumplir sus treinta años. La muerte de su madre había dejado un enorme vacío en su corazón. La pena y la desesperanza tendían a crecer cada día más y más en su interior.

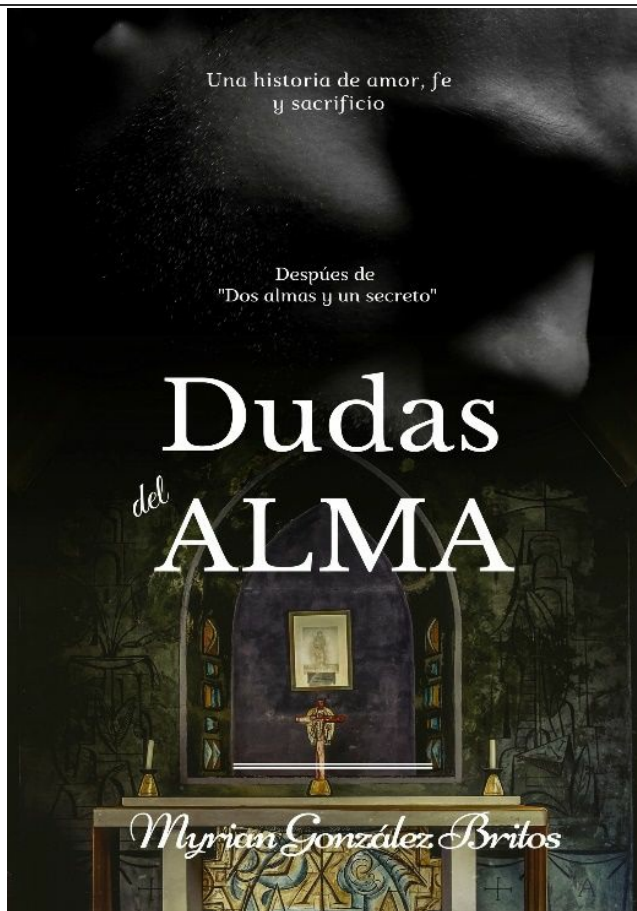
¿El destino se apiadará de ella?

Jonás Müller había huido de su país tras pillar a su hermano y su prometida en la cama.

Nada tenía sentido para el triste vikingo, hasta que llegó a Somo, y conoció a Valentina, la princesa que vivía encerrada en una librería.

¿Podrían dos almas rotas escribir una linda historia de amor?





«Una historia de amor, fe y sacrificio»

Peter Stanzenberger, un fervoroso cura alemán, viaja a Italia por una misión, sin sospechar que el destino pondrá a prueba su devoción.

Anna María Barsi, una dulce y soñadora italiana, prepara su boda convencida de haber encontrado el amor de su vida.

Cuando el padre Peter llega a su humilde pueblo, sus planes y sus propias certezas cambiarán para siempre.

Un amor vedado ante los ojos de los hombres y de Dios.

¿Es el amor un pecado mortal? ¿Podrán vencer las pruebas impuestas por el destino?

Una historia conmovedora, que pondrá a prueba

incluso tu propia creencia.

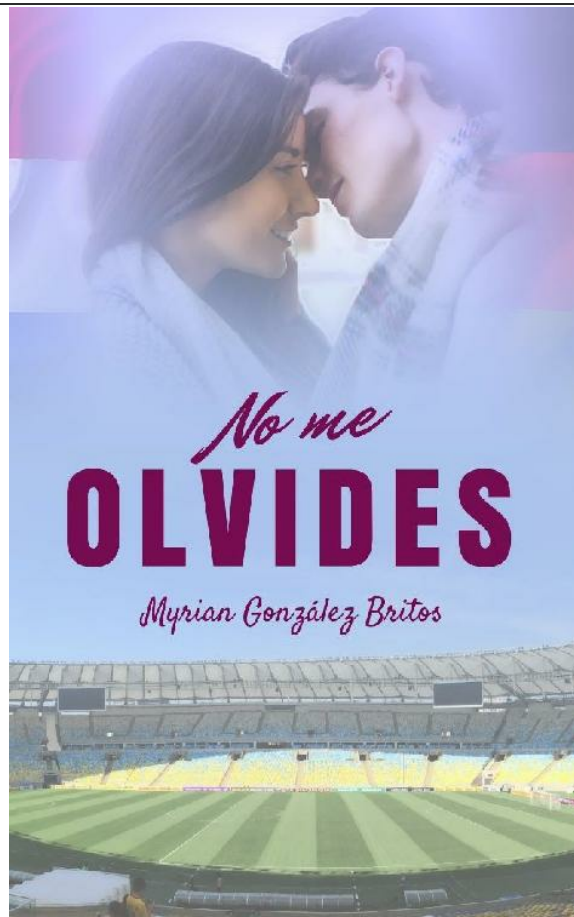




Valentina y Jonás escribieron su historia a pulso. Juntos lograron vencer los obstáculos impuestos por el implacable destino. Sin embargo, había muchas pruebas más a vencer a lo largo de la vida. Un campeonato de surf en la playa de Somo prometía desatar los demonios más salvajes de Pulgarcito. Jonás, el dulce vikingo, disfrutará como nunca del lado más ladino de su pequeña y simpática esposa.

Para completar su suerte, su hermano, Stefan, retornará a su vida y pondrá a prueba su corazón. El cuento de hadas era idílico, hasta que un video erótico del alemán comenzó a circular por las redes sociales, desestabilizando por completo los pilares de su matrimonio. ¿Podrá el amor de Pulgarcito y el vikingo dorado vencer esta inesperada y brutal

oleada?



Aramí González tenía el corazón roto cuando llegó desde Paraguay a Río de Janeiro para ayudar a su tía enferma. Lejos de los suyos, intentó rehacer su vida y encontrarse a sí misma.

Thomas Leuenberger estaba a punto de casarse, pero antes de dar el sí, haría un último viaje de soltero con su hermano y unos amigos; el destino: Brasil, Copa del Mundo 2014.

Un encontronazo marcado por el destino cambió sus historias para siempre.

Aramí y Thomas iniciaron el gran juego de sus vidas.

¿Era el amor el gran premio?